JULIANO

DISCURSOS

VI - XII

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOSÉ GARCÍA BLANCO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 45



Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por Luis Alberto de Cuenca y Prado.

Depósito Legal: M. 42476 - 1981.

ISBN 84-249-0150-9.

Impreso en España. **Printed in Spain.**

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1982. — 5377.

VI

CARTA A TEMISTIO

INTRODUCCIÓN

Temistio (*ca.* 317-388), sofista aficionado a la filosofía, hombre teórico y práctico a un tiempo según sus convicciones y actividades, tuvo una relación bastante intensa con Juliano desde los años de educación del príncipe en Constantinopla hasta su marcha a Antioquía o, según Bidez, hasta la llegada a la corte de Máximo de Éfeso a principios del 362. Su actividad filosófica se centró en paráfrasis a diversas obras de Platón y, sobre todo, de Aristóteles [1], cuyo principal valor actual es el de recopilaciones de otros comentarios más antiguos, mientras que como rétor publicó una larga serie de discursos [2] en los que junto a su constante proclamación del ideal filosófico del soberano, que parece haber dejado su huella en el segundo panegírico de Constancio y en esta carta de Juliano, aparece también el elogio adulador de los varios emperadores con los que tuvo relación desde Constancio hasta Teodosio. En el año 345 abrió escuela de retórica en Constantinopla, pero ejerció también importantes cargos públicos. Así, en 355 Constancio le nombró miembro del Senado de Constantinopla, a lo que res-

[1] Las paráfrasis de Platón no nos han llegado. Las de Aristóteles pueden verse en *Commentaria in Aristotelem graeca,* V, ed. WALLIES-SCHENKL-HEINTZE-LANDAUER, 1899-1900.

[2] Ed. DOWNEY, Leipzig, 1965 ss.

pondió Temistio con un discurso de agradecimiento[3]. En el año 383 otro emperador cristiano, Teodosio, le nombró prefecto de la ciudad y le encargó la educación de su hijo Arcadio. Es un pagano convencido que, como se ve, sabe entenderse con los cristianos, a los que se libra de atacar, y de ahí su larga vida política. Por otro lado, su afición a Aristóteles determina que su actitud ante las corrientes neoplatónicas, de las que estaba cada vez más imbuido Juliano, sea de cierta indiferencia.

No está claro si el emperador llegó a ser discípulo suyo, pero sí que lo conoció en sus años de aprendizaje posteriores a Macellum y que mantuvo con él una cierta correspondencia al menos desde el año 354-5[4], cuyos últimos eslabones conocidos son la carta de Temistio, perdida, a que alude constantemente Juliano en su presente respuesta y un discurso de alabanza de Temistio a Juliano que tampoco nos ha llegado[5].

Respecto al momento de composición de esta carta, no todos los estudiosos han estado de acuerdo. Siguiendo a Seeck, von Borries[6] lo situaba antes del segundo panegírico de Constancio por el contenido deliberativo sobre el tema de la realeza y por las dudas y temores que, en su opinión, concuerdan más con su primera etapa de César. Sin embargo, la mayoría lo sitúan en la segunda mitad de noviembre de 361, tras enterarse Juliano de la muerte de Constancio y poco después, por tanto, de la carta a los atenienses. Frente a ésta puede sorprender el silencio sobre Constancio, pero es fácilmente explicable si acababa de

[3] *Or.* II, discurso en el que puede verse también el decreto de nombramiento.

[4] Cf. *infra,* 260 y 266d.

[5] Cf. Lib., *Epist.* 1061.

[6] Seeck, *Geschichte des Untergangs...*, IV, 470, y von Borries, en *RE, art. cit.*

morir, y sobre todo la ausencia de referencias a su estancia en Galia al citar sus actividades anteriores[7]. Empero, repetidas expresiones de Temistio a él dirigidas son difícilmente admisibles en su calidad de César todavía subordinado a Constancio, y su espíritu de constante entrega a la divinidad es el mismo que el de la citada carta a los atenienses, y la tranquilidad que emana de la carta de Temistio, por encima de su preocupación, sería la calma que sigue a la tempestad que se presagiaba en aquella otra carta.

Muerto Constancio, que le había reconocido como heredero en su lecho mortal, ante el inminente gobierno del Imperio y ante las enormes esperanzas en él depositadas por sus correligionarios, Juliano, con humilde sinceridad, medita y expresa en voz alta sus dudas basadas en su conciencia de no poseer cualidades superiores, tal y como requiere tan alta magistratura, y en la necesidad de contar con la fortuna en los asuntos políticos, encomendándose de forma ferviente a la voluntad divina.

---

7 Cf. parágr. 6, en que se circunscribe a su estancia en Jonia, a su llamada a Milán y a su viaje a Grecia, sin mencionar nada de los años pasados en Galia.

SINOPSIS DEL DISCURSO

AL FILÓSOFO TEMISTIO

1. Yo, desde luego, tengo grandes deseos de confirmarte las esperanzas que me envías por escrito, pero temo fracasar, ya que es demasiado grande la promesa que de mí haces a todos los demás hombres y muy especialmente a ti mismo. Desde hace tiempo creía yo que debía rivalizar con Alejandro y con Marco[1] o con cualquier otro que hubiese sobresalido por su virtud, pero me invadía un estremecimiento y un miedo prodigioso de parecer estar completamente alejado del valor del primero y de no alcanzar, ni en una mínima parte, la perfecta virtud del segundo. A la vista de lo cual, me decidí a ensalzar el ocio y yo mismo recordaba con placer las conversaciones áticas[2] y consideraba digno cantar para vosotros, lo mismo que hacen, para aliviar su esfuerzo, los que llevan pesados fardos por los caminos. Tú, sin embargo, con tu última carta, has aumentado mi miedo y me has mostrado la enorme dificultad de la lucha al decir que yo he sido colocado por dios en el mismo puesto en que anteriormente estuvieron Heracles y Dioniso, que fueron filósofos y

253 b c 254

[1] Es decir, el emperador Marco Aurelio. La predilección de Juliano por estos dos hombres será expuesta con amplitud en su discurso sobre *Los Césares*.

[2] Se refiere al trimestre que pasó como estudiante en Atenas en el verano del 355.

reyes a un tiempo y purificaron casi toda la tierra y el mar de la maldad que los inundaba. Me ordenas que me despoje de toda idea de ocio y de vida fácil para examinar cómo lucharemos de forma adecuada a la situación y me recuerdas a continuación a todos los legisladores, a Solón, a Pítaco, a Licurgo, para afirmar que los hombres tienen derecho a esperar ahora un legislador más grande que todos éstos.

b 2. Al encontrarme con estas palabras quedé un
tanto estupefacto; en efecto, suponía que era total-
mente imposible que tú me estuvieses adulando o min-
tiendo, pero al mismo tiempo era consciente de que,
por naturaleza, yo no poseía ninguna cualidad supe-
rior, ni desde el principio ni tampoco ahora, siendo tan
sólo un enamorado de la filosofía[3]. «Pues silencio los
acontecimientos intermedios»[4] que me han impedido
hasta ahora satisfacer este amor. Yo no disponía, pues,
de lo necesario para interpretar esas palabras tuyas,
c hasta que dios puso en mi inteligencia la idea de que
quizás querías animarme con tus elogios y mostrarme
la grandeza de la lucha, a la que es totalmente nece-
sario que esté continuamente expuesto quien vive en
medio de los asuntos de gobierno. Pero esto más que
empujarme me aparta de tal género de vida. Pues es
igual que si alguien, navegando por vuestro estrecho,
y no precisamente de forma fácil ni cómoda, escuchara
de un vaticinador del arte adivinatoria que tendría
que atravesar el mar Egeo y el Jónico y llegar hasta
d el Mar Exterior[5], añadiendo el profeta: «Ahora tienes
ante tus ojos murallas y puertos, pero cuando llegues

---

[3] Cf. *Elogio de la emperatriz Eusebia* 120b.

[4] Euríp., *Or.* 16.

[5] El estrecho es el Bósforo, y el Mar Exterior el Océano Atlántico. Por lo demás, la comparación refleja los avatares del propio Juliano en los años inmediatamente anteriores.

allí no verás ni puestos de observación ni rocas, sino que te contentarás con ver a lo lejos alguna nave y saludar a sus ocupantes, y a menudo pedirás a dios que te permita volver a tocar tierra alguna vez y que al final de tu vida, al menos, puedas hallar un fondeadero y devolver tu nave sana y salva y reintegrar a sus 255 seres queridos a tus tripulantes libres de males y entregar tu cuerpo a la madre tierra; y si estos deseos se cumplirán es posible que no lo sepas hasta el último día.» ¿Acaso crees que quien escuche tales palabras elegirá para vivir una ciudad cerca del mar y no preferirá mandar a paseo la riqueza y los bienes derivados del comercio, sus muchos conocidos, la amistad extranjera, el conocimiento de pueblos y de ciudades, esco- *b* giendo el sabio precepto del hijo de Neocles[6], que ordena «pasar desapercibidos»[7]? Tú parece que te has dado cuenta de ello al ponernos en guardia con tus invectivas contra Epicuro y al intentar salir al paso de semejante opinión. Afirmas, en efecto, que a este hombre, desocupado como estaba, le convenía ensalzar el ocio y discutir en sus paseos; yo, por mi parte, hace *c* tiempo que estoy plenamente convencido de que Epicuro se equivocó en esto[8], pero lo que es necesario aclarar es si debe animarse hacia la política a un hombre cualquiera, inferior por naturaleza y completamente incapaz. Dicen que Sócrates apartó de la tribuna a muchos que no estaban dotados y que intentó retener a aquel Glauco, de quien habla Jenofonte[9], y al hijo de Clinias[10], aunque no pudo imponerse al ímpetu del *d* jovencito.

---

6 Epicuro.

7 *Fr. Epicur.* 551 USENER.

8 Cf. la carta 89b, 301c, en la que Juliano condena explícitamente el epicureísmo.

9 JENOF., *Memor.* III 6, 1.

10 Alcibíades; cf. *ibid.*, I 2.

3. ¿Y vamos nosotros a forzar la voluntad y la in-
teligencia de unos hombres, ordenándoles que se atre-
van a empresas tan arduas, de las que no sólo es dueña
la virtud y una correcta decisión, sino que más bien
dependen en todas partes de la fortuna, que obliga a
los asuntos a inclinarse del lado que quiere? Crisipo,
que parecía sabio en lo demás y por tal era tenido
con justicia, desconoció sin embargo la fortuna, el
azar y las restantes causas exteriores del mismo tipo
256 que subyacen en las acciones, y su lenguaje no está
en absoluto de acuerdo con lo que el tiempo claramen-
te nos enseña por medio de infinitos ejemplos. ¿En qué
diremos que Catón[11] fue afortunado y dichoso? ¿En
qué fue feliz Dión el siciliano?[12] Quizás no les preocu-
b pó para nada la muerte, pero sí el no dejar inacabadas
las obras por las que lucharon desde el principio y
por las que hubieran soportado cualquier cosa. Sin
embargo fracasaron en ellas y, aunque lo llevaron de-
corosamente, según se dice, sin lamentarse de su for-
tuna y obtuvieron de su virtud un consuelo no pequeño,
pese a ello no podrían ser considerados felices, puesto
que se equivocaron en sus más bellas acciones, a no
ser quizás de acuerdo con las disposiciones de la doc-
trina estoica, a la que hay que responder que no es
lo mismo ser elogiado que ser feliz, y que, si por natu-
c raleza el ser vivo tiende a la felicidad[13], es mejor un
final muy feliz de acuerdo con ella que otro interpre-
tado como elogiable según la virtud.

4. La seguridad de la felicidad no gusta menos que la confianza en la fortuna, y los que viven en los asuntos políticos no pueden respirar sin ella, como se dice,

[11] Catón de Útica.

[12] El tirano de Siracusa amigo de Platón.

[13] Cf. Aristót., *Ét. Nic.* I 10, 6.

a no ser que alguno afirme que el rey o el general, igual que los que contemplan las auténticas ideas o los que las sitúan falsamente entre los seres incorpóreos o inteligibles, se elevan de algún modo por encima de todo lo que depende de la fortuna, o a menos que sea como aquel hombre de Diógenes «sin ciudad, sin casa, privado de patria»[14], que no posee nada cuyo *d*
éxito o fracaso esté condicionado por aquélla; pero el hombre de quien la costumbre, y Homero, en primer lugar, suele decir que «se encarga de los pueblos y se ocupa de tantas cosas»[15], ¿cómo podría guardar su puesto si se apartase de la fortuna? Y, si al contrario, se somete a ella, ¿cuánta preparación y prudencia 257
creerá que necesita para soportar con dignidad sus bandazos a uno y otro lado, igual que el piloto los del viento? No es admirable oponerse a la fortuna cuando nos hace la guerra; lo que es mucho más admirable es mostrarse digno de los bienes recibidos de ella. Por su causa fue derrotado el rey más poderoso, el conquistador de Asia[16], al mostrarse más terrible y fan- *b*
farrón que Darío y Jerjes, cuando se hizo dueño de su imperio; por esos dardos fueron derrotados y perecieron totalmente los persas, los macedonios, el pueblo de Atenas, los siracusanos, los magistrados espartanos, los generales romanos y, tras ellos, infinitos emperadores. Sería muy extenso enumerar los que han perecido por la riqueza, por las victorias o por la molicie; los que han sido tragados por las desgracias pasando de libres a esclavos, de nobles a humildes y de su an- *c*
tigua magnificencia a la más extrema pobreza, todos los han visto y ¿para qué voy yo a transcribirlos aquí como si estuviese elaborando un inventario? ¡Ojalá la vida

---

14 Dióg. Laerc., VI 38.
15 Hom., *Il.* II 25.
16 Alejandro.

humana desconociese tales ejemplos! Pero ni faltan
d ni faltarán jamás mientras perdure el género humano.

5. Pero no soy yo el único que piensa que la for-
tuna ejerce el máximo poder en la acción; puedo ci-
tarte las palabras de Platón en sus admirables *Leyes*,
que tú conoces y me enseñaste, pero cuyo párrafo, que
es más o menos así, te transcribo como prueba de que
no he dejado de ocuparme de ello: «Dios gobierna todo
y con dios la fortuna y la oportunidad gobiernan la
258 totalidad de los asuntos humanos. Pero, para llegar a
un mayor acuerdo, debemos convenir que un tercer
principio, el arte, sigue a aquellos dos»[17]. Y a conti-
nuación describe cómo debe ser el artesano y demiurgo
de las bellas acciones y soberano divino diciendo:
«Dándose cuenta, pues, Crono, como hemos expuesto,
de que la naturaleza humana era absolutamente insu-
ficiente para administrar de forma soberana los asun-
tos humanos sin llenarlo todo de insolencia y de in-
b justicia, reflexionando sobre ello nombró entonces
como reyes y magistrados de nuestras ciudades no a
hombres, sino a démones de una raza más divina y
mejor, igual que hacemos nosotros con los ganados y
con los rebaños de animales domésticos, pues no po-
nemos bueyes al frente de bueyes ni cabras al frente
de cabras, sino que los guiamos nosotros mismos, por-
que somos una raza superior a la suya. De la misma
manera, dios, que ama a los hombres, nos colocó la
c raza superior a la nuestra de los démones, que, con
toda facilidad tanto por su parte como por la nuestra,
se ocupa de nosotros y nos proporciona paz, respeto y
justicia en abundancia, haciendo aparecer entre las
razas de los hombres la concordia y la felicidad. Y
este discurso sigue diciendo con toda razón que cuan-

[17] Plat., *Leyes* IV 709b.

tas ciudades no son gobernadas por un dios, sino por algún mortal, no pueden encontrar respiro a sus males y fatigas; por el contrario, el relato cree que debemos imitar por todos los medios la legendaria vida de la edad de Crono y obedecer a lo que en nosotros hay de *d*
inmortal para gobernar los asuntos públicos y privados, las casas y las ciudades, dando el nombre de ley a la facultad que gobierna nuestra inteligencia. Si un hombre, una oligarquía o una democracia, con un alma atenta a los placeres y apetitos y que necesita saciarse de ellos, gobierna una ciudad o a un individuo pisoteando las leyes, no hay posibilidad de salvación»[18]. Te he transcrito a propósito el párrafo en- 259
tero para que no me acuses de robo ni de fraude al proponerte antiguos mitos que no contienen en su totalidad la verdad, aunque quizás se aproximen a ella. Pero, ¿qué es lo que realmente quiere decir este discurso? Ya ves que, pese a su naturaleza humana, un gobernante debe ser por su conducta un ser divino y un demon y que, en una palabra, debe arrojar de su alma todo lo mortal y animal, salvo aquello que necesita mantener para la conservación de su cuerpo. Si *b*
alguien que ha sido arrastrado a este género de vida reflexiona y siente miedo, ¿te parece por ello que admira la ociosidad epicúrea, los jardines y los suburbios de Atenas, los mirtos y la casita de Sócrates? No, jamás se me ha visto anteponer tales cosas a las fatigas.

6. Con gusto te habría expuesto mis fatigas y los temores que por mis amigos y parientes me amenazaban cuando comencé en vuestra ciudad mi educación, si tú mismo no los conocieras muy bien. El asunto de *c*
Jonia, que me opuso por primera vez a un pariente por nacimiento, pero más familiar aún por su amistad,

---

18 PLAT., *Leyes* IV 713c ss.

por la defensa de un extranjero que me era muy poco conocido —estoy hablando del sofista—, ya lo sabes. ¿No realicé viajes a causa de mis amigos? Sin duda conoces mi solicitud por Carterio cuando me llegué hasta nuestro compañero Araxio[19], sin haber sido lla-
d mado, para hacerle llegar su petición. Y por las posesiones de la admirable Arete[20] y los daños que le habían hecho sus vecinos, ¿no marché a Frigia por segunda vez en menos de dos meses, pese a estar extremadamente débil por el abatimiento subsiguiente a mi anterior enfermedad? Y, finalmente, antes de nuestra marcha a Grecia, cuando yo estaba expuesto en el
260 ejército a los peligros supremos, como muchos los llamarían, recuerda qué cartas te escribía: nunca estaban llenas de lamentos ni contenían nada insignificante ni vulgar o excesivamente innoble; cuando volví a partir para Grecia y todos pensaban que iba desterrado, ¿no alabé, como en una solemnísima fiesta, a la fortuna y dije que para mí era el cambio más agradable y que, según el dicho, trocaba «bronce por oro y nueve bueyes por cien»[21]? Tal fue mi alegría al conseguir ir a Grecia en vez de a mi hogar, y eso que allí no poseía
b ni un campo ni un jardín ni una casita. Pero quizás lo que piensas es que yo soporto noblemente los reveses, pero que, ante los regalos de la fortuna, me muestro indigno y pequeño, porque prefiero Atenas al fasto que nos rodea actualmente, y por ensalzar sin reservas aquel ocio y acusar a mi vida actual por la multitud de asuntos pendientes.

c 7. Es posible, sin embargo, que haya que juzgarnos mejor mirando no a nuestra actividad o inactivi-

[19] Quizá sea el personaje citado por Amiano, XXVI 7, 6.

[20] Sólo conservamos unos extractos de una carta de Jámblico dirigida a esta mujer: Estobeo, III 5, 9 y 45-50.

[21] Hom., *Il.* VI 236.

dad, sino más bien al «conócete a ti mismo» [22] y al
«ejerza cada cual el oficio que conozca» [23]. Gobernar me
parece que está por encima de lo humano, y el rey pre-
cisa una naturaleza más divina, como efectivamente de-
cía Platón. Y ahora voy a copiar un texto de Aristóteles *d*
que se refiere al mismo tema, y no es que lleve una
lechuza a los atenienses [24], sino que quiero demostrarte
que no descuido totalmente las obras de aquel filósofo;
dice así en su *Política*: «Si se estableciese que la mo-
narquía es lo mejor para las ciudades, ¿cómo se re-
solverá lo relativo a la descendencia del rey? ¿Debe
seguir gobernando su linaje? Pero que gobierne, tenga 261
las cualidades que tenga, es perjudicial. ¿Acaso quien
es soberano no transmitirá el poder a sus hijos? Di-
fícil resulta no creerlo, porque es duro y propio de una
virtud que excede la naturaleza humana» [25]. A conti-
nuación diserta sobre el llamado rey constitucional,
que es servidor y guardián de las leyes, pero a éste
ni lo llama rey ni cree que este tipo de gobierno pueda
llamarse monarquía, añadiendo: «Acerca de la llama- *b*
da monarquía absoluta, aquella por la que el rey lo
gobierna todo de acuerdo con su propia voluntad, al-
gunos creen que no está de acuerdo con la naturaleza
que uno solo sea señor de todos los ciudadanos, ya
que los que son semejantes por naturaleza necesitan
el mismo concepto de justicia» [26]. Y poco después dice:
«Por tanto, al pedir que gobierne la ley se pide que
gobierne dios y la inteligencia tan sólo, pero al pedir
que gobierne un hombre se añaden los sentimientos

---

22 Cf. Juliano, *Contra los cínicos incultos* 183a.

23 Aristóf., *Avispas* 1431.

24 Aristóf., *Aves* 301. (Dicho proverbial que indica enseñar a alguien algo sobradamente conocido por él, como la lechuza por los atenienses.)

25 Aristót., *Polít.* III 15, 1286b.

26 Aristót., *Polít.* III 16, 1287a.

c animales, pues los apetitos y la ira siembran en él el
desorden al igual que en los hombres más virtuosos;
por ello, la ley es la inteligencia sin deseo.» Ya lo ves,
parece claro que el filósofo en este pasaje desconfía
y condena la naturaleza humana; porque con estas
palabras viene a decir que ninguna naturaleza humana
es suficientemente digna ante este exceso de la for-
tuna, ya que supone que no es fácil, para quien es
simplemente un hombre, anteponer a sus hijos lo que
d conviene a la comunidad de los ciudadanos y afirma
que no es justo que gobierne sobre la multitud de los
que son iguales a él y, como colofón final a sus ante-
riores palabras, dice que la ley es la inteligencia sin
deseo, la única a la que hay que confiar la organiza-
ción política y no a ningún hombre. Pues la inteligen-
cia que reside en ellos, aunque sean buenos, está unida
a la ira y a los apetitos, que son las más terribles fieras.

8. Me parece que esta opinión concuerda perfec-
262 tamente con la de Platón, primero, porque el gober-
nante debe ser mejor que los gobernados; después,
superior no sólo por sus costumbres, sino también por
su naturaleza, lo que no es fácil encontrarlo entre los
hombres; y, en tercer lugar, porque por todos los me-
dios a su alcance debe sujetarse a las leyes, que ni
han sido improvisadas ni, como parece hoy, decretadas
por hombres que no han vivido totalmente de acuerdo
con la razón, sino que las leyes las establece alguien
de inteligencia y de alma purificadas, que no mira las
injusticias presentes ni las circunstancias inmediatas,
b sino que ha aprendido la naturaleza de la política y
ha contemplado lo que es justo por naturaleza y lo
que es la injusticia por naturaleza y, trasladando todo
lo posible de la teoría a la realidad, establece leyes
comunes para los ciudadanos, sin mirar a la amistad
o enemistad, al vecino o al familiar; sería mejor re-

dactar y promulgar las leyes no para los contemporáneos, sino para los hombres futuros o para los extranjeros, con quienes no tiene ninguna relación ni *c*
espera tener ningún pacto particular. Porque he oído decir que el sabio Solón, tras deliberar junto con sus amigos sobre el levantamiento de las deudas, a éstos les proporcionó una base de enriquecimiento, pero a él mismo una acusación vergonzosa, y eso pese a haber liberado al pueblo con su gobierno[27]. Así, no es fácil huir de semejantes calamidades, aunque uno se dedique al gobierno con una inteligencia impasible. *d*

9. Por este temor yo, a menudo y como es lógico, alabo mi vida anterior y, obedeciéndote, reflexiono atentamente no sólo sobre lo que dices de que se me propone la emulación con aquellos hombres, Solón, Licurgo y Pítaco, sino también sobre lo que decías de que cambiase la filosofía de salón por la filosofía al aire libre. De la misma manera que si a un hombre 263
que, a duras penas y con esfuerzo a causa de su salud, practica ejercicios moderados en su casa le anunciases: «Ahora has llegado a Olimpia y has cambiado la palestra de tu casa por el estadio de Zeus, en el que tendrás espectadores griegos venidos de todas partes y muy especialmente tus propios conciudadanos, en cuyo nombre tienes que competir, y también algunos bárbaros a los que tienes que impresionar demostrándoles, en la medida de tus fuerzas, que tu patria es todavía más temible», lo derrumbarías inmediatamente *b*
y le harías temblar antes de la competición, de igual modo, créetelo, a mí también me has colocado ahora en una situación semejante con las palabras que me has escrito. Y sobre ello, tanto si lo he interpretado correctamente como si he incurrido en algún error

[27] Cf. Plut., *Solón* 15.

parcial o me he equivocado totalmente, me vas a instruir a partir de ahora.

10. Sin embargo, quiero mostrarte las dificultades
que he encontrado en tu carta, querida cabeza digna
de toda mi estima, pues deseo informarme con más
c claridad sobre ellas. Decías que alabas la vida activa
comparada con la filosófica y ponías como testigo al
sabio Aristóteles, que situaba la felicidad en el obrar
bien y que, observando la diferencia entre la vida po-
lítica y la vida contemplativa, dudaba acerca de ellas
en ocasiones, y, mientras en algunos pasajes pone por
delante la contemplación, en otros alaba «a los arqui-
d tectos de bellas acciones». Tú mismo afirmas que
éstos son los reyes, pero Aristóteles nada ha dicho
sobre esta expresión que tú añades, y más bien del
pasaje que has transcrito podría pensarse lo contra-
rio, pues «empleamos sobre todo *obrar* en sentido ab-
soluto», y «los arquitectos de las acciones exteriores
mediante sus reflexiones»[28] hay que pensar que se re-
fiere a los legisladores, a los filósofos políticos y, en
una palabra, a todos cuantos obran con su inteligencia
y su razón, y no a los que actúan por sí mismos y lle-
264 van a cabo las acciones políticas; a ellos no les basta
pensar, reflexionar y decir a los otros lo que deben
hacer, sino que también les toca intervenir en cada
asunto y hacer lo que las leyes ordenan y, a menudo,
lo que la ocasión reclama, a menos que llamemos ar-
quitecto, como acostumbra Homero a llamar en su
poema a Heracles, al «instruido en las grandes
obras»[29], al que se ocupa por sí mismo de todas las
b cosas. Pero si suponemos que esto es cierto o decimos
que sólo encuentran la felicidad en la gestión de los

---

[28] Aristót., *Polít.*, VII 3, 1325b.
[29] Hom., *Od.* XXI 26.

asuntos públicos los que son soberanos y reinan sobre muchos hombres, ¿qué diremos entonces de Sócrates? Por otra parte, Pitágoras, Demócrito y Anaxágoras de Clazomene dirás quizá que fueron felices a causa de la contemplación. Sócrates, que había rechazado la contemplación y se había abrazado a la vida activa y que no era dueño ni de su propia esposa ni de su hijo, ¿tenía al menos poder sobre dos o tres ciudadanos? c
¿Acaso no llevaba una vida activa porque no era dueño de nadie? Pues yo afirmo que el hijo de Sofronisco llevó a cabo mayores hazañas que Alejandro y hasta él hago ascender la sabiduría de Platón, los conocimientos estratégicos de Jenofonte, el valor de Antístenes, la filosofía de Eretria, la de Mégara, Cebes, Si- d
mias, Fedón y otros innumerables; y no hablo de las colonias que de él nacieron, el Liceo, el Pórtico y las Academias. ¿Quién se salvó por la victoria de Alejandro? ¿Qué ciudad fue mejor gobernada? ¿Qué ciudadano particular se hizo mejor por ello? Podrías encontrar muchos que se hicieron más ricos, pero más sabio ninguno, y ni siquiera Alejandro se hizo más moderado, sino más fanfarrón y orgulloso. En cambio, todos cuantos hoy se salvan gracias a la filosofía, se salvan gracias a Sócrates. Y no soy el único de esta opinión: 265
ya antes Aristóteles parece que pensaba así al decir que no debe enorgullecerse por su escrito teológico menos que el destructor del imperio persa, y me parece que tiene razón al pensar así, porque la victoria depende sobre todo del valor y de la fortuna, aunque se admita, si quieres, que también depende de esta diligente prudencia; pero la adquisición de opiniones auténticas sobre dios no es sólo obra de una perfecta virtud, sino que se podría dudar razonablemente b
si hay que llamar hombre o dios a quien la posea, pues si es verdad lo que se dice de que cada ser es conocido por sus familiares, ¿cómo habría razonablemente

que considerar al intelecto que conoce la esencia divina?

11. Pero puesto que de nuevo parece que nos inclinamos a la vida contemplativa y comparamos con ésta la vida activa, a pesar de que tú rechazaste desde el principio emitir tu juicio, te recordaré a aquellos
c mismos que tú mencionaste, Ario[30], Nicolao[31], Trásilo[32] y Musonio[33]. Pues no sólo ninguno de ellos fue soberano de su propia ciudad, sino que Ario, según dicen, rechazó el gobierno de Egipto que le había sido ofrecido; Trásilo, que había convivido con Tiberio, tirano cruel y despótico por naturaleza, si no se hubiese defendido mediante los escritos que nos ha dejado,
d mostrándose tal cual era, hubiera sido condenado para siempre a una vergüenza imborrable; tal fue el nulo provecho que le acarreó la política; Nicolao, que personalmente no fue autor de grandes acciones, sin em-

---

30 Ario Dídimo de Alejandría fue un filósofo estoico, o más bien ecléctico, maestro de Augusto, citado por Juliano en varias ocasiones, como puede verse en el Índice de nombres propios. (Cf., además, Plut., *Antonio* 80; Séneca, *Consol. ad Marc.* 4; Suetonio, *Augusto* 89.) Los fragmentos de sus obras, entre las que había una *Consolación a Livia* por la muerte de Druso, en Diels, *Doxographi graeci* 447-72.

31 Nicolao de Damasco fue consejero e historiador de Herodes el Grande, a quien acompañó a Roma. Escribió obras dramáticas, filosóficas y científicas, además de un panegírico de Augusto y una historia universal, a la que parece referirse especialmente Juliano unas líneas más abajo. Los restos de su obra, en Jacoby, *FGrHist.* II A, 324, y C, 229.

32 Trásilo de Alejandría fue un astrólogo que conoció a Tiberio durante su estancia en Rodas, permaneciendo en contacto con él hasta su muerte. Cf. Tácito, *Anales* VI 21.

33 Musonio Rufo, filósofo estoico, maestro de Epicteto entre otros, fue desterrado por Nerón hacia el año 60 y, más tarde, en el 65-6, con motivo de la conspiración de Pisón, volvió a ser desterrado a la isla de Gyaros. Tras su vuelta sufrió un nuevo destierro en el reinado de Vespasiano.

bargo es conocido sobre todo por las obras que tratan de ellas, y Musonio lo es por los padecimientos que sobrellevó con valentía y, por Zeus, por su fortaleza ante la crueldad de los tiranos y quizás no fue menos feliz que los que gobernaron grandes reinos. Ario, que 266
rechazó voluntariamente el gobierno de Egipto, se privó a sí mismo del objetivo supremo, si es que creía que éste era el más importante. Y tú mismo, ¿eres un hombre inactivo porque no eres general ni orador ni gobiernas sobre un pueblo o una ciudad? No diría eso un hombre sensato. Pues tú puedes, al formar filósofos, aunque sólo sean tres o cuatro, hacer un mayor bien a nuestra vida que muchos reyes juntos. No está el *b*
filósofo al frente de una parte insignificante ni, como dices, es dueño tan sólo del consejo sobre los asuntos públicos, ni su acción se limita a la palabra, sino que, afirmando sus palabras con la acción y mostrándose tal cual quiere que los demás sean, se puede hacer mucho más convincente y, en lo que respecta a la acción, más eficaz que los que se lanzan a las bellas acciones bajo una orden. *c*

12. Pero hay que volver al principio y poner límite a esta carta que es más larga, quizás, de lo conveniente. Lo fundamental es que ni el evitar las fatigas ni la persecución del placer ni el amor a la inactividad y a la facilidad me hacen llevar a mal la vida política, sino, como dije desde el principio, el convencimiento de que no poseo una educación adecuada ni una naturaleza superior y, además, el temor de que, pese a mi amor por la filosofía, no haya llegado todavía a ella y pueda *d*
desacreditarla, cuando ya no goza de buena reputación, ante los hombres de hoy; esto ya te lo escribí anteriormente y ahora he intentado, en la medida de mis fuerzas, rechazar tus reproches.

13. Que dios te conceda la mejor fortuna y una prudencia acorde con tu fortuna, porque yo creo que ahora estoy más necesitado que nunca de la ayuda del Todopoderoso y de la de vosotros los filósofos, coloca-
267 do a vuestro frente y frente al peligro. Y si dios hubiera dispuesto para los hombres valiéndose de nosotros algo mejor que nuestros proyectos y que la opinión que tengo de mí mismo, no hay que tomar a mal mis palabras. Pues soy consciente de que la única virtud que poseo es precisamente que no creo poseer las mayores virtudes cuando no tengo ninguna, como tú mismo ves, y por ello es lógico que grite y pida que no exijáis grandes cosas de nosotros, sino que lo
b dejéis todo en manos de dios. Así podría yo justificar mis errores y, si todo sale bien, mostrarme agradecido y mesurado no atribuyéndome a mí mismo obras ajenas; es a dios, como es justo, a quien sabré atribuir todo y a vosotros os exhorto a que conozcáis ese agradecimiento.

VII

CONTRA EL CÍNICO HERACLIO

INTRODUCCIÓN

Algunos días antes del 22 de marzo del 362 el cínico Heraclio dio en Constantinopla una conferencia pública a la que asistió el emperador Juliano que, sólo por respeto a los presentes, soportó sin moverse hasta el final, pese a su indignación. Pocos días después contestó con el presente discurso que, contra su costumbre, dio a conocer también en una lectura pública[1].

La irritación del emperador provenía, según sus propias palabras, de la irreverencia de Heraclio hacia los dioses, llevada hasta el extremo de narrar un mito en el que Juliano era simbolizado por Pan y el propio conferenciante nada menos que por Zeus.

Podemos señalar tres puntos fundamentales en la respuesta de Juliano: a) el uso inadecuado de los mitos; b) la diferencia total entre los primeros y auténticos cínicos y la mayoría de sus actuales representantes al estilo de Heraclio; c) la parábola final que sobre sí mismo traza el emperador a modo de ilustración de cómo hay que componer los mitos.

El mito sólo debe ser utilizado por quien, por diversos motivos, no goza de libertad de palabra, lo que no

---

[1] Lib., *Or.* XVIII 157, es quien señala que este discurso fue compuesto en la noche anterior o posterior al discurso *Sobre la Madre de los dioses*, escrito en las fiestas de Atis, que comenzaban en la fecha indicada.

es el caso de Heraclio, que afirma ser el único hombre libre. Además, el mito tiene su lugar adecuado, dentro de la filosofía, en la teología de iniciación y en los misterios, dirigido a la multitud que es incapaz de recibir directamente las palabras divinas. Ello le lleva a desarrollar su concepto de lo que debe ser el mito, tanto en lo que se refiere a la lengua como al contenido, aduciendo ejemplos de interpretación propia sobre el mito de Sémele. El sentido oculto de un mito es una incitación para elevarnos hacia la esencia abstracta de los dioses [2]. La interpretación alegórica de los mitos es para los neoplatónicos fundamental, y, por ello, no es extraño que Juliano reaccione vivamente contra una utilización de los mismos que, en vez de realzar la majestad de los dioses, tiende a vulgarizarla y desprestigiarla.

Pero es que, por otra parte, los cínicos inquietan su espíritu. Estos «perros vagabundos» que no respetan nada divino ni humano son una incitación constante a la desobediencia y al ateísmo, según el emperador y, en consecuencia, poca ayuda pueden prestar a su obra de rehabilitación religiosa del ideal helénico. Critica de manera feroz su comportamiento presuntuoso y su afectación exterior, su desprecio de la cultura y, haciendo labor de zapa a sus pies, su distanciamiento de los grandes fundadores de la secta, un Diógenes o un Crates, cuya reverencia a los dioses estaba muy lejos del descreimiento de estos Heraclios actuales y de otros cínicos posteriores famosos como Enómao. Lo que calla, sin embargo, el neoplatónico Juliano es que ya Diógenes se había convertido en el principal crítico de su admirado Platón. Junto a los

---

2 La interpretación del mito que da Juliano se corresponde totalmente con la del tratadito de SALUSTIO, *Sobre los dioses y el mundo* III y IV.

epicúreos, a los que ya se ha referido en la anterior *Carta a Temistio*, y, por supuesto, junto a los galileos, sin olvidarse de los escépticos [3], los cínicos van a convertirse en uno de los blancos ideológicos del fervoroso Juliano, que recomienda expresamente, frente a ellos, la escuela platónica, la aristotélica y la estoica. Este discurso y el otro a ellos dirigido, *Contra los cínicos incultos*, no dejan lugar a dudas sobre la postura de Juliano respecto a esta escuela, siendo sintomático que los compare a los apotactitas o renunciadores y mendicantes cristianos.

La parábola final que sobre sí mismo escribe Juliano es un mito bastante claro cuyo principal objetivo es, una vez más, mostrar cómo su puesto al frente del imperio ha sido el cumplimiento de la voluntad divina por contraposición al ateísmo y la vida muelle de sus antecesores. Y, aunque ya hemos insistido en ello, no deja de ser chocante cómo en este mito Juliano, defensor de los dioses y de la verdad contra los impíos, prefigura a menudo, incluso en los detalles, la imagen del cruzado medieval.

---

[3] Cf. la carta 89b, 301c. Todo ello está en la línea de censura platónica que aparece en las *Leyes*.

SINOPSIS DEL DISCURSO

	Parágrafos
Indignación ante la conferencia de Heraclio y plan del discurso: cuál debe ser la disposición de los mitos y el respeto debido a los dioses.	1
Dificultad de averiguar el origen del mito. Sus valores son el placer y la seducción. Han de aplicarse al alma pequeña, que todavía no puede aprender la verdad, para calmar su excitación y dolor.	2
Del mito extrajeron los poetas la fábula que contiene una exhortación de forma disimulada por necesidades del que habla.	3
Si Heraclio es libre, no necesita valerse de mitos. Irreverencias de Heraclio con los nombres de los dioses. Desprestigio total de Enómao y los cínicos modernos que patean las leyes divinas y humanas.	4-6
Hay que seguir los preceptos del dios délfico. Ejemplo del auténtico cinismo en Diógenes y Crates.	7-9
Mitografía y filosofía. Partes de la filosofía. El mito sólo encaja en la moral, en la teología de iniciación y en los misterios: perfecciona nuestra inteligencia y la porción superior de nuestra alma.	10-12
En los temas divinos el estilo debe ser grave y noble y no inverosímil. Ejemplos: leyenda de Heracles e interpretación propia del mito de Sémele. Los mitos inverosímiles al pensamiento nos hacen observar el sentido oculto para alcanzar su esencia abstracta.	13-17
Inadecuado es emplear mitos para corregir costumbres. Comparación de los cínicos a los apotactitas. Vergüenza de su comportamiento.	18-19

CONTRA EL CÍNICO HERACLIO

[Sobre cómo debe comportarse el cínico y si conviene al cínico componer mitos]

1. «En verdad muchas cosas ocurren en un largo 204
período de tiempo»[1]. Este verso de la comedia, que yo conocía, estuve hace poco a punto de soltarlo cuando fuimos invitados a escuchar a un perro[2] que ladraba sin claridad y sin nobleza y que, como las nodrizas, contaba cuentos que, además, ni siquiera sabía dispo-
ner adecuadamente. Estuve a punto de levantarme in- b
mediatamente y de disolver la reunión, pero, ya que tenía que escuchar como en un teatro a los actores que se burlan de Heracles y de Dioniso[3], permanecí quieto no por respeto al orador, sino a los reunidos, y sobre todo, si hay que hablar con más atrevimiento, por nosotros mismos, para no dar la impresión de que actuaba más por superstición que por un pensamiento piadoso y reflexivo, si levantaba el vuelo como las pa-
lomas azuzado por sus palabras. Me quedé, recitándo- c
me aquel verso:

---

1 ÉUPOLIS, *fr.* 356 KOCK.

2 Juliano emplea el substantivo en lugar del adjetivo que habitualmente traducimos por «cínico».

3 Cf. ARISTÓF., *Ranas*, en toda su primera parte; otra referencia al tema en *Misopogon* 366c.

Aguanta, corazón, que ya aguantaste antes
mayores perrerías[4],

soporta también, durante una pequeña parte del día,
a un perro charlatán, que no es la primera vez que
escuchas blasfemar contra los dioses, ni llevamos tan
bien los asuntos públicos, ni es tan grande nuestra
205 prudencia en los privados, ni somos tan afortunados
como para mantener nuestros oídos puros o para que
nuestros ojos, en fin, no se manchen con las impieda-
des de todo tipo de esta raza de hierro[5]. Y como si
estuviéramos faltos de tales males, este perro ha ve-
nido a colmarlos con impías palabras, al nombrar al
mejor de los dioses como ojalá nunca lo hubiera él
dicho ni nosotros lo hubiéramos escuchado. Ahora,
ante vosotros, intentemos enseñarle en primer lugar
que un perro es más apto para escribir discursos que
b mitos, a continuación cuáles y de qué tipo deben ser
las disposiciones de los mitos —si es que la filosofía
necesita de la mitografía—, y después hablaré breve-
c mente sobre el respeto debido a los dioses. Porque
ésta es la causa de que me dirija a vosotros, aunque
no soy escritor y he rechazado el hablar en público
hasta ahora como un género insoportable y sofístico,
pero quizá no sea inadecuado que yo diga y vosotros
escuchéis unas pocas palabras sobre el mito como una
especie de genealogía.

2. En cuanto a su origen, dónde fue inventado y
quién fue el primero que intentó disponer convincen-
temente lo falso con vistas a la utilidad y a la seduc-
ción de los oyentes, no sería más fácil de averiguar
que si alguien intentase investigar quién fue el pri-
d mero que estornudó o que escupió. Pero si, al igual

[4] Hom., *Od.* XX 18.
[5] Hes., *Trabajos* 174 ss.

que hay jinetes en Tracia y en Tesalia y arqueros y tropas más ligeras en India, Creta y Caria —sus costumbres van de acuerdo con la naturaleza del terreno, según creo—, se piensa que sucede lo mismo en los demás asuntos, entonces habrían sido inventados los mitos en aquellos pueblos en los que son más estimados. Parece que el mito es en su primera fase una invención de los hombres que viven en comunidad y
desde entonces hasta ahora ha seguido participando 206
en la vida pública como cualquier otro instrumento musical, la flauta o la cítara, a causa de su placer y de su seducción. Pues lo mismo que las aves vuelan, los peces nadan y los ciervos corren sin que por naturaleza necesiten para nada un aprendizaje y, aunque estén atados y se les impida, intentan sin embargo utilizar los miembros para cuyo uso saben estos animales que han nacido, de la misma forma creo que el género
humano, que posee un alma que no es sino razón y *b*
ciencia como encerradas en su interior, lo que los sabios llaman potencia, tiende al aprendizaje, a la investigación y a la actividad múltiple como a lo más propio de sí mismo. Y a quien un dios benevolente libera rápidamente de sus ataduras y convierte su potencia en acto, en ése al instante aparece la ciencia, mientras que en los que permanecen todavía encadenados, al
igual que se dice, según creo, que a Ixión[6] se le pre- *c*
sentó una imagen en lugar de la diosa Hera cuando la perseguía, así se alumbra en ellos una opinión falsa en lugar de la verdadera[7], de donde les nacen esas opiniones vanas y monstruosas que son como ciertas imágenes y sombras de la auténtica ciencia. Practican la mentira en lugar de la ciencia de lo verdadero y la enseñan con todo empeño y la aprenden como algo

---

[6] Frase reconstruida por Bidez ante el estado defectuoso del texto.

[7] Nueva reconstrucción de Bidez.

bueno y maravilloso. En resumen, si tengo que presentar alguna defensa de los que primero plasmaron
d los mitos, me parece que, igual que las nodrizas aplican algunos trozos de cuero a las manos de los niños arañadas por el crecimiento de sus dientes, para aplacar su dolor, así también ellos, como si se dirigiesen a almas de niños, cuando el alma pequeña empieza a echar alas y desea saber más, pero todavía no puede aprender la verdad, las conducen por un desvío, como si regasen una tierra sedienta, para calmar, en mi opinión, su excitación y su dolor.

207 3. Cuando el mito se extendió y fue muy conocido entre los griegos, los poetas extrajeron de él la fábula, que se diferencia del mito en que no está creado para los niños, sino para los hombres, y no es sólo una seducción de las almas, sino que contiene además algún tipo de exhortación; en efecto, de forma disimulada quiere exhortar y enseñar cuando el que habla evita hacerlo abiertamente por suponer un rechazo del audi-
b torio. Así, en efecto, parece que ha trabajado Hesíodo y, tras él, Arquíloco, como si adornase su poesía con un cierto condimento, se valió no pocas veces del mito, viendo, como es natural, que el tema que trataba necesitaba de esta seducción de las almas y dándose perfecta cuenta de que la poesía privada del mito es una mera versificación y está privada, como alguno podría decir, de sí misma, y entonces ya no nay poesía. De la Musa de la poesía sacó estos condimentos y los presentó él mismo para que le considerasen no un siló-
c grafo[8], sino un poeta. Y el Homero, el Tucídides o el Platón de los mitos, o como quieras llamarlo, fue sin

8 Los *silloi* eran poesías satíricas y críticas, iniciadas por Jenófanes y que alcanzaron con Timón de Fliunte, en el siglo III a. C., su mayor influencia.

duda Esopo de Samos, esclavo no más por la fortuna que por su elección, y hombre no desprovisto de sensatez tampoco en este punto, pues como la ley no le concedía la libertad de palabra, le convenía presentar sus consejos disimulados en la sombra y coloreados con el placer y la gracia, de la misma manera que, de entre los médicos, los que son libres prescriben lo necesario, mientras que quien es a un tiempo servidor *d*
por el azar y médico de profesión tiene problemas cuando se ve obligado a adular y a curar al mismo tiempo a su amo.

4. Así pues, si este perro se encuentra en tal servidumbre, que hable, que escriba, que todo el mundo le ceda el uso de los mitos; pero si dice que él es el único hombre libre, no se para qué ha de valerse de mitos. ¿Acaso para, mezclando lo amargo y mordiente 208
de su consejo con el placer y la gracia, dar un beneficio y al tiempo evitar recibir algún mal de la persona beneficiada? Pero esto es demasiado servil. ¿Habría recibido una mejor educación si no escuchara nombrar las propias cosas y los nombres que les corresponden, como en la comedia cuando se llama «barca» a la barca? ¿En lugar de fulano hay que decir Faetonte? ¿Por qué manchar de manera impura el título de He- *b*
lios rey? ¿Quién es digno de ser llamado Pan, quién de ser llamado Zeus[9] de entre

los hombres que marchan por la tierra[10]

para que transpongamos nuestros pensamientos de aquí hasta ellos? Incluso aunque esto fuera posible, sería mejor llamar a los hombres por sus propios

---

[9] En su exposición, Heraclio había llamado Pan a Juliano y Zeus a sí mismo. Cf. *infra*, 234c.

[10] Hom., *Il.* V 442.

nombres: ¿no sería, en efecto, preferible hablar así, poniéndoles nombres humanos, o mejor todavía sin ponérselos, pues son suficientes los que nos pusieron
c nuestros padres? Pero si no es fácil aprender por medio de la ficción ni le es dado a un cómico inventar tales ficciones, ¿por qué no ahorrarnos este lujoso gasto y, además, por qué perdemos el tiempo imaginando y componiendo fabulitas y después escribiéndolas y aprendiéndolas de memoria? A lo mejor es que, aunque la razón dice que no hay que permitir que un
d perro, «que es el único que participa de la libertad», cante en las reuniones públicas en lugar de la verdad y de lo que son sus ficciones, la mentira y las ficciones, la costumbre le viene sin embargo a partir de Diógenes, de Crates [11] y de sus seguidores. Ningún ejemplo semejante podrás encontrar en parte alguna. Pues no necesito por ahora decir aquello de que a un cínico «que reevalúa su moneda» [12] no le conviene en absoluto hacer caso a la costumbre, sino tan sólo a la razón, y encontrar en sí mismo lo que debe hacer y no apren-
209 der de fuera. Si el socrático Antístenes, como Jenofonte, anunció algunas cosas por medio de los mitos, no te engañes sin embargo por ello, que un poco más adelante te lo explicaré.

5. Y ahora, por las Musas, contéstame a esta pregunta sobre el cinismo: ¿es acaso una demencia y una

---

[11] Crates de Tebas, maestro de Zenón el fundador del estoicismo (cf. Dióg. Laerc., VII 1, 3).

[12] Cf. Juliano, *Contra los cínicos incultos* 188a. La fuente es Dióg. Laerc., VI 20, 71, que lo dice hablando de Diógenes el Cínico. El término griego significa, en realidad, «falsificar moneda» y está empleado en sentido metafórico, aludiendo a que Diógenes no aceptaba la «moneda corriente», es decir, las ideas comunes, en su trato con los hombres. Sin embargo, Laercio lo toma al pie de la letra y nos cuenta que Diógenes falsificó moneda en su juventud.

vida no humana, sino una disposición salvaje del alma, que piensa que no hay nada bello, nada precioso, nada bueno? Pues eso es lo que Enómao[13] podría hacer suponer a muchos; si te hubieras tomado el trabajo de *b*
reflexionar sobre ello, lo hubieras visto claramente en la propia voz del perro y en su ataque contra los oráculos y, en una palabra, en todo lo que escribió aquel hombre. Estando así las cosas, hacer desaparecer toda reverencia a los dioses, deshonra toda prudencia humana y provoca el pisotear no sólo las leyes, que también reciben el nombre de lo bello y lo justo, sino también aquellas que procediendo de los dioses están como grabadas en nuestras almas, por las que *c*
todos estamos convencidos, sin necesidad de aprenderlo, de que existe algo divino, y hacia ello creo que miramos y dirigimos nuestros esfuerzos disponiendo nuestras almas de la misma forma que, en mi opinión, los ojos hacia la luz; además, aunque se rechazase la segunda ley, sagrada y divina por naturaleza, que ordena respetar total y absolutamente a los demás inclinándonos a no provocar ni de palabra, ni de obra, ni *d*
con los secretos impulsos del alma, y que es nuestra guía de la más perfecta justicia, ¿acaso no es esto digno del báratro? ¿No sería necesario que los que alaban estas opiniones fueran desterrados, igual que las víctimas expiatorias, no atacándoles con los tirsos, pues es un castigo demasiado suave para sus crímenes, sino haciéndoles perecer lapidados? ¿En qué se diferencian éstos, contéstame, por los dioses, de los bandidos del desierto y de los que se apoderan de las costas para maltratar a los que desembarcan? Dicen que en que des- 210
precian la muerte, como si esta locura no fuera propia

[13] Enómao de Gádara, cínico del siglo II de cuyos escasos fragmentos conservados se deduce un ataque a los oráculos y una defensa de la libertad humana frente al determinismo.

también de los piratas. Pues el que entre vosotros es llamado poeta y mitólogo, según reveló la Pitia a los piratas que la consultaron, ese héroe y demon dice sobre los que ejercen la piratería en el mar:

Como los piratas que errantes por el mar
exponen sus vidas[14].

b ¿Qué otro testimonio buscas de la locura de los piratas? A no ser que alguien diga que esos piratas son más valientes que estos perros, y estos perros más impúdicos que aquellos piratas. Pues éstos, inconscientes de su depravada vida, se lanzan a lugares solitarios no tanto por miedo a la muerte como por vergüenza, mientras que los cínicos, errando por los lugares públicos, siembran el desconcierto en las leyes comunes al introducir una conducta ciudadana no mejor ni más
c pura, sino peor y más repugnante[15].

6. Las tragedias que se atribuyen a Diógenes —se está de acuerdo en que son obra de algún cínico y sólo queda la duda de si son del maestro, de Diógenes, o
d de su discípulo Filisco—, ¿quién podría al leerlas no sentir repugnancia y considerar que no se quedan detrás de las otras en su exceso de blasfemia? Tomemos las de Enómao, que también escribió tragedias semejantes a sus discursos: son el colmo de la infamia y lo más depravado, y no las calificaría adecuadamente aunque hablase de los males de los magnesios[16], del

---

14 Hom., *Od.* III 73-4.

15 A continuación figura una frase que hay que considerar como una glosa introducida en el texto: «Hoy la mayoría son más respetuosos, aunque algunos quizá al principio se comportaron con desvergüenza».

16 Cf. Arquíloco, *fr.* 107 Adrados, y Suidas, *s. v.* «Magnetes». Los males de los magnesios, según Estrabón, XIV 1, 40, procederían de la toma de su ciudad por los cimerios, y la expresión se hizo proverbial.

mal Termerio[17] y, en una palabra, de cualquier trage- 211
dia junto con el drama satírico, con la comedia y con el mimo[18]: tan vergonzosas y llenas de locura hasta la exageración ha fabricado artísticamente aquel hombre sus tragedias. Y si alguien quiere mostrarnos cómo es el cinismo a partir de estos ejemplos, blasfemando contra los dioses y ladrando contra todos, como decía al principio, que se vaya a cualquier lugar de la tierra, adonde quiera, y buen viaje.

7. Pero si, como el dios dijo a Diógenes, revaluan- b
do su moneda sigue el anterior consejo dado por el dios, el «conócete a ti mismo» que en sus obras parecen haber buscado Diógenes y Crates, eso ya lo consideraría yo completamente digno de un hombre que quiere ser general y filósofo. ¿Sabemos qué fue lo que dijo el dios? Le ordenó que despreciase la opinión de c
la masa y revaluase no la verdad, sino su moneda. Y el «conócete a ti mismo», ¿en qué lugar lo pondremos? ¿En el de la moneda? ¿O bien lo pondremos precisamente como lo más importante de la verdad y diremos que mediante el «conócete a ti mismo» se puede decir el «revalúa tu moneda»? Pues lo mismo que quien desprecia las opiniones del vulgo y llega a la auténtica verdad no se juzgará según aquéllos, sino según los que existen realmente, de la misma forma, en mi opinión, el que se conoce a sí mismo sabrá exactamente d
lo que es y no lo que cree ser. ¿Es que no es Apolo Pítico un auténtico dios, y no lo sabía muy bien Diógenes, que, obedeciéndole, en lugar de ser un deste-

17 Cf. Plut., *Teseo* 11: Termerio era un bandido que mataba a sus víctimas a cabezazos, hasta que obtuvo el mismo suplicio a manos de Teseo. Otra expresión proverbial como la anterior.

18 La repulsa de Juliano contra los espectáculos teatrales se pone especialmente de manifiesto en repetidas ocasiones en el *Misopogon*.

rrado se mostró no ya mayor que el rey de los persas, sino que, según transmite la tradición, fue incluso envidiado por el que disolvió el poderío persa, el que rivalizó con los trabajos de Heracles y el que ambicionó superar a Aquiles?[19].

8. Cómo se comportó, pues, este Diógenes res-
212 pecto a las cosas divinas y humanas, no por medio de los discursos de Enómao ni de las tragedias de Filisco, inscribiendo en las cuales el nombre de Diógenes lanzó muchas mentiras contra su divina cabeza, sino por medio de sus propias acciones, debe ser conocido. ¿Por qué, por Zeus, fue a Olimpia? ¿Para ver a los competidores? ¿Cómo es posible? ¿No podía verlos sin problemas en los Juegos Ístmicos o en los Panatenaicos? ¿Acaso quería encontrarse allí con los griegos más
b ilustres? Pues ¿no frecuentaban también el istmo? No se podría encontrar otra causa más que el culto al dios. Y no le atemorizaba el rayo, como tampoco me asusta a mí, que, por los dioses, en numerosas ocasiones he consultado los signos celestes. Y, sin embargo, tanto tiemblo ante los dioses, los amo, los venero, los temo y, en una palabra, experimento ante ellos los mismos sentimientos que un hombre puede sentir hacia unos buenos amos, hacia los maestros, hacia los padres,
c hacia los que nos protegen, en una palabra, hacia todos los seres de este tipo, que estuve a punto de levantarme al instante y marcharme a causa de tus palabras. No sé cómo me vino la idea de decirlo cuando quizá hubiera debido callarme. Diógenes, pobre y desprovisto de riquezas, marchó a Olimpia y mandó venir
d a su lado a Alejandro, si hay que fiarse de Dión[20]. Así, creyó que a él le convenía frecuentar los santuarios de

[19] Alejandro.

[20] DIÓN CRIS., *Or.* IV 12. Cf. la carta XXXI de Diógenes en HERCHER, *Epist. Graeci*, págs. 254-5.

los dioses y al rey más importante de su época le convenía su propia compañía. Y las cartas que escribió a Alejandro, ¿no son exhortaciones sobre la monarquía? No sólo en sus palabras fue Diógenes piadoso, sino también en sus actos. Escogió Atenas para vivir, pero cuando la divinidad lo llevó a Corinto, puesto en libertad por su comprador, no pensó que debía abandonar esta ciudad. En efecto, estaba convencido de que 213
los dioses se preocupaban de él y de que lo habían llevado a Corinto no en vano ni por ningún azar, sino con algún propósito, al ver Diógenes que esta ciudad era más disipada que Atenas y necesitaba un hombre bastante más sensato y más noble.

9. Pues ¿qué? ¿No son también los inspirados y encantadores versos de Crates abundantes ejemplos de su veneración y respeto a los dioses? Escucha, pues, b
los que te voy a citar, si no tienes tiempo de aprenderlos directamente:

De Mnemósine y Zeus Olímpico ilustres hijas,
Musas de Piéride, escuchad mi súplica.
Pasto abundante dad a mi vientre y dadlo
sin la esclavitud que hace la vida frugal.
... ...
Útil para los amigos, no agradable, hacedme.
Riquezas no quiero reunir fabulosas, del escarabajo
[la dicha, c
de la hormiga la abundancia anhelo por riqueza,
Mi parte sea la justicia y una opulencia inocente,
cómoda, bien ganada, honrada por su virtud.
Si lo obtengo, a Hermes y a las Musas puras
[aplacaré
no con lujosos derroches, sino con piadosa
[virtud[21]. d

[21] Réplica a la famosa *Elegía a las Musas* de Solón, esta

Ya ves que suplicaba a los dioses celebrándolos y no blasfemando como tú. ¿Cuántas hecatombes son dignas de la santidad que también el divino Eurípides cantó justamente al decir:

Santidad, reina de los dioses, Santidad[22]?

¿O tampoco te das cuenta de que todas las ofrendas a los dioses, grandes o pequeñas, acompañadas de la
214 santidad tienen la misma fuerza, pero sin la santidad no ya una hecatombe por los dioses, sino la quiliombe[23] de Olimpia es un simple gasto y nada más? Esto es lo que, en mi opinión, nos enseña el propio Crates cuando honraba a los dioses tan sólo con la santidad que poseía, y los celebraba, y enseñaba a los demás a preferir en los asuntos sagrados no los gastos a la santidad, sino la santidad a aquéllos. Siendo así estos dos hombres respecto a los dioses, no reunían auditorios ni, como hacen los sabios, conversaban con sus amigos
b por medio de imágenes y mitos, pues como dice bellamente Eurípides:

Simple es la palabra de la verdad[24],

y añade que el mentiroso y el injusto necesitan un estilo oscuro. ¿Cuál era, pues, su comportamiento? Sus obras iban por delante de sus palabras, y ellos, que honraban la pobreza, fueron los primeros en despreciar abiertamente sus bienes patrimoniales; ellos, que amaban la sencillez, fueron los primeros en practicar la simplicidad en todas las cosas; ellos, que despojaban la vida de los demás de su elemento trágico y de su

---

elegía de Crates volverá a ser citada por Juliano en *Contra los cínicos incultos* 199d ss.

22 Euríp., *Bac.* 370.

23 Sacrificio de mil bueyes.

24 Euríp., *Fen.* 469.

arrogancia, fueron los primeros que habitaron las pla- c
zas o los santuarios de los dioses; combatieron la molicie antes que con las palabras con sus obras, y con ellas lo probaban y no gritando con palabras que es posible compartir el gobierno con Zeus cuando no se tienen necesidades, o son mínimas, o cuando el cuerpo no constituye un obstáculo; censuraban a los que habían cometido una falta cuando todavía estaban vivos,
pero no blasfemaban contra los muertos, porque tam- d
bién los enemigos más moderados hacen las paces con los que han desaparecido[25]. El auténtico perro no tiene, por lo demás, ningún enemigo, aunque alguien pisotee su insignificante cuerpo, aunque arrastre su nombre, aunque lo injurie y lo ultraje, porque el sentimiento de odio nace contra un adversario, pero lo que está por encima de la rivalidad con otro suele ser honrado con la benevolencia; aunque alguien esté dispuesto de otra
forma hacia él como, en mi opinión, es la actitud de 215
muchos hacia los dioses, no es su enemigo, pues no puede dañarle, mientras que ese hombre, imponiéndose a sí mismo un pesadísimo castigo por desconocer a quien es superior, queda privado de su ayuda.

10. Si mi tema ahora fuera escribir sobre el cinismo, podría decir sobre ello no menos cosas, segura-
mente, de las que ya he dicho. Pero ahora, dando b
marcha atrás hacia el tema que nos ocupa, examinemos a continuación cómo deben ser los que inventan mitos. Quizá precede a esta cuestión aquella otra de en qué tipo de filosofía encaja la mitografía. Pues parece que muchos de los filósofos y de los teólogos han hecho lo mismo, como Orfeo, el más antiguo de los que filosofaron inspirados, y no pocos de los que
le siguieron. Y no de manera diferente parece que Je- c

[25] Actitud del propio Juliano hacia Constancio.

nofonte, Antístenes y Platón se han valido en muchos lugares de los mitos, de forma que se nos muestra que, si no al cínico, al menos a algún tipo de filósofo le va bien la mitografía. Y poco hay que decir sobre las partes u órganos de la filosofía[26], pues no existe gran diferencia, aunque se añada la lógica a la moral y a la física, ya que parece igualmente necesaria para
d ambas. Cada una de estas tres partes a su vez se subdivide en otras tres: la física, en teología, matemáticas y la especulación sobre la generación y la destrucción, sobre lo eterno y sobre los cuerpos, la existencia y la esencia de cada uno de ellos; la moral se divide en lo relativo a un solo individuo o ética, economía, que se refiere a una sola casa, y política, relativa a la ciudad; finalmente, la lógica en demostrativa, cuando opera
216 por medio de la verdad, coactiva, por medio de la opinión, y en paralogística, por medio de la apariencia de la opinión. Éstas son las partes de la filosofía, si no se me ha olvidado nada, pues no sería extraño que un soldado no conozca con excesiva exactitud ni hasta la punta de las uñas estas cuestiones, de las que habla no por la práctica de los libros, sino por su propia
b experiencia. Al menos sed vosotros mis testigos, contando los días que han transcurrido entre hoy y la conferencia de que hablamos, de qué llenos de ocupaciones han estado para nosotros. Pero, como decía, si algo se me ha quedado fuera, aunque yo al menos creo que no falta nada, el que lo añada «amigo, no enemigo, será»[27].

11. De estas partes de la filosofía, ni en la lógica, ni en la física, ni en la matemática encaja la mitografía; tan sólo, si acaso, en aquella parte de la moral

---

26 Cf. *Contra los cínicos incultos* 190a.

27 PLAT., *Tim.* 54a.

que se refiere a un solo individuo y en aquella parte de la teología que se refiere a la iniciación y a los misterios.

Pues la naturaleza ama ocultarse[28] c

y no soporta que, lo que de la esencia de los dioses está oculto, sea arrojado con desnudas palabras a oídos impuros. Por eso la naturaleza inexpresable y desconocida de los símbolos tiene su utilidad, porque cura no sólo las almas, sino también los cuerpos, y propicia la presencia de los dioses. Esto es lo que, creo yo, se produce también a menudo por medio de los mitos cada vez que ante los oídos de la multitud, incapaces de recibir con pureza las palabras divinas, se manejan d
los enigmas junto con la puesta en escena de los mitos. Queda así claro a qué tipo y a qué género de filosofía pertenece a veces la mitografía, lo que, además de nuestras palabras, lo atestigua la elección de nuestros predecesores, ya que Platón ha utilizado abundantemente los mitos al explicar su teología del Hades y, antes que él, el hijo de Calíope[29] y Antístenes, Jenofonte y el propio Platón, al tratar de temas éticos, han mezclado en sus escritos mitos a propósito y no 217
fuera de lugar; si tú querías imitarlos, hubieras debido introducir en lugar de Heracles el nombre de algún Perseo o Teseo y grabar el sello de Antístenes, y, en lugar de la puesta en escena de Pródico referente a las dos diosas[30], haber introducido en el teatro otra b
disposición semejante.

12. Ya que he hablado de los mitos de iniciación, pues bien, veamos nosotros mismos cómo deben ser los

[28] HERÁCLITO, *fr.* 123 DIELS.
[29] Orfeo.
[30] El mito de Heracles en la encrucijada solicitado por la Virtud y el Vicio personificados femeninamente (JENOF., *Memor.* II 1, 21 ss.).

que se adaptan a cada una de las dos partes de la filosofía, sin necesidad ya de antiguos testigos en cada caso, sino siguiendo las huellas recientes de un hombre[31] ante el que, después de los dioses, e igual que ante Platón y Aristóteles,

c *me admiro y quedo asombrado*[32].

Este hombre habla no de todos los mitos, sino sólo de los de iniciación que nos transmitió Orfeo, aquel que estableció los ritos de iniciación más sagrados. Pues lo que hay de inverosímil en los mitos, con eso mismo se abre camino hacia la verdad, porque cuanto más paradójico y prodigioso es el enigma, tanto más parece atestiguar no la fe en sus propias palabras, sino la búsqueda de lo oculto y el no rendirse antes de que,
d bajo la guía de los dioses, su descubrimiento inicie, o mejor perfeccione, nuestra inteligencia y lo que hay en nosotros superior a la propia inteligencia, esa pequeña porción del Uno y del Bien que contiene el todo indivisible, el pleroma[33] del alma, que la incluye toda entera en el Uno y en el Bien por medio de su presencia superior, distinta y excelsa. Pero, como no sé de qué manera al hablar del gran Dioniso me han venido estos transportes báquicos y esta locura,

pongo un buey en mi lengua[34],

porque no hay que decir nada de lo que no está per-
218 mitido. Que los dioses me concedan el disfrute de ello, igual que a todos vosotros, que todavía no estáis iniciados.

---

31 El neoplatónico Jámblico.
32 Hom., *Od.* VI 168.
33 El mundo ideal de la inteligencia perfecta.
34 Teognis, 815; Esq., *Agam.* 36, etc.

13. Volviendo sobre lo que a vosotros y a mí nos
está permitido decir y escuchar, todo discurso pro-
nunciado se basa en el estilo y en el pensamiento. Así
pues, como también el mito es una especie de discurso,
se basará en esas dos premisas; examinemos cada una
de ellas. En todo discurso hay un cierto pensamiento *b*
simple y, a su vez, también puede ser llevado de
acuerdo con la figuración, y los ejemplos de ambos
son numerosos. El que es uno es simple y no necesita
la variedad; el que es figurado puede adoptar muchas
formas diferentes que tú conoces muy bien, a poco
que te hayas ocupado de retórica. La mayoría de estas
figuras de pensamiento se avienen al mito, aunque
ahora no voy a hablar de muchas ni de todas ellas,
sino sólo de dos, la gravedad del pensamiento y la in- *c*
verosimilitud, que son asimismo ambas figuras del
estilo. Pues se emplean las formas y las figuras no en
los discursos pronunciados al azar, ni en los que par-
ten de un cruce de caminos arrastrando torrentes de
inmundicia; pero volvamos a nuestras dos figuras.
Cuando hacemos una composición sobre temas divi-
nos, nuestras palabras deben ser muy graves y el estilo
lo más prudente posible, noble y lo más adecuado a
los dioses, sin nada vergonzoso, blasfemo o impío, para *d*
no convertirnos ante la multitud en causantes de se-
mejante osadía y para que, sobre todo, tengamos cui-
dado nosotros mismos de no preceder a la multitud
en la irreverencia a los dioses. Nada inverosímil debe
haber en este estilo, sino que todo debe ser grave,
noble, elevado, divino, puro y con la vista fija, en lo
posible, en la esencia de los dioses.

14. Lo inverosímil referido al pensamiento es en 219
cambio admisible cuando es a causa de la utilidad, de
forma que los hombres sin necesidad de sugestión ex-
terior, sino aprendiendo por las palabras del propio

mito, desean buscar lo oculto y esforzarse bajo la guía de los dioses. Ya veis, yo mismo he escuchado a muchos decir que Dioniso era un hombre, porque nació de Sémele, pero que convertido en dios por la teúrgia
b y los misterios, igual que el soberano Heracles por su regia virtud, fue elevado al Olimpo por su padre Zeus. Pero, querido amigo, respondí, no comprendéis que el mito es manifiestamente una alegoría, pues ¿dónde hay un nacimiento como el de Heracles, o como el de Dioniso, lleno de superioridad, soberanía y excelencia, pero que permanece sin embargo en la medida de la naturaleza humana, haciéndose de alguna manera semejan-
c te a nosotros? Se dice que Heracles fue niño y que su divino cuerpo se desarrolló poco a poco, se cuenta que frecuentó maestros y se dice que hizo expediciones militares y que se impuso a todos, pero que su cuerpo también se fatigó. Y sin duda le sucedió esto, pero en mayor grado que a un hombre, pues en pañales estranguló a las serpientes y después combatió a los
d propios elementos de la naturaleza, calor y frío, y a continuación luchó contra los más difíciles e invencibles, me refiero al hambre y a la soledad, y a su travesía marina, según creo, sobre una dorada copa[35], que, en mi opinión, no era, por los dioses, una copa, sino que estoy convencido de que marchó sobre el mar como sobre tierra firme. ¿Qué dificultad era invencible para Heracles? ¿Qué fue lo que no se sometió a su cuerpo divino y purísimo cuando los elementos mencionados quedaron esclavizados al poder demiúrgico y
220 y perfecto de su inteligencia inmaculada y pura? El gran Zeus lo engendró como salvador del mundo por mediación de Atenea Providencia, diosa que, emanada toda ella de todo él, fue colocada como su guardián, y

[35] Helios prestó a Heracles una copa dorada para llevarse los bueyes de Gerión (Apolod., *Bibliot.* 2).

después la volvió a llevar junto a sí por medio del fuego del relámpago[36], mandándole venir a él por la divina señal de la luz etérea. Pero en este tema ojalá Heracles nos sea propicio a mí y a vosotros.

15. Sobre lo que la tradición transmite acerca del nacimiento de Dioniso —que no es un nacimiento, *b* sino una divina manifestación—, ¿qué relación tiene con los acontecimientos humanos? Su madre, preñada de él, según se dice, engañada por la celosa Hera, solicitó a su amado que viniese a ella tal y como acostumbraba a hacerlo ante su esposa[37], pero su pobre cuerpo no pudo soportar uno solo de los atributos de Zeus y fue fulminado por el rayo, y cuando todo se consumía por el fuego Zeus ordenó a Hermes que extrajese a Dioniso y, haciéndose un corte en el muslo, allí lo cose; a continuación, cuando el feto llegó a su *c* término, Zeus sintió dolores y se dirigió hacia las ninfas, y ellas, entonando sobre su muslo el «descose la costura», dieron origen a nuestro ditirambo[38]. Después el dios se volvió loco, dicen, por obra de Hera, pero la Madre de los dioses hizo cesar su enfermedad y al instante se convirtió en dios. Y le seguían no un Licas, como a Heracles, ni un Yolao ni un Telamón ni un Hilas ni un Abdero[39], sino los sátiros, las bacantes, los panes y un ejército de démones. Ya ves cuán humana *d* es esta procreación por medio de rayos, y mucho más humano todavía es el parto, y en ambos relatos los

---

36 Heracles, según el mito, fue arrebatado al cielo en el monte Eta por medio de un relámpago.

37 Sémele pidió a Zeus que se mostrase a ella con el trueno y el relámpago, sus atributos.

38 Interpretación etimológica, quizá de Juliano, quizá anterior, a partir de la citada expresión y contenida en el fr. 85 de PÍNDARO. Se entonaba en el himno de nacimiento de Dioniso.

39 Licas, Yolao, Telamón, Hilas, Abdero son diversos compañeros de aventuras de Heracles.

hechos son muy parecidos a los humanos. ¿Por qué, pues, no abandonamos la palabrería y sobre estos hechos reconocemos primero que Sémele era conocedora de los asuntos divinos? En efecto, era hija del fenicio Cadmo, y el dios testimonia la sabiduría de este pueblo al decir:

> *Muchos caminos de los bienaventurados conocen los Fenicios*[40].

221 16. Por tanto, me parece que Sémele fue la primera entre los griegos en reconocer a este dios y, vaticinando su futura epifanía no muy lejana, inició las orgías en su honor más rápidamente de lo que convenía, e incapaz de esperar el tiempo fijado fue consumida por la corriente de fuego que la poseía. Y cuando Zeus decidió instaurar en la comunidad humana el principio de otro estado y los cambió de su vida nómada a otra más civilizada, desde la India apareció
b el dios Dioniso visible por sí mismo, recorriendo las ciudades, llevando consigo un gran ejército de démones y otorgando a toda la comunidad humana, como símbolo de su epifanía, la cepa de la viña, gracias a la cual, según creo, al dulcificarse los medios de vida, los griegos juzgaron digna de este nombre a la planta y llamaron Sémele a la madre del dios por su predicción y, sobre todo, porque el dios la honró, ya que fue la
c primera hierofante de su futuro advenimiento. Siendo así este relato, como podría averiguar quien lo examinara minuciosamente, los que investigan qué dios es Dioniso dispusieron, como dije, en un plano mítico lo que era verdad, haciendo alusión a la vez a la esencia del dios y al embarazo de su padre entre los inteligibles y a su parto sin generación, a su vida en el mundo

---

[40] Verso oracular, según Rochefort.

y a su participación en los asuntos del todo y lo demás
que es digno de investigación, pero de lo que no me
es fácil hablar o escribir, quizá por no estar exacta-
mente informado sobre ello, quizá porque no quiero
exponer, como en el teatro, al dios, que es a un tiempo d
oculto y visible, a oídos desacostumbrados a la inves-
tigación y a inteligencias que se dirigen a cualquier
otra cosa mejor que a la filosofía. Pero sobre estos
temas nadie mejor que el propio Dioniso, a quien
suplico que inspire vuestra alma y la mía hacia el
verdadero conocimiento de los dioses, no sea que, al
permanecer largo tiempo privados de la báquica inspi-
ración del dios, nos ocurra lo mismo que a Penteo [41] 222
cuando abandonemos nuestro cuerpo, aunque ahora
sigamos vivos. Pues el hombre cuya vida abundante
no haya sido iniciada por la esencia de Dioniso, una y
totalmente indivisible en partes y preexistente sin
mezcla en todo, a través de la báquica inspiración que
rodea al dios, ese hombre corre el peligro de que su
vida fluya por muchos caminos y al fluir se divida y
al dividirse se pierda. Y que «fluir» y «dividir» no se
entiendan aplicando estas palabras a una corriente de b
agua o a un hilo de lino, sino que deben comprenderse
en aquel otro sentido que le dieron Platón, Plotino,
Porfirio y el divino Jámblico. Quien no haga esto se
reirá sin duda, pero sepa sin embargo que con su risa
sardónica queda privado para siempre del conocimiento
de los dioses, lo que, yo al menos, no compararía ni
con todo el imperio de los bárbaros unido al de los
romanos, no, por mi señor Helios. Pero, de nuevo, no c
sé qué dios me ha inspirado estos transportes sin
darme cuenta.

---

41 Penteo, que se negó a aceptar la divinidad de Dioniso, recibió en castigo una muerte brutal a manos de las bacantes inspiradas por el dios. Éste es el tema de la tragedia de Eurípides las *Bacantes*.

17. Esto lo he dicho por lo siguiente: cuando los
mitos que tratan sobre asuntos divinos son inverosí-
miles en cuanto al pensamiento, es como si nos grita-
ran y atestiguaran que no hay que creerlos llanamente,
sino que hay que observar y examinar su sentido ocul-
d to. En estos temas es tanto más preferible lo invero-
símil a lo grave cuanto que, mediante ello, hay el pe-
ligro de creer que los dioses son muy bellos, grandes
y buenos, pero son hombres, mientras que, por medio
de lo inverosímil, mirando por encima del sentido
evidente de las palabras, queda la esperanza de subir
hacia su esencia abstracta y hacia su pensamiento
puro que está por encima de todo lo que existe. En
efecto, éstas son las causas de que la filosofía de los
misterios y de la iniciación se exprese en palabras es-
223 pecialmente piadosas y graves, en tanto que, en lo que
se refiere al pensamiento, lleva a cabo una investiga-
ción bastante diferente de éstas.

18. Quien compone discursos e introduce mitos
para corregir las costumbres, no debe dirigirse a los
hombres, sino a los que son niños, sea por su edad o
por su inteligencia, que son los que tienen necesidad
absoluta de estos discursos. Ahora bien, si nosotros,
b yo o Anatolio aquí presente, te parecemos niños, in-
cluye también a Memorio[42] y a Salustio y encima, si
te parece, a los demás, y lo que tú necesitas es Anti-
cira[43], porque ¿para qué disimular? Por los dioses,
por el propio mito y sobre todo por Helios, soberano

[42] Anatolio fue Maestro de Oficios y Memorio gobernador de Cilicia: AMIANO, XXV 3, 14 y XXIII 2, 5. Sobre Salustio, cf. la introducción al discurso IV de Juliano.

[43] Anticira, ciudad griega de la Fócide, era reputada porque en sus alrededores crecía la planta medicinal llamada heléboro, de la que se decía que curaba la locura (cf. HOR., *Sát.* II 3, 83, y *Arte poética* 300).

común de todos, ¿qué cosa has hecho tú, grande o pequeña? ¿A quién has ayudado en su lucha por la justicia? ¿A quién has consolado en su dolor, enseñándole c
con tus palabras que la muerte no es un mal ni para quien la sufre ni para sus parientes? ¿Qué jovencito te hará responsable de su propia prudencia, porque le convertiste de miserable en prudente, y mostró la belleza no sólo de su cuerpo, sino sobre todo de su alma? ¿Qué tipo de vida has practicado? ¿De qué te vale el bastón de Diógenes, por Zeus, o su libertad de palabra? ¿Crees que es una gran acción tomar un bastón d
o dejarse crecer el pelo, dar vueltas por las ciudades y los campamentos injuriando a los mejores y consolando a los peores? Dime, por Zeus y por estos oyentes aquí presentes que por vuestra causa se alejan de la filosofía, ¿por qué fuiste a Italia junto a Constancio, de feliz memoria, y sin embargo no te acercaste hasta la Galia? Si hubieras llegado hasta nosotros, si no otra cosa, al menos te hubieras acercado a un hombre capaz de comprender tu lengua. ¿Por qué ese vagar por do- 224
quier fatigando vuestras mulas? Aunque también he oído que creáis problemas a los muleros, que tiemblan ante vosotros más que ante los soldados, pues he oído que algunos de vosotros los tratáis con vuestros palos más cruelmente que aquéllos con sus espadas, de forma que es lógico que les inspiréis más temor. Hace ya tiempo que yo os he dedicado un nombre, pero ahora creo que también lo voy a escribir: apotactitas [44] llaman a ciertos hombres los impíos galileos. La mayoría de ellos renuncian a pequeñas cosas, pero b
acumulan muchas, mejor dicho, todo de todas partes, además de poseer honores, escolta y criados. Más o

[44] Secta puritana oriental que «por razones ascéticas repudiaban el matrimonio, el vino, la comunión en la sangre del Señor y la carne» (QUASTEN, *Patrología*, II, págs. 332-3). El cristiano Anfiloquio publicó un tratado contra ellos entre 373-381.

menos así es como os portáis vosotros, excepto que quizá no os enriquecéis, aunque no por culpa vuestra, sino nuestra, pues somos bastante más inteligentes que aquellos estúpidos, y quizá no tenéis ningún pretexto
c para recaudar especiosos impuestos, como aquéllos, que la llaman limosna —no sé en qué sentido—, pero en todo lo demás vosotros y ellos sois semejantes. Como ellos habéis abandonado vuestra patria, vagabundeáis por todas partes y perturbáis los campamentos más que ellos y de forma más impúdica, pues a ellos los llaman, mientras que a vosotros os echan. ¿Y qué provecho sacáis de todo esto vosotros y, sobre todo,
d nosotros? Llegó Asclepíades y después Sereniano, después Citrón, después no sé qué muchachito rubio y alto, después tú y, con vosotros, otros tantos que hacían el doble. ¿Qué bien ha traído vuestra llegada, excelentes amigos? ¿Qué ciudad o qué individuo se ha dado cuenta de vuestra libertad de palabra? ¿No es insensato que, para empezar, hayáis preferido dirigir vuestros pasos hacia un emperador que no quería ni veros y, al llegar, no os habéis comportado con demasiada insensatez, ignorancia y locura, adulando y ladrando a un tiempo, repartiendo libros e insistiendo para que
225 llegaran a nuestras manos? Creo que ninguno de vosotros ha visitado a un filósofo tantas veces como a mi secretario, de forma que el vestíbulo de palacio se convirtió para vosotros en Academia y Liceo que hacía las veces de Pórtico.

19. ¿No acabaréis con este comportamiento? ¿Pero es que no vais a abandonarlo, por lo menos ahora, ya que no lo habéis hecho antes, puesto que de nada os
b vale vuestro pelo largo y vuestro bastón? ¿Y cómo, si habéis conseguido hacer despreciable la filosofía? Los oradores más torpes, cuya lengua no podría ser purificada por el propio rey Hermes ni hacerla más pru-

dente la propia Atenea con la ayuda de Hermes, que obtienen esta disposición de su diligencia en recorrer las plazas y que ni siquiera conocen lo que dice el refrán de que «el racimo junto al racimo madura»[45], se lanzan al cinismo. Bastón, abrigo, pelo largo y ya tenemos la ignorancia, la osadía, la desvergüenza y, en una palabra, todo lo que se le parece. El camino más *c*
corto le llaman y el más rápido para alcanzar la virtud. Ojalá hubierais escogido el más largo: habríais llegado más fácilmente por éste que por aquél. ¿No sabéis que los caminos más cortos tienen las mayores dificultades? Y lo mismo que en los caminos muy frecuentados el que puede coger el más corto fácilmente evita los rodeos y, al contrario, el que da un rodeo no tomaría el camino más corto, así también en filosofía *d*
hay un sólo principio y fin, conocerse a sí mismo y hacerse semejante a los dioses: el principio es conocerse a sí mismo y el fin la semejanza a los seres mejores.

20. Así pues, quien quiere ser un cínico desprecia todas las costumbres y opiniones humanas y se vuelve en primer lugar hacia sí mismo y hacia dios. Para un hombre así, ni el oro es oro ni la arena arena, si alguien le pregunta por su cambio y le hace convertirse en juez de su valor, pues tierra sabe que son ambos. Está convencido de que su mayor rareza o frecuencia 226
respectivas son obra de la opinión sin fundamento y de la ignorancia de los hombres. Su belleza o fealdad no reside en que sean elogiados o vituperados, sino en su propia naturaleza. Huye de los alimentos exquisitos y renuncia a los placeres del amor. Ante las exigencias del cuerpo no se alinea con la opinión común, ni aguarda al cocinero ni el jugo de hierbas ni el olor de

[45] Juv., *Sát.* II 81.

un asado, ni envuelve con sus miradas a Friné ni a
b Lais[46] ni a la esposa, la hija pequeña o la criada de nadie, sino que, cuando, en la medida de lo posible, ha colmado el cuidado de su cuerpo con lo que encuentra al azar y ha aliviado el fastidio por él producido, extiende su mirada desde lo alto de la cumbre del Olimpo sobre los demás hombres

que vagan por la oscuridad en las praderas de Ate[47]

y que soportan, por unos placeres absolutamente insignificantes, sufrimientos que ni los poetas más ingeniosos narran acerca del Cocito y del Aqueronte. Éste es
c el camino más corto. Es necesario, pues, colocarse completamente fuera de sí mismo y darse cuenta de que se es un ser divino y mantener la inteligencia de forma infatigable e inamovible en los pensamientos divinos, impolutos y puros, despreciando en cambio todo lo relativo al cuerpo y juzgándolo, como Heráclito, más inmundo que basura[48], colmando sus cuidados de la manera más simple, mientras el dios ordene servirse del cuerpo como de un instrumento. Una vez de acuerdo en esto, como suele decirse, remontemos al punto de partida.

21. En efecto, puesto que conviene contar mitos
d a los que son niños, sea por su inteligencia, aunque sean hombres, sea a los pequeños por su edad, hay que conseguir que no haya nada disonante ni contra los dioses ni contra los hombres ni, como tú acabas de hacer, que se diga alguna palabra impía. Y además, en todo, hay que probar con exactitud si el mito es convincente, si está de acuerdo con el tema, si la com-

---

[46] Nombres que se habían convertido en símbolos de prostitutas.

[47] EMPÉDOCLES, *fr.* 21 DIELS.

[48] HERÁCLITO, *fr.* 96 DIELS.

posición es realmente un mito. Porque esa composición que acabas de hacer no es un mito tuyo, como decías, aunque sin duda lo hayas rejuvenecido, sino que ese mito es un mito antiguo y tú lo has adaptado a temas distintos, como me parece que suelen hacer los que se 227
valen de la disposición figurada de los pensamientos. El de Paros[49] es un poeta prolífico en este sentido. Así que tú, el más inteligente de los hombres, parece que ni siquiera has creado un mito al rejuvenecerlo inútilmente. Si hubieran caído en tus manos los míticos relatos de Plutarco, no te hubiera pasado desapercibido en qué se diferencia componer un mito original y adaptar uno ya existente a temas particulares. Pero *b*
para no detenerte lanzándote en medio de extensos y dificultosos libros, ya que sigues el camino más corto, te retendré sólo un momento. ¿No has oído el mito de Demóstenes, que hizo el de Peania para los atenienses cuando el macedonio les exigía a los atenienses la entrega de sus oradores políticos? Un mito así se tendría que haber compuesto. Pero, por los dioses, ¿tan difícil te era contar un breve mito de este tipo? Tú me obligarás a convertirme en escritor de mitos.

22. Un hombre rico tenía muchos corderos, mana- *c*
das de bueyes y abundantes rebaños de cabras; a menudo miles de caballos pastaban en sus marismas y tenía pastores, tanto esclavos como hombres libres a sueldo, vaqueros para sus bueyes, cabreros para sus cabras y cuidadores de caballos, además de grandes posesiones. La mayor parte de todo ello se lo había dejado su padre, pero él había multiplicado sus posesiones con el deseo de enriquecerse tanto justa como injustamente, pues poco se preocupaba de los dioses. *d*
Tuvo varias mujeres que le dieron hijos e hijas, entre

[49] Arquíloco.

los cuales repartió sus bienes antes de morir, sin haberles enseñado nada de la administración de una hacienda, ni la forma de adquirir lo que no tenían o de conservar lo que tenían, pues creía, a causa de su ignorancia, que el número de sus hijos sería suficiente, ya que él tampoco era muy experto en tal arte, porque
228 no lo había adquirido racionalmente, sino más bien por una especie de costumbre y experiencia, lo mismo que los malos médicos curan a los hombres a base sólo de su experiencia, por lo que se les escapan la mayoría de las enfermedades. Así pues, creyendo que el número de sus hijos era suficiente para conservar su hacienda, no se preocupó en absoluto de que fueran virtuosos. Y esto, naturalmente, fue el comienzo de sus mutuas injusticias. Pues cada uno, como deseaba poseer mucho y él solo todo, al igual que su padre, se volvió contra su vecino. Tal fue su comportamiento
b en aquella situación. A sus familiares, que tampoco habían recibido una buena educación, les tocó resignarse ante la locura e ignorancia de los hijos. En seguida todo se llenó de crímenes y la divinidad cumplió la imprecación trágica:

Se repartieron la herencia con el afilado hierro[50],

y todo se llenó de desorden. Los hijos derribaron los santuarios ancestrales, que antes habían sido despre-
c ciados por su padre y despojados de las ofrendas que habían sido colocadas por muchos otros y, sobre todo, por sus antepasados. Arruinados los santuarios, levantaron nuevos sepulcros y reconstruyeron otros antiguos, adivinando por sí mismos y por la fortuna que, a no tardar, iban a necesitar naturalmente muchos sepulcros, ya que tan poco se cuidaban de los dioses. Ante la confusión total y el cumplimiento de matrimonios

---

50 EURÍP., *Fen.* 68.

que no eran matrimonios y la profanación tanto de las
leyes divinas como de las humanas a un tiempo, la d
piedad se apoderó de Zeus. Volviéndose inmediatamen-
te hacia Helios, le dijo: «Hijo mío, retoño entre los
dioses más antiguo que el cielo y la tierra, ¿todavía
piensas guardar resentimiento por su arrogancia con-
tra un hombre atrevido y osado que, al abandonarte,
se ha hecho causante de semejantes infortunios para
sí mismo, para su raza y para sus hijos? ¿O bien crees
que si no te irritas ni te indignas contra él, ni aguzas
tus dardos contra su raza, serás menos culpable de 229
su desgracia, al dejar su casa abandonada? Vamos
—dijo—, llamemos a las Moiras por si ese hombre
puede recibir alguna ayuda.» Éstas obedecieron al ins-
tante a Zeus. Y Helios, por su parte, como si tuviera
una idea y cavilara en su interior, prestaba atención a
Zeus sin quitarle los ojos de encima. Y la primogénita
de las Moiras dijo: «Se oponen, padre, la Santidad
junto con la Justicia. Así pues, a ti te corresponde,
puesto que nos ordenaste someternos a ellas, conven- b
cerlas.» «Son mis hijas y es justo que les preguntemos.
¿Qué decís, pues, vosotras dos, Señoras?» «De eso, pa-
dre, tú eres dueño —dijeron—. Pero mira la forma de
que ese malvado afán de la impiedad no domine por
doquier entre los hombres.» «A ambas cosas atenderé»,
dijo. Y las Moiras, colocándose a su lado, hilaron todo c
según la voluntad de su padre. Zeus comienza a hablar
a Helios: «¿Ves ese niño?», dijo; era pariente de ellos,
aunque un poco dado de lado e ignorado, sobrino de
aquel hombre rico y primo de los herederos. «Ese niño
es tu retoño. Así que jura por mi cetro y por el tuyo
que te cuidarás por encima de todo de él, que le pro-
tegerás y le harás sanar de su enfermedad. Pues ya ves d
cómo está lleno de humo, de suciedad y de hollín, y
existe el peligro de que se apague el fuego que tú has
encendido en él,

a menos que tú te revistas de tu fuerza[51].

Yo te apoyaré y también las Moiras. Cuídalo, pues, y críalo.» Al escuchar estas palabras, el rey Helios se alegró y sintió contento con la criatura, al ver que todavía se hallaba viva en ella una pequeña chispa de sí mismo, y desde entonces crió a aquel niño salvándolo

230 *de la sangre, del tumulto y de la matanza*[52].

Y el padre Zeus ordenó también a Atenea, la virgen nacida sin madre, que criara al pequeño niño junto con Helios. Cuando estuvo criado y se hizo un muchacho en el que

apunta la primera barba y cuya edad es la más encantadora[53],

comprendiendo la cantidad de males que habían sobrevenido a sus familiares y a sus primos, estuvo a punto de arrojarse al Tártaro, estupefacto ante la magnitud
b de esos males. Pero Helios, benévolo, junto con Atenea Providencia, le sumergió en una especie de sueño profundo quitándole esa idea; después, al despertar, se retira a la soledad. A continuación, encontró una pequeña piedra donde descansó y examinó en su interior de qué manera podría escapar a la magnitud de tantos males, pues en ese momento todo le parecía que estaba lleno de maldad y nada en absoluto le parecía bueno. Entonces Hermes, que lo consideraba como un pa-
c riente, se le apareció bajo la forma de un jovencito de su misma edad, le saludó cariñosamente y le dijo: «Ven aquí, yo te guiaré por un camino liso y más llano, cuando hayas atravesado un poco esta región tortuosa y escarpada en la que ves a todos los hombres trope-

[51] Hom., *Il.* IX 231.
[52] Hom., *Il.* XI 164.
[53] Hom., *Il.* XXIV 348.

zar y retroceder.» Y el muchacho partió caminando con mucha piedad y llevando consigo una espada, un escudo y una lanza, pero con la cabeza hasta ese momento descubierta[54]. Confiado en Hermes, avanzaba a d
través de un camino liso y no hollado, absolutamente puro y repleto de numerosos frutos y flores admirables, todos cuantos aman los dioses, y de árboles cubiertos de hiedra, de laurel y de mirto. Y conduciendo al muchacho hacia una gran y elevada montaña, le dijo: «Sobre la cima de esta montaña está sentado el padre de todos los dioses. Fíjate, pues, y ahí está el mayor peligro, en la forma de adorarle de la manera más piadosa y pídele lo que quieras. Ojalá elijas, muchacho, lo mejor.» Tras decir esto, Hermes volvió a 231
desaparecer. El muchacho quería preguntarle qué era lo que tenía que pedir al padre de los dioses, pero, al no verlo a su lado, se quedó apurado, aunque acabó tomando una buena decisión: «Pidamos, pues, lo mejor a la Buena Fortuna, aunque no veamos todavía claramente al padre de los dioses. Zeus padre, o cualquiera que sea el nombre con el que te gusta ser llamado[55], muéstrame el empinado camino que lleva hacia ti, pues me parecen mejores aquellas regiones que te ro- b
dean cuando adivino la belleza que hay en ti, derivada del esplendor de los lugares que hemos recorrido hasta llegar aquí.» Tras esta súplica, le sobrevino una especie de sueño o de éxtasis. Y Zeus le muestra a Helios en persona. Entonces el joven, perplejo por la visión, dijo: «Padre de los dioses, por todo lo demás, pero sobre todo por esto, a ti entrego mi persona y a ti me consagro.» Y abrazando las rodillas de Hermes con c

---

54 Armado y consagrado como un auténtico caballero de Helios, la representación que de sí mismo hace a continuación Juliano tiene más de medieval y cristiana que de antigua y helénica.

55 Esq., *Agam.* 160.

sus manos, las retiene suplicándole que le salve. Y Hermes llama a Atenea y le ordena que examine las armas que trae consigo. Y al ver el escudo, la espada y la lanza, dice: «Pero, muchacho, ¿dónde están tu protección de Gorgona y tu casco?» Y Hermes responde: «A duras penas pude conseguir estas armas, pues no había nadie en la casa de su familia que compartiera las fatigas de este niño menospreciado.» «Sabe,
d pues —dijo el gran Helios—, que es totalmente necesario que vuelvas allí.» Entonces el muchacho le pidió que no le volviera a enviar allí, sino que lo retuviera a su lado, porque, si se sumergía en aquellos males, nunca volvería a ascender aquí. Así insistía llorando. Hermes dijo: «Eres joven y no iniciado. Ve, pues, entre los tuyos para que te inicies y pases allí tu vida con seguridad. Tienes que marcharte y purificarte de todas aquellas impiedades e invocarme a mí, a Atenea y a
232 los demás dioses.» Tras escuchar estas palabras el muchacho se quedó silencioso, y el gran Helios lo llevó hacia una atalaya, cuya cima estaba llena de luz, mientras que su parte inferior lo estaba de una densa niebla a través de la cual, como a través del agua, se abría paso la luz indecisa que provenía del resplandor del rey Helios, y dijo: «¿Ves a tu primo, el heredero?» «Lo veo», respondió el muchacho. «¿Y también a esos boyeros y pastores?» El muchacho respondió que también los veía. «¿Qué te parece el heredero y qué te
b parecen a su vez los pastores y boyeros?» El muchacho respondió: «El primero me parece que está adormilado la mayor parte del tiempo y que se oculta sin que se den cuenta para pasarlo bien; en cuanto a los pastores, son gente poco educada y la mayoría son odiosos y salvajes, pues se comen y venden los corderos y cometen una doble injusticia contra su amo: por un lado, consumen sus rebaños y, por otro, retribuyéndole escasa ganancia de los muchos bienes reci-

bidos, afirman que no son pagados y se quejan. Pero *c*
sería mejor que reclamasen los salarios completos y no destruyesen el rebaño.» «Así pues —dijo Hermes—, ¿y si yo, con la ayuda de Atenea que está aquí, ante la orden de Zeus, te colocara como administrador de todos ellos en lugar de ese heredero?» Entonces volvió a protestar el muchacho y a suplicar insistentemente quedarse allí. Y Helios dijo: «No te resistas demasiado, no vaya a ser que

> *se convierta en odio el maravilloso amor que ahora te tengo*[56].

«Excelso Helios y Atenea —respondió el muchacho—,
os tomo por testigos, así como al propio Zeus: utili- *d*
zadme para lo que queráis.» De nuevo reapareció Hermes repentinamente y llenó de valor al muchacho, que piensa, en efecto, que ya ha encontrado su guía para su regreso y su travesía allí abajo. Y Atenea dijo: «Querido muchacho, aprende que tú eres un retoño de un noble padre, este dios que está aquí, y mío. En cuanto a ese heredero, los mejores pastores no están contentos, aunque los aduladores y los perversos han hecho de él un esclavo manejable. Así que lo que le sucede
es que los hombres honrados no le aman, mientras 233
recibe los mayores males de aquellos que dicen amarle. De modo que mira la manera de que, al regresar, no pongas al adulador por delante del amigo. Escucha mi segundo consejo, muchacho: ese hombre, como está adormilado, es engañado la mayoría de las veces; por tanto, tú sé sobrio y vela para que el adulador, valiéndose de la franqueza del amigo, no vaya a engañarte sin que te des cuenta, como un herrero lleno de humo
y de tizne que se presenta con un manto blanco, tras *b*
haberse ungido el rostro con albayalde y al que tú

---

56 Hom., *Il.* III 415.

dieras en matrimonio a una de tus hijas. Presta aten-
ción a mi tercer consejo: vigílate firmemente a ti
mismo y venéranos solamente a nosotros los dioses y
a cualquier hombre que se nos parezca, pero a nadie
más. Ya ves cómo ha perjudicado a ese simple su ver-
güenza y su excesiva estupidez.» Y el gran Helios, vol-
c viendo a tomar la palabra, dijo: «A los amigos que
elijas trátalos como a amigos y no los consideres ni
siervos ni criados, acércate a ellos libremente y de la
forma más sencilla y con nobleza, no diciendo una
cosa y pensando la contraria sobre ellos. Ya ves que
lo que desgastó a ese heredero fue precisamente la
desconfianza hacia sus amigos. Ama a tus súbditos
como nosotros a ti. Considera lo relativo a nosotros
los dioses por delante de todos los bienes, pues nos-
otros somos tus bienhechores, amigos y salvadores.»
d Al escuchar estas palabras el muchacho se desvaneció
y se hizo evidente su total obediencia a los dioses. «Ea
—dijo Helios—, ponte en camino con una buena espe-
ranza, pues nosotros estaremos contigo por todas par-
tes, yo, Atenea, y Hermes aquí presente, y con nos-
otros todos los dioses del Olimpo, los del aire y los de
la tierra y toda la raza de divinidades que existen por
doquier, con tal de que seas piadoso hacia nosotros
234 y fiel hacia tus amigos y humanitario hacia tus súbdi-
tos, a los que gobernarás y guiarás hacia lo mejor,
pero sin ceder a esclavizarte ni a tus propias pasio-
nes ni a las suyas. Así pues, con el armamento que has
traído hasta nosotros marcha, tomando además esta
antorcha[57] de mis manos para que su gran luz te ilu-
mine en la tierra y no añores nada de lo de allí, y
este escudo con la Gorgona y el casco de la bella Ate-
nea; tiene muchos, como ves, y se los da a quien

[57] Los iniciados portaban una antorcha simbólica en las ceremonias mistéricas.

quiere. También Hermes te dará un bastón dorado. *b*
Marcha, pues, adornado con esta panoplia, atravesando toda la tierra y todo el mar, obedeciendo nuestras leyes inmutables, y que nadie, ni hombre ni mujer, ni familiar ni extranjero, te convenza de olvidar nuestras instrucciones. Pues si permaneces en ellas serás querido y honrado por nosotros, respetado por nuestros buenos servidores y temido por los hombres malvados
e impíos. Comprende que tu carne te ha sido dada *c*
para este servicio, pues queremos, por respeto a tus antepasados, purificar el linaje de tus progenitores. Acuérdate de que tienes un alma inmortal que desciende de nosotros y de que, si nos sigues, serás un dios y verás con nosotros a nuestro padre.»

23. Si este relato es un mito o es la verdad no lo sé, pero en el que tú hiciste, ¿quién es Pan y quién es
Zeus, sino un hombre como tú y como yo? ¿Tú Zeus *d*
y yo Pan? ¡Qué ridículo pseudo-Pan, y mucho más ridículo todavía, por Asclepio, un hombre que es cualquier cosa menos Zeus! ¿No es esto realmente la locura de una boca enloquecida, no inspirada, sino delirante? ¿No sabes que también Salmoneo[58] fue castigado por los dioses porque, siendo un hombre, intentó ser Zeus?
Y sobre lo que se dice en Hesíodo sobre unos hom- 235
bres que se llamaron a sí mismos con nombres de dioses, Hera y Zeus, si no lo has escuchado todavía puedo perdonártelo, porque ni has recibido una buena educación ni te tocó en suerte, como a mí, un guía para la poesía como este filósofo aquí presente[59]; siguiendo sus pasos llegué al vestíbulo de la filosofía para hacerme iniciar por un hombre que creo que sobresale
entre todos los de mi tiempo[60]. Él me enseñó a prac- *b*

---

58 Hom., *Od.* XI 236, y Pínd., *Pít.* IV 143.
59 Su pedagogo Mardonio.
60 Máximo de Éfeso.

ticar la virtud por encima de todo y a creer que los dioses son los guías de todos los bienes. Si efectivamente consiguió hacer algo de provecho, él lo sabrá y, antes que él sin duda, los dioses soberanos; él me arrancó mi insensatez y mi osadía e intentó hacerme más prudente. Y aunque yo, como sabes, por mis ven-
c tajas materiales había echado alas, sin embargo me sometí a mi guía y a sus amigos, a los de mi edad y a mis condiscípulos, y puse todo mi empeño en escuchar a los hombres que él alababa, y leía todos los libros que él elegía. Así nosotros, iniciados por nuestros guías —uno, filósofo, que me inició en los preliminares de mi educación, y otro, más filósofo todavía, que me enseñó el vestíbulo de la filosofía—, si sacamos un provecho no demasiado grande por las ocupaciones exteriores que se nos venían encima, al menos goza-
d mos de una correcta dirección, caminando no por el atajo, como dices tú, sino por un rodeo; y, sin embargo, por los dioses, creo que he elegido un camino más corto para la virtud que tú: en efecto, yo, al menos, para no hablar con grosería, estoy en el vestíbulo, mientras que tú incluso del vestíbulo te hallas alejado. «Tú o tus hermanos (quito las palabras malsonantes y tú mismo rellena lo que falta; si te parece bien, 'aguanta lo que digo tranquilamente' [61]), ¿en qué parti-
236 cipáis de la virtud? Repruebas a todos sin que tú mismo hagas nada digno de elogio, elogias con grosería como ninguno de los oradores más ignorantes que, por penuria de palabras y por no poder encontrar tema de disertación a partir de los hechos coetáneos, introducen Delos y Leto con sus hijos, después cisnes que cantan melodiosamente y árboles que les hacen eco, praderas llenas de rocío y de un blando y alto césped o el olor de las flores o la primavera personificada y

[61] Jenof., *Anáb.* I 5, 14.

representaciones semejantes. ¿Dónde hizo eso Isócrates *b* en sus panegíricos? ¿Dónde, cualquiera de los antiguos que fueron noblemente iniciados por las Musas y no como los de ahora? Y dejo lo que sigue para no hacerme odioso a tales hombres y no ofender a un tiempo a los peores cínicos y oradores; porque yo con los mejores cínicos, si es que todavía queda hoy alguno de éstos, y con los oradores nobles tengo sentimientos *c* de total amistad.

24. Pero aunque de tales razonamientos se me vienen a la mente una gran cantidad y cualquiera que quiera decirlos «podría sacarlos de un muy grande tonel»[62], a causa de nuestras presentes ocupaciones hay que dejarlos a un lado. Sin embargo, añadiré todavía unas pocas palabras a mi discurso, a manera de saldo de una deuda, antes de dedicarme a otro asunto una vez terminado este tratado. ¿Cuál era, pues, la reveren- *d* cia de los pitagóricos respecto a los nombres de los dioses y cuál la de Platón? ¿Cómo se comportaba en estos asuntos Aristóteles? ¿No merece la pena verlo? Desde luego nadie puede negar que fuera ésta la actitud del filósofo de Samos[63], pues prohibió llevar el nombre de los dioses en un sello y valerse de él en un juramento de forma temeraria. Si ahora dijera que 237 marchó a Egipto, visitó a los persas y que intentó por doquier ser admitido en todos los misterios y ser iniciado en todas las iniciaciones de todas partes, quizá diga hechos desconocidos para ti, pero sin duda conocidos y evidentes para la mayoría. Pero escucha a Platón: «Mi temor, Protarco, hacia los nombres de los dioses no es humano, sino que está más allá del miedo más grande. Así, a Afrodita, con el nombre que *b*

---

62 TEÓCRITO, X 13.

63 Pitágoras.

ella quiere, con él la invoco, pero sé que el placer es variado.» Esto lo dice en el *Filebo,* y otras expresiones semejantes utiliza en el *Timeo*[64]. Por tanto, estima que hay que creer con sencillez y sin pruebas en todo lo que los poetas dicen sobre los dioses. He traído a colación esta cita para que no te sirva de pretexto, como creo que les sirve a muchos platónicos, Sócrates, con su naturaleza irónica, para desacreditar la doctrina
c platónica. Pues en ese pasaje no es Sócrates el que habla, sino Timeo, que no es en absoluto irónico. Y, sin embargo, lo que no es correcto es dejar de examinar lo que se dice para examinar a los que lo dicen y a aquellos a quienes se dirigen las palabras. ¿Quieres que, a continuación, invoque a la sapientísima Sirena[65], imagen del elocuente Hermes y amigo de Apolo y de las Musas? Él estima que los que preguntan o, en general, intentan investigar si los dioses existen no deben recibir una respuesta, como si fueran hombres, sino
d un castigo como animales salvajes. Si hubieras leído la sentencia de admisión que está escrita a la entrada de su escuela, como en la de Platón, hubieras sabido antes de nada que ser piadosos hacia los dioses, ser iniciados en todos los misterios, iniciarse en los más sagrados ritos de iniciación y ser introducidos en todas las ciencias eran las prescripciones impuestas a los que marchaban por el interior del paseo.

238 25. Y ahora no se te ocurra arrojarnos a Diógenes como un espantaniños para ver si nos asustas. En efecto, no participó en los misterios, según dicen, pero a uno que intentaba convencerle de ello le dijo: «Jovencito, es ridículo que creas que los que cobran los impuestos gracias a esta iniciación participarán junto

64 PLAT., *Fil.* 12c, y *Tim.* 40d.
65 Jámblico.

con los seres divinos de los bienes del Hades, mientras que Agesilao y Epaminondas yacerán en el lodazal. Esto, jovencito, es demasiado profundo y necesita, a b
mi modo de ver, una interpretación mayor, para que sean las propias diosas[66] las que nos concedan su comprensión, aunque creo que ya nos la han concedido»[67]. Parece, en efecto, que Diógenes no era impío, tal y como vosotros creéis, sino que se asemejaba a aquellos de los que acabo de hablar. Pues considerando la circunstancia en que se hallaba, y después observando las órdenes del dios Pítico, y comprendiendo que el iniciado debía ser primero inscrito en la lista de ciudadanos y ser ateniense, si no por nacimiento c
al menos por la ley, fue esto lo que evitó y no el ser iniciado, considerando que él era ciudadano del mundo y juzgándose digno por su grandeza de alma de compartir la ciudadanía con las esencias totales de los dioses que gobiernan en común el universo entero y no con aquellas que se han repartido sus partes; y por respeto a los dioses no transgredió la legalidad, aunque pisoteaba lo demás y lo revaluaba. Y no quiso regresar a la esclavitud de la que con gozo se había liberado. ¿Cuál era ésta? Hacerse esclavo de las leyes d
de una sola ciudad y someterse a lo que debía soportar necesariamente si era ciudadano ateniense. En efecto, ¿cómo un hombre que a causa de los dioses había ido hasta Olimpia, que había obedecido al dios Pítico y filosofado como Sócrates —pues decía que junto a él se encontraba una divinidad pítica, que era de donde le venía su impulso hacia la filosofía— no hubiera 239
penetrado con gran alegría en los sagrados santuarios si no hubiera declinado someterse a las leyes y apa-

[66] Deméter y Core, en cuyo honor se celebraban los misterios de Eleusis.

[67] Cf. Dióg. Laerc., VI 39.

recer como esclavo de una república? Pero, ¿por qué no adujo este motivo en lugar de aquel otro, que quitaba una no pequeña parte de su majestad a los misterios? Quizá también se pudiera hacer la misma objeción a Pitágoras especialmente, pero el razonamiento no sería correcto. Pues no se debe decir todo, e incluso creo que, de lo que es lícito hablar, algunas cosas me parece que deben ser silenciadas a la muchedumbre.
b Y la razón de ello es, sin embargo, evidente: pues comprendiendo que el hombre que le exhortaba se despreocupaba de la rectitud de su vida y, en cambio, se mostraba orgulloso de haber sido iniciado, le enseñó dándole una lección, que los dioses guardan intactas sus recompensas para los que llevan una vida digna de la iniciación, aunque no hayan sido iniciados, mientras
c que para los malvados no hay nada, aunque hayan sido admitidos en el interior de los recintos sagrados. Pues ¿no es eso lo que advierte el hierofante cuando prohibe la iniciación «a cualquiera que no tenga sus manos puras y que, por cualquier motivo, no tenga derecho?» Pero, ¿cuál será el final de nuestro discurso si tampoco esto te convence?

VIII

A LA MADRE DE LOS DIOSES

INTRODUCCIÓN

Este discurso presenta, junto al dedicado a Helios rey, lo fundamental del pensamiento religioso y filosófico de su autor, y por ello son considerados como sus dos tratados dogmáticos. Lo mismo que en el anterior discurso *Contra el cínico Heraclio*, el tema de la significación e interpretación del mito ocupa un lugar primordial, aunque ahora no se trata de discutirlo en abstracto, sino de ofrecer un ejemplo concreto de exégesis filosófica de un mito bien conocido.

Ya hemos visto que Juliano no adopta una actitud ingenua ante los mitos, sino que los considera una simple vía hacia la verdad: son el disfraz con que se han recubierto las verdades sobre los dioses para excitar nuestra búsqueda, y su utilidad es irracional y meramente simbólica[1]. Sólo el conocimiento intelectual nos permite aprehender la verdad contenida en el mito y eso, precisamente, es lo que hace a los griegos superiores a los bárbaros[2]. Basándose en la analogía entre los diferentes planos del universo, hay que remontarse del mundo sensible a las realidades no visibles, y esa operación es posible por el carácter divino de nuestra alma. Cuanto más inverosímiles son los mitos, más acuciante es la necesidad de su interpre-

---

1 Cf. *infra,* 170a ss.

2 Cf. el discurso IV de Juliano, 252b.

tación alegórica para encontrar la verdad filosófica en ellos oculta[3]. O dicho a la manera de su amigo Salustio: los mitos teológicos, que son los que convienen a los filósofos, contemplan y nos revelan la propia esencia de los dioses. Y esta interpretación alegórica se extiende también al ritual[4].

El uso de la alegoría estuvo poco extendido en el antiguo mundo griego, si bien ya en el siglo v a. C. algunos filósofos aplicaron a los poemas homéricos este tipo de distorsión. Pero serán los neoplatónicos, excluyendo a Plotino, los más aficionados a este tipo de exégesis. Porfirio, en su tratado *Sobre la cueva de las ninfas*, había dado un ejemplo típico del método[5].

Así que Juliano, enamorado de Homero y adepto a las doctrinas neoplatónicas, se mueve dentro de una cierta corriente del pensamiento griego. No se olvide tampoco que Juliano es un iniciado en los misterios de Eleusis, en los de Mitra y en los de Atis y Cíbele y, como tal iniciado, está acostumbrado a desvelar sentidos ocultos que escapan a los no iniciados. Su propia vida podía ser presentada como una parábola, según vimos en el discurso *Contra Heraclio.*

Veamos ahora, para una mejor comprensión del presente tratado, las líneas fundamentales de este mito central de los frigios, según la leyenda tradicional de Pesinunte, principal localidad de su culto[6]. Cerca de

---

3 Sobre el papel del mito en Juliano, cf. J. C. FOUSSARD, «Julien philosophe», en la miscelánea *L'empereur Julien de l'histoire à la légende*, París, 1978, págs. 189-212.

4 Cf. SALUSTIO, *Sobre los dioses y el mundo* IV 1.

5 Sobre las interpretaciones alegóricas de Homero a lo largo de la antigüedad, cf. CH. BUFFIÈRE, *Les mythes d'Homère et la pensée grecque*, París, 1956.

6 Cf. los artículos correspondientse en las enciclopedias de PAULY-WISSOWA y de DAREMBERG-SAGLIO, así como M. J. VERMASEREN, *The Legend of Attis in Greek and Roman Art*, Leiden,

Pesinunte hay una gran roca llamada Agdus, que tomó la forma de la Gran Madre. Por obra de Zeus trajo al mundo un ser bisexual, Agdistis, monstruo que fue castrado por los dioses y de cuya sangre surgió de la tierra un granado, según Arnobio, o un almendro, según Pausanias. La hija del rey del lugar, o del río Sangario, llamada Nana, coloca el fruto de este árbol en su regazo y queda preñada. El padre intenta matar a su hija Nana, pero la Gran Madre salva al niño antes de nacer y, tras su nacimiento, asimismo de otros peligros. Este Atis, según Pausanias, era también bisexual como Agdistis, mientras que Estacio[7] lo describe como un *puer*. Se educa como un pastor, destacando por su gracia y belleza, y la Madre de los dioses se enamora de él. Sin embargo, Atis prefiere a la ninfa Sagaritis, hija también del río Sangario, y la diosa hace que se vuelva loco y se emascule bajo un pino o un abeto a orillas del río Galo. Aunque algunos afirman que nunca murió[8], la leyenda más aceptada nos dice que muere y es enterrado[9]. La propia diosa instituyó una fiesta anual en su honor en la que se festejaba su pasión (*Tristia*) y su resurrección periódica tras el sueño invernal (*Hilaria*).

Cíbele, la Gran Madre o Madre de los dioses, es la gran divinidad frigia y del Asia Menor, identificada posteriormente por los griegos con Rea. Primero era la que daba la vida, una diosa de la montaña, y des-

1966. Las dos fuentes fundamentales son PAUSANIAS, VII 17, y ARNOB., *Adv. Nat.* V 57.

7 ESTAC., *Silv.* III 4, 41.

8 Así, OVID., *Metam.* X 103 ss., e *Ibis* 505 ss.

9 Una versión poco difundida de la leyenda afirma que murió cazado (HERÓD., I 34 ss.), pero este tema quedó reservado para Adonis. Lo que sí nos dicen nuestras fuentes es que, tras ser enterrado, continuaron vivos un dedo meñique, al parecer símbolo del pene, y su cabellera.

pués simbolizó el poder fertilizante de la tierra. Este mito pasó a representar, de forma semejante al de Deméter y Perséfone, la alternancia de las estaciones del año agrícola. Aunque la Gran Madre fue aceptada pronto por los griegos, la figura de Atis les resultaba demasiado bárbara y la extensión de su culto fue mucho menor.

Nada mejor, como preparación para la lectura del presente discurso y para ver la distancia entre el mito tradicional y la interpretación que de él hace Juliano, que transcribir aquí el breve resumen que de la misma hace su fiel amigo Salustio: «La Madre de los dioses es la diosa creadora de vida y por eso es llamada Madre. Atis es el creador de lo que nace y se destruye y por eso se dice que fue descubierto junto al río Galo, porque el Galo significa el círculo lácteo de donde viene el cuerpo sometido a las pasiones. Pero como los primeros dioses llevan a su culminación a los dioses secundarios, la Madre se enamora de Atis y le entrega las facultades celestes, que esto es el bonete. Atis, sin embargo, está enamorado de la ninfa, pero las ninfas presiden la generación, pues todo lo que nace fluye y, ya que había que detener la generación para que de las últimas cosas no naciese algo todavía peor, el creador que realizó esto arrojó las potencias generatrices a la generación y se unió a los dioses. Esto no ocurrió nunca, pero existe siempre: la inteligencia lo ve todo a un tiempo, mientras que la palabra expresa unas cosas primero y otras después» [10].

Según el propio testimonio de Juliano, el discurso fue escrito en una sola noche [11] durante las fiestas de

[10] SALUSTIO, *Sobre los dioses y el mundo* IV 8 ss.
[11] Cf. *infra*, 178d. ss., y LIB., *Or.* XVIII 157.

Atis y Cíbele, probablemente entre el 22 y el 25 de marzo del 362[12].

---

[12] Cf., *infra*, 161c. Por ello, como atestigua Libanio en el último pasaje citado: «Considerando que los discursos y la religión van hermanados», es lógico que FOUSSARD, *op. cit.*, trate de realzar que tanto este discurso como el de Helios rey, escrito en la solemnidad correspondiente, son auténticos himnos que, además de la filosofía embutida en la exégesis religiosa, ponen de manifiesto la devoción personal de Juliano y su mensaje como supremo pontífice. Nosotros añadiríamos que quizá sea éste otro detalle en el que se manifiesta la influencia de la liturgia cristiana sobre el emperador.

SINOPSIS DEL DISCURSO

A LA MADRE DE LOS DIOSES

1. Pero, ¿podemos acaso hablar de estos temas? 158 *d* ¿Vamos también a escribir sobre lo que no puede decirse y vamos a divulgar lo impenetrable e irrevelable? ¿Quién es Atis, o bien Galo[1], quién la Madre de los 159 dioses, cuál es la forma de esta purificación y, además, por qué lo hemos recibido así desde el principio, tras transmitírnoslo los más antiguos frigios[2] y recibirlo primero los griegos, y no unos griegos cualquiera, sino los atenienses[3], que habían aprendido con hechos que

---

1 Éste era el nombre, según hemos visto, del río de Frigia a cuya orilla se emasculó Atis y por ese nombre es también conocido. Como Atis era el primer sacerdote de la Madre, los posteriores sacerdotes romanos de Cíbele recibieron el nombre de *galli*. Asimismo en Roma el gallo, *gallus*, era símbolo de Atis.

2 Cf. la *Crónica de Paros* 19, que sitúa la aparición de la imagen de la Madre de los dioses en los montes *Cybela* —de donde el otro nombre por el que es conocida— como uno de los acontecimientos muy anteriores a la guerra de Troya. Casi todas las ciudades de Frigia muestran su imagen en las monedas, ya que fue siempre su divinidad nacional.

3 El culto de la Madre se extendió de Frigia a Lidia y de ahí a Jonia. Es más, al llegar a la península se introdujo primero en el Peloponeso y en Tebas, donde Píndaro habría construido un santuario a sus expensas, según PAUSANIAS, IX 23, 3. Juliano, por simplificar y también, sin duda, por su prurito de poner a Atenas por delante de las demás ciudades griegas, desvirtúa los hechos.

no obraron bien al burlarse del que oficiaba las orgías de la Madre? En efecto, se dice que los atenienses trataron groseramente y expulsaron a Galo por introducir
b nuevas ideas en religión, sin comprender las cualidades de la diosa y que entre ellos era honrada como Deo, Rea y Deméter[4]. Y de ahí después la cólera de la diosa y su posterior aplacamiento, pues la diosa que había sido guía de los griegos en todas sus bellas acciones, la vaticinadora del dios Pítico, les ordenó aplacar la cólera de la Madre de los dioses y, según dicen, por ello se construyó el Metroon[5], en el que los atenienses
c guardaban todos sus documentos públicos. Tras los griegos, recibieron estos misterios los romanos, al aconsejarles el dios Pítico que para su guerra contra los

---

[4] Sobre su asociación con Deo y Deméter, cf., *infra*, 173a ss. y la carta 81, dirigida a Calíxena, que era sacerdotisa de Deméter y a quien nombra gran sacerdotisa de Cíbele. Los misterios de iniciación eran otro lazo de unión entre ambos cultos. Por su carácter orgiástico también se identificó con el culto de Dioniso: EURÍP., *Bac.* 75 ss.; PLUT., *Amat.* 15; *infra,* 179a ss. Asimismo, Cíbele se identificó con la tierra-madre y, por tanto, con Rea. Es curioso a estos efectos cómo SÓF., *Filoct.* 391 ss., identifica a Rea con Gea, que es calificada de madre de Zeus, y la representa sentada en un león, como Cíbele.

[5] El templo de la Madre de los dioses. Un metragirto o sacerdote de la Gran Madre vino al Ática hacia la mitad del siglo v a. C. para enseñar los misterios de Cíbele y fue muerto por los atenienses. Se declaró una peste y entonces elevaron el Metroon con una estatua consagrada de la diosa, obra de Fidias o de su discípulo Agorácrito. (Cf. SUIDAS, *s. v. Mētragyrtēs;* PAUSANIAS, I 3, 5, y PLIN., *Hist. Nat.* XXXVI 5, 4.) Obsérvese cómo Juliano habla sólo de la admisión del culto de la Gran Madre porque, en general, los griegos repudiaron la figura de Atis; sólo conocemos dos santuarios en Grecia en que aparezcan reunidos, uno en Dimas y otro en Patras, y probablemente son de época romana: PAUSANIAS, VII 17, 9, y 20, 3. Sobre el rechazo de Atis en el mundo griego, cf. PLUT., *Amat.* 13, 5; LUC., *Icaromen.* 27, y *Deor. concil.* 9. Atis sólo se propagó en asociaciones secretas de religiones de dioses extranjeros.

cartagineses trajeran de Frigia, como aliada, a la diosa[6]. Y quizá nada nos impide añadir aquí, con brevedad, la historia de ese suceso.

2. Cuando se enteraron del oráculo los habitantes de Roma, amada de los dioses, envían una embajada para pedir a los reyes de Pérgamo, que entonces dominaban Frigia, y a los propios frigios la santísima imagen de la diosa. La recibieron y condujeron la sagrada
carga tras colocarla en un amplio carguero, que fuera d
capaz de navegar con soltura a través de tantos mares. Atravesó el mar Egeo y el Jónico y después gira por Sicilia y el mar Tirreno hasta amarrar en la desembocadura del Tíber. Y el pueblo salió de la ciudad junto con el Senado, y al encuentro de la diosa iban, por delante de los demás, la totalidad de los sacerdotes y sacerdotisas, en el orden prescrito por las costumbres ancestrales, que miraban extasiados hacia la nave em-
pujada por vientos favorables y divisando en torno a 160
la quilla el fragor de las olas que se abrían a su paso. Después, al entrar la nave en el puerto, la recibieron prosternándose cada uno a la distancia en que se encontraba. Y como si la diosa quisiera mostrar al pueblo romano que no traían de Frigia un antiguo ídolo sin vida, sino que el objeto tomado de los frigios y transportado poseía una fuerza superior y más divina, una vez que alcanzó el Tíber hace que la nave de repente se quede quieta, como si hubiera echado raíces en el
Tíber. Intentaron arrastrarla contra corriente, pero la b
nave no les seguía. Creyendo que se encontraban en un bajo fondo empezaron a empujar la nave, pero ésta no cedía ante los esfuerzos de los que empujaban. Entonces se emplean todos los recursos, pero la nave

[6] Su culto fue introducido en el 204 a. C. durante la segunda guerra púnica.

sigue sin poder ser movida, de forma que una terrible e injusta sospecha recae sobre la doncella consagrada al más santo sacerdocio y culparon a Clodia[7] —así se llamaba la venerable doncella— de no haberse conservado a sí misma totalmente limpia y pura para la diosa y, por ello, ésta estaba manifiestamente encole-
c rizada y enfurecida. En efecto, todos pensaban ya que el asunto era sobrenatural. La doncella, en principio, se llenó de vergüenza al escuchar su nombre y la sospecha: tan lejos estaba de esta acción vergonzosa e ilegal. Pero cuando vio que la acusación contra ella iba tomando fuerza, desatándose su ceñidor y colocándolo alrededor del mástil de la nave, como si estuviera
d bajo el efecto de alguna inspiración manda a todos apartarse y, a continuación, pide a la diosa que no la abandone entregada a injustas calumnias, y gritando, dicen, como si fuera una orden propia de la marina, dijo: «¡Señora Madre, si soy casta, sígueme!» Y entonces no sólo consiguió mover la nave, sino que incluso la arrastró un largo trecho contra corriente. Y creo que aquel día la diosa enseñó estas dos cosas a los romanos: que la carga que habían traído de Frigia no era de escaso valor, sino de muy alto, y que no era
161 algo humano, sino auténticamente divino, no una arcilla inanimada, sino algo animado y sobrenatural. Esto, por un lado, les enseñó la diosa, pero también que la maldad o bondad de ningún ciudadano podría pasarle desapercibida. Al poco tiempo finalizó con tal éxito la guerra de los romanos con los cartagineses, que la tercera contienda tuvo lugar tan sólo sobre los muros de la propia Cartago. Aunque estos relatos de la historia

[7] Sobre Clodia, cf. Livio, XXIX 14; Ovidio, *Fastos* IV 305, y Suetonio, *Tiberio* 2, 7. Posteriormente y bajo el nombre de Navisalvia se convirtió en una especie de diosa protectora de la navegación en el Tíber (*Corp. Inscrip. Lat.*, Berlín, 1863 ss., VI, 492).

a algunos les parezcan increíbles y totalmente inadecuados para un filósofo o un teólogo, no por ello deben dejar de ser dichos, pues han sido relatados pública- b
mente por la mayor parte de los historiadores y conservados incluso en relieves de bronce[8] en la ciudad más poderosa y amada por los dioses, Roma. No se me escapa, sin embargo, que algunos de los que se pasan de sabios dirán que esto son cháchara de viejas que no pueden ser aceptadas; yo, en cambio, en estas cuestiones tengo más fe en las ciudades que en esos espíritus exquisitos «cuya pequeña inteligencia es sutil», pero no es capaz de ver nada sano[9].

3. Este tema, del que se me ha ocurrido hablar en c
el preciso momento de su celebración, me he enterado que también Porfirio lo había tratado en algún escrito filosófico. Sin embargo, no sé con exactitud, porque no lo he encontrado, si coincide en algún punto con mi discurso[10]. Yo, por mi parte, estoy completamente convencido de que el mencionado Galo y Atis son la substancia de la inteligencia fecunda y creadora que engendra todo, hasta el último grado de materia, y que contiene en sí misma todas las razones y las causas de las formas materiales; en efecto, las formas de todas las cosas no están en todas las cosas, ni en las causas superiores y primeras están las formas de las últimas y extremas, tras las cuales no existe más que d
el nombre de la «privación» con una oscura reflexión.

---

8 No los conservamos, pero sí el bajorrelieve de un altar dedicado a la Madre de los dioses y a Navisalvia en el Museo Capitolino, así como algunos medallones de Faustina la antigua, representando este hecho milagroso.

9 PLAT., *Rep.* 519a.

10 No conocemos dicho escrito, pero EUSEB., *Prep. Ev.* III 11, 12, nos informa de que Porfirio tomaba a Atis como símbolo del florecimiento primaveral.

Puesto que existen muchas substancias y muchísimos creadores, la naturaleza del tercer creador[11], el que posee las razones abstractas de las formas materiales y sus causas encadenadas, esa naturaleza última, y que desciende hasta la tierra desde las estrellas a través
162 de las regiones superiores por obra de un exceso de fecundidad, es el Atis que investigamos. Quizá sea necesario aclarar lo que digo. Decimos que existe la materia, pero también la forma material. Pero si no se les antepone una causa, sin darnos cuenta nos introduciríamos nosotros mismos en la doctrina epicúrea. Pues si no hay nada más antiguo que estos dos principios, es un cierto movimiento espontáneo y el azar quien los reúne fortuitamente. «Pero vemos —dice algún peripatético sutil como Jenarco— que la causa
b de esos principios es el quinto cuerpo circular. Y la investigación y el mucho trabajo que se dio Aristóteles sobre este tema resultan ridículos, y lo mismo ocurre con Teofrasto, que, sin duda, desconoció el sentido de su propio nombre[12]. Pues al llegar a la substancia incorpórea e inteligible, detuvo su investigación sin tomarse trabajo en descubrir la causa y contentándose con decir 'así son por naturaleza estas cosas', pero era necesario, por supuesto, al colocar lo que es así por naturaleza en el quinto cuerpo, no seguir investigando las causas, sino detenerse en éstas y no caer en lo
c inteligible, que por naturaleza no es nada por sí mismo y no contiene sino una vana suposición.» En efecto, éstas son las palabras que recuerdo haber escuchado decir a Jenarco. Si tenía razón o no al hablar así, dejemos que sean los expertos peripatéticos quienes lo examinen minuciosamente, pero que sus opiniones no

[11] Helios. Cf. *Al rey Helios* 104a. Atis es la luz que emana del sol, su naturaleza creadora.

[12] En griego significa «que habla como dios».

me son agradables resulta evidente para cualquiera, ya que pienso que las hipótesis aristotélicas son excesivamente insuficientes si no se las pone en relación con las de Platón y, sobre todo, con los oráculos dados d
por los dioses[13].

4. Lo que quizá merece la pena saber es cómo el cuerpo circular[14] es capaz de contener las causas incorpóreas de las formas materiales. Pues que sin ellas no se puede aceptar que exista generación es algo evidente y manifiesto. ¿Cuál es entonces la causa de tantas criaturas? ¿De dónde procede lo masculino y lo femenino? ¿De dónde la diferencia específica de los seres en formas definidas, si no existieran algunas razones preexistentes y preestablecidas y algunas causas 163
previamente subyacentes para servir de modelo? Y si ante ellas vuestra vista se debilita, purifiquemos más aún los ojos del alma. Una purificación correcta es replegarse en sí mismo y reflexionar cómo el alma y la inteligencia material son como una masa moldeable e imagen de las formas materiales. Pues no existe ni un solo cuerpo, o una criatura concebida en torno a un cuerpo, o incluso algo contemplado como incorporal, cuya representación no pueda formarse la inteligen- b
cia de forma incorporal, lo que nunca podría hacer si no tuviera con ellos algún parentesco natural. Por ello sin duda Aristóteles llama al alma «lugar de las formas»[15], sólo que no en acto, sino en potencia. El alma que es así y está vuelta hacia el cuerpo es necesario que contenga estas cosas en potencia. Pero si un

13 Es la síntesis preconizada por la filosofía neoplatónica a partir de Jámblico.

14 El cuerpo circular o quinto cuerpo (tras los cuatro tradicionales: agua, tierra, aire y fuego) es el éter, asiento del mundo material.

15 ARISTÓT., *Sobre el alma* III 429a.

alma no estuviera contenida y mezclada con un cuerpo
de esta manera, hay que creer que todas las razones
existen en ella, no ya en potencia, sino en acto. Con-
c sideremoslo de modo más claro por medio del ejemplo
del que se valió igualmente Platón en el *Sofista*[16],
aunque con otra intención. Este ejemplo no lo traigo
como demostración de mis palabras: en efecto, no hay
que tomarlo como una demostración, sino como una
aplicación. Trata acerca de las primeras causas o al
menos de las que son análogas a las primeras, si con-
sideramos un dios a Atis, tal y como es digno creerlo.
d ¿Cuál es este ejemplo y de qué tipo? Platón afirma, en
cierta manera, que si alguno de los que se ocupan de
la imitación quisiera imitar, intentando representar
totalmente el objeto imitado, le sería trabajoso y di-
fícil y, por Zeus, sin duda que le llevaría al límite de
lo imposible, mientras que le sería cómodo, fácil y per-
fectamente posible la imitación de la apariencia de la
realidad. Cada vez que tomamos un espejo y lo gira-
mos en derredor, recibimos fácilmente la imagen de
todos los objetos y podemos mostrar las formas de
cada uno. Traslademos la semejanza de este ejemplo
164 a lo que acabamos de decir, de forma que el «espejo»
sea lo que Aristóteles llama «lugar de las formas» en
potencia; es necesario que las propias formas preexis-
tan enteramente en acto antes que en potencia. Así
pues, si nuestra alma, como también creía Aristóteles,
contiene las formas en potencia de los seres, ¿dónde
colocaremos las que primero existen en acto? ¿Acaso
en los seres materiales? Es, sin embargo, muy claro
que éstos son los últimos tipos de seres. Nos queda
tan sólo buscar causas inmateriales, en acto y que pre-
b cedan en la escala a los seres materiales, al coexistir
y progresar con las cuales nuestra alma recibe de

16 PLAT., *Sof.* 233b-236c.

ellas, igual que el espejo recibe las imágenes de algunos objetos, necesariamente las razones de las formas y, a su vez, por medio de la naturaleza, las inculca a la materia y a esos cuerpos materiales. Pues sabemos que la naturaleza es creadora de cuerpos, de todo en tanto que ella es universal, mientras que también es claro y evidente que la naturaleza individual es creadora de cada cuerpo individual de los particulares. Pero la naturaleza en acto está en nosotros sin representación, *c*
mientras que el alma, que está por encima de ella, también ha sido dotada de representación. Así pues, si concedemos que la naturaleza, aun de los seres de los que no tiene representación, contiene sin embargo su causa, ¿por qué, por los dioses, no asignaremos esto mismo, en mayor grado todavía, y con mayor preferencia, al alma, ya que lo conocemos por medio de la representación y lo comprendemos por la razón? Y, además, ¿quién es tan amigo de discusiones que conceda que existen razones materiales en la naturaleza *d*
—aunque no todas en acto de la misma manera, al menos todas en potencia—, y, en cambio, no otorgue esas mismas al alma? Por tanto, si las formas existen en la naturaleza en potencia y no en acto y si también existen en el alma en potencia de forma más pura y distinta hasta el punto de que pueden ser comprendidas y conocidas, pero en ninguna parte existen en acto, ¿de dónde ataremos las amarras de la generación eterna? ¿Dónde asentaremos las razones sobre la eternidad del universo? En efecto, el cuerpo circular está 165
formado de un substrato y de una forma. Es, pues, necesario, aunque nunca existan en acto la una sin la otra, que la razón considere que las formas existen en primer lugar y con preferencia.

5. Por consiguiente, al otorgarse a las formas materiales una causa anterior totalmente inmaterial subor-

dinada al tercer creador, que para nosotros es padre y señor no sólo de éstas, sino también del quinto
b cuerpo aparente, separando de aquél a Atis, que es la causa que desciende hasta la materia, estamos convencidos de que Atis y Galo son un dios fecundo; de él afirma el mito que, tras ser expuesto junto a los remolinos del río Galo, creció como una flor y luego, ante su bella apariencia y su estatura, fue amado por la Madre de los dioses, que le impuso todos sus atributos y entre ellos su bonete adornado de estrellas. Pero si la cabeza de Atis la protege ese cielo que vemos, ¿no es necesario interpretar el río Galo como el círculo
c lácteo [17]? Allí, en efecto, dicen que el cuerpo expuesto al sufrimiento se mezcla con el movimiento circular impasible del quinto cuerpo. Hasta entonces la Madre de los dioses había permitido saltar y danzar a este bellísimo joven, a este dios intelectual semejante a los rayos solares, a Atis. Pero cuando éste, en su progreso, llegó hasta los confines, el mito afirma que descendió a la cueva y se unió a la ninfa, queriendo indicar con ello la humedad que penetra la materia y que no de-
d signa ahora la propia materia, sino la última causa incorpórea que preside la materia. Así dice Heráclito que

la muerte se produce en las almas húmedas [18],

y así este Galo, dios intelectual que reúne las formas materiales y sublunares, se une a la causa que está colocada por delante de la materia y se une, no como un macho a una hembra, sino como aquello que es llevado hacia sí mismo.

166 6. ¿Quién es entonces la Madre de los dioses? La fuente de los dioses intelectuales y creadores que go-

---

[17] Vía Láctea. Cf. MACR., *Somn. Scip.* 1, 12.

[18] HERÁCLITO, *fr.* 36 DIELS.

biernan a los dioses visibles, la que engendra y cohabita con el gran Zeus, la gran diosa subsistente después y junto con el gran creador, señora de toda vida y causa de toda generación, la que fácilmente lleva a su fin lo que crea, la que engendra sin sufrimiento y crea los seres junto con el padre; ella es, en efecto, la virgen sin madre, la que comparte el trono con Zeus, la que es en esencia madre de todos los dioses. *b*
Al haber recibido en sí misma las causas de todos los dioses inteligibles supercósmicos se convirtió en fuente de los dioses intelectuales. Y esta diosa, que es también la providencia, experimentó un desapasionado amor por Atis. Pues en ella están voluntariamente, y de acuerdo con su intención, no sólo las formas materiales, sino en mayor grado sus causas. Al conservar la providencia lo que nace y se destruye, el mito dice que ama su causa creadora y fecunda y que le ordena dar a luz sobre todo en lo inteligible y desear volverse *c*
hacia ella misma y cohabitar con ella, pero prescribiéndole que con ningún otro, persiguiendo a un tiempo la salvación uniformal y rehuyendo a la vez su inclinación a la materia. Le ordenó contemplarla a ella misma, ya que es la fuente de los dioses creadores y no es arrastrada hacia la generación ni se deja engañar. De *d*
esta manera, el gran Atis iba a ser un creador más poderoso, puesto que en todas las cosas la atención hacia lo mejor resulta más eficaz que la inclinación hacia lo peor. Efectivamente, el quinto cuerpo tiene mayor fuerza creadora y es más divino que los de aquí, por volverse en mayor medida hacia los dioses, y nadie se atrevería a decir que el cuerpo, aunque estuviera formado del éter más puro, es mejor que un alma inmaculada y pura como la que envió a Heracles el **167**
creador. Sin duda era y parecía más eficaz cuando se entregó a un cuerpo, puesto que ahora que el propio Hèracles todo él se ha retirado hacia su padre total,

su cuidado le resulta más fácil que antes, cuando se criaba entre los hombres llevando sobre sí su delezTable carne. Así, en todas las cosas, es más eficaz la retirada hacia lo mejor que la vuelta hacia lo peor; queriendo enseñar esto, el mito afirma que la Madre de los dioses exhorta a Atis a servirla y a no abando-
b narla ni amar a otra.

7. Y él avanzó en su descenso hasta las extremidades de la materia. Pero como era preciso que se detuviese alguna vez y parase su marcha hacia el infinito, Coribas, el gran Helios, el que comparte con la Madre el trono y la creación de todas las cosas y la providencia y nada hace sin ella, convence al león para que sea su revelador. ¿Quién es el león? Sin duda sabemos que lo ígneo y, por tanto, la causa que preside el calor y lo ardiente, la que iba a combatir con la ninfa y a
c envidiar su unión a Atis —ya hemos dicho quién es la ninfa; dicen que el león ayudó a la providencia creadora de los seres, es decir, a la Madre de los dioses, y que después, al descubrir el hecho y denunciarlo, fue el causante de la mutilación del joven ¿Y qué es la mutilación? La interrupción del infinito. Pues la generación está retenida por la providencia creadora en
d unas formas limitadas, no sin la llamada locura de Atis que, al colocarse fuera y superar la medida, es como si se agotara y no pudiera dominarse a sí misma, lo que no es absurdo subordinarlo a la última causa de los dioses. Observa, pues, el quinto cuerpo inalterable en comparación con la alteración universal en torno a las fases de la luna cuando, por lo demás, el universo que nace y perece continuamente está próximo al quinto cuerpo: en sus fases contemplamos cómo
168 se produce una cierta alteración y agitación.

8. Por ello no es absurdo que este Atis sea una especie de semidiós, que es precisamente lo que quiere señalar el mito, o más bien un dios en su totalidad, pues proviene del tercer creador y es conducido de nuevo hacia la Madre de los dioses después de su mutilación; y como parece que se inclina y tiende totalmente hacia la materia, no se equivocaría quien lo considerase el último de los dioses, pero también el que preside todas las razas divinas. Por esto dice el mito que es un semidiós, mostrando su diferencia b respecto a los dioses inmutables. Le escoltan los Coribantes, que le han sido dados por la Madre de los dioses y que son las tres hipóstasis que gobiernan las razas superiores después de los dioses. Gobierna también sobre los leones, que se han repartido junto con su león jefe la substancia térmica e ígnea y son causa, primero, del fuego y, por la energía calorífica y cinética que de ahí proviene, son causa también de la conservación de los demás cuerpos. Le rodea, a manera c de tiara, el cielo, como si desde allí se lanzase a la tierra.

9. Éste es nuestro gran dios Atis, éstas son las escapadas del rey Atis celebradas en trenos, sus ocultaciones y desapariciones, sus bajadas a la cueva, cuya prueba considero la época en que se celebran[19]. En efecto, dicen que el árbol sagrado se corta el día en que el sol alcanza la cumbre de la bóveda equinoccial; después, al día siguiente, según la tradición, se pro- d

---

[19] Los romanos instituyeron las fiestas Megalesías en honor de la Gran Diosa, en principio, del 4 al 10 de abril (LIVIO, XXIX 14, 14; VARRÓN, *De ling. lat.* 6, 15; OVID., *Fast.* IV 255 ss.), conmemorando la introducción en Roma de su culto. Parece que fue Claudio (LIDO, *De mens.* IV 41; LUCAN., *Fars.* I 599 ss.; ESTAC., *Silv.* I 2, 176 ss.) quien las trasladó del 22 al 25 de marzo, como reproducción de las ceremonias frigias.

duce por los alrededores un sonar de trompetas y, al tercer día, se siega la cosecha sagrada e inefable del dios Galo. Después vienen las fiestas Hilarias[20]. Que la mutilación, tan conocida por la mayoría, es una detención de lo infinito es evidente a partir del hecho de que cuando el gran Helios se detiene, tras tocar el círculo equinoccial, allí precisamente está su límite; pues lo que es igual es limitado, mientras que lo desigual es infinito e impenetrable y, de acuerdo con esto, en ese mismo instante es cuando se corta el árbol; después, al día siguiente, vienen las restantes ceremonias, unas celebradas mediante ritos mistéricos y se-
169 cretos, otras que pueden ser contadas a todos. La mutilación del árbol conviene sólo al relato de Galo y no a los misterios con los que la asocia la tradición; los dioses nos enseñan de forma simbólica, en mi opinión, que es preciso que extraigamos de la tierra lo más bello, la virtud unida a la piedad, y se lo ofrezcamos a
b la diosa como símbolo de nuestra buena vida aquí. Porque el árbol nace de la tierra y es como si creciese hacia el cielo, y es hermoso verlo proporcionar sombra en el rigor del verano y producir por sí mismo frutos que nos regala: tal es el exceso de fecundidad que tiene. El rito, pues, nos ordena a nosotros, que por naturaleza somos seres celestiales, pero que hemos sido trasladados a la tierra, que recolectemos de nuestra vida en la tierra la virtud junto con la piedad y nos esforcemos en alcanzar a la diosa ancestral y productora de vida. Entonces, tras la mutilación del árbol,
c da la trompeta la señal de llamada para Atis y para todos los que una vez volamos desde el cielo hacia la tierra y en ella caímos. Tras este símbolo en que el rey Atis detiene el infinito mediante una mutilación, los dioses nos ordenan mutilar también en nosotros mis-

20 Cf. MACR., *Saturn.* 1, 21.

mos el infinito y, separándonos de ello, ascender hacia lo limitado y uniforme y, si es posible, hacia el propio Uno; tras lo cual, en todo caso, deben seguir las Hilarias. ¿Qué podría haber, pues, más generoso y qué *d*
más alegre que un alma que huye del infinito y de la generación, de su propia agitación, y es transportada hacia los propios dioses? Al ser Atis uno de ellos, no le permitió en absoluto la Madre de los dioses caminar más allá de lo que era preciso; le ordenó detener el infinito y le llamó hacia sí misma.

10. Y que nadie sospeche que yo digo que esto tuvo lugar y ocurrió una vez, como si los propios dioses no supieran lo que iban a hacer o corrigieran sus 170
propios errores. Pero los antiguos investigaron las causas de los seres eternos, bien bajo la guía de los dioses o bien por su propia iniciativa o, por decirlo quizá mejor, lo buscaron bajo la guía de los dioses y cuando las encontraron las cubrieron con mitos paradójicos para que, por medio de lo paradójico e inverosímil, la ficción desvelada nos incitase a la búsqueda de la verdad; a la gente común creo que le basta la utilidad *b*
irracional y que proviene únicamente de los símbolos, mientras que a los que destacan por su inteligencia solamente les será útil la verdad acerca de los dioses si, investigándola bajo la guía de los dioses, la encuentran y la aceptan, pensando por sus enigmas que hay que buscar algo en los mitos y que, tras encontrarla gracias a su investigación, se encamina hacia el fin y cumbre, por decirlo así, de la acción, no tanto por respeto y fe en una doctrina extraña cuanto por su propia *c*
energía espiritual.

11. ¿Qué decimos, pues, que existe, en resumen? Hemos comprendido que hasta el quinto cuerpo no solamente lo inteligible, sino también los cuerpos apa-

rentes formados de una porción impasible y divina, hasta ese cuerpo se considera que los dioses son sin mezcla. Los dioses de aquí subsisten gracias a la substancia fecunda, la materia progresa desde la eternidad con la ayuda de los dioses y de ellos y por ellos, por
d el exceso de su fecunda y creadora causa, la providencia de los seres, que coexiste con los dioses desde la eternidad y que comparte el trono con el rey Zeus, fuente de los dioses intelectuales, lo que parece sin vida, estéril y despreciable y, como si dijéramos, lo impuro, la hez y el sedimento de los seres mediante la causa última de los dioses hacia la cual las esencias de todos los dioses tienden, lo ordenó y corrigió y lo cambió hacia lo mejor. Este Atis, que tiene una tiara
171 moteada de estrellas, es evidente que hizo, como comienzo de su reinado, los lotes visibles de todos los dioses respecto al mundo aparente; a él le estaba asignado el espacio sin mezcla y puro hasta la galaxia, pero en torno a este lugar, al mezclarse lo que sufre a lo impasible y al surgir de allí la materia, la comunicación con ésta es el descenso a la cueva, acaecida no contra la voluntad de los dioses y de su Madre,
b aunque se diga que acaeció contra su voluntad. Pues al estar por naturaleza los dioses en posesión de la excelencia, lo que es mejor no se admite que sea arrastrado hasta las cosas de aquí abajo, pero por medio del descenso junto con las potencias superiores se elevan a una participación mejor y más querida de los dioses. Así, se dice que la Madre, tras la mutilación, no odia a Atis ni se indigna en absoluto, mientras que en cambio se dice que está indignada por el descenso compartido, porque siendo Atis un ser superior y un
c dios, se da a sí mismo a lo que es inferior. Pero cuando detiene su progreso hacia el infinito y ordena lo desordenado por medio de la simpatía que le lleva al círculo equinoccial, donde el gran Helios gobierna

la medida última de su limitado movimiento, la diosa, contenta, lo atrae hacia sí, mejor dicho, lo retiene junto a sí. Y jamás ha sucedido de manera diferente a como ahora ocurre, sino que siempre Atis es el servidor y conductor del carro de la Madre, siempre tiende a la *d*
generación, siempre es mutilado respecto al infinito mediante la causa limitada de las formas. Y a su ascensión, por decirlo así, de la tierra se dice que de nuevo toma el poder de sus antiguos cetros, sin que los hubiera perdido nunca ni antes ni ahora, aunque se diga que los perdió a causa de su mezcla con lo que sufre.

12. Es posible que pueda presentar una dificultad lo siguiente: en efecto, de los dos equinoccios que existen, se honra en mayor grado no al de la constelación del Cangrejo, sino al de la constelación del Carnero. 172
Cuál sea su causa es de todo punto evidente. Pues ya que el sol comienza a acercarse a nosotros precisamente a partir del equinoccio, al aumentar la duración de los días, según creo, esa estación fue considerada la más conveniente. Porque fuera de esta causa que, dicen, es la luz que corre junto con los dioses, hay que creer que los atractivos rayos del sol tienen una afinidad con los que se esfuerzan en desprenderse de la generación. Míralo con más claridad: el sol arrastra todo fuera de la tierra, lo llama y lo hace germinar con su fuego vivificador y su admirable calor divi- *b*
diendo, en mi opinión, los cuerpos hasta su máxima levedad, aligera a los que por naturaleza son llevados hacia el suelo. Cosas así deben dar la prueba de sus poderes invisibles, pues quien es capaz de cumplir esto en los cuerpos gracias a su calor corporal, ¿cómo no arrastrará y hará ascender las almas afortunadas por medio de su substancia invisible y totalmente incorpórea, divina y pura, fundada en sus rayos? Así pues, *c*
ya que esta luz se ha revelado afín a los dioses y a los

que se esfuerzan en ser elevados, y aumenta en nuestro mundo de forma que el día es más largo que la noche, cuando Helios rey empieza a recorrer la constelación del Carnero, queda también demostrada la naturaleza atractiva de los rayos del dios, gracias a su energía visible e invisible, mediante la cual son elevadas la multitud de almas que acompañan al más claro, y de
d forma más parecida al sol, de los sentidos. Pues este sentido de la vista lo celebró el divino Platón no sólo como amable y útil para la vida, sino también como guía para la sabiduría[21]. Si yo tocara un punto de la indecible iniciación que sobre el dios de siete rayos[22] celebró, inspirado, el Caldeo[23], elevando las almas gracias a ella, diría cosas desconocidas, completamente desconocidas, al menos para el populacho, aunque co-
173 nocidas para los bienaventurados teúrgos. Por eso me las callaré ahora.

13. Respecto a lo que decía de que la estación no había sido escogida sin razones, sino que ha sido asignada al rito por los antiguos con la máxima verosimilitud y verdad, la prueba de ello es que la propia diosa le asignó este círculo equinoccial. En efecto, los venerables e inexpresables misterios de Deo y de Core se realizan en la constelación de la Balanza. Y es natural que así sea, porque es preciso que vuelvan a celebrarse los misterios para el dios que se va, a fin de que no
b suframos ningún mal por obra del impío y tenebroso poder triunfante. Por eso los atenienses celebran dos veces los misterios de Deo, los misterios menores, como los llaman, cuando el sol está en la propia constelación del Carnero, y los mayores, cuando está en

21 Plat., *Tim.* 46e ss.

22 Helios.

23 Juliano el Caldeo.

la del Cangrejo, por las causas que acabo de decir. Creo que los llaman mayores y menores, entre otras razones, sobre todo, por el alejamiento de este dios, como es natural, más que por su acercamiento; por eso en los menores se trata sólo de un recuerdo, puesto que, cuando el dios salvador y atrayente hace su apa- c
rición, se establecen los preliminares de la iniciación y, poco después, las continuas purificaciones y las ceremonias sagradas. Por lo demás, al marchar el dios hacia las antípodas se celebra la parte principal de los misterios por nuestra protección y salvación. Fíjate: igual que entonces se mutila la causa de la generación, de la misma forma los atenienses que participan en los misterios inexpresables están absolutamente puros, y su jefe, el hierofante, se aparta de toda generación porque no puede participar en el progreso hacia el d
infinito, ya que la substancia es limitada, permanente y contenida en el uno, sin mezcla y pura. Sobre esto basta lo dicho.

14. Nos queda por hablar, como es natural, sobre la propia ceremonia y sobre la purificación, tomando de allí, si es posible, algún dato para nuestra argumentación. En primer lugar, a la mayoría le parece 174
ridículo eso de que la ley sagrada permita tocar la carne y en cambio prohiba hacerlo con los granos. ¿No son éstos inanimados y aquélla animada? ¿No son éstos puros y aquélla en cambio está llena de sangre y de otras muchas substancias inaceptables para nuestros ojos u oídos? Y, sobre todo, ¿no es cierto que alimentarse de granos no supone hacer mal a ningún ser, mientras que hacerlo con carne supone sacrificar y degollar animales que sienten dolor, como es lógico, b
y padecen? Esto es lo que muchos, incluso de los instruidos, podrían decir; y de eso se burlan los hombres más impíos. Dicen que se comen los tallos de las le-

gumbres, pero se prohíben las raíces, como por ejemplo los rábanos, y dicen que se comen los higos, pero no las granadas ni los membrillos. Esto es lo que he escuchado murmurar muchas veces a mucha gente, e incluso yo lo he dicho anteriormente, pero creo que
c soy el único de todos que estoy muy agradecido a todos los dioses soberanos, pero especialmente a la Madre de los dioses, que, igual que en todas las demás ocasiones, tampoco en ésta me dejó errando en las tinieblas [24], sino que, en primer lugar, me ordenó cortar no en mi cuerpo, sino en los impulsos y movimientos irracionales de mi alma, por la causa intelectual y primordial de nuestras almas, lo superfluo y vano; y ella puso en mi inteligencia algunas ideas que quizá no desafinan
d del todo con la ciencia auténtica y, al tiempo piadosa, de los dioses. Pero parece que, como si no tuviera nada que decir, no hago más que dar vueltas; pero puedo, yendo a su encuentro, explicar clara y netamente cada una de las razones por las que no nos está permitido echar mano a los alimentos que nos impide la ceremonia divina; y sin duda lo haré un poco más tarde, pero ahora es mejor anteponer una especie de modelos y cánones, siguiendo los cuales, aunque a menudo por la prisa mi discurso cometa alguna transgresión, podremos juzgar sobre este tema.

175 15. Conviene primero recordar con brevedad quién decíamos que era Atis y qué era la mutilación, qué simbolizaban las ceremonias que van desde la mutilación hasta las Hilarias y qué significa la purificación. En cuanto a Atis, se ha dicho que es una causa substancial y un dios que crea ininterrumpidamente el universo material y que, descendiendo hasta los últimos límites, es detenido por el movimiento creador del sol

[24] El cristianismo.

cada vez que el dios llega a la cima de la circunferencia que limita el todo, cuyo nombre, por sus obras, b
es equinoccio. La mutilación decíamos que era la detención del infinito, la cual no sucede más que por la llamada y ascensión a las causas más antiguas y básicas. El objetivo de la propia purificación decimos que es la ascensión de las almas.

16. Así pues, no está permitido, en primer lugar, alimentarse con los granos que están enterrados, pues la tierra es el último de los seres. De ella afirma Platón que se difunden los males que fueron expulsados del cielo y, a través de los oráculos, los dioses a me- c
nudo la llaman desecho y nos ordenan huir de ella. Primero, la diosa engendradora de vida y previsora prohíbe utilizar, incluso como alimento de los cuerpos, los granos subterráneos, exhortándonos a levantar nuestros ojos hacia el cielo, mejor dicho, por encima del cielo. Algunos utilizan una sola clase de grano, las vainas, considerando que más que un grano son una legumbre porque crecen elevadas, rectas y no echan raíces en la tierra, sino que dependen de ella como un d
tallo de la hiedra o el fruto de una viña de la cepa. Por esto se nos prohíbe utilizar el grano de las plantas, pero se nos permiten los frutos y legumbres, no de los que crecen a ras de tierra, sino de los que se elevan de la tierra en el aire. Por ello se ordena abstenerse de la parte del rábano que se complace en la tierra, porque es ctónica, pero la parte que se eleva y asciende hasta una cierta altura, como esta parte es pura, se 176
nos permite comerla. Del mismo modo, de las legumbres se nos permite utilizar los tallos, pero se nos prohíben las raíces, y sobre todo las que se alimentan en el interior de la tierra y simpatizan con ella. Y de entre los árboles, los membrillos, porque son sagrados, dorados e imágenes de las luchas indecibles y misté-

ricas, no se nos permite destruirlos y consumirlos:
sin duda son dignos de veneración y culto como arque-
b tipos. Las granadas, puesto que son un árbol ctónico,
están prohibidas, y lo mismo el fruto de la palmera,
aunque podría decirse quizá que la causa es que dicho
árbol no se da en Frigia donde se originó la ceremonia;
a mí me parece más bien que, al ser un árbol del sol
y no envejecer, no se nos permite consumir sus frutos
en las purificaciones para alimento del cuerpo. Ade-
más está prohibida la utilización de todos los peces;
esta prohibición la compartimos con los egipcios.

c 17. Me parece que hay dos razones para la absti-
nencia del pescado casi siempre, pero sobre todo en
las ceremonias; una, porque lo que no sacrificamos a
los dioses tampoco conviene comerlo. No me da nin-
gún miedo la objeción que podría hacerme aquí algún
barrigudo y glotón, porque ya me acuerdo de haberlo
soportado en alguna ocasión anterior al escucharle
decir: «¿Por qué no sacrificamos pescado normalmente
a los dioses?» A lo que podemos responder: «Claro
que lo sacrificamos, querido amigo, en algunos sacri-
ficios iniciáticos, igual que los romanos sacrifican un
d caballo, o como los griegos y los romanos muchas otras
fieras y animales, incluso perros a Hécate; en ambos
pueblos hay muchas víctimas de sacrificos iniciáticos,
y tales sacrificios son ofrecidos con cargo a los gastos
públicos de las ciudades una o dos veces al año, pero
no en los sacrificos honoríficos, únicos en los que po-
demos compartir la mesa con los dioses. No sacrifica-
mos peces en los sacrificios honoríficos porque tam-
177 poco los hacemos pastar ni nos cuidamos de su repro-
ducción, ni tenemos rebaños de peces como los tene-
mos de corderos y de bueyes, pues precisamente el
cuidado de estos animales y su abundancia satisface
nuestras restantes necesidades y, sobre todo, los sacri-

ficios honoríficos.» Ésta es la primera razón por la que creo que no se debe tomar pescado como alimento en el momento de la purificación; la segunda razón, que pienso que se aviene mejor con lo anteriormente dicho, es porque los peces sumergidos en el fondo del mar en alguna forma serían más ctónicos que los granos. *b*
Quien desee remontar el vuelo y volar por las alturas por encima del aire hacia las mismas cimas del cielo, tendría toda la razón en apartarse de todos estos alimentos y en seguir y perseguir lo que tiende hacia el cielo, lo que se esfuerza «hacia las alturas» y, para decirlo más poéticamente, lo que mira hacia el cielo. Así pues, se nos permite alimentarnos con aves, excepto unas pocas que resultan ser sagradas en todos los lugares, y con los cuadrúpedos normales, a excepción del cerdo. Éste, por su forma absolutamente ctónica, por *c*
su vida y por razón de su propia substancia, pues tiene una carne residual y pesada, está prohibido en la alimentación sagrada. En efecto, no sin razón se cree que es una víctima propicia para los dioses ctónicos, pues este animal no mira jamás al cielo, no sólo porque no quiera, sino porque por naturaleza jamás levanta la vista. Tales son las causas sobre la abstinencia que hay que practicar dictadas por el divino rito; los que las comprendemos se las comunicamos a los conocedores de los dioses. *d*

18. Sobre los alimentos que está permitido utilizar, decimos tan sólo que la ley divina no permitió todo a todos, sino que, examinando las posibilidades de la naturaleza humana, les permitió la mayor parte, no para que obligatoriamente utilizáramos todos todo, pues quizá esto no hubiera sido fácil, sino para que nos valiésemos, en primer lugar, de lo que nuestra fuerza corporal nos permitiese, después, de lo que se presenta en abundancia y, en tercer lugar, de nuestra

178 elección, que en las ceremonias sagradas debe pensarse de forma que se lance por encima de la fuerza corporal y desee estar de acuerdo con los ritos divinos. Esto es especialmente eficaz para la salvación de la propia alma, si se da más importancia a su propia seguridad que a la del cuerpo y, además, el propio cuerpo parece obtener, sin darse cuenta, un provecho mayor y más
b divino. Pues siempre que el alma se da a sí misma a los dioses, entregando a los seres superiores la totalidad de sus asuntos, en mi opinión, al seguir la ceremonia y, antes, al comenzar los ritos divinos, sin que quede nada que pueda impedirlo u obstaculizarlo, pues todo está en poder de los dioses y todo subsiste en relación con ellos y «todo está lleno de dioses»[25], al instante la luz divina ilumina las almas que, una vez divinizadas, añaden al soplo vital innato una cierta
c energía y fuerza, lo que aguzado, por así decir, y fortificado por ellas es causa de salvación para el cuerpo entero. Y el hecho de que precisamente todas las enfermedades, si no la mayor parte y las más importantes, suceden por el cambio y desarreglo del soplo vital, ninguno de los discípulos de Asclepio creo que se atrevería a negarlo, pues unos afirman que todas y otros que la mayoría, las más importantes y las más difíciles de curar. Esto lo atestiguan también los oráculos de los dioses y afirmo que, por medio de esta ce-
d remonia, no sólo el alma, sino también los cuerpos se hacen dignos de una gran ayuda y de la salvación. «Pues se salva —dice— incluso la envoltura mortal de la insignificante materia», y los dioses la prometen al mandar estas cosas a los más puros de entre los teúrgos.

---

[25] JÁMBLICO, *Sobre los misterios de Egipto* I 9.

19. ¿Qué nos queda, pues, por decir, sobre todo cuando sólo hemos podido engarzar este discurso en una breve parte de la noche y sin respirar ni haber hecho ninguna lectura ni investigación previa sobre 179 él, sin que ni siquiera hubiéramos decidido hablar de este tema antes de pedir las tablillas? La diosa es testigo de mis palabras. Pero, como iba diciendo, ¿qué nos queda por decir sino recordar a la diosa junto con Atenea y Dioniso, cuyas fiestas ha establecido la ley también en estas ceremonias, viendo el parentesco de Atenea respecto a la Madre de los dioses por medio de la similitud previsora de las esencias de cada una de ellas y observando asimismo la creación divisible de Dioniso, que ha recibido de la uniforme y perdura- *b* ble vida del gran Zeus el gran Dioniso, porque también procede de aquél, para que la repartiese a todos los seres visibles, gobernando y reinando sobre la totalidad de la creación divisible? Conviene recordar, junto a ellos, también a Hermes Epafrodito, pues es así llamado por los iniciados ese dios que afirma que *c* ilumina las antorchas para el sabio Atis. ¿Quién es, pues, tan duro de alma que no comprenda que por medio de Hermes y de Afrodita se nombran todos los poderes universales de la generación, que comprenden del todo y totalmente la causa final, que es precisamente lo más característico de la razón? ¿No es Atis el que, insensato poco antes, ahora se oye llamar sabio por su mutilación? Insensato porque eligió la materia y gobernó la generación, y sabio porque ordenó con vistas a la belleza esa basura y la transformó en tal *d* grado que ningún arte e inteligencia humana podría imitar. Pero, ¿cuál será el límite de mi discurso sino, evidentemente, un himno de la Gran Diosa?

20. *¡Oh Madre de los dioses y de los hombres, oh tú que compartes el sitial y el trono del gran Zeus, oh*

fuente de los dioses intelectuales, oh tú que caminas
junto a las inmaculadas esencias de los dioses inteli-
gibles y que has recibido la causa común de todo y se
la entregas a los dioses intelectuales, diosa engendra-
180 *dora de vida, inteligencia y providencia y creadora de*
nuestras almas, oh tú que amas al gran Dioniso y que
salvaste a Atis abandonado y que le volviste a llamar
después que descendió hasta la cueva de la tierra, oh
tú que procuras todos los bienes a los dioses intelec-
tuales y que colmas de todo al mundo sensible y nos
regalas todos los bienes en todas las cosas! Concede a
todos los hombres la felicidad, cuyo punto principal es
el conocimiento de los dioses, y a la comunidad pú-
b *blica de los romanos en especial borrar su mancha de*
ateísmo y, además, una fortuna benevolente para que
junto con ellos gobiernes su imperio durante muchos
miles de años, y a mí sacar como fruto del culto que
te profeso la verdad en los dogmas sobre los dioses, la
perfección en la teurgia y en todas las obras que em-
prendamos en el orden político y militar, la virtud
c *unida a la buena fortuna y un fin de mi vida sin dolor*
y glorioso junto con la buena esperanza de mi marcha
a vuestro lado.

IX

CONTRA LOS CÍNICOS INCULTOS

INTRODUCCIÓN

Tras el anterior ataque contra el cínico Heraclio, Juliano vuelve a tomar la pluma contra la impudicia, ahora, de otro cínico desconocido para nosotros, que ha osado tachar de vanidoso a Diógenes interpretando su muerte como un castigo a dicha falta. Una vez más el emperador se esfuerza en dejar bien clara la enorme diferencia entre los grandes creadores del cinismo, en concreto Diógenes, y sus secuaces contemporáneos. El cinismo de los primeros es una filosofía tan digna como cualquier otra e incluso una forma de vida natural que ya practicó el propio Heracles, basada en el dominio de sí mismo y de los instintos y, a partir de ahí, en una vida que no se guía por la opinión del vulgo, sino por la razón e inteligencia. En estos principios no hay contradicción con la doctrina platónica, de modo que es absurdo enfrentarlos. En cambio los actuales cínicos, escogiendo el camino más fácil, no ejercen el dominio de sí mismos y se comportan con desvergüenza e hipocresía totales, haciendo del ataque a todo lo divino y humano su modo de conducta, en lugar de dar primero el ejemplo de su propio valor y dignidad, como hizo Diógenes.

Hombre de estudio y acción, de acuerdo con las dos partes de la filosofía —teórica y práctica—, Juliano no puede soportar la absoluta libertad de palabra que no va acompañada de acciones dignas de alabanza.

Esa libertad total de palabra y de acción que en los cínicos llegaba a extremos poco agradables para el emperador, se admite en Diógenes porque previamente había dado muestras inequívocas de su valía, pero no estima correcto invertir el orden de estas actitudes: es la vía fácil de los cínicos de su época, que, en lugar de imitar la fortaleza de alma de Diógenes, se limitan a imitar sus signos externos y superficiales, como el bastón, el pelo largo y el aspecto exterior desaliñado. Sin el dominio de sí mismo no hay libertad posible y tampoco sin la reverencia a los dioses, caballo de batalla de Juliano, tal y como mostraron Diógenes y Crates. El emperador no espera realmente convencer a los cínicos, pero pretende, al menos, dejar bien clara su admiración por Diógenes y la diferencia enorme que separa al fundador de sus seguidores actuales. Por lo demás, ya dos siglos antes, Luciano había escrito la vida ejemplar del cínico Demonacte con intenciones semejantes. Al igual que en el discurso contra Heraclio, también aquí hay una alusión (203c) a una cierta simpatía de este cínico hacia algunas formas del cristianismo. Los puntos de contacto entre cínicos y cristianos habían ya sido puestos de manifiesto desde el siglo II por Arístides (*Or.* 402d), y derivaban de su comportamiento y de su mutua marginación en la esfera social y de su común ataque a las creencias tradicionales, aunque por motivos muy diversos.

La clara referencia, al comienzo del discurso, a la proximidad del solsticio de verano, sitúa este discurso en el mes de junio de 362, poco antes de la partida desde Constantinopla hacia Antioquía para preparar la expedición contra los persas y, probablemente, poco antes de la ley escolar. Según declara el propio Juliano al final de su obra (203c), se trata de un «trabajo suplementario de dos días» redactado improvisadamente.

SINOPSIS DEL DISCURSO

CONTRA LOS CÍNICOS INCULTOS

1. «Contra corriente», esto es lo que dice el refrán[1]; un cínico afirma que Diógenes es un hombre 180 *d* vanidoso y no quiere tomar un baño frío pese a tener un cuerpo muy vigoroso, estar lleno de vida y en plena juventud, por miedo a que le suceda alguna desgracia 181 cuando el dios se aproxima ya al solsticio de verano. Se burla también de que haya comido un pulpo y afirma que Diógenes ha sufrido el castigo de su locura y vanidad como si hubiera muerto alimentándose con cicuta. «Tan lejos ha avanzado en la sabiduría»[2] que sabe perfectamente que la muerte es un mal. Esto es lo que creían ignorar el sabio Sócrates, y tras él, Diógenes. De Antístenes se dice que, padeciendo una grave *b* e irremediable enfermedad, Diógenes le dio un puñal diciéndole: «Si necesitas la ayuda de un amigo...»; así que no creía en absoluto que la muerte fuese algo terrible y doloroso[3]. Pero nosotros, que hemos recibido de él el bastón[4] con una sabiduría superior, sabemos que la muerte es dura y afirmamos que más terrible que ella es estar enfermo, y que pasar frío es más duro

---

[1] Euríp., *Med.* 410, y Diόg. Laerc., VI 36; frase proverbial para indicar algo que va contra la naturaleza.

[2] Plat., *Eutif.* 4b.

[3] Suidas, *s. v.* «Antisthenēs»; Diόg. Laerc., VI 18.

[4] Símbolo del filósofo.

a su vez que estar enfermo. Pues hay veces en que el
que está enfermo es cuidado tan delicadamente que su
enfermedad se convierte en una auténtica voluptuosi-
c dad, sobre todo si es rico. Así, yo mismo he contem-
plado, por Zeus, a algunos hombres que vivían más
voluptuosamente en su enfermedad que cuando estaban
sanos, y eso que entonces ya llevaban una vida alta-
mente voluptuosa. Por lo que se me ocurrió decir a
algunos de mis amigos que a esos hombres más les
convenía ser criados que amos y, más desnudos que
el lino, la pobreza en vez de la riqueza que ahora tie-
nen; sin duda dejarían de ser enfermos y a la vez vo-
luptuosos. Por supuesto hay quienes juzgan buenos los
cuidados de la enfermedad y los regímenes tan volup-
d tuosos, pero un hombre que soporta el frío y aguanta
el calor, ¿no está en condiciones más penosas que los
enfermos? Pues sufre un dolor sin consuelo posible.

2. ¡Ea, pues! Presentemos en público, para que lo
examinen los que quieren tomar este género de vida,
todo cuanto hemos aprendido de nuestros maestros
sobre los cínicos. Si pudiese convencerlos, estoy se-
182 guro de que al menos los que ahora intentan ser cí-
nicos no serían peores, y si no me hacen caso y reali-
zan algún acto brillante y digno de respeto, superando
nuestro propio discurso no con palabras, sino con he-
chos, en ese caso no les estorbará en absoluto nuestro
discurso; pero si por su glotonería o blandura o, para
decir lo más importante en una palabra, por ser es-
clavos del placer corporal, se mofaran de antemano de
b mis palabras y las despreciasen, tal y como a menudo
se mean los perros a lo largo de los propileos de las
escuelas y de los tribunales, «a Hipoclides no le im-
porta»[5]; porque tampoco nos interesan a nosotros esas

[5] HERÓD., VI 129; frase proverbial de indiferencia.

actitudes de perrillos de vida desordenada. ¡Ea, pues! Desarrollemos seguidamente el discurso desde el principio, por capítulos, para que, dando a cada uno el tratamiento adecuado, nosotros realicemos más fácilmente lo que hemos pensado y a ti te lo hagamos fácilmente asequible. Por tanto, ya que el cinismo es *c*
una cierta forma de filosofía, ni la peor ni la más deshonrosa, sino rival de las mejores, primero debemos decir algunas palabras sobre la propia filosofía.

3. El regalo de los dioses a los hombres por medio de Prometeo, junto con el fuego brillante procedente del sol y con el lote de Hermes, no es más que la distribución de la razón y la inteligencia. En efecto, Prometeo, la providencia que gobierna todo lo mortal y que inspira en la naturaleza un espíritu térmico como *d*
causa operativa, hizo a todos partícipes de una razón incorpórea, y cada uno participó lo que pudo: los cuerpos inanimados, sólo del estado de la existencia; las plantas, también ya del cuerpo; los animales, del alma, y el hombre, de un alma racional. Hay quienes creen que una sola naturaleza se extiende a todos estos seres y quienes creen que se diferencian según el género. Pero no es éste el momento de discutirlo ni, mejor dicho, tampoco en todo el presente discurso, 183
sino que, tanto si la filosofía es, como algunos suponen, el arte de las artes y la ciencia de las ciencias, o si es un «asemejarse a los dioses en lo posible»[6], o si, como dijo el dios Pítico, alguien supone que es el «conócete a ti mismo», nos es indiferente para nuestro discurso, pues todo esto parece muy estrechamente relacionado entre sí.

4. Comencemos primero por el «conócete a ti mismo», puesto que este precepto es también divino. En

6 PLAT., *Teet.* 176b.

efecto, el que se conoce a sí mismo también será co-
b nocedor tanto del alma como del cuerpo. Y no le bas-
tará saber tan sólo que el hombre es un alma que se
vale de un cuerpo, sino que indagará la esencia del
alma misma y después rastreará sus facultades; y
tampoco se conformará con esto sólo, sino que buscará
si en nosotros existe algo mejor y más divino que el
alma, algo de lo que todos, sin aprenderlo, estamos
c convencidos y creemos que es algo divino y que todos
de manera común creemos que habita en el cielo. Y
proseguirá examinando los principios del cuerpo, si es
compuesto o simple; después continuará su camino
examinando su armonía, sus pasiones y sus facultades
y todo, sencillamente, cuanto necesita para su perma-
nencia. A continuación mirará hacia los principios de
algunas artes que ayudan en su permanencia al cuerpo,
como la medicina, la agricultura y otras semejantes.
Sin embargo, no ignorará en absoluto las artes ociosas
d y superfluas, puesto que están concebidas para la adu-
lación del elemento pasional de nuestra alma. De esta
forma, se negará a perseverar en ellas, considerándolo
vergonzoso, y evitará lo que parezca fatigante en esto;
en resumen, no ignorará ni su apariencia ni a qué
partes del alma se adecúan. Examina, pues, si el «co-
nócete a ti mismo» no va por delante de toda ciencia
y de todo arte y si, al mismo tiempo, no abarca sus
razones universales. En efecto, lo divino nos viene por
medio de la parte divina que está en nosotros, y lo
184 mortal por nuestro destino mortal; además, como dijo
el oráculo, el hombre es un animal situado entre estos
dos principios, mortal en su individualidad e inmortal
en su universalidad, y, además, uno e individualmente
compuesto de una parte mortal y otra inmortal.

5. Que el asemejarse en lo posible a dios no es más que procurarse el conocimiento de los seres ase-

quibles a los hombres es algo evidente a partir de lo que sigue. En efecto, no juzgamos la felicidad de lo b
divino por la abundancia de su riqueza ni por ningún otro de los que son considerados bienes, sino lo que dice Homero:

Los dioses saben todo[7];

y también acerca de Zeus:

Pero Zeus ha nacido el primero y sabía más[8],

pues por la ciencia los dioses son superiores a nosotros. Quizá también su primer fin es el conocerse a sí mismos; son superiores a nosotros por su esencia, c
en tanto en cuanto conociéndose a sí mismos poseen la ciencia de lo mejor. Así pues, que nadie nos divida la filosofía en varias partes ni la corte en varias ramas y, sobre todo, que no haga muchas de lo que es una sola. Pues como la verdad es una sola, así también la filosofía; y no es nada extraño que caminemos hacia ella por diversos caminos, puesto que si algún extranjero o, por Zeus, algún antiguo ciudadano quisiera d
regresar a Atenas, podría hacerlo por mar o por tierra; si camina por tierra creo que podría utilizar las amplias carreteras o los senderos y atajos, y si navega puede hacerlo junto a las costas o también, como el viejo de Pilo,

hendiendo el mar por medio[9].

Que no se nos objete que algunos de los que marcharon por estos caminos se extraviaron y que, llegados 185
a cualquier otro lugar, picando el anzuelo por el pla-

[7] Hom., *Od.* IV 379.
[8] Hom., *Il.* XIII 355.
[9] Hom., *Od.* III 174-5.

cer, por la opinión o por cualquier otra causa, lo mismo que por Circe o los lotófagos, renunciaron a seguir adelante y llegar hasta el final; examínese a los primeros de cada secta y se encontrará que todo concuerda. Así, el dios de Delfos prescribe el «conócete a ti mismo», y Heráclito dice: «Me busqué a mí mismo»[10], y Pitágoras y sus sucesores hasta Teofrasto
b afirman que hay que asemejarse a dios en lo posible, y también Aristóteles; lo que nosotros somos en alguna ocasión, eso mismo lo es siempre dios, pues es ridículo que dios no se conozca a sí mismo, porque entonces, si se desconoce a sí mismo, tampoco sabrá nada en absoluto de los demás. Él es, sin embargo, todo, ya que tendría en sí mismo y junto a sí las causas de cualquier clase de seres, tanto las causas inmortales de los seres inmortales como las no mortales ni perecederas de los seres perecederos, sino eternas y permanentes siempre
c y que son causa de su perpetua generación. Pero este razonamiento es ya demasiado extenso.

6. El hecho es que la verdad es una, y una la filosofía, y amantes de ella son todos los que he recordado un poco antes y aquellos cuyo nombre con razón podría ahora decir, me refiero a los discípulos del filósofo de Citio[11], los cuales, viendo que las ciudades rechazan la excesiva sencillez y pureza de la libertad del perro, la recubrieron, a mi entender, como con
d disfraces, con la administración de la casa, con los negocios, con la unión conyugal y con la crianza de los niños, según creo para que esta doctrina vigilara más de cerca las ciudades. En todo caso, el «conócete a ti mismo» lo sitúan como el punto capital de su filosofía, y no sólo por los escritos que han publicado

10 Heráclito, *fr.* 80 Diels.

11 Zenón, fundador del estoicismo.

sobre este tema podrías convencerte, sino, si te parece, mucho más aún por el objetivo de su filosofía; pues 186
pusieron como objetivo el vivir de acuerdo con la naturaleza, lo que no puede alcanzar el que desconozca quién y cómo es por naturaleza; pues el que desconoce quién es no sabrá, naturalmente, qué es lo que le conviene hacer, lo mismo que el que desconoce el hierro tampoco sabrá si tiene la propiedad de cortar o no, ni qué es lo que necesita para que pueda llevar a cabo su cometido propio; pero es un hecho que la filosofía es una, y todos, por así decirlo, tienden a un único fin y a él llegan por diversos caminos, sin que sea nece- *b*
sario añadir más por el momento.

7. Pero hay que examinar el cinismo. Si sus autores hubieran escrito con alguna seriedad sus obras, y no en broma, el que les siga debería contrastar cada una de nuestras ideas sobre el tema; y el adversario, si nuestras opiniones parecen estar de acuerdo con las sostenidas por los antiguos, ya no nos acusaría de falso testimonio, y si no lo están, entonces habría que expulsarlas de nuestros oídos lo mismo que hicieron los atenienses con los documentos falsos del Metroon [12].
Pero no hay nada de esto, tal y como dije, pues las *c*
tragedias atribuidas a Diógenes dicen que son de un tal Filisco de Egina [13] y, aunque fueran de Diógenes, no es nada extraño que el sabio bromee, puesto que muchos filósofos parece que han hecho lo mismo: dicen que también Demócrito reía al ver la seriedad de los hombres; por tanto, no nos fijemos en sus bromas, igual que los que no tienen el menor deseo de aprender nada serio y, al llegar a una ciudad próspera llena de abundantes templos y de indecibles ri- *d*

[12] Templo de la Madre de los dioses utilizado en Atenas como archivo oficial.

[13] Según Dióg. Laerc., VI 80.

tos y que tiene dentro miles de sagrados sacerdotes
que habitan en lugares sagrados, y a menudo por esta
misma causa, quiero decir por mantener la pureza del
interior, expulsan de la ciudad todo lo superfluo, mal-
vado y perverso, es decir, los baños públicos, los pros-
tíbulos y las tabernas y, en una palabra, todos los es-
tablecimientos semejantes; pues bien, al llegar a estos
lugares, esos hombres no pasan al interior de la ciudad.
Y si, al encontrarse con tales lugares creyendo que
187 eso es la ciudad, huye, es un desgraciado, pero más
desgraciado todavía si permanece allá abajo «cuando
puede, elevándose un poco, ver a Sócrates»[14], porque
utilizaré aquellas famosas palabras de Alcibíades al
elogiar a Sócrates. Digo, pues, que la filosofía cínica
«es lo más parecido a esos silenos que hay en los ta-
lleres de los escultores y a los que representan los ar-
tesanos con la siringa o la flauta y, al abrirlos, parece
que tienen en su interior imágenes de los dioses»[15].
b Así que no nos vaya a suceder algo semejante toman-
do en serio todas las bromas de Diógenes; aunque
también en ellas se encuentra algo que no carece de
utilidad, el cinismo es otra cosa, como al punto voy
a intentar demostrar. Vayamos de inmediato tras los
hechos, lo mismo que los sabuesos persiguen la presa.

8. No es fácil encontrar un fundador a quien atri-
c buir el origen del cinismo, aunque algunos suponen
que conviene otorgárselo a Antístenes y a Diógenes.
Pero no sin razón parece Enómao afirmar que «el ci-
nismo no es ni el antistenismo ni el diogenismo». En
efecto, los cínicos más ilustres dicen que el gran He-
racles, al igual que es responsable de muchos otros
bienes nuestros, también legó a los hombres el mejor

---

[14] PLAT., *Banq.* 213b.
[15] PLAT., *Banq.* 215a ss.

ejemplo de este tipo de vida. Yo, que quiero respetar
a los dioses y a los que se han encaminado a un destino
divino, estoy convencido de que antes que él algunos *d*
hombres, no sólo entre los griegos sino también entre
los bárbaros, han filosofado de esta manera; pues esta
filosofía parece ser común y la más natural y no ne-
cesita ningún tipo de aplicación, sino que basta con
escoger lo que es bueno, deseando la virtud y evi-
tando la maldad, y ni hay que leer miles de libros
—dicen que «la erudición no proporciona la inteligen-
cia»[16]— ni hay que soportar todo lo que soportan los
que frecuentan otras escuelas, sino que basta sólo con 188
escuchar estos dos preceptos del dios Pítico: «Conó-
cete a ti mismo» y «revalúa tu moneda»[17]. En todo
caso está claro para nosotros que el príncipe de la
filosofía, el que, en mi opinión, es responsable de todos
los bienes para los griegos, el guía, legislador y rey
común de Grecia es el dios de Delfos y, como está
decretado que nada se le escape, tampoco le pasaron
desapercibidas las cualidades de Diógenes. A éste le
exhortó, no versificando sus consejos como a los otros,
sino que de hecho le enseñó lo que quería mediante
dos palabras simbólicas: «revalúa tu moneda». En *b*
efecto, el «conócete a ti mismo» no se lo dijo primero
a Diógenes, sino que lo dijo y lo sigue diciendo a los
demás hombres, pues está inscrito, según creo, en el
frontón del templo del dios. Hemos encontrado, pues,
al fundador de la filosofía, como lo afirma en algún
lugar el divino Jámblico, pero también a sus corifeos,
es decir, a Antístenes, Diógenes y Crates; el objetivo
y el fin de sus vidas era, en mi opinión, conocerse a
sí mismos y, despreciando las vanas opiniones, dedi-
carse con toda su inteligencia a la comprensión de la

---

[16] HERÁCLITO, *fr.* 16 DIELS; cf. DIÓG. LAERC., IX 1.

[17] Cf. *Contra Heraclio* 208*d* y 211*c*.

verdad que «está en el origen de todos los bienes,
c tanto para los dioses como para los hombres»; por la
verdad creo que también Platón, Pitágoras y Sócrates,
los peripatéticos y Zenón soportaron cualquier esfuerzo en su deseo de conocerse a sí mismos y de no seguir las opiniones vanas, sino de rastrear la verdad contenida en los seres.

9. ¡Ea, pues! Ya que está claro que Platón no ha
tenido una ocupación diferente a la de Diógenes, sino
que es una sola y la misma, si alguien preguntara al
sabio Platón: «¿Qué valor atribuyes al 'conócete a ti
mismo'?», estoy seguro de que respondería: «Total», y
d así lo dice en el *Alcibíades* [18]. Y a continuación: «Dinos,
divino Platón, vástago de los dioses, cómo hay que
comportarse respecto a las opiniones de la mayoría»,
y responderá lo mismo y, además, nos ordenará leer
enteramente el diálogo *Critón*, en el que aparece Só-
crates exhortándonos a no preocuparnos de tales cosas,
189 pues afirma: «Pero, ¿por qué nos importa tanto, queri-
do Critón, la opinión de la multitud?» [19]. Y, sin embargo,
nosotros, despreciando estos hechos, queremos sencillamente levantar un muro entre ellos y separar entre sí a unos hombres a quienes reunió el amor a la verdad, el desprecio de la opinión y el aliento común de su afán por la virtud; si Platón creyó realizarlo por medio de palabras y si a Diógenes le bastaban las obras, ¿es eso digno de vuestros reproches? Cuidado, no vaya a ser precisamente esto lo más importante de todo, ya que también Platón parece renegar de sus escritos
al decir: «No hay ninguna obra de Platón ni la habrá;
b las que ahora se le atribuyen son de Sócrates, un her-
moso joven» [20]. Así pues, ¿por qué no examinaremos

[18] PLAT., *Alcib.* 124b y 127e ss.
[19] PLAT., *Crit.* 44c.
[20] PLAT., *Epist.* II 314c.

nosotros lo que es propiamente el cinismo a partir de los actos de Diógenes?

10. Por tanto, puesto que existen unas partes del
cuerpo, como los ojos, los pies, las manos, y otras
añadidas como un pelo, las uñas, la suciedad y todo el
género de tales cosas superfluas, sin las que es inima-
ginable el cuerpo humano, ¿no es ridículo considerar
como partes del cuerpo las uñas, el pelo o la suciedad c
y los malos olores de las cosas superfluas, en lugar
de lo más precioso e importante, en primer lugar, los
órganos de los sentidos y, de entre ellos, sobre todo,
los que son causa de nuestra inteligencia, como los
ojos y los oídos? Pues éstos ayudan al alma a pensar,
ya sea que disipada entre ellos pueda purificarse cuanto
antes por la capacidad inmutable del pensamiento,
que es como un principio, ya sea que, como algunos
creen, el alma se introduzca a través de esos sentidos
como por medio de canales. Pues dicen que reuniendo
las sensaciones parciales y reteniéndolas en su memo- d
ria es como producen las ciencias. Yo, por mi parte,
creo que no es posible que exista percepción de objetos
sensibles si no hay algún principio de este tipo, sea
imperfecto, sea perfecto, aunque obstaculizado por
otros muchos y variados, que produzca la percepción
de los objetos externos. Pero este razonamiento no es
adecuado a lo que estábamos ahora tratando, por lo 190
que hay que volver a las partes de la filosofía cínica.

11. Parece que los cínicos consideran que la filosofía tiene dos partes, al igual que Platón y Aristóteles, una teorética y otra práctica, porque es evidente que han entendido y comprendido que el hombre es por naturaleza apropiado para la acción y para la ciencia. Si en la física se han inclinado a la teoría, eso nada importa para nuestro razonamiento. Porque también

Sócrates y otros muchos parece que han utilizado
abundantemente la teoría, pero ello ha sido con vistas
no a otra cosa sino a la práctica, ya que consideraron
b que el «conócete a ti mismo» era el aprender exacta-
mente qué hay que adjudicar al alma y qué al cuerpo;
y, como es lógico, adjudicaron al alma la hegemonía y
al cuerpo la servidumbre. Por ello parece que cultivan
la virtud, el dominio de sí, la modestia, la libertad
fuera de toda envidia, cobardía y superstición. Pero
no es eso lo que pensamos de ellos, sino que supone-
mos que bromean y «se juegan a los dados sus cosas
c más queridas»[21] al despreciar así su cuerpo, tal y como
afirmó Sócrates con toda razón al decir que «la filoso-
fía es una preparación para la muerte»[22]. Eso es lo que
cultivan cada día esos hombres que no nos parecen
envidiables, sino más bien desgraciados y completa-
mente insensatos. ¿Y a cambio de qué soportan esas
fatigas? Como tú mismo dijiste, por vanagloria, pues
¿cómo podían los demás elogiar el consumo de carne
cruda? Tampoco tú lo elogias. Y, sin embargo, de un
d hombre así imitas el abrigo y la cabellera, lo mismo
que las pinturas imitan a los hombres, y lo que ni
siquiera tú consideras digno de admiración, ¿crees que
eso mismo debe alcanzar buena reputación entre la
plebe? Y aunque uno o dos lo alaben, sin embargo
cien mil sintieron dolores de estómago por la náusea
y el asco y perdieron el apetito hasta que sus servi-
dores los restablecieron con olores, perfumes y golo-
sinas; así, el famoso héroe asombró por su acción,
191 ridícula para aquellos hombres que son

cuales ahora son los mortales[23],

---

21 Plat., *Prot.* 314a.
22 Plat., *Fedón* 67e.
23 Hom., *Il.* V 304.

pero no innobles, por los dioses, si se los examina de acuerdo con la inteligencia de Diógenes. En efecto, lo que Sócrates afirma de sí mismo, que, creyendo rendir culto al dios y examinar completamente el oráculo que le había sido dado, abrazó una vida refutativa [24], de la misma manera Diógenes, según creo, sabiendo que su filosofía se debía al oráculo pítico, creyó que debía *b*
probar todo con hechos y no prestar fe a las opiniones de los demás, quizá ciertas, quizá falsas. Tanto si esto lo dijo Pitágoras como algún otro semejante a Pitágoras, Diógenes no creía que fuera digno de fe, pues había situado como creador de la filosofía al dios y no a ningún hombre. Pero, dirás, ¿qué tiene que ver esto con comer pulpo? Te lo voy a decir. *c*

12. Algunos creen que comer carne está de acuerdo con la naturaleza humana, mientras que otros piensan que eso es lo que menos le conviene al hombre y el problema es muy debatido; desde luego, a poco que te lo propongas, descubrirás un enjambre de libros sobre el tema. Diógenes creyó que debía rebatirlos. En efecto, pensó que si se comía carne sin ninguna preparación —tal y como lo hacen los demás animales, a los *d*
que se lo ha acordado la naturaleza, según creo—, sin sufrir ningún trastorno ni enfermedad, sino con un beneficio para el cuerpo, entonces comer carne sería algo completamente natural; pero si alguno recibía por ello algún daño, en ese caso no lo consideraría como algo propio del hombre, y habría que abstenerse de ello con todas sus fuerzas. Esta explicación del hecho es quizá demasiado forzada; esta otra, si puedo antes tratar con más claridad cuál es su finalidad, es más 192
propia del cinismo. La impasibilidad, en efecto, es su

24 PLAT., *Apol.* 31b.

finalidad, y esto es lo mismo que convertirse en dios. Quizá Diógenes se dio cuenta de que permanecía impasible en todo lo demás, pero se sentía turbado y con náuseas por obra de este alimento, esclavizado ante una vana opinión más que por la razón —pues no deja de ser carne aunque se la cueza mil veces y aunque se la condimente con mil salsas—, y creyó que
b debía sustraerse y apartarse totalmente de esta debilidad, pues debilidad es, tenlo por seguro, el experimentar esta sensación. Puesto que echamos mano de la carne cocida antes que de los alimentos de la Legisladora[25], dinos por qué motivo no la comemos al natural. No puedes alegar más motivo que el uso y la costumbre, pues no es que antes de cocerse sea repugnante y una vez cocida sea más pura de lo que era. ¿Qué debía, pues, hacer aquel a quien el dios, como
c un general, había ordenado abolir «toda moneda» y juzgar las cosas de acuerdo con la razón y la verdad? ¿Contemplarse a sí mismo turbado por esta opinión de que la carne cocida es pura y comestible, mientras que la que no ha sido puesta al fuego es quizá impura y desagradable? ¿Ésa es tu memoria y ésa tu seriedad para reprochar a Diógenes —de quien tú dices que se
d vanagloria y yo que es el más diligente servidor y ministro del dios pítico— haber comido un pulpo, cuando tú has devorado miles de salazones,

peces, aves y cuanto llegó a tus manos[26],

como un egipcio no de los sacerdotes, sino de los comelotodo, a los que la ley permite comer todo como

---

[25] Deméter, que dio a los hombres las leyes de la agricultura.

[26] Hom., *Od.* XII 331.

«verduras de forraje»[27]? Me parece que reconoces las palabras de los galileos[28]. Por poco se me pasa decirte que todos los hombres que viven cerca del mar, e incluso algunos que están alejados de él, se tragan, sin 193
calentarlos siquiera, erizos de mar, ostras y, en una palabra, todos los animales del mismo tipo; y mientras tú los consideras envidiables, juzgas a Diógenes desgraciado y repugnante, sin darte cuenta de que estos animales siguen siendo carne y sólo se diferencian de aquéllos en que unos son blandos y los otros duros. De cualquier forma, el pulpo no tiene sangre, igual que aquéllos, pero los testáceos son seres animados igual que el pulpo; sienten, pues, placer y dolor, como *b*
es especialmente propio de los seres animados; y por ahora no nos perturba para nada la opinión platónica que supone que las plantas también son seres animados[29]. Pero lo que creo que es evidente para cualquiera que sea capaz de seguir un razonamiento es que el noble Diógenes no hizo nada cruel ni contra la ley ni contra nuestras costumbres, a menos que alguien no examine estos hechos bajo el punto de vista de la excesiva dureza o blandura de los alimentos, del placer o disgusto de nuestro gaznate. Pues no es comer carne *c*
cruda lo que os repugna a vosotros, que hacéis lo mismo no sólo con los animales que no tienen sangre, sino incluso con los que la tienen. Y en esto quizá os diferenciáis de aquél, porque Diógenes creía que había que comer estos alimentos sencillamente y de forma natural, mientras que vosotros los condimentáis con sal y otras mil especias por placer, para forzar la naturaleza. Y sobre este tema basta lo dicho.

---

27 La misma expresión en *Contra Galileos* 238*d* y 314*c*.

28 *Génesis* IX 3.

29 PLAT., *Tim.* 77b.

d 13. El objetivo y el fin de la filosofía cínica, como
por lo demás de cualquier filosofía, es la felicidad. Y
la felicidad consiste en vivir conforme a la naturaleza
y no conforme a las opiniones de la multitud; porque
a las plantas, y por supuesto a todos los animales, les
va bien cuando cada uno consigue sin obstáculos su
fin natural; sin embargo, entre los dioses, la definición
de su felicidad es permanecer de acuerdo con su na-
194 turaleza y ser dueño de sí. Por tanto, no deben los
hombres afanarse en buscar en otra parte la felicidad
oculta; ni un águila ni un plátano, ni ningún otro de
los animales o plantas existentes se ocupa de tener
sus alas o sus hojas doradas, ni sus brotes plateados
o sus espolones y aguijones de hierro, o mejor de ace-
ro, sino que con lo que la propia naturaleza les adornó
desde el principio, si es sólido y ayuda a su velocidad
b y fuerza, se considera que les va bien y están en ple-
nitud. ¿Cómo, entonces, no va a ser ridículo que un
hombre busque la felicidad en algún lugar exterior y
atribuya un valor supremo a la riqueza, al linaje, al
poder de sus amigos y, en una palabra, a todo lo que
es semejante? En efecto, si la naturaleza nos hubiera
dado como a los animales solamente el cuerpo y un
alma parecida a la de aquéllos, de forma que no nos
c tuviéramos que preocupar de nada más, nos bastaría,
como a los demás animales, contentarnos con nuestras
posesiones corporales, en las que buscaríamos la feli-
cidad. Sin embargo, ya que se nos ha sembrado un
alma que en nada se parece a la de los demás animales,
sino que es diferente, sea esencialmente, sea que tenga
la misma esencia, pero es mejor por su sola energía,
de la misma forma, en mi opinión, que el oro puro es
superior al que está mezclado con arena; esta opinión
sobre el alma es considerada cierta por algunos. Nos-
otros, puesto que tenemos conciencia de ser más inte-
d ligentes que los animales —según el mito de Protá-

goras[30], la naturaleza los trató como una madre demasiado liberal y desprendida, mientras que, en su lugar, Zeus nos dio la inteligencia—, debemos situar la felicidad en lo mejor y más consistente que haya en nosotros.

14. Examina si no fue ésta precisamente la elección de Diógenes, que entregó sin reserva su cuerpo a las fatigas para hacerlo más fuerte de lo que era por naturaleza, que consideraba digno de hacerse sólo lo que 195
parecía realizable a la razón, y que a las perturbaciones procedentes del cuerpo que invaden el alma y por las que a menudo nos obliga a esforzarnos esta envoltura, no las hacía ningún caso. Con este ejercicio este hombre tuvo un cuerpo tan varonil como nadie, a mi entender, de los que compiten por una corona, y dis- b
puso su alma de tal forma que era feliz y vivía como un rey, no menos sino más que el Gran Rey, tal y como solían llamar los griegos de entonces al de Persia. ¿Acaso te parece poco un hombre

sin ciudad, sin casa, privado de patria,
que no tenía un óbolo, ni una dracma, ni un criado[31],

ni siquiera una torta, con cuya posesión Epicuro afirmaba tener una felicidad no inferior a la de los dioses[32], y que no se enfrentaba a los dioses y que afir- c
maba que vivía más feliz que quien parecía a los hombres ser más feliz? Si no me crees, practica ese tipo de vida con hechos y no con palabras y te darás cuenta. Pero, ea, probémoslo primero con palabras.

---

30 PLAT., *Prot.* 320c ss.

31 El primer verso, citado ya en la *Carta a Temistio* 256d; para el segundo verso, cf. NAUCK, *Trag. Graec. Fragm.*, *Adespota*, 6.

32 EPICURO, *Carta a Meneceo* 131.

15. ¿Crees acaso que de todos los bienes, al menos de los que más se habla, la libertad es el fundamental? ¿Cómo podrías negarlo puesto que las posesiones, la riqueza, el linaje, el vigor corporal, la belleza y, en
d una palabra, todas estas cosas semejantes sin la libertad son bienes no del que parece que es feliz, sino del que es dueño de ese hombre? ¿Qué pensamos entonces que es un esclavo? ¿Sería acaso ese hombre que podemos comprar por tantas dracmas de plata o por dos minas o por diez estateres de oro? Sin duda dirás que ése es un auténtico esclavo. ¿Acaso precisamente por el dinero que hemos pagado al vendedor por él? En ese caso serían criados todos aquellos prisioneros
196 de guerra que liberamos mediante rescate y, sin embargo, las leyes les restituyen la libertad una vez salvados y de vuelta a la patria, y nosotros compramos su libertad no para que sean esclavos, sino libres. Ya ves que no es suficiente pagar dinero para mostrar que un rescatado es un esclavo, sino que el auténticamente esclavo es aquel que tiene otro dueño que puede obligarle a hacer lo que le mande y, si se niega, puede castigarle y, como dice el poeta,

entregarle a funestos dolores[33].

b Tras esto, mira si no son amos nuestros todos aquellos a quienes tenemos que servir para no sufrir ningún dolor ni ninguna pena si nos castigan. ¿O crees que sólo es un castigo levantar el bastón y descargarlo sobre un criado? Sin embargo, ni los amos más crueles obran así con todos los criados, sino que muchas ve-
c ces se contentan con la palabra y la amenaza. No creas que eres libre, amigo mío, mientras te dominen tu vientre y tus entrañas, que son dueños de proporcionarte

33 Hom., *Il.* V 766.

o de prohibirte lo que conduce al placer, y si consiguieras imponerte a ellos, mientras seas esclavo de las opiniones del vulgo, tampoco alcanzarás la libertad ni gustarás su néctar,

no, por aquel que colocó la Tétractis en nuestro
[pecho[34].

Y no digo que haya que abandonar la vergüenza ante d
todos y hacer lo que no hay que hacer, sino que lo que evitemos y lo que hagamos, no porque el vulgo lo considere totalmente honrado o malo lo hagamos o lo evitemos, sino porque esto último está prohibido por la razón y por el dios que hay en nosotros, es decir, por la inteligencia. Nada impide que el vulgo siga las opiniones comunes: mejor es esto que abandonar completamente la vergüenza, pues los hombres están familiarizados por naturaleza con la verdad; pero un 197
hombre que vive inteligentemente y que es capaz de encontrar y de juzgar las razones correctas, no debe en absoluto seguir las opiniones del vulgo sobre lo que está bien y mal hecho. Así pues, ya que hay algo más divino en nuestra alma, lo que llamamos espíritu, pensamiento y discurso silencioso, cuyo heraldo es ese discurso que por medio de la voz avanza apoyándose en palabras y frases, y unido a esto por el mismo yugo otra parte más abigarrada y heterogénea, una especie b
de fiera policéfala mezclada con la cólera y el deseo, debemos mirar las opiniones del vulgo fijamente y sin dar media vuelta antes de haber domado esta fiera y haberla convencido de que obedezca al dios que hay en nosotros o, mejor dicho, a la parte divina? De esta

[34] Verso adaptado del juramento de los pitagóricos: *Versos de oro pitag.* 47. La Tétractis era el triángulo perfecto, resultado de la suma de los cuatro primeros números y símbolo de la perfección.

forma muchos seguidores de Dioniso se hicieron destructores, malvados e inferiores a cualquier fiera y, para probarte que esto no es una teoría mía, te con-
c taré primero un hecho de Diógenes del que muchos se reirán, pero que yo creo que es completamente serio. Un joven de la multitud, en presencia de Diógenes, se tiró un pedo, y aquél lo golpeó con su bastón diciendo: «Así que, basura, tú que todavía no has hecho nada que te permita atreverte a cometer actos como éstos en público, sin embargo ante nosotros empiezas a despreciar la opinión.» De esta forma creía que primero había que dominar el placer y después los apetitos y,
d en tercer lugar, marchar a la prueba más decisiva, enfrentándose desnudo a las opiniones del vulgo, que son causa para muchos de infinitos males.

16. ¿No sabes que los que van repitiendo por ahí historieta tras historieta de los filósofos apartan a los jóvenes de la filosofía? Los auténticos coreutas de Pitágoras, de Platón y de Aristóteles se dice que son unos charlatanes, unos sofistas, unos presuntuosos y
198 unos magos[35]; si alguno se hace adepto de los cínicos parece digno de compasión. Recuerdo yo, en efecto, que en una ocasión mi preceptor me dijo, al ver a mi compañero Ificles que llevaba el pelo sucio, un vestido hecho jirones en el pecho y en pésimo estado en lo más crudo del invierno: «¿Qué divinidad le ha traído a esa desgracia por la que él es digno de lástima, pero mucho más lo son sus padres, que lo criaron con cuidado y lo educaron como mejor pudieron? Ahora,
b tras abandonarlo todo, ha llegado a tal punto que no se diferencia en nada de los mendigos.» No sé que le respondí entonces con ironía, pero, en todo caso, ten por seguro que eso es lo que muchos piensan de los

[35] PLAT., *Banq.* 203d.

auténticos cínicos. Y no es eso lo terrible, sino ver
cómo convencen para amar la riqueza y odiar la po-
breza, para servir a su vientre y para soportar, a causa
del cuerpo, cualquier fatiga, para engrosar la cadena
del alma, para disponer una mesa lujosa, para no pasar c
una noche solo y para hacer todo esto oculto en la
oscuridad. ¿No es esto peor que el Tártaro? ¿No es
mejor sumergirse bajo Caribdis y el Cocito o muchos
codos bajo tierra antes que caer en una vida así, es-
clavo del sexo y del vientre, y encima no con sencillez
como los animales, sino esforzándonos en cómo podre-
mos realizarlo en la oscuridad sin que nos descubran?
En cambio, ¡cuánto más nos valdría apartarnos total-
mente de ello! Y si no es fácil, no por ello hay que d
desechar los preceptos de Diógenes y de Crates: «El
hambre disuelve el amor, pero, si no puedes emplearlo,
¡el lazo!»[36]. ¿No sabes que estos hombres hicieron eso
para ofrecer a nuestra vida un camino de simplicidad?
«Los tiranos —dice Diógenes— no salen de los que co- 199
men tortas, sino de los que comen fastuosamente». Y
Crates ha escrito un himno a la Simplicidad:

Salud, divina señora, amor de los sabios,
Simplicidad, retoño de la ilustre Templanza[37].

17. Que el cínico no sea como Enómao, un impú-
dico y un desvergonzado que desprecia a un tiempo
todo lo divino y lo humano, sino reverente en lo que
se refiere a la divinidad como Diógenes. Obedeció al b
dios pítico y no se arrepintió de haberle obedecido; si
porque no se acercaba ni rendía culto en los templos
ni a las estatuas ni a los altares, cree alguien que eso
es un signo de impiedad, no juzga correctamente;
porque lo que ocurría es que no tenía ni incienso ni

---

36 Cf. Dióg. Laerc., VI 86, y Crates, *fr.* 14 Diels.
37 *Antol. Palat.* X 104.

libaciones ni dinero con qué comprarlos. Se conformaba con que su pensamiento sobre los dioses fuese correcto, pues les rendía culto con su propia alma, ofreciéndoles, según creo, lo más digno de sí mismo, es decir, la santificación de su alma por sus pensamientos.
c Que no se haga nunca desvergonzado, sino que siguiendo, en primer lugar, la razón domestique la parte pasional de su alma, de forma que la haga desaparecer totalmente y no sepa siquiera que domina los placeres; pues es mejor llegar a esto que ignorar totalmente esta influencia, lo que no podemos conseguir más que a través del ejercicio. Para que nadie suponga que altero los textos te copiaré unos pocos versos de los poemas
d de entretenimiento de Crates[38]:

De Mnemósine y Zeus Olímpico ilustres hijas,
Musas de Piéride, escuchad mi súplica.
Pasto en abundancia dad a mi vientre que siempre
sin esclavitud hace mi vida frugal.
... ...
Útil para los amigos, no agradable, hacedme.
Riquezas no quiero reunir fabulosas, del escarabajo la [dicha,
200 *de la hormiga la abundancia anhelo por riqueza.*
Mi parte sea la justicia y una opulencia inocente,
cómoda, bien ganada, honrada por su virtud.
Si lo obtengo, a Hermes y a las Musas puras aplacaré
no con lujosos derroches, sino con piadosa virtud.

b Si tienes que escribir sobre esto, tengo más textos de nuestro autor. Si tomas a Plutarco de Queronea, que escribió la vida de Crates[39], no te quedará nada por aprender sobre nuestro hombre. Fue él quien guió a

[38] Con ligerísimas variantes, son los mismos versos citados en *Contra Heraclio* 213b ss.

[39] No se nos ha conservado esta obra.

Zenón en sus bellos dogmas y por él se dice que los griegos inscribían a la entrada de sus casas *Bienvenido Crates, Genio Bueno*[40].

18. Pero volvamos a la necesidad que tiene el que empieza a practicar el cinismo de castigarse duramente lo primero, y de refutarse y de no adularse, sino de c
examinarse a sí mismo con la mayor exactitud y ver si se complace con los alimentos caros, si necesita un blando lecho, si es vencido por la gloria o por la opinión, si busca la admiración y si, aunque sea vana, la considera, sin embargo, honrosa. Que no se rebaje a frecuentar la multitud, que no guste del lujo, como se dice, ni con la punta de los dedos hasta que lo haya pisoteado completamente; sólo entonces nada le impide d
tocarlo si llega la ocasión. Tengo entendido que los toros más débiles se separan de la manada y pacen retirados para reunir su fuerza por partes y poco a poco; después vuelven y desafían al combate a los jefes de la manada, que son los más dignos de estar a su frente. Así, cualquiera que desee ejercer el cinismo, que no se contente con el manto, el saco, el bastón y el pelo largo, caminando sin afeitar y sin educar como si estuviera en una aldea sin barberías ni 201
escuelas, sino que tome como signos de reconocimiento de su filosofía cínica la razón en lugar del cetro y un modelo de vida en lugar del saco. Hay que utilizar la libertad de palabra sólo cuando se ha demostrado una naturaleza digna, como creo que hicieron Crates y Diógenes, que estuvieron tan lejos de soportar mal cualquier amenaza de la fortuna, tanto si se trata de b
diversiones como de excesos de borracho, que Diógenes,

---

40 Todo el último párrafo es posiblemente una glosa, como señala Rochefort siguiendo a otros editores. Además, este dicho se atribuía a Diógenes y no a Crates: Dióg. Laerc., VI 2, 9.

cuando fue capturado por los piratas, bromeaba y
Crates entregó a la ciudad sus bienes y después, ante
la deformidad de su cuerpo, se burlaba de su cojera
y de sus hombros encorvados. Iba a casa de sus amigos,
invitado y sin invitar, para reconciliar entre sí a los
familiares más allegados si se enteraba de que tenían
c discusiones, y los recriminaba, no con aspereza, sino
con gracia, para no dar la impresión de que acusaba
a los que reprendía, sino queriendo tan sólo ser útil a
éstos y a los que le escuchaban. Y no era éste el objetivo
prioritario de los cínicos, sino que, como dije, tendían
a su propia felicidad, y de los demás se ocupaban
tan sólo en cuanto que comprendían, según creo, que
el hombre es por naturaleza un animal comunitario y
social; a sus conciudadanos les fueron útiles no sólo
por sus ejemplos, sino también por sus palabras. Así
d pues, cualquiera que desee ser un cínico y un hombre
de bien, ocupándose primero de sí mismo, como Diógenes
y Crates, expulse de su alma toda todas las pasiones
y, confiando sus asuntos a la recta razón, gobiérnese
con la inteligencia. Esto era, en mi opinión, lo
fundamental de la filosofía de Diógenes.

19. Si nuestro hombre se acercó alguna vez a una
202 cortesana, ocurriera eso una vez o ninguna, siempre
que en lo demás sea un hombre de bien de acuerdo
con los preceptos de Diógenes, mostrarse de la misma
manera y hablar de la misma forma públicamente ante
los ojos de todos, ni le censuraremos ni le acusaremos.
Pero que nos muestre primero el buen saber de
Diógenes, su penetración y su libertad en todo lo
demás, su autosuficiencia, su justicia, su templanza,
su reverencia, su agradecimiento, su cuidado de no
hacer nada al azar ni inútilmente ni contra la razón,
pues éstos son los rasgos de la filosofía de Diógenes,
b y que pisotee el orgullo, se burle de los que ocultan

en la sombra sus necesidades naturales, quiero decir, la expulsión de los excrementos, mientras que en plena plaza y en plena ciudad realizaron los actos más violentos y contra natura como robos, calumnias, acusaciones injustas y persecuciones en otros asuntos igual de rastreros. Porque si Diógenes dejó escapar algún aire o defecó o hizo alguna otra cosa semejante, como c
dicen muchos, en la plaza[41], lo hacía por pisotear su orgullo enseñándoles que ellos realizaban cosas mucho peores y crueles, pues éstas son conforme a nuestra naturaleza, mientras que aquéllas, por decirlo así, no son conformes a nada, sino que están originadas por una perversión. Pero los actuales discípulos de Dió-
genes, al escoger lo más fácil y lo más vacío, no han d
visto lo mejor, y tú, que quieres ser más respetado que ellos, te has alejado tanto de la elección de Diógenes que le has creído digno de compasión.

20. Si desconfías de todo lo dicho sobre este hombre, a quien todos los griegos de la época de Platón y Aristóteles admiraron tras Sócrates y Pitágoras, y cuyo discípulo[42] fue el guía del sapientísimo e inteligentísimo Zenón —y no es lógico que todos éstos se hayan equivocado acerca de ese hombre tan vil del que tú te
burlas, mi querido amigo—, quizá hubieras debido 203
estudiarlo más y habrías progresado en su conocimiento. Pues ¿qué griego no se sorprendió de la fortaleza de Diógenes, que no estaba exenta de una magnanimidad regia, y de su amor al esfuerzo? Este hombre dormía en un jergón en su tonel mejor que el Gran Rey en su blando lecho bajo techos dorados, comía su torta con más gusto que tú comes ahora los man-
jares sicilianos[43], en verano se lavaba su cuerpo deján- b

[41] Dióg. Laerc., VI 2, 6.

[42] Crates de Tebas, según Dióg. Laerc., VI 1, 3.

[43] Dicho proverbial (cf. Plat., *Rep.* 404d).

dolo secar al aire, en lugar de las toallas con que tú te secas, ¡oh tú, el más grande de los filósofos! Sin duda te conviene burlarte de ese hombre a ti, que has destruido a Jerjes, como Temístocles, o a Darío, como Alejandro el macedonio. Si te preocuparas un poco de leer los libros, como hacemos nosotros que somos hombres de estado y espíritus curiosos, habrías sabido cómo, según se dice, Alejandro admiraba la grandeza
c de alma de Diógenes, pero nada de esto te parece importante, según creo. ¿Y cómo podría parecértelo? ¡Faltaría más! Tú, que has admirado con placer la vida muerta de desgraciadas mujeres [44]. Así pues, si este discurso ha surtido algún efecto, mi provecho no sería mayor que el tuyo; pero si no conseguimos nada al redactar sin respiro, como se dice, improvisadamente acerca de estas cuestiones, pues esto es el trabajo suplementario de dos días, como saben las Musas o más bien tú mismo, que conoces lo anterior, no nos arrepentiremos de haber ensalzado a Diógenes.

---

[44] Según Rochefort, Juliano se refiere a «una auténtica simpatía por la vida de las religiosas cristianas» por parte de nuestro cínico.

X

"EL BANQUETE"
O
"LAS SATURNALES"
(LOS CÉSARES)

INTRODUCCIÓN

El título de la obra, *El banquete* o *Cronia* (*Las Saturnales*), hace referencia a las fiestas en honor de Crono, el Saturno latino. El nombre de *Los Césares*, con que es más conocida, no es sino el subtítulo de la obra, que hizo fortuna [1]. Estas fiestas, las «Saturnalia», de amplio carácter festivo, se celebraban a mediados de diciembre, y Juliano, al principio de su obra, deja claro que la escribe en plenas fiestas. Parece preferible adoptar la fecha del 362, aunque no faltan defensores del 361 [2]. La obra fue dedicada a su gran amigo el prefecto Salustio [3].

---

[1] La noticia de SUIDAS, *s. v.* «Ioulianós», de que escribió una obra llamada *Los Césares* y «también la llamada *Cronia*» ha llevado a algunos estudiosos a aceptar que Juliano escribió dos obras distintas bajo estos títulos, una la conservada y otra perdida (cf. WRIGTH, en el prefacio de su edición, y BIDEZ-CUMONT, *Epist., Leg., Fragm....*, fr. 161). En efecto, el propio SUIDAS cita, *s. v.*, «Empedótimos», un par de líneas que adscribe expresamente a los *Cronia* de Juliano y que, sin embargo, no están en el texto que conservamos. Ante la lógica extrañeza de que Juliano pudiera haber escrito dos *Cronia*, cabe la posibilidad de que Suidas se equivoque al asignar la cita a una obra de ese título o que el título de *Los Césares* en los manuscritos sea erróneo (cf. LACOMBRADE, en el prólogo de su edición de la colección Budé, y R. PACK, «Notes on the *Caesars* of Julian». *TAPhA* LXXVII [1946], n. 9 en pág. 154).

[2] Cf. LACOMBRADE, *op. cit.*, págs. 27 y sigs.

[3] Cf. *Helios rey* 157c.

Desde el punto de vista literario, la obra se encuadra, de manera más bien superficial, en el género tradicional del banquete[4]. Se ha pensado también en la influencia de la sátira menipea, bien directa, bien a través de Luciano, pero no es posible demostrarlo ni en los detalles ni en la intención general[5]. Sin embargo, tanto el género del banquete como el de la sátira menipea tienen en común su carácter mixto, medio en serio y medio en broma, a la hora de tratar sus temas, y convendrá no olvidar que ése es el espíritu que voluntariamente confiere Juliano a su obra desde su primera página. Por lo demás, el estilo de la obra, como ha sido señalado por diversos autores, es sumario en las descripciones de los personajes y un tanto descuidado y reiterativo en las transiciones de escenas. Como, además, la imaginación en el juicio de los personajes y en lo que pretende ser una crítica cáustica tampoco raya a gran altura, sino que está ampliamente inspirada aquí y allá en autores anteriores, como veremos, no es de extrañar que la opinión actual sobre su valor literario no sea excesivamente positiva.

Dado que en la obra se pasa revista a todos los emperadores romanos importantes desde Augusto hasta Constantino, es lógico preguntarse por el valor de documento histórico que puede contener. Ese valor, más que en los datos nada novedosos que aporta de cada uno de los personajes tratados, reside esencialmente en el juicio que desde su prisma hace Juliano. Y no puede haber datos novedosos porque Juliano se basa en fuentes historiográficas anteriores, sobre todo en

---

4 Así, el papel de Sileno es, hasta cierto punto, afín al del bufón Filipo de *El Banquete* jenofontíaco, pero, en realidad, sólo en grandes líneas aparece la similitud con los banquetes de Platón o Jenofonte. (Cf. Gallardo, «Los simposios de Luciano...», cit. en bibliografía general, para este tema.)

5 Cf. Pack, «Notes on the *Caesars*...», pág. 151 y n. 1.

Plutarco para las vidas de Alejandro y César, en Suetonio para los emperadores de las dinastías julio-claudia y flavia, y, finalmente, para los emperadores de final del siglo II y del III quizá, aunque ello no está muy claro, en autores de la *Historia Augusta*[6].

Se ha señalado que esta obra constituye un testimonio del prejuicio cultural de Juliano a favor del griego y en contra de la cultura latina, porque, siendo el tema de la historia de Roma y conociendo como conocía el emperador la lengua latina, resulta sorprendente que no haya una sola cita de un autor latino y que un César, por ejemplo, sea tratado a través de lo que dice de él un griego, Plutarco, sin ninguna referencia a sus propias obras[7].

El mayor interés de Juliano son sus creencias religiosas, su ideal monárquico y heroico y el perfil moral de estos grandes hombres con los que él se siente llamado a competir ante la historia. Su obra es, una vez más, una exposición de su fe religiosa y del ideal humano que de ella se desprende. Así, resulta absurdo

---

6 Cf. LACOMBRADE, *op. cit.*, págs. 6 y sigs. Desconocemos las posibles fuentes utilizadas por Juliano para Diocleciano y Constantino.

7 LACOMBRADE, *op. cit.*, pág. 7. WRIGHT, en su ya citada introducción, señala que «la concepción del Estado y del gobernante ideal es más griega que romana». Más lejos ya J. P. WEISS, «Julien, Rome et les romaines», en el volumen *L'empereur Julien de l'histoire à la légende,* París, 1978, págs. 125 y sigs., al hablar de «panfleto antirromano» y de «espíritu auténticamente antirromano» y señalar que «la galería de monstruos y fantoches que nos presenta no debía ser muy del gusto de los romanos de Roma». De lo que no cabe duda es del escaso contacto que tuvo Juliano con los paganos convencidos de Roma, que debieron de ver en él a un auténtico «extranjero», ante tantas proclamaciones de helenismo y tan reiterado silencio sobre la cultura latina. Por eso creemos que tiene razón este autor al hablar de un «debate ideológico implícito entre los medios paganos de la *Vrbs* y el emperador».

achacar a la obra excesiva subjetividad, cuando ésa es precisamente la postura que voluntaria y conscientemente elige su autor y, en ningún caso, la de un examen histórico de la obra de los emperadores. Su principal preocupación es la elección de un fin apropiado para la acción y, en segundo lugar, observar si se ha conseguido alcanzar dicho fin. De ahí la división en dos partes de las intervenciones de los Césares: primero, sus obras y, después, la exposición de sus objetivos, esquema que responde claramente al general que vimos en los panegíricos: primero, exposición de las obras de los emperadores y, a continuación, la virtud que se ejemplifica en tales hechos.

Pese a sus defectos [8], los dos hombres mejor tratados son Alejandro y Marco Aurelio, que ejemplifican el doble ideal de Juliano, la vida activa y la vida contemplativa, el general victorioso y el imitador de los dioses, dando los dioses la palma a Marco Aurelio [9]. Esta doble imitación ya la había señalado Juliano nítidamente en el comienzo de la *Carta a Temistio*, al mencionar a ambos como los modelos con los que debía competir. Alejandro, considerado unánimemente como el mejor general de la antigüedad, era, además, un ejemplo adecuado, porque Juliano tenía ya a la vista su expedición contra los persas, que empezaría tres meses más tarde. Se ha acusado con frecuencia a Juliano de haber caído en auténticos delirios de grandeza al compararse con la figura de Alejandro, delirios que le habrían hecho concebir el finalmente desastroso ataque a Persia que acabaría con su vida y con graves

---

[8] A Alejandro le critica especialmente no haber sido capaz de dominar sus pasiones.

[9] AMIANO, XVI 1, 4, declara que Juliano intentó emular a Marco Aurelio en sus acciones y costumbres. (Cf. LACOMBRADE, «L'empereur Julien émule de Marc Aurèle», *Pallas* XIV [1967], 9 ss.)

pérdidas para el imperio. ¿Se proponía realmente Juliano, actuando como un segundo Alejandro, la conquista de Persia? No. Juliano, que sólo achaca a Augusto la divinización de César, pone en su boca la condena de la guerra de conquista continua y alaba el establecimiento del Istro y del Eufrates como límites naturales del Imperio. Juliano pretendía, sin duda, asestar un duro golpe a la potencia militar persa para asegurar, de una vez por todas, la frontera, foco permanente de enfrentamientos, tal y como anteriormente había actuado en la frontera del Rin, para dedicarse después a su gran ambición, la restauración del helenismo.

SINOPSIS DEL DISCURSO

«EL BANQUETE» O «LAS SATURNALES» (LOS CÉSARES)

1. —Puesto que el dios nos permite bromear —son 306
las Saturnales—, pero yo no sé nada gracioso ni divertido, creo que debo preocuparme de no decir nada ridículo, querido amigo.

—Pero, ¿quién es tan pesado y aburrido, César, para preocuparse incluso de las bromas? Yo creía que las bromas eran tanto una relajación del alma como un olvido de las preocupaciones.

—Y sin duda tienes mucha razón al pensar así, pero,
en lo que a mí se refiere, el asunto no se presenta de b
la misma manera. En efecto, no estoy dotado en absoluto por naturaleza ni para burlarme, ni para parodiar, ni para provocar la risa. Pero, como hay que obedecer la ley del dios, ¿quieres que a modo de broma te cuente un mito que quizá contenga muchas cosas dignas de oírse?

—Me agradaría mucho que lo contaras, porque yo tampoco desprecio los mitos ni rechazo totalmente los
que están bien, en lo que estoy de acuerdo contigo y c
con tu amigo, mejor dicho, con nuestro común amigo, con Platón, puesto que éste trató muchos asuntos serios en forma de mitos.

—Lo que dices es cierto, por Zeus.

—¿Cuál es, pues, el mito y de qué tipo?

—No es uno de los antiguos, como los hacía Esopo, y el propio relato demostrará si se le puede llamar
307 una invención de Hermes —pues de él he aprendido lo que voy a decirte—, o contiene la verdad, o si es una mezcla de ambas, de verdad y de ficción.

—Pues lo que es este proemio te ha quedado ya muy mítico y retórico a un tiempo. Pero ahora cuéntame ya ese relato, sea lo que sea.

d 2. —Presta, pues, atención. Rómulo, al hacer el sacrificio de las Saturnales, invitó a todos los dioses y, por supuesto, también a los propios Césares. Para los dioses había dispuestos unos lechos allá arriba, en la misma bóveda del cielo, según dice,

en el Olimpo, donde se dice que está la sede de los [dioses eterna y segura[1].

Se asegura que, tras Heracles, también llegó allí Quirino, pues con este nombre debemos llamarle obedeciendo la tradición divina. Allí, pues, se les había pre-
c parado a los dioses el banquete, mientras que bajo la propia luna, en la parte superior del aire, se había decidido que cenaran los Césares. Les sostenía la ligereza de los cuerpos de que se hallaban revestidos y la revolución de la luna. Había, pues, cuatro lechos dispuestos para los dioses más grandes. De brillante ébano era el de Crono y en su negrura encerraba un brillo tan grande y divino que nadie era capaz de mirarlo
d de frente. Ante el ébano, a causa de su exceso de resplandor, los ojos experimentaban lo mismo, según creo, que ante el sol cuando alguien mira su disco con demasiada fijeza. El lecho de Zeus era más brillante que la plata, más blanco que el oro. Si había que llamarlo

1 Hom., *Od.* VI 42.

electro u otra cosa diferente no pudo Hermes expli-
cármelo exactamente. Junto a cada uno de estos dioses
estaban sentados en un trono dorado madre e hija,
Hera junto a Zeus y Rea junto a Crono. La belleza de 308
los dioses era incapaz de expresarla con palabras Her-
mes; decía que las superaba y que sólo era contem-
plable con la inteligencia, que no era fácil hacerse una
idea ni con el oído, ni con las palabras, ni era posible
percibirla. Así que no habrá ni se mostrará un lenguaje
tan sublime que pueda expresar aquella majestad de
su belleza extendida por el rostro de los dioses. Para *b*
cada uno de los otros dioses estaba preparado un trono
o un lecho, según la categoría. Ninguno disputaba,
sino que, como Homero dijo muy bien, a mi entender
instruido por las propias Musas, cada dios tiene su
trono, sobre el que es ley absoluta que se siente firme
e inamoviblemente; y cuando, ante la llegada del padre,
se levantan, ni alteran sus lugares, ni se los cambian, *c*
ni se los arrebatan unos a otros, pues cada uno conoce
el sitio que le corresponde.

3. Una vez sentados en círculo todos los dioses,
Sileno, que creo que estaba enamorado del joven y bello
Dioniso, que estaba junto a su padre Zeus, se sentó a
su lado en su calidad de educador y pedagogo, divir- *d*
tiendo de muchas maneras al dios que ama las bromas
y la risa y que proporciona alegría con abundantes
burlas y chanzas.

4. Cuando el banquete de los Césares estuvo, asi-
mismo, dispuesto, entró primero Julio César, que por
su ambición quería disputar al propio Zeus la mo-
narquía. Mirándole, dijo Sileno: «Cuidado, Zeus, no
sea que ese hombre, por su amor al poder, maquine
despojarte de tu reino. Pues, como ves, es grande y 309
bello y es parecido a mí, si no en lo demás, al menos

en la cabeza»[2]. Cuando Sileno gastaba aún bromas semejantes, sin que los dioses le prestasen gran atención, penetró a continuación Octaviano, cambiando continuamente de color como los camaleones, unas veces empalideciendo y otras enrojeciendo, luego negro, tenebroso y sombrío, o abandonándose a Afrodita
b y a las Gracias, y quería ser en las pupilas de sus ojos como es el gran Helios, pues no podía mirarle de frente nadie de los que se le dirigían[3]. «¡Oh —dijo Sileno—, cómo cambia esta bestia! ¿Qué faena va a hacernos?» «Basta de chanzas —dijo Apolo—; yo se lo entrego a Zenón aquí presente y al instante os lo mostraré
c como oro puro. Ea, Zenón, cuídate de mi retoño»[4]. Y éste, obedeciendo, le canta algunas de sus doctrinas, como los que transmiten los encantamientos de Zamolxis[5], y lo convierte en un hombre sensato y prudente.

5. En tercer lugar, entró apresuradamente Tiberio, con un rostro grave e imponente y una mirada prudente y belicosa a un tiempo. Cuando se volvió hacia su asiento se dejaron ver en su espalda numerosísimas cicatrices, algunas quemaduras y heridas, golpes tremendos y magulladuras debidas a su desenfreno y
d crueldad, como una especie de sarna y de accesos de lepra que hubieran sido cauterizados[6]. Y Sileno:

Otro me pareces, huésped, diferente del de antes[7],

[2] Alusión a la calvicie de César.
[3] SUETON., *Aug.* 79, 3.
[4] Probable alusión a la influencia sobre Augusto del estoico Atenodoro.
[5] Cf. JUL., *Or.* IV 244a, y nota correspondiente.
[6] Abundantes detalles sobre la vida desenfrenada de Tiberio en SUETON., *Tib.* 42-5 y 57-62. Esas marcas corporales son símbolo de los males del alma ya en PLAT., *Gorg.* 524d.
[7] HOM., *Od.* XVI 181.

y pareció decirlo con bastante más seriedad de la habitual. Y Dioniso le preguntó: «¿Por qué, papaíto, estás tan serio?» Respondió Sileno: «Ese viejo, ese sátiro me
ha dejado perplejo y me ha hecho, olvidándome de mí 310
mismo, invocar las Musas homéricas.» «Pero te arrastrará por las orejas —dijo—; eso dicen que le hizo a un maestro de escuela»[8]. «Que gima en su islote —respondió, refiriéndose a Capri— y que desuelle al desgraciado pescador»[9].

6. Mientras bromeaba aún así, entra una terrible fiera[10]. Al punto todos los dioses desviaron la vista, y
la Justicia la entrega a las Furias, que la arrojan al b
Tártaro. Sileno no pudo decir nada de él. Al entrar Claudio, Sileno se puso a recitar los *Caballeros* de Aristófanes, adulando por supuesto a Claudio en lugar de a Demos[11]. Y después, volviéndose a Quirino, dijo: «No está bien, Quirino, que traigas al banquete a este descendiente tuyo sin sus libertos Narciso y Palas[12]. Eea, mándalos a buscar, si te parece, y también a su
esposa Mesalina, pues sin ellos éste no es más que un c
soldado de tragedia, estoy por decir que un ser inanimado»[13]. Mientras hablaba Sileno, entró Nerón con su lira y su corona de laurel. Y Sileno, mirando a Apolo, le dijo: «Ése se engalana para ti.» Y el señor Apolo respondió: «Pues en seguida le voy a quitar esa corona, porque no me imita en todo, y en lo que me imita
no resulta un buen imitador.» Y desposeído de su co- d
rona, rápidamente lo arrebató el Cocito.

[8] SUETON., *Tib.* 56.

[9] SUETON., *Tib.* 60.

[10] Calígula.

[11] ARISTÓF., *Caballeros* 1111 ss.

[12] SUETON., *Claudio* 28 ss.; sobre sus proverbiales riquezas. cf. JUVENAL, I 109, y XIV 32.

[13] TÁC., *An.* XI 12.

7. En esto acudieron a un tiempo una variada multitud de gente, los Víndices, los Galbas, Otones y Vitelios. Y Sileno dijo: «¿Dónde habéis encontrado, dioses, este pueblo de monarcas? El humo nos ciega, sin embargo, porque estas fieras no respetan siquiera los
311 templos»[14]. Y Zeus, volviéndose a su hermano Sárapis[15] y mostrándole a Vespasiano, dijo: «Envía a buscar a ese Esmicrines[16] rápidamente de Egipto para que nos apague este incendio, y al primogénito[17] de sus hijos invítale a jugar con la Afrodita Pandemia, y al más jóven[18] ponle al suplicio como al monstruo de Sicilia[19].

8. Tras éstos, se presentó un anciano de hermoso aspecto —pues a veces también brilla la belleza en la
b vejez—, de dulcísimo trato y muy justo en sus negocios[20]. Le gustó a Sileno, que guardó silencio. En seguida dijo Hermes: «De éste, ¿no nos dices nada?» «Sí, por Zeus —respondió—, por lo menos os reprocho vuestra falta de justicia. A aquel monstruo sanguinario[21] le otorgasteis quince años de gobierno y a éste apenas le disteis uno.» «No te quejes —dijo Zeus—, pues tras él voy a introducir a muchos buenos empe-
c radores.» Inmediatamente penetró Trajano, llevando so-

---

14 TÁC., *Hist.* III 72, y *An.* IV 81; SUETON., *Vitelio* 15. Es una alusión al incendio del templo de Júpiter Capitolino en el año 69, producto de la guerra civil.

15 Cf. *Al rey Helios* 136*a*.

16 Personaje de la comedia nueva de Menandro, representativo del avaro.

17 Tito.

18 Domiciano.

19 Fálaris, tirano de Agrigento del siglo VI a. C. Según la leyenda, asaba a sus víctimas introduciéndolas en un toro de bronce hueco que calentaba.

20 Nerva.

21 Domiciano.

bre sus hombros los trofeos, el de los getas y el de los partos. Al verle Sileno, queriendo a un tiempo pasar desapercibido y que se le escuchase, dijo: «Ahora nuestro señor Zeus debe tener cuidado de guardar a su Ganimedes»[22]. Tras éste entró un hombre de espesa barba, altivo y especialmente dedicado a los trabajos de las Musas, que miraba con frecuencia al cielo y muy d
ducho en las artes ocultas[23]. Al verle, dijo Sileno: «¿Qué os parece ese sofista? ¿Estará buscando aquí a su Antínoo? Que alguien le diga que el muchacho no está aquí y le haga terminar con sus tonterías y cháchara.»

9. Tras éstos entró un hombre sensato, no en lo 312
de Afrodita, sino en política[24]. Al verle dijo Sileno: «¡Ah, qué mezquindad! Me parece que ese viejo es de los que son capaces de cortar un comino»[25]. Al entrar, a continuación de éste, la pareja de hermanos, Vero y Lucio[26], Sileno se contuvo completamente. En efecto, no podía bromear ni burlarse, sobre todo de Vero, pese a su excesiva curiosidad por sus errores sobre su hijo[27] y su mujer[28]: a ésta la lloró más de lo conve- b
niente, pese a que no fue prudente, mientras que a su hijo le dejó arruinar el imperio, aunque para esta tarea tenía también en su yerno[29] un hombre honrado que hubiese gobernado mejor los asuntos públicos y,

---

22 Alusión a las aficiones homosexuales de Trajano (cf. Dión Casio, LXVIII 7, 4).

23 Adriano.

24 Antonino Pío.

25 Sobre el proverbio, cf. Teócrito, X 55.

26 El primero es Marco Antonio y el segundo, Lucio Vero, su hermano adoptivo.

27 Cómmodo.

28 Faustina.

29 Claudio Pompeyano, casado con Lucila, hija de Marco Aurelio.

sobre todo, se hubiera cuidado de su hijo mejor de lo
que él mismo se cuidaba. Aunque esto despertaba su
curiosidad, Sileno respetaba la grandeza de su virtud;
en cambio, a su hijo lo dejó sin considerarlo digno
c siquiera de sus burlas, pues caía hacia la tierra sin
ser capaz de mantener el vuelo y acompañar a los
héroes.

10. Penetró Pértinax en el banquete lamentando
su muerte sangrienta [30]. Y Justicia le compadeció y
dijo: «Los culpables no se alegrarán, pero tú, Pértinax,
también obraste mal al participar en la conjura, al
d menos según los indicios, de que fue víctima el hijo
de Marco.» Y, tras él, Severo, un hombre lleno de cruel-
dad, represivo: «De éste —dijo Sileno— no digo nada,
porque me da miedo su excesiva e inflexible rudeza.»
Y como sus dos hijos queridos se disponían a entrar
juntos, se lo prohibió de lejos Minos. Sin embargo,
al distinguirlos más claramente, dejó pasar al más pe-
queño [31], mientras que envió al primogénito [32] a sufrir
313 su castigo. Después Macrino, asesino fugitivo [33], y, a
continuación, el jovencito de Émesa [34] fue expulsado,
por supuesto, lejos de los recintos sagrados. El sirio
Alejandro, por su parte, sentado en las últimas filas,
lamentaba su desgracia [35]. Y Sileno, burlándose, le dijo:
«Desgraciado y gran tonto, a tu edad no te impusiste
a tus familiares, entregaste tu fortuna a tu madre [36] y
b no te diste cuenta de que era mucho mejor gastarlo

---

[30] Asesinado en 193.

[31] Geta.

[32] Caracalla.

[33] Prefecto del pretorio que hizo asesinar a Caracalla en el 217.

[34] Heliogábalo.

[35] Víctima en 235 de otra sedición militar.

[36] Julia Mammea.

para tus amigos que atesorarlo. Pero yo —dijo a la Justicia— a todos los cómplices de estos hechos te los entregaré para que reciban su castigo.» Y así dejó al muchacho.

11. Tras él entró Galieno con su padre[37], éste llevando las cadenas de prisionero[38] y aquél con túnica y con un movimiento demasiado blando, como el de las mujeres[39]. Y al primero dijo Sileno: c

¿Quién es ése de blanco penacho
que delante del ejército marcha?[40],

y a Galieno:

¿...que totalmente cubierto de oro es tan delicado
[*como una muchacha?*[41].

A estos dos Zeus los hizo salir de aquel banquete.

12. Tras ellos entra Claudio[42] y, desviando su vista d
hacia él, todos los dioses admiraron su grandeza de alma y acordaron el imperio a su linaje por considerar justo que el linaje de un hombre tan patriota estuviera en el mando largo tiempo. Tras ellos entró corriendo Aureliano, como si escapara a los que le retenían ante Minos de las muchas acusaciones de injustos crímenes, y el acusado hacía una mala defensa de estas acusaciones. Helios, mi señor, que le ayudó en 314

---

37 Valeriano; Juliano pasa por alto el período de anarquía militar de mediados del siglo III.

38 Valeriano murió en 260 prisionero del rey persa Sapor I.

39 Cf. TREBELIO POLIÓN, *Los dos Galienos* 16.

40 EURÍP., *Fen.* 119-120.

41 Ligeramente alterado, HOM., *Il.* II 872.

42 Claudio II el Gótico, fundador de la dinastía iliria (cf. JUL., *Or.* I 6*d*).

muchas otras cosas[43], no lo hizo menos en ésta, diciendo en medio de los dioses: «Ya pagó su pena. ¿O es que habéis olvidado el oráculo dado en Delfos:

Si sufre lo que hizo, la justicia es equitativa?»[44].

13. Con éste entra Probo, que restauró setenta ciudades en menos de siete años y que, como administra-
b dor, tomó muchas decisiones prudentes, pero fue tratado injustamente por los ateos[45] y recibió entre otros honores el de hacer pagar su pena a sus asesinos. Sin embargo, Sileno intentaba burlarse de él, aunque muchos le ordenaban callar. Así que dijo: «Permitid, al menos, que sus sucesores por medio de él sean sensa-
c tos. ¿No sabes, Probo, que los médicos presentan sus medicamentos amargos mezclados con miel? Tú, en cambio, fuiste demasiado severo y duro y nada flexible, así que las injusticias que has recibido eran, sin embargo, naturales, pues no es posible gobernar sobre caballos ni sobre bueyes ni sobre mulas, y mucho menos sobre hombres, si no se les permite algún placer, de la misma manera que a veces los médicos hacen a los enfermos pequeñas concesiones para obtener su
d obediencia en lo más importante.» «¿Qué es eso —dijo Dioniso—, padrecito? ¿Te nos has vuelto filósofo?» Y Sileno dijo: «¿Pues no te has hecho tú también filósofo gracias a nosotros, hijo mío? ¿No sabes que también Sócrates, que se parece a mí, obtuvo el primer premio en filosofía entre los hombres de su tiempo, si crees

---

43 Aureliano hizo oficial el culto al Sol Invicto.

44 Oráculo atribuido al legendario Radamanto por ARISTÓT., *Ét. Nic.* V 5, 3.

45 Como en el lenguaje de Juliano esta palabra designa inequívocamente a los cristianos, es a éstos a quienes culpa de la sedición que costó la vida a Probo.

a tu hermano[46], que no miente jamás? Permítenos, pues, que no todo lo que digamos sea gracioso, sino que haya también algo serio.» 315

14. Cuando estaban todavía conversando entre ellos, Caro, que deseaba penetrar junto con sus hijos en el banquete, fue expulsado por la Justicia, y Diocleciano, que llevaba consigo a los dos Maximianos y a mi abuelo Constancio, se introdujo en orden. Iban cogidos de la mano unos a otros, pero no marchaban de frente, sino como una especie de coro en torno a Diocleciano, queriendo correr delante de él como guardias b
personales, pero Diocleciano se lo impedía, pues no estimaba la superioridad. Pero, como se sentía cansado, les entregó todo cuanto soportaba sobre sus hombros, mientras él avanzaba liberado; los dioses admiraron la concordia de estos hombres y les otorgaron un asiento de clara preferencia. Como Maximiano era terriblemente descarriado, Sileno no lo juzgó digno de sus burlas y no lo admitió al banquete de los emperadores. Pues no sólo fue totalmente desvergonzado en c
lo referente a Afrodita, sino también un intrigante sin palabra, y desafinaba absolutamente en el cuarteto. Así que la Justicia lo expulsó inmediatamente, y luego se marchó a no sé qué lugar de la tierra; me olvidé de que Hermes me informase de ello.

15. Pero junto a este cuarteto perfectamente armonioso se produce un acorde terrible, áspero y disonante. A dos de ellos[47] Justicia ni siquiera les permitió d
acercarse al vestíbulo de la asamblea de los héroes, y a Licinio, que había llegado hasta el vestíbulo y desafi-

---

[46] Apolo, cuyo oráculo délfico respondió que no había hombre más sabio que Sócrates (Plat., *Apol.* 21a).

[47] Maximiano y su hijo Majencio.

naba abundantemente, Minos lo expulsó de inmediato. Constantino penetró y permaneció largo tiempo sentado, y tras él sus hijos. Magnencio no pudo entrar,
316 porque no había hecho nada sano, aunque parece que había realizado muchas hazañas, pero los dioses, viendo que estas acciones no provenían de una buena disposición natural, le dejaron alejarse entre lamentaciones.

16. Con esta disposición del banquete los dioses no desean nada, pues lo poseen todo, pero Hermes decidió poner a prueba a los héroes y Zeus no fue contrario a esta opinión. Quirino ya había pedido que le
b llevaran a alguno de los suyos junto a él, pero Heracles dijo: «No lo consentiré, Quirino; ¿por qué, entonces, no invitas también al banquete a mi hijo Alejandro? Zeus, si has pensado traer a nuestra presencia alguno de esos héroes, te pido que ordenes que venga Alejandro, pues si vamos a someter a una prueba pública a estos hombres, ¿por qué no votaremos al mejor?» A Zeus le pareció que el hijo de Alcmena tenía razón, y Alejandro entró y se unió a los héroes, y ni
c César ni ningún otro se levantó, pero él, tomando la plaza vacía que se había adjudicado al hijo de Severo [48], que había sido expulsado por su fratricidio, se sentó. Y Sileno, burlándose, dijo a Quirino: «Ten cuidado, no vaya a resultar que todos ésos no sean dignos competidores de este único griego.» «Por Zeus —dijo Quirino—, creo que muchos de ellos no le son inferiores.
d Mis descendientes lo han admirado tanto que es el único de todos los generales extranjeros a quien llaman y consideran grande. Sin embargo, no lo consideran más grande que a sus propios descendientes, quizá por un sentimiento de amor propio, quizá porque

[48] Caracalla.

sea realmente así; lo sabremos en seguida, cuando pongamos a prueba a estos hombres.» Al decir esto, Quirino enrojeció sobremanera, y era evidente que luchaba en defensa de sus propios descendientes para que no alcanzasen tan sólo el segundo premio.

17. Tras esto Zeus preguntó a los dioses si había 317
que llamar a todos a la competición o si, como sucede
en los combates gimnásticos, quien somete al que ha
obtenido muchas victorias, aunque sólo se haya impues-
to a uno, se admite que también se ha impuesto a los
que, pese a no haber luchado directamente con él, fue-
ron vencidos, sin embargo, por el ahora sometido. Y *b*
todos pensaron que esta prueba era totalmente apro-
piada. Así pues, Hermes proclamó que compareciese
César y, después, Octaviano y, en tercer lugar, Tra-
jano, como los más importantes hombres de guerra. A
continuación se hizo el silencio y el rey Crono, miran-
do a Zeus, dijo que le admiraba ver invitados a esta
lucha a los emperadores guerreros y, en cambio, a
ningún filósofo: «No quiero menos a éstos —dijo—;
invitad a entrar también a Marco.» Al ser invitado se *c*
presentó Marco, lleno de dignidad, los ojos y el rostro
ligeramente contraídos por la fatiga, y mostrando una
belleza sin rival, precisamente porque se ofrecía des-
preocupado y sin adornos; su barba era muy densa y
sus vestidos simples y modestos, y por falta de alimen-
tos su cuerpo era muy brillante y transparente, como, *d*
a mi juicio, la luz más pura y límpida[49].

18. Una vez que estuvo dentro del recinto sagrado, dijo Dioniso: «Rey Crono y padre Zeus, ¿es digno de

---

[49] Todos los detalles de este esbozado retrato de Marco, la fatiga, la falta de adornos, la barba, la modestia en el vestir, la frugalidad en la alimentación, son perfectamente aplicables al propio Juliano, que los practicó a imitación de su modelo.

los dioses algo inacabado?» Y, al responder ellos que
no, añadió: «Hagamos entrar entonces aquí a algún
apasionado del placer.» Contestó Zeus: «Pero no está
permitido que entre aquí un hombre que no nos imite.»
«Entonces, que la sentencia tenga lugar en el vestíbulo
—dijo Dioniso—; si te parece bien, llamemos a un
318 hombre no sin experiencia de la guerra, pero más habi-
tuado todavía al gozo y al placer. Que se acerque, pues,
al vestíbulo Constantino.» Una vez que se tomó este
acuerdo, se propuso cuál sería la forma de lucha. Her-
mes estimaba que cada uno por turno hablase de sus
b obras y los dioses votarían. Pero Apolo opinaba que el
procedimiento no era bueno, pues los dioses debían
examinar e investigar la verdad y no el poder de per-
suasión o de seducción. Queriendo Zeus contentar a
ambos y al tiempo prolongar la reunión, dijo: «Nada
impide que les permitamos hablar un breve espacio de
tiempo controlado por el agua y que después les pre-
c guntemos y pongamos a prueba sus intenciones.» Y
Sileno, burlándose, dijo: «Pero con cuidado de que
Trajano y Alejandro no traguen todo el agua creyendo
que es néctar y dejen sin nada a los otros.» Y Posidón
dijo: «Esos dos hombres estaban enamorados no de mi
agua, sino de vuestra bebida, así que más debes temer
d tú por tus viñas que yo por mis fuentes.» Y Sileno,
picado, calló y desde entonces dedicó más su atención
a los luchadores.

19. Y Hermes proclamó:

«Comienza el concurso, árbitro de los más bellos premios, la ocasión os llama, no os retardéis[50], sino

[50] Hasta aquí, estos versos son reproducidos por Luc., *Demonacte* 65. Juliano reemplaza la primera palabra, que era en Luciano «termina», por «comienza». Tales versos, que en su origen constituían la proclamación final de los juegos olímpicos (cf. Page, *Poetae Melici Graeci* [= *PMG*], 863 y 865), son a

que, al oír a nuestro heraldo gritar cuántos pueblos habéis esclavizado vosotros los antiguos reyes y contra 319 qué enemigos la espada devastadora aguzasteis, así como vuestra gran inteligencia y sagaz espíritu, venid y someteos a este juicio equilibrado, vosotros que colocáis como meta de una feliz existencia la inteligencia, vosotros que consideráis prueba de una bella exis- *b* tencia hacer muchos males a los enemigos y el bien a los amigos, vosotros que tenéis como placer supremo el fin de las fatigas, los banquetes y las bodas, lo que *c* es agradable a los ojos, y juzgáis el colmo de la felicidad llevar delicados vestidos y, al tiempo, en los dedos anillos incrustados con piedras preciosas. Zeus deci- *d* dirá quién obtiene la victoria.»

20. Tras esta proclamación de Hermes, se echó a suertes, y la suerte casualmente socorrió el amor de César por el primer puesto. Esto le hizo ponerse orgulloso y más arrogante todavía, y poco faltó por ello para que Alejandro abandonase el concurso, pero el gran Heracles le dio ánimos y le contuvo. El segundo puesto, tras César, para hablar le tocó en suerte a Alejandro; los restantes turnos la suerte los hizo coin- 320 cidir con la edad de cada uno. Empezó, pues, César de esta manera:

«Zeus y dioses, a mí me tocó nacer, después de unos hombres tan grandes, en una ciudad tan poderosa que ha reinado sobre cuantos hombres ninguna otra ciudad jamás reinó, y que las demás ciudades se han dado por satisfechas con obtener el segundo puesto. Pues ¿qué ciudad comenzando con tres mil hombres y en menos *b* de seiscientos años llegó con sus armas hasta los límites de la tierra? ¿Qué pueblos han proporcionado tan-

continuación parafraseados por Juliano, al parecer con extrema libertad.

tos hombres excelentes, guerreros como legisladores?
¿Quién honró así a los dioses? Pues bien, pese a nacer
en una ciudad tan grande y tan poderosa, no sólo
superé con mis hazañas a mis contemporáneos, sino
también a los antepasados. Y sé muy bien que ninguno
de mis conciudadanos me disputará el primer premio.
c Pero, si ese Alejandro, aquí presente, se atreve a ha-
cerlo, ¿qué hazaña suya cree digna de compararse con
las mías? ¿Quizá la campaña persa, como si no hubiera
visto la cantidad de trofeos por mí levantados al vencer
a Pompeyo? ¿A cuál de los dos le seguía un ejército
más valeroso? Pues los pueblos más belicosos de cuan-
d tos antiguamente estuvieron sometidos a Darío seguían
a Pompeyo como carios [51], pero también éste contaba
con otros pueblos procedentes de Europa que habían
hecho huir en numerosas ocasiones al Asia portadora
de la guerra, y de entre estos pueblos los más valero-
sos, los itálicos, ilirios y celtas.

21. »Pero, ya que he mencionado los celtas, ¿acaso
podemos comparar la destrucción del pueblo celta
con los éxitos sobre los getas de Alejandro? Él atra-
vesó una sola vez el Istro, yo dos veces el Rin, de
modo que ésta es mi hazaña germánica. A él no se le
opuso nadie, mientras que yo luché contra Ariovisto.
Fui el primer romano que se atrevió a embarcarse por
321 el mar exterior, y aunque el hecho sea quizá admira-
ble, también es digna de admiración la osadía que de-
muestra. Pero mi mayor hazaña es haber desembar-
cado el primero [52]. Y me callo lo de los helvecios y la
raza de los iberos. Y no he recordado nada de mis

[51] Es decir, como esclavos (cf. JUL., *Or.* III 56*c*).

[52] En Bretaña. Como indica Lacombrade en su nota correspondiente, Juliano se equivoca por seguir a SUETON., *César* 58, pues el propio CÉSAR, *Guerra de las Galias* IV 25, atribuye esta hazaña a un portaestandarte.

campañas en Galia, en las que sometí más de trescientas ciudades y no menos de dos millones de hombres.
Pese a todas estas hazañas mías, la mayor y más *b*
osada fue la siguiente: tuve que luchar contra mis propios conciudadanos e imponerme a romanos que no habían sido nunca vencidos ni derrotados. Así pues, si se juzga por la cantidad de batallas, yo he librado tres veces más batallas de las que atribuyen enfáticamente a Alejandro quienes pretenden magnificar sus hechos, y si es por la cantidad de ciudades conquistadas, yo sometí la mayor parte no sólo de Asia, sino *c*
también de Europa. Alejandro visitó Egipto como espectador, mientras que yo lo conquisté celebrando banquetes. ¿Queréis examinar la dulzura de cada uno tras sus victorias? Yo perdoné hasta a mis enemigos y, en todo caso, lo que me hicieron se remitió a la justicia; en cambio él, además de con sus enemigos, tampoco se contuvo con sus amigos.

22. »¿Serás, pues, capaz de disputarme el primer premio? ¿No vas a marcharte tú también de ahí, junto con los demás, sino que me vas a obligar a decir con *d*
qué crueldad trataste a los tebanos, frente a la humanidad con que yo traté a los helvecios? Tú les incendiaste sus ciudades, yo reconstruí las ciudades de los helvecios incendiadas por sus propios conciudadanos. Y, además, ¿es lo mismo imponerse a diez mil griegos que soportar el ataque de ciento cincuenta mil? Mucho me quedaría aún por decir de mí mismo y de éste, **322**
pero por falta de tiempo no he podido ensayar mi discurso. Por ello debéis ser indulgentes y, realizando una encuesta justa y equitativa, tanto a partir de lo que he dicho como a partir de lo que he callado, otorgarme el primer premio»[53].

---

53 Está continuamente presente la biografía de Plutarco en

23. Esto dijo César y, como quisiera continuar, Alejandro, que ya antes a duras penas se había contenido, dijo con cierta turbación y ansiedad: «Y yo, Zeus
b y restantes dioses, ¿hasta cuándo voy a soportar en silencio la arrogancia de ese individuo? Porque, como veis, no tiene límites ni para sus propios elogios ni para sus insultos contra mí. Seguramente debió abstenerse de ambos, pues unos y otros me parecen que son igualmente odiosos, pero sobre todo de censurar mis acciones, precisamente él que ha sido mi imitador. Este
c hombre ha llegado a tal grado de desvergüenza que se ha atrevido a parodiar los modelos de sus propias acciones. Debías haber recordado, César, aquellas lágrimas que derramaste cuando oías hablar de los monumentos erigidos en recuerdo de mis hazañas [54].

24. »Después elevó tu orgullo Pompeyo, que había sido adulado por sus propios conciudadanos cuando en realidad fue un don nadie, pues su triunfo por su cam-
d paña libia, que no fue nada importante, lo hizo más renombrado la blandura de los cónsules de entonces. La famosa guerra de los esclavos ni siquiera fue contra hombres, sino contra los peores servidores y, mientras otros la llevaron a cabo, los Craso y los Lucio, Pompeyo se llevó el renombre y los honores. A Armenia y a las regiones vecinas las derrotó Lúculo, pero el triun-
323 fo correspondiente lo celebró Pompeyo. Después sus conciudadanos le adularon y le llamaron Grande, pero era más grande que ¿cuál de sus antecesores? Pues ¿qué ha hecho comparable a lo que hizo Mario, o los dos Escipiones, o Furio, que es comparable a Quirino aquí presente por haber vuelto a levantar la ciudad de

todo el discurso de César, cuya vida paralela es precisamente la de Alejandro.

[54] PLUT., *César* 11, y SUETON., *César* 7.

éste casi totalmente destruida?[55]. Estos hombres no han actuado ante las obras ajenas como en las construcciones que se realizan con gastos públicos, en que unos ponen los cimientos y otros les dan fin, mientras un magistrado, que tan sólo ha blanqueado ligeramente el muro, inscribe su nombre: ellos no han inscrito su *b* nombre a costa de empresas ajenas, sino que personalmente han sido arquitectos y obreros merecedores de los más ilustres títulos. No es, pues, nada sorprendente que te hayas impuesto a un Pompeyo que se rascaba la cabeza con el dedo y que, en todo caso, era más un zorro que un león. Desde que le traicionó la fortuna que anteriormente le había acompañado, rápidamente te impusiste a él, que ahora estaba solo. Y que *c* ninguna cualidad te hizo superior a él es evidente, pues falto de recursos —y, como tú sabes, no es éste un pequeño error de un general— entablaste una batalla y fuiste derrotado. Y si Pompeyo, por su imprudencia, por su estupidez o por no ser capaz de mandar a sus conciudadanos, cuando le convenía prolongar la guerra ni pospuso la batalla ni supo sacar partido a su victoria, el fracaso hay que achacarlo a sus propios errores y no a tu estrategia. Los persas, sin embargo, *d* pese a estar por doquier perfecta y sabiamente equipados, se sometieron a nuestro valor.

25. »Pero puesto que corresponde a un hombre superior y a un rey participar no sólo en la simple acción, sino también en las acciones justas, yo, en defensa de los griegos, me vengué de los persas, y si emprendí guerras contra los griegos no fue por un deseo de dañar a Grecia, sino por abatir a los que se oponían a que realizase la expedición y me vengase de los persas. Tú, en cambio, derrotaste a los 324

[55] Tras la invasión de los galos en el siglo IV a. C.

germanos y a los galos preparándote a atacar tu propia
patria. ¿Hay algo peor y más impío? Y ya que, mofán-
dote, recordaste los diez mil griegos, aunque sé que
vosotros sois sus descendientes y que los griegos ha-
bitaron la mayor parte de Italia[56], no insistiré en ello.
Y sin embargo, un pequeño pueblo de griegos, me re-
b fiero a vuestros vecinos los etolios, ¿no disteis gran
importancia a tenerlos como amigos y aliados primero,
mientras que después los combatisteis y no sé por qué
motivos los obligasteis a someterse no sin peligro para
vosotros? Si a la vejez, por así decirlo, de Grecia, no
de toda ella, sino de un pequeño pueblo casi desco-
nocido cuando el mundo griego estaba en su esplen-
c dor, es evidente que a duras penas os impusisteis, ¿qué
os hubiera pasado si hubierais tenido que luchar con-
tra los griegos unidos y en todo su esplendor? Y cuan-
do Pirro pasó a Italia ya sabéis el pavor que sentisteis.
Si crees que es algo insignificante imponerse a los
persas, y te mofas de un hecho tan considerable siendo
tan pequeña esa región al otro lado del río Tigris
gobernada por los partos, dime por qué no la habéis
sometido tras guerrear durante más de trescientos
d años. ¿Quieres que te lo diga? Las flechas persas os
lo impidieron. Que te hable de ello Antonio, que fue
entrenado en el mando por ti. Yo, en cambio, en menos
de diez años me convertí en amo suyo y de los indios.
Y te atreves a disputarme el premio a mí, que desde
niño realicé como general tales hazañas cuya memoria,
aunque no dignamente cantada por los historiadores[57],
325 permanecerá, sin embargo, viva al igual que la del glo-
rioso vencedor[58], mi rey, cuyo servidor y émulo fui,
rivalizando con mi antecesor Aquiles, pero admirando

---

[56] Cf. *Al rey Helios* 152*d*.
[57] Jul., *Or.* IV 250*d* y nota correspondiente.
[58] Heracles.

y siguiendo a Heracles en la medida en que un hombre puede seguir las huellas de un dios.

26. »Todo lo que debía decir en mi defensa contra ese hombre, dioses, aunque hubiese sido mejor despreciarlo, queda dicho. Si hemos realizado algún acto de *b*
cierta crueldad no fue nunca contra inocentes, sino contra quienes muchas veces y de muchas maneras me habían ofendido o se habían comportado de forma inoportuna e inadecuada y, en todo caso, por mis ocasionales errores me acompañó el remordimiento, divinidad muy sabia y salvadora de los que se equivocan; en cambio, respecto a los que como timbre de gloria se dedicaron a odiarme y ofenderme en numerosas *c*
ocasiones, no creo haber cometido ninguna injusticia al castigarlos.»

27. Cuando Alejandro terminó su discurso de corte marcial, el servidor de Posidón llevó la clepsidra a Octaviano, midiéndole una menor cantidad de agua por la ocasión, pero sobre todo por estar mal dispuesto hacia él a causa de su desprecio a este dios [59]. Y Octa- *d*
viano con su perspicacia se dio cuenta y, renunciando a decir nada de los otros, dijo:

«Yo, por mi parte, Zeus y restantes dioses, renunciaré a mofarme de las obras de los demás y a empequeñecerlas y, en cambio, todo mi discurso versará sobre mis propias obras. En mi juventud presidí mi propia ciudad lo mismo que el ilustre Alejandro, tuve éxito en las guerras germánicas lo mismo que mi padre aquí presente, César. Comprometido en las guerras civiles derroté a Egipto en la batalla naval de Actium, 326
vencí a Bruto y Casio en Filipos: la derrota del hijo

59 SUETON., *Aug.* 16: la causa fue la destrucción de su flota por una tempestad en el 38 a. C.

de Pompeyo, Sexto, fue un simple complemento de mi campaña. Me habitué de tal modo a la filosofía que soporté la libertad de palabra de Atenodoro sin irritar-
b me, sino alegrándome de ella y venerando a este hombre como a un pedagogo o, mejor, como a un padre. Inscribo entre mis amigos y compañeros a Ario[60] y, en resumen, no hemos cometido ningún error contra la filosofía. Viendo que Roma por sus discordias civiles se lanzaba a menudo hacia el último peligro, dispuse sus asuntos de tal manera que en adelante gracias a vosotros, dioses, tuviese la solidez del diamante.
c Pues en lugar de ceder a los inmoderados apetitos y pensar en continuar sus conquistas por doquier, le puse como doble límite, como si hubiera sido fijado por la naturaleza, los ríos Istro y Eufrates. Después, sometiendo a los pueblos escita y tracio, el largo reinado que vosotros me concedisteis no pensé emplearlo en guerra tras guerra, sino que empleé mi tiempo en la legislación y en la reparación de las desgracias causadas por la guerra, y pienso que no he deliberado peor
d que ninguno de mis predecesores, mejor dicho, si hay que hablar valientemente, mejor que los que en cualquier época han gobernado tan vastos dominios. Pues unos murieron en sus expediciones cuando hubieran podido, por lo demás, no hacerlas y no preparar guerra tras guerra, como esos entrometidos que sólo se ocupan de pleitos; otros, aun guerreando, se dedicaron a la
327 vida licenciosa, no sólo prefiriendo un placer vergonzoso a la gloria futura, sino incluso a su propia salvación. Así pues, al considerar yo esto no creo merecer la peor parte; lo que a vosotros os parezca, dioses, es natural que yo lo acepte de buen grado.»

28. Tras éste se le concede el derecho a hablar a Trajano. Y él, aunque bien dotado para ello, por la

[60] Cf. *Carta a Temistio* 265c y *Carta* 111.

pereza —acostumbraba a confiar a Sura la escritura *b*
de la mayor parte de sus asuntos— gritando más que
hablando, mostró los trofeos de los getas y de los partos. Y Sileno respondió: «Pero, estúpido, tú has reinado
veinte años, mientras que Alejandro aquí presente sólo
doce. ¿Por qué, entonces, te quejas de la brevedad de
tu reinado en lugar de acusar a tu propia molicie?»
Irritado entonces por esta broma, pues no era inhábil *c*
en la elocuencia, sólo que a menudo estaba debilitado
por su afición a la bebida, dijo: «Yo, Zeus y demás
dioses, que recibí un imperio entorpecido y como disuelto por la tiranía doméstica que se impuso durante
mucho tiempo y por la insolencia de los getas, fui el
único que osó someter pueblos situados al otro lado
del Istro, arruiné al pueblo de los getas, que fueron *d*
el pueblo más belicoso jamás conocido, no sólo por su
valentía física, sino también por las enseñanzas que
tienen de Zamolxis, que es honrado entre ellos. Pues
la creencia de que no mueren, sino que cambian de
morada, les hace estar más dispuestos a afrontar la
muerte que a otros a soportar un viaje. Y esta obra 328
la realicé en apenas cinco años. De todos los emperadores que me precedieron fui considerado el más clemente para mis súbditos, y ni siquiera César aquí presente, ni ningún otro, podría disputarme este honor:
tan evidente es. Contra los partos no creí necesario utilizar las armas mientras no me causaran ninguna ofensa, pero cuando la cometieron les ataqué sin que fuera
un obstáculo mi edad, aunque las leyes me permitían
no participar en la campaña. Siendo así las cosas, ¿no *b*
soy digno de ser honrado por delante de los demás,
ya que fui clemente para mis súbditos, temible en
sumo grado para mis enemigos y que veneré a vuestra hija, la filosofía?» Cuando Trajano dijo esto, hubo
acuerdo en que superaba en clemencia a todos y era
evidente lo mucho que les agradaba a los dioses.

29. Cuando Marco empezó a hablar, Sileno dijo en voz baja a Dioniso: «Escuchemos a este estoico, a ver
c qué paradojas y maravillosas doctrinas va a contarnos.» Marco, mirando a Zeus y a los dioses, dijo: «Zeus y demás dioses, yo no necesito discursos ni disputas. Si desconocieseis mis obras convendría que os las enseñara, pero puesto que las sabéis y no se os escapa nada de todas ellas, vosotros mismos dadme
d los honores que me correspondan.» Por ello Marco, además de admirable en otras cosas, pareció que era también extraordinariamente sabio porque, a mi entender, sabía

hablar cuando era necesario y callar cuando debía[61].

30. Tras él invitaron a hablar a Constantino. Al principio estaba confiado en la porfía, pero cuando vio las obras de los demás se dio cuenta de que las suyas eran totalmente insignificantes. En efecto, los dos tira-
329 nos que había vencido, uno, a decir verdad, inepto para la guerra y entregado a la molicie[62], otro digno de piedad ya por sus años[64], eran ambos odiosos tanto para los dioses como para los hombres. Y respecto a sus acciones contra los bárbaros fueron sencillamente ridículas, pues en la práctica les había pagado tributo mientras miraba sólo a la Molicie. Ésta se hallaba sentada lejos de los dioses, junto al vestíbulo de la Luna; estaba enamorado de ella y no tenía ojos más que
b para ella, sin preocuparse del juicio, y cuando tuvo que hablar dijo: «Soy mejor que éstos en lo siguiente: mejor que el macedonio porque luché contra los romanos, germanos y los pueblos escitas y no contra los bárbaros de Asia; que César y Octaviano por no haber

61 Euríp., *fr.* 417 Nauck.

62 Majencio.

63 Licinio.

provocado una guerra civil, como ellos, contra ciudadanos honrados, sino que me impuse a los tiranos más criminales y malvados. Sería lógico que me antepusie- c
ran a Trajano mis viriles acciones contra los tiranos, y por el hecho de haber recobrado el país que él sometió no creo que fuera absurdo considerarme su igual al menos, si es que no tiene más valor reconquistar que conquistar. Y Marco, aquí presente, al callar sobre sí mismo ha quedado excluido del primer premio ante nosotros.» Entonces Sileno: «¿Nos presentas, Constantino, los jardines de Adonis como tus obras?» «¿Qué quieres decir con eso de los jardines de Adonis?» «Los d
que plantan las mujeres en honor del amante de Afrodita en tiestos, disponiendo como un lecho de tierra del huerto; florecen y al instante se marchitan.» Constantino enrojeció, comprendiendo en seguida que tal era su obra.

31. Se hizo un silencio: unos parecían esperar a quién otorgarían los votos de los dioses el premio, otros creían que era preciso aclarar las intenciones de los hombres y no juzgar sólo sobre sus hechos, en los que intervenía en mayor medida la fortuna que estaba 330
allí presente, haciendo reproches a todos salvo a Octaviano; decía que éste era el único que tenía buenos sentimientos hacia ella. Decidieron, pues, los dioses someterlo a Hermes y le encargaron que preguntase en primer lugar a Alejandro qué consideraba lo mejor b
y con qué objetivo había realizado y soportado todo cuanto había hecho y soportado. Él respondió: «Vencer todo», y Hermes dijo: «¿Crees que lo has conseguido?» «Por supuesto», dijo Alejandro. Y Sileno, riendo sarcásticamente: «Pero te vencieron muchas veces nuestras hijas», refiriéndose a las viñas y burlándose de las borracheras de Alejandro y de su afición al vino. Y c
Alejandro, como estaba lleno de doctrinas peripatéticas,

dijo: «Vencer no a los seres inanimados, pues no lu-
chamos con ellos, sino a todo el género humano y a
todo el reino animal.» Y Sileno, como si estuviera
admirado, le dijo con mucha ironía: «¡Ah, las sutilezas
dialécticas! Y tú, ¿en qué genero vas a colocarte a ti
d mismo, en el de los seres inanimados o en el de los
animados y vivos?» Y él, como irritado: «Un respeto:
por mi grandeza de alma estaba convencido de que
me convertiría en un dios, mejor dicho, de que ya lo
era.» «Sin embargo, has sido vencido por ti mismo
muchas veces, por la cólera, por el dolor o por alguna
otra pasión, rebajando y empeorando tu inteligencia
331 y tu corazón.» «Pero vencerse a sí mismo —dijo Ale-
jandro— y ser vencido es semejante. Mi discurso se
refería a vencer a los otros.» «¡Vaya con la dialéctica
—dijo—, cómo refutas nuestros sofismas! Pero cuando
fuiste herido en la India y Peucestes se quedó a tu
lado y te sacaron de la ciudad agonizando, ¿no fuiste
vencido por el que te hirió, o también le venciste?»
«No sólo a aquél, sino que arrasé su ciudad.» «Tú
desde luego no, querido: tú yacías como el Héctor de
Homero, extenuado y agonizante; ellos fueron los que
b lucharon y vencieron.» «Bajo nuestro mando», dijo
Alejandro. Y Sileno: «¿Cómo? ¡Si te sacaron medio
muerto!» Entonces se puso a cantar unos versos de
Eurípides:

¡Ay! ¡Qué mala costumbre hay en Grecia
cuando un ejército triunfa sobre el enemigo![64]

Y Dioniso dijo: «Deja de hablar así, padrecito, no te
c haga lo que le hizo a Crito.» Y Alejandro, enrojeciendo

---

[64] Euríp., *Andróm.* 693 ss.: la gloria revierte siempre al general. Recordemos que a Juliano le ocurrió lo mismo con el emperador Constancio, que se arrogó la gloria de la batalla de Estrasburgo.

a un tiempo y bañados sus ojos en lágrimas, calló. Y así terminó esta conversación.

32. Hermes continuó sus preguntas con César: «¿Y
cuál fue el objetivo de tu vida, César?» «Ser el pri-
mero de mi ciudad y no quedar ni ser considerado d
por detrás de nadie.» «Eso no está claro —dijo Her-
mes—. ¿Ser el primero en sabiduría, en elocuencia, en
el arte de la guerra o en poder político?» «Me agra-
daba ser el primero de todos en todas las cosas y, al
no poder conseguirlo, deseé conseguir el mayor poder
entre mis conciudadanos.» «¿Y conseguiste un gran 332
poder?» «Por supuesto, ya que me convertí en su
señor.» «Ese poder lo conseguiste, pero no fuiste capaz
de hacerte querer por ellos, y aunque representaste,
como si estuvieras en escena en una obra de teatro, el
papel de un gran filántropo[65], fuiste, sin embargo, para
todos ellos un adulador vergonzoso.» «¿Así que te pa- b
rece que no me quería el pueblo que persiguió a Bruto
y a Casio?» «No lo hicieron, porque te hubieran matado
—dijo—, pues para eso el pueblo los eligió con su voto
cónsules, sino por el dinero, cuando al escuchar el tes-
tamento vieron que el salario asignado a su indignación
no era uno cualquiera[66].

33. Terminada esta conversación, Hermes se dirigió c
a Octaviano: «¿Y tú no vas a decirnos qué considera-
bas lo más bello?» Y él respondió: «Reinar bien.»
«Dinos qué es *bien*, Augusto, porque eso pueden de-
cirlo incluso los más malvados. También Dionisio creía
que reinaba bien, y lo mismo Agatocles[67], que todavía
era más criminal que aquél.» «Ya sabéis, dioses, que d

---

[65] PLUT., *César* 55 ss.

[66] PLUT., *César* 20.

[67] Tiranos ambos de Siracusa.

cuando envié a mi nieto os supliqué que le concedieseis la audacia de César, la habilidad de Pompeyo y mi propia fortuna.» «Este fabricante de muñecas nos ha traído muchas cosas que realmente necesitan de dioses salvadores.» «Pero, ¿por qué me has dado ese nombre tan ridículo?» «Pues igual que aquéllos fabrican ninfas, ¿no nos has fabricado tú dioses, el primero de los
333 cuales César aquí presente?» Y Octaviano, lleno de confusión, se calló.

34. Y Hermes, dirigiendo su vista a Trajano, dijo: «¿Y tú con qué intención hiciste cuanto hiciste?» «Pretendía, de forma más moderada, lo mismo que Alejandro.» Y Sileno dijo: «Pues fuiste vencido por los más innobles impulsos, porque él era vencido a menudo por la cólera, pero tú por un placer vergonzoso y reproba-
b ble.» «¡Vete entre los inmortales! —dijo Dioniso—, porque te burlas de todos ellos y no los dejas defenderse. Sin duda te dan materia para tus burlas, pero presta atención a ver cómo atacas a Marco Aurelio, pues me parece que este hombre es, como decía Simónides, *un cuadro sin el mínimo defecto de fabricación*[68]». Y Hermes, mirando a Marco Aurelio, dijo: «Y
c a ti, Vero, ¿cuál te parecía el fin más bello de la vida?» Y él con tranquilidad y modestia dijo: «Imitar a los dioses.» Al instante pareció que la respuesta no era innoble, sino totalmente digna. Incluso Hermes no quería continuar su examen, convencido de que todas las respuestas de Marco Aurelio serían adecuadas. Y los restantes dioses eran de la misma opinión; sólo Sileno dijo: «Por Dioniso, no voy a soltar a este sofista. ¿Por
d qué, entonces, comías y bebías, no como nosotros, ambrosía y néctar, sino pan y vino?» «En efecto, yo no pensaba imitar a los dioses en mis comidas y bebidas;

[68] SIMÓNIDES, *fr.* 37, 3, ed. PAGE.

alimentaba mi cuerpo convencido, quizás equivocadamente, de que vuestros cuerpos necesitan el alimento del humo de los sacrificios. Además, no era en esto en lo que creía debía imitaros, sino en la inteligencia.» Y 334
Sileno, como alcanzado por el golpe de un diestro boxeador, dijo: «Eso no está mal dicho seguramente, pero dime, ¿qué creías que era imitar a los dioses?» Y él respondió: «Tener las mínimas necesidades y hacer el bien al mayor número posible»[69]. «¿Es que no necesitabas nada?» Y Marco Aurelio: «Yo, nada, quizá mi cuerpo algunas pequeñas cosas.»

35. Como pareció que también a esto había respon- b
dido correctamente Marco Aurelio, Sileno finalmente, sin saber qué hacer, se aplica a sus hechos en apariencia incorrectos e ilógicos respecto a su hijo y a su esposa: a ésta la inscribió entre las heroínas, a su hijo le transmitió el imperio. «También en esto imité a los dioses; obedecí a Homero que dice de la esposa que cualquier hombre

bueno y sensato c
ama a la suya y la protege[70],

y respecto a mi hijo me excusa la conducta de Zeus que, culpando a Ares, le dice: 'Hace tiempo que te hubiese herido con mi rayo, si no fuera porque eres mi hijo y te quiero'[71], y además tampoco creí que mi hijo sería tan malvado. Si la juventud, que se inclina d
hacia uno u otro extremo, finalmente se inclinó hacia lo peor, no fue a un malvado a quien transmití el imperio, sino a un hombre que, después de tomarlo, se hizo malvado. Así que respecto a mi mujer he imitado

[69] MARCO AURELIO, *Meditaciones* 1, 5, etc.
[70] HOM., *Il.* IX 341 ss.
[71] Paráfrasis de HOM., *Il.* V 897 ss.

al divino Aquiles, y respecto a mi hijo al gran Zeus, sin hacer por lo demás ninguna innovación. Es costumbre entregar la herencia a los hijos y eso es lo que desean todos, y a mi esposa no fui el primero en darle estos honores, sino que lo hice después de muchos
335 otros hombres. Quizá no sea digno de alabanza iniciar estos honores, pero es casi una injusticia privar de ellos a los seres más próximos cuando ya muchos los han obtenido. Pero me olvido de que mi defensa es muy larga ante vosotros que ya lo conocéis, Zeus y demás dioses; por ello sed benévolos con esta temeridad.»

36. Al acabar esta conversación, Hermes preguntó
b a Constantino: «¿Y tú qué consideraste bueno?» «Poseer muchas cosas y gastar mucho para satisfacer mis deseos y los de mis amigos»[72]. Y Sileno, riéndose con fuertes carcajadas, dijo: «¿O sea que, queriendo ser banquero, sin darte cuenta llevaste la vida de un cocinero y de una camarera? Hacía tiempo que lo revelaban

tus cabellos y tu rostro[73],

pero ahora también te acusa tu intención.» Así atacó Sileno a Constantino con toda dureza.

c 37. Restablecido el silencio, los dioses depositaron su voto secreto. La mayoría fue para Marco Aurelio. Y Zeus, tras intercambiar con su padre algunas palabras en privado, ordenó a Hermes hacer la proclamación, y éste la hizo así: «Hombres que habéis concurrido a este certamen, nuestras leyes y nuestros juicios son tales que el vencedor pueda alegrarse sin que

---

72 Zós., II 38, 1 ss.
73 Hom., *Il.* III 55.

tenga queja el vencido. Marchad, pues, adonde quiera cada uno para vivir allí bajo la tutela de los dioses; *d* que cada uno elija para sí su propio presidente y guía»[74]. Tras esta proclamación, Alejandro corrió hacia Heracles, Octaviano hacia Apolo, mientras que Marco Aurelio se mantenía inseparable de Zeus y Crono. De César, tras errar y dar muchas vueltas, se compadeció el gran Ares y Afrodita, que le llamaron a su lado. Trajano corrió hacia Alejandro para sentarse junto a él. 336

38. Pero Constantino, que no encontraba entre los dioses su modelo de vida, descubriendo cerca a la Molicie corrió hacia ella; ésta, recibiéndole dulcemente y acogiéndole en sus brazos, le vistió y le adornó con peplos de variados colores y lo llevó después hacia el Desenfreno, donde encontró también a Jesús, que andaba por allí y proclamaba a todos: «Cualquier corruptor, cualquier criminal, cualquier maldito e infame *b* venga con confianza; le bañaré con este agua y al instante lo purificaré y, si de nuevo vuelve a caer en los mismos crímenes, le concederé la purificación con tal de que se golpee el pecho y la cabeza»[75]. Constantino se alegró mucho de este encuentro y sacó a sus hijos fuera de la asamblea de los dioses. Pero no por ello consiguió evitar que los dioses de la venganza le acosaran a él y a sus hijos por su ateísmo, exigiendo el castigo por la sangre de sus parientes[76] hasta que Zeus les permitió recuperar el aliento, gracias a Claudio y a Constancio[77]. «A ti —dijo Hermes dirigiéndose a mí— te he conce- *c*

---

[74] PLAT., *Rep.* X 617d ss.

[75] Parodia del Evangelio de MARCOS, XVI 16, etc.

[76] Crímenes de Constantino contra su hijo Crispo y su esposa Fausta. Sobre los de Constancio, cf. la Introducción general.

[77] Claudio II y Constancio Cloro, que permanecieron en la religión tradicional.

dido conocer a tu padre Mitra; observa sus órdenes y te proporcionarán mientras vivas una amarra y un refugio seguro, y cuando tengas que salir de este mundo junto con la Buena Esperanza[78] ese divino guía será benévolo contigo.»

---

[78] Cf. *A la Madre de los dioses* 180c. La fórmula pertenece a los misterios de Eleusis (PLAT., *Fed.* 67c, y *Rep.* VI 496e).

XI

AL REY HELIOS

INTRODUCCIÓN

Para celebrar la festividad de Helios, que tenía lugar el 25 de diciembre, escribe Juliano, poco después de *Los Césares,* este discurso, realmente un himno, en el año 362 y se lo dedica también a su amigo Salustio[1]. Como en el discurso *A la Madre de los dioses,* aparece tanto la fe personal de su autor como su deseo de contribuir a la solemnidad religiosa, explicando la significación de Helios desde su puesto de supremo pontífice.

En la antigua Grecia la personalidad divina de Helios[2] no estuvo nunca claramente separada de sus poderes naturales, de manera que, aunque todos reconocían en él una importante fuerza latente, su culto individual no fue nunca demasiado popular y sólo en Rodas y Corinto parece que adquirió cierto relieve; por ello también su mitología se limitaba prácticamente a la historia de sus rebaños y al fallido vuelo de Faetonte. Sin embargo, a partir del helenismo las especulaciones de los estoicos y neoplatónicos empezarán a identificarlo con una serie de dioses importantes, como Apolo y Zeus, preparando el camino para el auge que habría de tomar en el imperio.

---

1 Cf. *infra,* 157c.

2 Para lo que sigue, cf. el artículo de CUMONT: «Sol», en la enciclopedia DAREMBERG-SAGLIO.

Pero fueron sobre todo las religiones orientales las que contribuyeron a su elevación a dios supremo y creador del universo. En efecto, los sirios habían identificado sus diferentes Baales con el Sol, aplicándole el calificativo *aníkētos*, en griego, o *invictus*, en latín, denominación cada vez más frecuente a partir del siglo II sobre todo para designar a Mitra. «Así —dice Cumont—, *Sol invictus* es una designación general que abraza todas las divinidades orientales consideradas como solares por los teólogos del imperio. Esta expresión muy amplia, que hacía abstracción de todas las denominaciones locales, podía aplicarse a las diversas potencias celestes en las que las tendencias monoteístas de la época veían manifestaciones de un solo ser supremo.» Tras el fracasado intento de Heliogábalo, Aureliano dio un impulso definitivo a su culto, intentando crear una religión en la que cupiesen todas las creencias provinciales. Creó el primer templo del Sol en Roma e instituyó la fiesta del 25 de diciembre con sus juegos, de forma que Helios o Sol tomó el lugar de Júpiter Capitolino y se convirtió en el protector de los emperadores y del estado. La misma línea siguieron los sucesivos emperadores, incluido Constantino en la primera parte de su reinado hasta su conversión al cristianismo. La tendencia hacia un absolutismo teocrático en muchos de estos emperadores favoreció la adopción de este «monoteísmo solar» imbuido de la teología astrológica de los sacerdotes orientales que los griegos llamaban caldeos y que sostenían que el sol daba a los príncipes al nacer las cualidades necesarias para dominar. La denominación de «rey» le viene ya dada, al menos, en el siglo I: «Según sus doctrinas, el sol, que ocupa el cuarto rango entre los siete planetas, está colocado en medio de estos astros erran-

tes como un rey rodeado de sus satélites y, por consiguiente, se le aplica el nombre de Rey Helios»[3].

Así que entre la exégesis filosófica, los misterios orientales y la política teocrática de los emperadores surgió la supremacía de *Sol invictus*. Los intentos por demostrar que los restantes dioses no son sino diversas formas del mismo Helios llegan a su punto extremo en algunos autores tardíos[4].

Esta conjunción de fe religiosa e interpretación filosófica de Helios o Mitra encuentra en Juliano un adepto apasionado que, inspirándose, según sus palabras[5], en el sistema neoplatónico de su admirado Jámblico, divide su exposición en tres partes claramente diferenciadas: origen y substancia de Helios, facultades, y bienes que ha dado a los hombres. Si en el discurso *A la Madre de los dioses* dábamos al lector el resumen que de la interpretación del mito hacía su amigo Salustio, aquí bastará que acuda al resumen que hace el propio Juliano al final de su obra (156c-157a) si desea un breve punto de referencia antes de lanzarse a las páginas más complejas que nos ha legado el emperador.

---

3 Filón, *Quis rer. div. heres* 45.

4 Macr., *Saturn.* 1, 17.

5 Cf. *infra*, 157*cd*.

SINOPSIS DEL DISCURSO

AL REY HELIOS

1. Si este discurso interesa, según creo, especialmente a todos 130 *b*

cuantos sobre la tierra respiran y se mueven[1]

y han recibido su parte de existencia, de alma racional y de inteligencia, no menos que a todos los demás, sin embargo, me interesa a mí mismo: en efecto, soy seguidor del rey Helios. Y de ello guardo en privado[2] *c* las pruebas más seguras; lo que me es lícito decir sin levantar censuras es que desde niño me penetró un terrible amor por los rayos del dios, y desde jovencito dirigía hasta tal punto mi pensamiento hacia la luz etérea, que no deseaba sólo contemplarlo continuamente, sino que también, cuando marchaba de noche bajo un cielo sereno y sin nubes sin hacer caso a ninguna otra cosa, fijaba mi atención en las bellezas celestes, *d* y ni entendía nada de lo que pudieran decirme ni yo mismo me fijaba en lo que hacía; daba la impresión de ser respecto a estas cosas excesivamente curioso e indiscreto, y ya se pensaba que era un astrólogo cuan-

---

[1] Hom., *Il.* XVII 447, y Cleantes, *Himno a Zeus, fr.* 537, 5 (Arnim, *Stoic. Vet. Fragm.*, I, pág. 122).

[2] Iniciado en el culto de Helios-Mitra, había hecho construir en su palacio de Constantinopla un santuario privado.

do apenas me apuntaba la barba. Y, sin embargo, por
131 los dioses, jamás había llegado a mis manos un libro sobre estos asuntos, e ignoraba totalmente lo que podía ser la cosa. Pero, ¿por qué digo todo esto teniendo cosas más importantes de que hablar, si explicase lo que entonces pensaba sobre los dioses? Pero olvidemos aquellas tinieblas[3]. Sobre el hecho de que la luz celeste me rodeaba con su brillo por todas partes y me despertaba y me excitaba a su contemplación, hasta el punto de que por mis solos medios había ya comprendido que el movimiento de la luna es contrario al del universo, y eso sin haber leído ninguno de los libros
b que filosofan sobre estos temas, valga como prueba lo ya dicho.

2. Yo, desde luego, envidio la felicidad del hombre a quien Dios le concedió un cuerpo formado de una semilla sagrada y profética y que consigue abrir los tesoros de la sabiduría; tampoco desestimo la parte de que el dios me ha juzgado digno al nacer en la familia que en mi época tiene el poder y reina sobre la tierra, pero creo que, si hay que obedecer a los
c sabios, de manera más general él es el padre común de todos los hombres —con razón se dice que el hombre y Helios engendran al hombre[4]— y las almas no sólo él, sino también los demás dioses las siembran en la tierra y con los fines que ellas mostraron al elegir sus vidas[5]. Es maravilloso, pues, tener la ventaja de estar al servicio del dios ininterrumpidamente desde hace tres generaciones y por medio de muchos antepa-

---

[3] Alusión a sus juveniles creencias cristianas que duraron hasta los veinte años. De manera similar se refiere a ellas en el mito final de *Contra el cínico Heraclio* y en otros lugares.

[4] Aristót., *Física* II 194b, 13.

[5] Plat., *Rep.* X 620d.

sados[6], y no es nada censurable que uno se reconozca a sí mismo servidor por naturaleza de este dios, y que *d* él solo de todos, o con unos pocos, se entregue al culto de este amo.

3. Así que, dentro de nuestras posibilidades, celebremos en su honor la fiesta que la reina de las ciudades glorifica con sacrificios anuales[7]. Es difícil, ya lo sé, comprender tan sólo la grandeza del dios invisible deduciéndola del visible[8], pero expresarla es to- 132 talmente imposible, incluso aunque se aceptase quedar por debajo de su dignidad. Porque bien sé que ningún hombre podría colocarse a la altura de su dignidad, pero lo importante de la capacidad humana en este intento de explicación es no errar en la justa medida en los elogios. Ojalá esté a mi lado como auxiliar el elocuente Hermes junto con las Musas y Apolo[9] Musageta, puesto que también le conciernen los discursos, *b* y me concedan decir todo cuanto a los dioses les gusta que se diga y que se crea de ellos.

4. ¿Cuál será, entonces, la forma del elogio?[10]. ¿No es evidente que si tratamos de su esencia y de dónde procede, de sus facultades y de sus efectos tanto visibles cuanto invisibles, de su reparto de bienes que

[6] Desde Claudio II el Gótico.

[7] Cf. la Introducción al presente discurso.

[8] El sol invisible es el descendiente de la idea del Bien (cf. *infra*, 133*b* y 144*d*), cuya imagen es el sol visible.

[9] Hermes comparte el trono con Helios (cf. 150*d*) y Apolo es idéntico a Helios (cf. 144*a* y 149*c*); por ello, los llama en su auxilio Juliano.

[10] Obsérvese cómo, en efecto, en este parágrafo se apuntan las partes principales del discurso, en todo semejantes a las de los panegíricos, tal y como el propio Juliano los había escrito, dirigidos a Constancio: substancia y nacimiento, naturaleza, obras y virtudes.

realiza por todos los universos[11], no desentonaremos excesivamente en el elogio del dios? Según este plan hablaremos.

c 5. Este universo divino y bellísimo, que se extiende desde la cumbre de la bóveda celeste hasta la extremidad de la tierra bajo la indisoluble providencia del dios, ha existido desde la eternidad sin generación y existirá eternamente en el futuro[12], protegido no por cualquiera, sino precisamente por el quinto cuerpo[13], cuyo punto más elevado es «el rayo de Helios»[14] y, como en un segundo grado, por el universo inteligible, y de forma aún más antigua por medio de «el rey de todo en torno al cual todo existe»[15]. Éste, ya me sea lícito llamarlo «el que está más allá de la inteligen-
d cia»[16], ya idea de los seres, es decir, lo inteligible

[11] Los tres universos típicos del pensamiento de Jámblico a quien sigue Juliano: el universo inteligible, el inteligente y el visible.

[12] Doctrina que aparece ya en Aristót., *Sobre el cielo* 279b, 12, y que se contrapone a la cristiana. La belleza de este universo es idea común desde Platón y admitida, como la anterior, por Platón y los neoplatónicos (Plot., II 9, 7, y I 6, 2). El concepto de providencia, a través de los estoicos, se ha introducido en el neoplatonismo (Plot., III 2, 1), aunque en otro lugar (*Contra los cínicos incultos* 182c) Juliano se la asigna a Prometeo.

[13] El éter, que rodea el mundo visible y es el quinto elemento, tras los cuatro tradicionales, introducido por Aristóteles como elemento superior a los terrestres. Así lo considera Juliano (*A la Madre de los dioses* 167*d*), por estar más próximo a los dioses, y también lo llama cuerpo circular (*ibid.*, 162*d*) que contiene las causas incorpóreas de las formas materiales. Cf. Jámblico, *Teol. aritm.*, 25, 22.

[14] Pínd., *fr.* 107, 1, y Sóf., *Antíg.* 100. En la cima del éter se creía que comenzaba la substancia del sol, según atestigua Macr., *Saturn.* I 17, 68 y 70; en este último pasaje se lo atribuye a Porfirio.

[15] Plat., *Epist.* II 312e.

[16] Plot., *Enn.* V 3, 13.

absoluto, ya el Uno, puesto que lo uno parece ser anterior a todo, ya, como Platón acostumbraba a nombrarlo[17], el Bien, éste, pues, es la causa uniforme de los universales y modelo para todos los seres de belleza, de perfección, de unidad y de potencia prodigiosa según su esencia permanente y primordial, y como mediador entre los mediadores de las causas inteligentes y demiúrgicas ha mostrado por sí mismo a Helios[18], dios muy grande y completamente semejante a 133
él; así lo creía el divino Platón al decir: «Ése, dije yo, es el que yo llamaba hijo del bien, a quien engendró el bien semejante a él, y que es en el mundo inteligible respecto a la inteligencia y los objetos inteligibles lo que es en el mundo visible respecto a la vista y los objetos visibles»[19].

6. Así, creo que su luz posee la misma semejanza respecto al mundo visible que la verdad respecto al inteligible. El propio Helios, en su plenitud, como es descendiente de la primera y más elevada idea del *b*
bien, subsiste desde la eternidad en la esencia perdurable y recibió el imperio entre los dioses inteligentes, y lo que causa el bien para los dioses inteligibles, eso mismo lo distribuye entre los dioses inteligentes. Y el bien es causante, en mi opinión, para los dioses inteligibles de la belleza, la esencia, la perfección, la unidad, reuniendo todo ello y brillando en derredor por una potencia que se parece al bien. Esto se lo concedió

---

17 PLAT., *Rep.* VI 506d ss.

18 Jámblico colocaba como centro del universo inteligente al *nous,* mientras que Juliano coloca a Helios, que también está en el centro entre los dioses inteligibles y los dioses visibles (cf. 138*d*). Es posible que esta idea derive de la concepción astronómica que situaba al sol en el centro del universo (cf. 134*b* y 135*c*).

19 PLAT., *Rep.* VI 508c ss.

Helios a los dioses inteligentes, situado por el bien para
c gobernar y reinar sobre ellos, aunque avancen y estén constituidos junto con él para que, según creo, la causa semejante al bien y promotora de los bienes a todos los dioses inteligentes dirija todo de acuerdo con la razón. Pero hay aún un tercer sol, ese disco brillante que se muestra, que es causa evidente de la conservación de los seres sensibles, y, al igual que decimos que el gran Helios es la causa de los dioses inteligentes, este otro sol que se muestra lo es de los dioses aparentes.

7. Son evidentes las pruebas de ello para quien ob-
d serva las cosas invisibles a partir de las visibles[20]. Veamos en primer lugar: ¿la propia luz no es una forma incorpórea y divina de lo potencialmente diáfano? Y en cuanto a qué sea exactamente lo diáfano que, por decirlo así, es subyacente a todos los elementos y cuya forma propia es, no es ni corporal ni mixto, ni admite ninguna de las cualidades habituales de los cuerpos. Por tanto, no le atribuirá como cualidad propia el calor ni su contrario el frío, ni la dureza ni la blandura ni cualquier otra de las diferencias per-
134 ceptibles al tacto, al gusto o al olfato, sino que una naturaleza así conducida por efecto de la luz a la acción es aprehendida sólo por la vista. Pero la luz es la forma de esa especie de materia que subyace y se extiende a lo largo de los cuerpos. Y como la propia luz es incorpórea, sus rayos serían la cúspide y como su flor[21]. Y, en efecto, la doctrina de los fenicios, gente

20 Procedimiento típico del pensamiento platónico y, por supuesto, neoplatónico.

21 En el mundo visible la luz del sol es la manifestación de la fuerza del *nous*, que da forma a la materia; por eso, JÁMBLICO dice que la luz del sol es la luz de la verdad (*Protrépt.* 115, 21), y AMIANO (XXI 1, 11) y MACROBIO (*Saturn.* I 18, 17) la denominan *mens mundi.*

sabia y conocedora de las cosas divinas, afirma que la acción pura de este espíritu es el resplandor que se extiende por todo el universo; y no desentona tam- *b* poco de ello la razón, puesto que la luz es incorpórea desde el momento en que no considera el cuerpo como fuente, sino la pura acción del espíritu que ilumina hasta su propia sede, que ha obtenido en el centro del universo celeste y desde donde su brillo llena con todo vigor los círculos celestes y todo resplandece con una luz divina y pura.

8. En cuanto al efecto que producen entre los dioses las obras de Helios ya hemos dicho algo anteriormente y volveremos a hablar dentro de poco. Pero todo cuanto vemos en primer lugar por la propia vista *c* es sólo un nombre carente de efecto si no se recurre a la ayuda directiva de la luz. En general, ¿qué objeto sería visible si, al igual que la materia se ofrece al artista, no se ofreciese a la luz para recibir, creo yo, la forma? Por ejemplo, este oro fundido es sin duda oro, pero no es ni una estatua ni un retrato hasta que el artista le dé una forma. Así, cuantas cosas son por naturaleza visibles, si no son presentadas a los videntes acompañadas de la luz, se ven privadas completa- *d* mente de su visibilidad. Dando a los videntes su capacidad de ver y a los objetos visibles la capacidad de ser vistos, en un solo acto otorga su perfección a dos naturalezas, la vista y lo visible, y sus perfecciones son la forma y la esencia.

9. Pero quizás esto es demasiado sutil y, en cambio, todos estamos de acuerdo, iletrados y profanos, filósofos e intelectuales, en esto: ¿qué potencia tiene el sol en el universo tanto al levantarse como al ponerse? Noche y día son obra suya, y transforma y cambia el universo de forma visible. ¿Qué otro astro posee 135

esta capacidad? ¿Cómo, a partir de ello, no vamos a creer en seres más divinos y en que las razas supracelestes invisibles y divinas de los dioses inteligentes están llenas de la fuerza semejante al bien, de Helios, ante quien cede el coro entero de los astros [22] y a quien sigue la generación gobernada por su providencia?
b Que los planetas forman un coro en torno a él como si fuera un rey y se mueven en círculo proporcionadamente en distancia delimitada respecto a él, tienen algunas estaciones y avanzan y retroceden, según nombran estos fenómenos los conocedores de la teoría de la esfera, y que la luz de la luna aumenta y cesa, según la separación del sol, es algo evidente para todos. ¿Cómo, pues, no es natural suponer que la disposición de los dioses inteligentes, más antigua que los cuer-
c pos, sea semejante a este orden? Tenemos, por tanto, de todas sus facultades la de dar perfección al mostrar a la vista los objetos visibles del universo, pues los perfecciona mediante la luz, y la facultad demiúrgica [23] y generadora a partir de la transformación en el universo, y la facultad comprehensiva de todo en la unidad a partir de la armonía de los movimientos hacia lo uno y lo mismo, la facultad mediadora a partir de su propia posición central, la facultad de establecerse como rey de los dioses inteligentes a partir de la posición media entre los planetas.

d 10. Si vemos estas facultades u otras semejantes en alguno de los demás dioses visibles, no atribuyamos a Helios la hegemonía divina; pero si no tiene en común con los demás otra cosa que la práctica del bien,

---

22 Los planetas en cuyo centro se encuentra (cf. 135*c*).

23 Como indica Juliano al final de este discuros (157*c*), esta facultad demiúrgica es triple, siguiendo el pensamiento de Jámblico (PROCLO, *Comm. ad Tim. Plat.* 94cd); corresponde al Helios inteligible, al inteligente y al visible.

de la que hace partícipes a todos, trayendo como testigos a los sacerdotes chipriotas que muestran altares comunes a Helios y a Zeus y, todavía antes que a éstos, invocando el testimonio de Apolo, que comparte el trono con este dios y que dice:

Uno solo es Zeus, Hades, Helios y Sárapis[24], 136

admitamos que la primacía entre los dioses inteligentes de Helios y Zeus es común, mejor dicho, es única[25]. Por lo que me parece que Platón no sin razón consideró a Hades un dios inteligente[26]. Y el mismo nombre otorgamos a Sárapis, invisible e inteligente, hacia el que, según dicen[27], se elevan las almas de los que vivieron mejor y más justamente[28]. Que nadie se lo imagine, pues, como un dios terrorífico, según enseñan los mitos, sino dulce y apacible, que libera completa- *b*
mente a las almas de la generación y que, en lugar de clavarlas a otros cuerpos[29], una vez liberadas, para castigarlas y condenarlas, las hace ascender y las eleva hacia el mundo inteligible.

11. Que esta opinión no es en absoluto nueva, sino que ya la adoptaron antes nuestros poetas más anti-

---

24 Macrobio (*Saturn.* I 18, 18) nos presenta este verso no como apolíneo, sino como órfico y, en su cita, la última divinidad es Dioniso, en lugar de Sárapis. Es posible que la modificación sea debida a Jámblico (cf. J. Mau, *Die Religionsphilosophie Kaiser Julians in seinen Reden auf König Helios und die Göttermutter*, Roma, 1970 [= 1907], pág. 54, n. 2).

25 Esta identidad de Helios y Zeus es remachada a lo largo del discurso (143*d*, 144*c*, 149*bc*).

26 Plat., *Fed.* 80d.

27 Plat., *Crát.* 403b. Pero en Juliano es Helios la causa del viaje final y quien libera sus almas de los cuerpos y las conduce hacia las substancias próximas al dios (151*d* y 152*b*).

28 La identificación Hades-Sárapis con Helios-Zeus se desprende del verso anteriormente citado: Macr., *Saturn.* I 20, 18.

29 Plat., *Fed.* 83d.

guos, Homero y Hesíodo, ya porque así pensaran, ya porque una fuerza divina se apoderara de ellos [30], como
c de los adivinos, conduciéndolos hacia la verdad, quedará claro a partir de lo que sigue. Hesíodo al trazar su genealogía dice que Helios proviene de Hiperión y Tía [31], dando a entender sencillamente con ello que es el hijo legítimo del que es superior a todos, pues ¿qué otro sentido sino ése podría tener Hiperión? Y el propio nombre de Tía, ¿puede entenderse de otra manera que no sea como el más divino de los seres? [32] No supongamos, sin embargo, una unión ni un matrimonio, juegos maravillosos y paradójicos de la musa poética. Consideremos como padre y progenitor suyo al ser
d más divino y superior. Un ser así estaría más allá de todas las cosas, y en torno a él y por su causa existe todo. Homero, a partir de su padre, lo llama Hiperión [33] y muestra con ello su independencia y que está por encima de toda necesidad. Efectivamente, Zeus, como dice el poeta, que es señor de todo, obliga a los demás, pero, en el relato en que Helios dice que por la impiedad de los compañeros de Ulises abandonará el Olimpo, no dice que Zeus
137 nará el Olimpo, no dice que Zeus

con la propia tierra y con el propio mar arrastraría [34],

ni le amenaza con cadenas ni con violencia, sino que dice que castigará a los culpables, pero a Helios le pide que siga brillando entre los dioses. Pero ¿no dice con ello que Helios, además de independiente, es también eficaz? Pues ¿por qué necesitan de él los dioses,

---

[30] En 149*c* llama Juliano a Homero «inspirado por la divinidad». Definición del *enthousiasmós* en Jámbl., *Mist. Egip.* 3, 7.

[31] Hes., *Teog.* 371-374.

[32] Juliano interpreta semánticamente estos nombres: Hiperión significa en griego «más elevado» y Tía «divina».

[33] Hom., *Il.* VIII 470, y *Od.* I 8, etc.

[34] Hom., *Il.* VIII 24.

sino precisamente porque los llena de los bienes que dijimos al llevarlos con su brillo hacia su esencia y su ser invisible? Pues los versos b

y a Helios infatigable Hera, la diosa de grandes ojos,
envió contra su voluntad a las corrientes del Océano[35]

señalan que la noche vino antes de tiempo por alguna espesa niebla. Pues esta diosa dice en algún otro lugar del poema:

Hera extendió una espesa niebla ante ellos[36].

Pero dejemos a un lado los versos de los poetas, pues c contienen junto a lo divino mucho también humano; lo que, en cambio, parece que el propio dios nos enseña sobre sí mismo y sobre los demás, eso es lo que debemos tratar ya.

12. La región[37] que rodea la tierra tiene el ser en el devenir. ¿Quién, entonces, le ha dado la eternidad? ¿Acaso no es el que lo abarca en medidas delimitadas? En efecto, por un lado era imposible que la naturaleza corpórea fuese infinita, puesto que ni carece de generación ni puede subsistir por sí misma; por otro d lado, si hubiera alguna continuidad del ser, pero nada se resolviese en él, faltaría la esencia de las cosas. Es una naturaleza así la que este dios con su medido movimiento endereza y despierta al acercarse, mientras que al alejarse la disminuye y destruye; mejor dicho, él siempre vivifica al moverse y al irrigar con ella la vida, mientras que su falta y su traslado a otros lu-

---

35 HOM., *Il.* XVIII 239.

36 HOM., *Il.* XXI 6.

37 Entendida, según Jámblico (PROCLO, *Comm. ad Tim. Plat.* 50f), como la causa incorporal que atraviesa la tierra, elevando los cuerpos a la vida y abrazando toda separación.

gares se convierte en la causa de destrucción para los
138 seres perecederos. Pues su dispensa de bienes descien-
de siempre igual hacia la tierra; unas veces una región
y otras otra recibe tales bienes para no cesar en la
generación y para que el dios no beneficie más o menos
de lo acostumbrado al mundo sensible. Pues la iden-
tidad en los dioses lo es tanto de la esencia como de
la acción y más que en los otros en el rey de la tota-
lidad, en Helios, que realiza el movimiento más sen-
cillo por encima de los otros astros que llevan el mo-
vimiento contrario al universo; y ésta es precisamente
b la prueba de su superioridad sobre los demás que
aduce el famoso Aristóteles.

13. Por supuesto, también los demás dioses inte-
ligentes hacen descender hacia este mundo fuerzas
nada débiles. ¿Cómo interpretar esto? ¿Supondría apar-
tar a los demás dioses que otorgásemos la hegemonía
de común acuerdo a Helios? Consideramos que es
mucho mejor creer en lo invisible a partir de lo visi-
ble. Así que, como es evidente que Helios perfecciona
c y armoniza las facultades concedidas a todos desde
allá arriba hasta la tierra en provecho propio y en el
del universo, de la misma manera hay que creer que
entre los dioses invisibles existe una recíproca comu-
nidad de substancia, pero que la hegemónica es la de
Helios, mientras que las substancias de los otros man-
tienen una armónica relación con la de aquél. Puesto
que, si decíamos que Helios ocupa el centro entre los
dioses inteligentes a su vez centrales, qué clase de
centridad es ésa de los dioses, de la que a su vez
debe ocupar el centro el propio Helios, quizá nos con-
ceda decirlo. Llamamos centro no al punto que se
observa que se aparta en la misma medida de los
d extremos en las cosas opuestas, como por ejemplo, en
los colores el amarillo y el marrón, entre el calor y el

frío lo tibio y otros ejemplos semejantes, sino a lo que unifica y reúne lo que está separado, algo parecido a lo que Empédocles[38] llama armonía, que expulsa completamente de sí la discordia. ¿Cuáles son, pues, esas fuerzas que reúne Helios y de cuáles es el centro? Yo afirmo sin ninguna duda que es el centro de los dioses visibles y que circundan el mundo, así como de los inmateriales e inteligibles que rodean el bien, como si se multiplicase la substancia inteligible y 139
divina sin alteración y sin añadidura.

14. De qué forma la substancia inteligente y bellísima del rey Helios ocupa una especie de lugar central que no resulta de la mezcla de los opuestos, sino que es perfecta y sin mezcla de la totalidad de los dioses visibles e invisibles, sensibles e inteligibles, y de qué forma hay que entender este centro ya lo hemos dicho. Y si hay que examinarlo detalladamente para comprender cómo es el centro de la propia substancia según sus formas y cómo se comporta respecto a los primeros y a los últimos elementos, aunque no sea fácil *b*
tratarlo todo, al menos intentaremos decir lo posible.

15. Lo inteligible es la unidad absoluta, siempre preexistente y que abarca simultáneamente todo en la unidad. Pues bien, ¿no es asimismo el universo en su conjunto un ser vivo[39] todo él lleno de alma total y de inteligencia, perfecto hecho de partes perfectas? Pues de esta perfección doblemente unitaria —quiero decir la unidad que abarca todo lo del mundo inteligible en lo uno y la unidad que reúne el universo en *c*
una sola e idéntica naturaleza perfecta— la perfección unitaria del rey Helios es mediatriz, asentada entre

38 *Fr.* 27 ss. Diels.
39 Plat., *Tim.* 30bc.

los dioses inteligentes. Pero, además, en el mundo in-
teligible de los dioses hay una cierta cohesión que
ordena todo con vistas a lo uno. Pues bien, ¿no vemos
también en el cielo marchar circularmente la substan-
cia del quinto cuerpo que contiene todas las partes y
las estrecha contra sí mismas conteniendo lo que por
naturaleza es disperso y se aleja recíprocamente[40]? Así,
estas dos substancias causa de cohesión, la que existe
d entre los seres inteligibles y la que aparece en los sen-
sibles, el rey Helios las hace converger en lo mismo,
imitando de una su fuerza integradora en los dioses
inteligentes, porque de ella proviene, y presidiendo la
segunda, que se observa en el mundo visible. ¿Cómo
entonces el principio que existe por sí mismo, primero
entre los dioses inteligibles y último entre los fenóme-
nos celestes, no va a tener como mediadora la substan-
140 cia que existe por sí misma de Helios, de cuya subs-
tancia primitiva descienden hacia el mundo visible los
rayos que envuelven con su luz el universo?

16. A su vez, desde otro punto de vista, uno solo
es el demiurgo del universo, pero muchos son los
dioses demiúrgicos que recorren circularmente el cielo.
Por tanto, también hay que situar como mediadora de
ellos la actividad demiúrgica de Helios, que desciende
hasta el mundo. Pero, además, si la fecundidad vital
es mucha y superabundante en el mundo inteligible,
es evidente que también el mundo está lleno de esta
b fecundidad vital. Por lo tanto, resulta claro que la fe-
cundidad vital del rey Helios es mediadora entre la
de ambos mundos, puesto que también lo atestiguan
así los objetos aparentes; así, Helios perfecciona algu-
nas formas, crea otras, a éstas las embellece, a aquéllas

---

40 Empédocles, *fr.* 38 Diels, que asigna esa función al éter
que, como sabemos, es el quinto cuerpo.

las reaviva y no hay una sola que sin la facultad demiúrgica de Helios llegue a la luz y a la existencia. Además, si consideramos la substancia pura, inmaculada e inmaterial de los seres inteligibles, sin que *c* nada le venga del exterior y sin nada ajeno, llena de su propia pureza inmaculada, y, por otro lado, la substancia del mundo en torno al cuerpo que se mueve circularmente, que, sin mezclarse con todos los elementos, es la naturaleza pura e inmaculada del cuerpo puro y divino, encontraremos que también la substancia luminosa e intacta del rey Helios es mediadora entre ambas substancias, entre la pureza inmaterial de *d* los inteligibles y la pureza inmaculada de los sensibles sin mancha y sin mezcla de la generación y de la corrupción. Y la mayor prueba de ello es que ni la luz que sobre todo procede de allí hacia la tierra se mezcla con nada ni recibe mancha ni estigma, sino que permanece en todos los seres totalmente pura, sin mancha e inalterada. Además, hay que prestar atención a las formas inmateriales e inteligibles, pero también a las sensibles, cuantas se relacionan con la materia o con el substrato. Se mostrará entonces de nuevo como mediadora la inteligencia de las formas relacionadas con el gran Helios, gracias a las cuales reciben ayuda 141 las formas relacionadas con la materia que jamás podrían ni existir ni subsistir si no recibieran la ayuda de la substancia de Helios. ¿Qué tiene de extraño? ¿No es él, responsable de la distinción de las formas y de la combinación de la materia, quien nos proporciona no sólo el pensamiento, sino también la vista de nuestros ojos? Pues la distribución de sus rayos a todo el universo y la unidad de la luz demuestran la distin- *b* ción demiúrgica de su creación.

17. Al ser ya muchos los bienes que aparecen relacionados con la substancia del dios, puesto que es

mediador entre los dioses inteligibles y los cósmicos, estudiaremos su último y evidente privilegio. En primer lugar, respecto al último mundo, retiene la forma y la hipóstasis de los mensajeros solares[41] modélicamente; después, la facultad generadora de los seres sensibles que, en su forma más elevada, es causante del cielo y de las estrellas y, en su forma más vulgar,
c dirige la generación abrazando a sí misma desde la eternidad la causa no engendrada. Así pues, explicar todo lo relativo a la substancia de este dios ni aunque el propio dios concediera a alguien comprenderlo sería posible, porque yo creo que abarcarlo todo con la inteligencia es imposible.

18. Ya que hemos desarrollado muchos temas, hay que poner como un sello a este discurso antes de pasar a otros temas que necesitan no menor investigación.
d Cuál sea este sello y cómo sea la comprensión sobre la substancia del dios que abarca todo en general, quizá el propio Helios nos lo ponga en la inteligencia a nosotros que queremos comprender brevemente la causa de la que procede, así como quién sea y de qué bienes llena el mundo visible. Así pues, habremos de decir que del dios único, del único del mundo inteligible, procede el único, el rey Helios, mediador de los dioses inteligentes en su centro situado de acuerdo con una mediación absoluta, concorde, amistosa y que reúne lo
142 que está separado; él lleva a la unidad los últimos junto con los primeros reteniendo en sí mismo la mediación de la perfección, de la reunión, de la generación de la vida y de la substancia semejante al Uno, es el promotor para el mundo sensible de toda clase de bienes, no sólo porque con su brillo resplandeciente ilumina en torno el mundo, sino también porque en

[41] *Carta a los aten.* 275*b*.

sí mismo proporciona la substancia de los mensajeros de Helios, y porque contiene la causa no engendrada de lo que existe y aún más, antes que ésta, la causa *b* que no envejece e inmutable de la vida de los cuerpos eternos.

19. Así pues, lo que había que decir sobre la substancia de este dios, pese a que la mayor parte se ha dejado a un lado, se ha dicho sin embargo en no pequeña medida; y puesto que la multitud de sus facultades y la belleza de sus acciones es tan grande que rebasa las examinadas en su substancia, ya que por naturaleza las divinidades que avanzan hacia el mundo visible se multiplican a causa de su exceso de producción de vida, mira qué es lo que vamos a hacer nos- *c* otros, que nos enfrentamos desnudos ante este inmenso mar cuando apenas hemos dado fin al amplio discurso anterior. Sin embargo, hay que atreverse, confiando en el dios, y hay que intentar emprender este discurso.

20. Lo que hemos dicho anteriormente acerca de su substancia conviene aplicarlo igualmente a sus facultades. En efecto, no es una cosa la substancia del dios y otra diferente su facultad ni, por Zeus, en tercer lugar junto a éstas su acción. Pues todo lo que quiere, *d* todo eso lo puede y lo obra; pues ni quiere lo que no es, ni le faltan fuerzas para hacer lo que quiere, ni quiere obrar lo que no puede. En lo que se refiere al hombre, sin embargo, las cosas no son así; en efecto, se trata de una naturaleza doble que se combate mezclada de cuerpo y alma en un solo ser, una divina y el otro oscuro y sombrío, y parece que hay entre ellas combate y disputa. Aristóteles[42] afirma que por eso ni

---

[42] *Ét. Nic.* 1154b.

los placeres ni las penas concuerdan entre sí en nos-
143 otros, pues, lo que es por naturaleza agradable para una de nuestras dos naturalezas, resulta para la opuesta a ésta doloroso. En los dioses no hay nada de esto; su substancia posee los bienes de forma continua, no unas veces sí y otras no. En primer lugar, pues, cuanto dijimos al querer establecer su substancia, todo ello hay que creer que lo hemos dicho también de sus facultades y acciones. Y como en tales temas parece que el discurso va en responsión, todo cuanto inmediatamente vamos a examinar de sus facultades y acciones
b no debe ser considerado sólo obras suyas, sino también substancia.

21. Hay, sin duda, dioses que tienen el mismo origen y la misma naturaleza que Helios, que cumplen la substancia pura del dios y que, aunque son muy numerosos en el mundo, en torno a él constituyen una sola forma. En primer lugar, escuchad lo que dicen los que observan el cielo, no como los caballos y los bueyes o cualquier otro ser irracional y sin conocimiento [43], sino los que a partir del propio dios buscan la naturaleza invisible; y todavía antes, si te parece,
c de la multitud infinita de sus facultades y acciones supramundanas considera unas pocas.

22. La primera de sus facultades es aquella por la cual, reuniendo enteramente la substancia total inteligente y los extremos de ella hacia lo uno y lo mismo, la muestra como una sola. Pues lo que en el mundo sensible se comprende claramente, que el aire y el agua han sido colocados en medio de los extremos fuego y tierra como elementos de unión [44], lo mismo ¿no podría

[43] Alusión a los cristianos, según Lacombrade.
[44] PLAT., *Tim.* 32b.

razonablemente creerse así dispuesto de la causa distinta anterior a los cuerpos que, teniendo el principio *d* de la generación, no es la generación, de forma que incluso en ellos las causas extremas totalmente distintas de los cuerpos se vieran reunidas por obra de algunos mediadores del rey Helios y unificadas en torno a él? En él concurre la facultad demiúrgica de Zeus, por lo que antes decíamos que se construyeron y consagraron santuarios comunes para ambos en Chipre. Y 144
al propio Apolo poníamos por testigo de nuestras palabras, ya que es lógico que él fuera el mejor conocedor de su propia naturaleza, pues también este dios está unido a Helios y comparte la simplicidad[45] de sus conceptos y la inmutabilidad de su substancia y en el mismo grado su acción. Pero, además, Apolo no presenta en absoluto la demiurgia parcial de Dioniso[46] de forma que se distinga de Helios; subordinándola siempre a este dios y mostrando el trono compartido, Apolo es el intérprete para nosotros de los más bellos pensamientos sobre el dios. Este dios que contiene en sí mismo todos los principios de la más hermosa síntesis *b* inteligente es Helios-Apolo-Musageta. Puesto que él nos llena la vida entera de bienestar, engendra en el mundo a Asclepio[47], aunque lo retiene a su lado antes del origen del mundo.

---

45 Nueva «prueba» basada en un disparate lingüístico al relacionar el nombre del dios, *Apóllōn*, con *haplótēs* «simplicidad».

46 Dioniso, a partir del mito de su desmembración por los Titanes, representa la creación parcial y diversificadora, junto con Adonis (cf. PROCLO, *Comm. ad Tim. Plat.* 135e), frente a la creación total y sin partes, unificadora, de Zeus-Helios, con quien se identifica Apolo. Dioniso es presentado por Juliano (152*cd; A la Madre de los dioses* 179*b*) como hijo de Helios y de Zeus.

47 Asclepio es la salvación de todos (153*b*) y cura nuestros cuerpos, pero también nuestras almas junto con las Musas, Apolo y Hermes (*Contra Gal.* 235*bc*). En su comparación, en

23. Pero aunque alguien examinase muchas otras
facultades de este dios nunca conseguiría llegar a todas;
es suficiente, creo yo, haber examinado que Helios y
c Zeus tienen una soberanía igual y única respecto a la
demiurgia parcial y anterior a los cuerpos y sobre sus
propias causas, que preexisten distintas de la creación
visible, mientras que hemos visto que la simplicidad de
los conceptos con su eternidad y su constante inmutabilidad
la comparte con Apolo, la creación parcial con
Dioniso, que dirige la substancia parcial, en tanto que
la más bella simetría y síntesis inteligente está confiada
a la facultad del Musageta y pensamos que dar un
bello orden a la vida entera lo comparte con Asclepio.

24. Esto es lo relativo a sus facultades precósmicas[48].
En el mismo orden que éstas, en el mundo vi-
d sible, están sus obras, que llenan el mundo de bienes.
Puesto que es auténtico descendiente del bien, de quien
ha recibido como lote una bondad perfecta, él mismo
la reparte entre los dioses inteligentes, confiriéndoles
su substancia bienhechora y perfecta. La segunda obra
del dios es su perfectísimo reparto entre los seres in-
145 teligentes e incorpóreos de la belleza inteligible. Pues
si la substancia generadora que se manifiesta en la naturaleza
tiende a engendrar en lo bello[49] y a traer su
criatura al mundo, entonces es necesario que sea guía
la substancia que crea esto mismo en la belleza inteligible
eternamente y siempre, no ahora sí y luego no,

---

los fragmentos de esta última obra, con Cristo se ha visto a menudo un intento consciente de Juliano por oponer una figura del panteón pagano al dios de los cristianos.

[48] Esto es, en el mundo inteligente, refiriéndose al erróneo uso del demostrativo inicial de la frase, no a lo anterior, sino a lo que sigue, como señala Lacombrade en la nota correspondiente.

[49] PLAT., *Banq.* 206b.

unas veces generadora y otras sin generación. Pues todo cuanto aquí es a veces bello, en el mundo inteligible lo es siempre. Por tanto, hay que decir que la criatura inengendrada[50] en la belleza inteligente y eterna sirve *b*
de guía a la causa engendradora del mundo visible, criatura que el dios mantiene en torno a sí como hipóstasis y a quien reparte una inteligencia perfecta, y así como da la vista a los ojos por medio de la luz, así también en el mundo inteligente, gracias al modelo inteligente que les propone de forma mucho más luminosa que el resplandor etéreo, proporciona, en mi opinión, a todos los dioses inteligentes el entender y ser entendidos. Además de éstas, otra acción admirable del rey de todas las cosas, de Helios, se muestra a nues- *c*
tros ojos, su mejor lote, que es dar la generación a los seres más poderosos[51], a los mensajeros, a los démones, a los héroes y a todas las almas parciales[52] que permanecen en el pensamiento del modelo y de la idea sin entregarse jamás a un cuerpo.

25. Así, celebrando la substancia precósmica del dios, sus facultades y sus acciones, hemos tratado al rey de todas las cosas, Helios, en la medida en que podíamos, esforzándonos, alabarlo. Ya que dicen que *d*
los ojos tienen más crédito que los oídos[53], aunque sean sin duda más increíbles y débiles que la inteligencia, ea, vayamos, pidiéndole hablar con mesura, a su creación visible.

---

50 Helios inteligente, que sirve de intermediario entre el mundo inteligible y el sensible, papel que JÁMBLICO (*De Comm. math.* 38, 2) atribuía al Logos.

51 Estos mensajeros, démones y héroes son los intermediarios entre dioses y hombres.

52 PLAT., *Banq.* 206b. En contraposición al alma total o universal, por un lado, y a las almas que encarnan en un cuerpo, por otro.

53 Cf. discurso I 37*c* y nota correspondiente.

26. El mundo visible existió desde la eternidad en torno a Helios y tiene como sede desde la eternidad la luz que envuelve al mundo, no ahora sí y luego no, ni unas veces de una forma y otras de otra, sino siempre de la misma manera. Pero si alguien quisiera comprender cronológicamente, hasta donde es comprensible, esta naturaleza eterna, más fácilmente conocería de cuántos bienes para el mundo es causante desde la
146 eternidad el rey de todas las cosas, Helios, que hace descender continuamente su luz. Sé muy bien que el gran Platón[54] y, tras él, un hombre inferior en el tiempo, mas no en inteligencia —me refiero al de Calcis, a Jámblico, que nos inició por medio de sus obras entre otras cosas en la filosofía y especialmente en estos problemas— han empleado como hipótesis la palabra engendrado y le han supuesto a Helios una especie de creación temporal para que se comprendiese
b la magnitud de las obras que de él proceden. Pero como yo estoy muy lejos de la inteligencia de aquellos hombres, no debo ser tan osado, ya que el famoso héroe Jámblico pensó que no dejaba de ser peligroso, ni siquiera como simple hipótesis, suponer para el mundo una creación de algún modo temporal. Pero como el dios procedió de una causa eterna o, mejor dicho, condujo todas las cosas desde la eternidad, habiendo engendrado continuamente en el tiempo actual a partir de lo invisible todo lo visible gracias a su voluntad
c divina con una indecible velocidad y una insuperable facultad, obtuvo como lote el centro del cielo, la más apropiada sede, para que de todas partes distribuyese por igual los bienes a los dioses que proceden de él y con él, y para que dirija el movimiento circular de los siete planetas y el octavo del cielo[55] y la novena

---

54 PLAT., *Tim.* 37c.

55 El de las estrellas fijas.

creación[56], según creo, que hace retornar eternamente la generación en una generación y destrucción ininterrumpida. Pues es evidente que los planetas forman un coro en torno suyo y tienen como medida de su d
movimiento el acuerdo de sus posiciones respecto a este dios y que el cielo entero perfectamente armonizado con él en todas sus partes está lleno de dioses que proceden de Helios. En efecto, este dios gobierna cinco círculos en el cielo y al recorrer tres[57] de ellos en esos tres engendra a las tres Gracias[58]; los restantes son los platillos de la Gran Necesidad[59]. Quizá lo que digo 147
sea incomprensible para los griegos, como si hubiera que hablarles sólo de cosas acostumbradas y conocidas; sin embargo, esta doctrina no es tan totalmente ajena a ellos como alguien podría suponer. ¿Quiénes son nuestros Dioscuros, sapientísimos hombres que aceptáis sin prueba la mayoría de las cosas? ¿No se les llama «alteridiurnos» porque no les está permitido ser vistos en el mismo día? Vosotros entendéis que es evidente que se trata del ayer y del hoy. Entonces, ¿qué significa esto, por los propios Dioscuros? Apliquémoslo a una naturaleza y a una realidad para no decir nada insólito ni absurdo. Pero podríamos no encontrarla, aun buscándola cuidadosamente, pues la res- b
puesta de algunos teólogos, que afirman que son los dos hemisferios del mundo, no tiene sentido, porque cómo puedan ser cada uno «alteridiurno» no es fácil de entender, pues cada día se produce un aumento insensible de su parte iluminada. Veamos ahora una opinión

56 La creación de la Tierra.

57 Ecuador y los dos trópicos.

58 Según Mau, *Die Religionsphilosophie Kaiser Julians...*, página 81, estas palabras de Juliano encubrirían el curso anual de Helios.

59 Los círculos polares: la Necesidad se identifica con la Justicia, cuyo atributo es la balanza.

que quizá parezca revolucionaria. Podríamos decir correctamente que participan del mismo día todos aquellos para los que la marcha del sol por encima de la
c tierra es de igual duración en un solo y mismo mes. Obsérvese ahora, si «alteridiurno» no se ajusta, entre otros círculos, también a los trópicos. Se responderá: no es lo mismo. Pues si los trópicos son visibles, los dos, para los pueblos que habitan la parte de la tierra de sombra opuesta, cuando los de un lado ven los otros no ven nada en absoluto.

d 27. Pero para no perder más tiempo con el mismo tema, digamos que Helios, por llevar a cabo los solsticios, es, como sabemos, padre de las Horas[60] y, al no abandonar en absoluto los polos sería el Océano, guía de una doble substancia[61]. ¿Será todavía poco claro lo que decimos, cuando antes que nosotros ya lo dijo Homero:

Océano que ha producido la generación de todo[62],

de los mortales y de los dioses bienaventurados, como él mismo diría? Así es: no hay nada en el universo
148 que no se haya originado de la substancia del Océano. Pero, ¿qué tiene que ver esto con los polos? Aunque quizá fuera mejor callar, hablaremos sin embargo.

28. Se dice, en efecto, aunque no todos estén dispuestos a admitirlo, que el disco solar se mueve mucho más alto, en la región sin astros, que las estrellas fijas, y así no ocupará el centro de los planetas, sino el de tres mundos, según las hipótesis mistéricas, si hay que

---

[60] Las estaciones.

[61] Lo mismo dice Jámblico (Proclo, *Comm. ad Tim. Plat.* 293e).

[62] Hom., *Il.* XIV 246.

llamarlo hipótesis y no creencias, reservando hipótesis para lo relativo a las esferas. Pues en el primer caso los que afirman esto lo han escuchado de los dioses o de algunas divinidades mayores, mientras que los que sostienen hipótesis lo hacen a partir de la convicción de la armonía de lo visible. Sin duda se puede aceptarlos, aunque a quien piensa que es mejor creer en los primeros, a ése yo, medio en broma medio en serio, lo admiro y lo venero. Y con esto basta, como se dice. *b*

29. Además de los que he citado, existe una enorme *c*
multitud de dioses en el cielo[63], que han reconocido los que contemplan el cielo no superficialmente ni como los rebaños. Pues dividiendo las tres esferas en cuatro partes por medio de la comunidad del zodíaco para cada una de ellas, a su vez divide el zodíaco en doce potencias divinas y cada una de ellas a su vez en tres, de forma que totalizan treinta y seis. De allí, desde lo alto del cielo creo que desciende hasta nosotros el triple don de las Gracias, de las esferas que este dios *d*
ha dividido en cuatro partes, enviándonos el cuádruple resplandor de las Horas que tienen los solsticios de las estaciones. Y ciertamente las Gracias imitan un círculo en nuestras imágenes terrestres. Y dador de Gracias es Dioniso porque, como se dice, comparte el trono con Helios.

30. ¿Y para qué mencionar a Horus y demás nombres divinos que convienen todos a Helios? Pues los hombres reconocieron al dios a partir de las obras del propio dios, que ha llevado a la perfección el cielo entero con los bienes inteligentes y le ha transferido una parte de la belleza inteligible, empezando a partir 149
de ahí en general y en particular con el reparto de

63 Todas las estrellas de los doce signos del Zodíaco.

abundantes bienes ***[64], gobiernan todo el movimiento hasta el último límite del mundo y la naturaleza y el alma y todo lo que existe, todo lo conduce por todas partes a la perfección.

31. Ordenando este numeroso ejército de dioses en una sola unidad de mando, se lo confió a Atenea
b Providencia, que, afirma el mito, nació de la cabeza de Zeus, mientras nosotros decimos que ha salido toda ella del rey Helios todo entero que la contenía en sí, en lo cual nos separamos del mito, porque no procede de su parte más alta, sino toda ella de todo él; pero ya que creemos que, por lo demás, en nada se diferencia Zeus de Helios, estamos de acuerdo con la antigua tradición. Y en cuanto a llamar a Atenea providencia no innovamos si hemos entendido bien:

Llegó a Pito y a Providencia de ojos garzos[65].

Así se les mostraba a los antiguos Atenea Providencia
c compartiendo el trono con Apolo, de quien pensamos que en nada se diferencia de Helios. Es muy posible que por un divino privilegio Homero, que estaba como es natural inspirado por los dioses, nos lo haya revelado en varios lugares de su poema:

Ojalá sea yo honrado como lo son Atenea y Apolo
por Zeus, sin duda, que es el mismo que Helios[66].

32. Lo mismo que el rey Apolo se asimila a Helios por la simplicidad de su inteligencia, de la misma manera hay que creer que Atenea, que ha recibido de él
d su substancia y que es su pensamiento perfecto, reúne

---

[64] Laguna en el texto.

[65] Euforión, fr. 2. Cf. Luis Alberto de Cuenca, *Euforión de Calcis*, Madrid, 1976, págs. 30-31.

[66] Hom., *Il.* VIII 538, y XIII 827.

en una unidad sin mezcla los dioses que rodean a Helios, al rey de todas las cosas Helios, y que la propia vida inmaculada y pura es distribuida desde lo alto de la bóveda celeste, canalizada a través de los siete círculos hasta la luna, a la que siendo el último de los
cuerpos esféricos esta diosa ha colmado de inteligen- 150
cia, gracias a la cual la luna contempla los inteligibles supracelestes y, adornando con formas la materia que está bajo ella[67], le arrebata lo que tiene de salvaje, turbulento y desordenado. A los hombres Atenea les concede los bienes de conocer la inteligencia y las artes de la creación. Ella habita sus acrópolis sin duda porque ha establecido, por medio de su sabiduría, la comunidad política.

33. Unas pocas palabras aún sobre Afrodita, a la *b*
que están de acuerdo en asociar al poder creador de nuestro dios los sabios fenicios, cosa que yo también creo. Ella es, pues, la mezcla de los dioses celestes y, además, el amor y la unidad de su armonía. Pues estando cerca de Helios[68], al que rodea en su cercana trayectoria, llena el cielo de una temperatura equilibrada y da a la tierra su fertilidad, velando también ella por la perpetuación de los seres vivos, cuya causa primera tiene el rey Helios, aunque Afrodita es su copartícipe, ella que encanta nuestras almas con la
alegría y que envía desde arriba, desde el éter hasta *c*
la tierra, los rayos más agradables y puros, más brillantes que el propio oro.

34. Todavía quiero hacer una breve referencia a la teología fenicia, que no será vana como mostrará

---

[67] Cf. *infra,* 154*d.* Según Jámblico, la luna contenía el concepto de la naturaleza y madre de la generación (Proclo, *Comm. ad Tim. Plat.* 258f).

[68] El planeta Venus.

el discurso a continuación. Los habitantes de Edesa, lugar desde siempre sagrado de Helios, instalan junto a él a Mónimo y Acizo[69]. Afirma Jámblico, del que hemos tomado estos detalles, aparte de otros muchos
d sobre diversos temas, que eso significa que Mónimo es Hermes y Acizo Ares, páredro de Helios, que canalizan muchos bienes para la región que rodea la tierra.

35. Tales son, pues, las obras del dios en el cielo y que por tales intermediarios son cumplidas hasta los últimos confines de la tierra; en cuanto a sus obras sublunares sería largo enumerarlas todas, de modo que
151 hablaremos de ello sólo de lo principal. Yo sé muy bien que ya lo recordé antes, cuando estimé oportuno examinar lo invisible de la substancia del dios a partir de lo visible, pero mi discurso me exige que de nuevo ahora haga una ordenada demostración del tema.

36. Lo mismo que decíamos que entre los inteligentes detentaba la hegemonía Helios, que retiene en una sola forma una gran multitud de dioses en torno a su substancia indivisible, y que entre los sensibles, que realizan con toda felicidad su eterna marcha circu-
b lar, lo mostramos como guía y señor, repartiendo ***[70] y llenando el cielo entero, así como de su visible resplandor, así también de otros infinitos bienes invisibles, conduciendo a la perfección los bienes que proceden de los restantes dioses visibles, antes de lo cual han sido perfeccionados por su inefable y divina energía, de la misma manera hay que creer que algunos dioses que han llegado a la región de la generación son mantenidos juntos por el rey Helios, y que gobiernan la

[69] Cf. Drijvers, «The cult of Azizos and Monimos», *Stud. Widengren oblata* I, págs. 355-371.

[70] Posible laguna señalada por Hertlein en su edición.

naturaleza cuádruple de los elementos y habitan junto c
a las almas en que se apoyan éstos junto con las tres
razas superiores. ¿De cuántos bienes es causa Helios
para estas almas divisibles, dotándolas de juicio, ende-
rezándolas con la justicia y purificándolas con su res-
plandor? ¿No es él quien, dando desde lo alto la fe-
cundidad, pone en movimiento la naturaleza entera y
la reanima? ¿Y no es él el auténtico responsable para
las naturalezas divisibles de su marcha hacia su propio
fin? Aristóteles afirma que el hombre nace del hombre d
y de Helios. De la misma manera, pues, conviene re-
presentarse cuantas obras de las naturalezas divisibles
sobre todas las demás en torno al rey Helios. Pues
¿qué? ¿No es por nosotros por quienes ese dios pro-
duce las lluvias y los vientos y los fenómenos atmos-
féricos, utilizando el doble aspecto del vapor como una
especie de materia? Pues al calentar la tierra arrastra 152
los vapores y el humo, y de ellos nacen no sólo los
fenómenos atmosféricos, sino cuantas transformacio-
nes se producen sobre la tierra, tanto pequeñas como
grandes.

37. Pero, ¿para qué continuar por más tiempo con
este tema, cuando puedo encaminarme ya hacia el final
celebrando en primer lugar todos los bienes que Helios
dio a los hombres? Pues nacidos de él, de él nos ali-
mentamos. Así pues, los bienes más divinos y cuantos
dio a las almas liberándolas del cuerpo y elevándolas
después hasta las substancias emparentadas con el b
dios, y lo suave y tonificante de su divino resplandor
dado a las almas como una especie de vehículo de
segura vuelta hacia la generación, que sea celebrado
por otros como merece, que por nosotros será creído
más que demostrado; en cambio, cuanto por naturaleza
pueden conocer todos no hay que dudar en tratarlo.

38. Platón afirma que el cielo ha sido para nosotros un maestro de sabiduría[71]. Por él hemos conocido la naturaleza del número, cuya diferencia no hemos comprendido más que por el curso periódico del sol. Afirma el propio Platón[72] que primero el día y la no-
c che ***[73], después a partir de la luz de la luna que ha sido dado a esta diosa por el sol, y tras ello continuamos avanzando en nuestra comprensión buscando por doquier la armonía con este dios. El maestro dice en una ocasión[74] que, compadecidos los dioses de nuestra raza, penosa por naturaleza, nos dieron a Dioniso y a las Musas, sus compañeras de coro. Y hemos visto que
d Helios es su guía común, pues le celebramos como padre de Dioniso y como jefe de las Musas.

39. Apolo, que reina junto con él, ¿no dio sus oráculos por todos los rincones de la tierra, no concedió a los hombres la divina sabiduría y adornó sus ciudades con leyes religiosas y civiles? Él civilizó la mayor parte de la tierra habitada por medio de las colonias griegas, facilitando la sumisión a los romanos, que no sólo son de raza griega, sino que también han
153 establecido y guardado leyes divinas y la confianza en los dioses desde el principio hasta el fin como algo griego; además, no fueron inferiores a ninguna de las ciudades mejor gobernadas en lo referente a la organización de su ciudad, por no decir que fueron superiores a todos los demás regímenes usados, al menos hasta ahora. Por ello creo que Apolo reconoció a esta ciudad un origen y una constitución griegas[75]. ¿Te digo

---

71 PLAT., *Epinom.* 977a, y *Tim.* 47a.

72 *Tim.* 39b ss.

73 Nueva laguna en el texto.

74 PLAT., *Leyes* 653c y 665a.

75 Cf. *Los Césares* 324*a*, e *infra*, 154*a*, sobre el carácter griego de los romanos, según Juliano.

aún cómo veló por la salud y la salvación de todos engendrando a Asclepio, salvador del universo[76], cómo b nos concedió todo tipo de virtudes enviándonos desde arriba a Afrodita junto con Atenea, estableciendo como protección —casi una ley— no valerse de la unión sexual para otro fin que no sea la generación de un semejante? Por ello, de acuerdo con los períodos del sol, todos los vegetales y animales de toda especie son incitados para la generación de un semejante. ¿Es necesario celebrar sus rayos y su luz? ¿Del miedo que nos c inspira una noche sin luna y sin estrellas no se saca la conclusión del enorme bien que supone la luz del sol? Y proporcionándola ininterrumpidamente e inmediatamente a la noche, en las regiones superiores, a partir de la luna en que es necesario, nos otorga durante la noche una tregua de nuestras fatigas. Este discurso no tendría fin si quisiéramos tratar todas estas cuestiones, pues no existe ni un solo bien en nuestra vida que no lo hayamos recibido de este dios, ya sea perfecto d desde él solo, ya perfeccionado por él a través de los restantes dioses.

40. También es el fundador de nuestra ciudad[77], pues habita la acrópolis de nuestra ciudad junto con Atenea y Afrodita no sólo Zeus, celebrado como padre de todas las cosas, sino también Apolo sobre la colina del Palatino y el propio Helios con la denominación oficial de todos conocida[78]. En cuanto a las relaciones que en todos los aspectos sostenemos con él los descendientes de Rómulo y de Eneas, aunque podría decir 154 muchas cosas me limitaré brevemente a las más notorias. Se dice que Eneas nació de Afrodita, que es su-

[76] Cf. la nota 47 de este mismo discurso.
[77] Roma.
[78] *Sol Invictus.*

bordinada y pariente de Helios. Y al propio fundador de nuestra ciudad la leyenda lo presenta como hijo de Ares, paradójico relato creído por los prodigios que le acompañaron. En efecto, dicen que lo amamantó una loba. Yo, por mi parte, aunque sé que Ares, llamado Acizo por los habitantes sirios de Edesa, marcha en
b cabeza del cortejo de Helios, me parece que lo dejaré a un lado como ya dije antes. Pero, ¿por qué el lobo corresponde más bien a Ares y no a Helios? Sin embargo llaman Lícabas[79], a partir del dios, al tiempo transcurrido en un año, y este nombre se lo dan no sólo Homero[80] y los griegos más ilustres, sino incluso el propio dios, pues afirma que finaliza

Lícabas con su danza el camino de doce meses[81].

c ¿Quieres que te dé un testimonio todavía más importante de que el fundador de nuestra ciudad no fue enviado solamente por Ares, sino que fue una noble divinidad con el aspecto de Ares la que tomó su apariencia corporal y, según la leyenda, se unió a Livia cuando ésta llevaba el agua lustral a la diosa y, en resumen, el alma del divino Quirino desciende de Helios? Creo, en efecto, que hay que dar crédito a la tra-
d dición. Una perfecta reunión de los que se reparten la soberanía visible, Helios y la Luna, de la misma manera que lo hicieron descender a la tierra, así también lo elevó al recibirlo de la tierra, borrados los rasgos mortales de su cuerpo por el fuego en forma de rayo. Así de evidente es que la creadora de lo que rodea la

---

79 En griego, lobo es *lýkos*. Cf. sobre esta denominación del año, MACROB., *Saturn.* I 17, 39. Estamos ante otra fantástica etimología de Juliano.

80 HOM., *Od.* XIV 161, y XIX 306.

81 Según Lacombrade, seguramente es un verso de algún himno délfico.

tierra, situada bajo el propio Helios [82], acogió a Quirino en la tierra enviado por Atenea Providencia y que, al volver volando de nuevo a la tierra, lo volvió a ascender inmediatamente hacia el rey del universo, Helios.

41. ¿Quieres aún que te cuente como prueba la 155
obra del rey Numa? La inextinguible llama que procede de Helios la custodian en nuestra ciudad vírgenes consagradas, como las indestructibles Horas que custodian el fuego divino que bajo la luna rodea la tierra. Y todavía puedo darte otra prueba más importante de este dios, otra obra de este mismo divinísimo rey. Los meses son contados, por así decirlo, por todos los demás pueblos a partir de la luna, mientras que nosotros y *b*
los egipcios somos los únicos en medir los días de cada año de acuerdo con los movimientos del sol [83]. Si tras esto te dijese que también honramos a Mitra y celebramos juegos cuatrienales en honor de Helios [84], diría cosas demasiado modernas; quizá sea mejor añadir un hecho de épocas más antiguas.

42. Cada pueblo, fijando de manera diferente el comienzo del ciclo anual, unos en el equinoccio de primavera, otros en pleno verano, la mayoría al final del otoño, celebra los regalos muy visibles de Helios: *c*
los primeros, el momento propicio concedido para el trabajo cuando la tierra florece magnífica, recién producidos todos los frutos y cuando los mares se hallan dispuestos para la navegación y el invierno sin sonrisa y sombrío se hace más resplandeciente; los segundos honran la estación del verano porque entonces ya pueden estar completamente seguros del nacimiento de

82 La luna.

83 PLUT., *Numa* 18 ss.

84 Instituidos por Aureliano en el siglo III; cf. Introducción.

los frutos, recogido ya el grano, y porque, estando ya
d en su esplendor el otoño, cuelgan los frutos maduros de los árboles. Otros, todavía más ingeniosos que éstos, tomaron como fin del año el momento preciso de su plena madurez y su corrupción inmediata, y sitúan, pues, las fiestas del nuevo año en el declive del otoño. En cambio nuestros antepasados, a partir del divinísimo rey Numa, reverenciando todavía más a este dios, dejaron a un lado lo relativo a la utilidad, porque creo que son religiosos por naturaleza y de una rara inteligencia y vieron en él al causante de estos bienes,
156 y ordenaron que se celebrase el nuevo año en la presente estación coincidiendo con el momento en que el rey Helios de nuevo remonta hacia nosotros abandonando el límite meridional, y como si hubiera dado la vuelta a la meta de Capricornio marcha de sur a norte para hacernos partícipes de sus bienes anuales. Que precisamente con esta idea establecieron el primer día del año se podrá comprender a partir de lo siguiente. En efecto, creo que establecieron la fiesta no en el día en que el dios da la vuelta, sino en el día en que es
b visible para todos que se desplaza de sur a norte. Pues como no conocían todavía las sutiles leyes que descubrieron los caldeos y los egipcios y perfeccionaron Hiparco y Ptolomeo, las siguieron juzgando por el conocimiento sensible de las apariencias. Y, como dije, sus sucesores lo interpretaron de la misma manera. Antes del comienzo del año, inmediatamente después del último mes de Crono, dedicamos a Helios unos brillantísimos juegos, consagrando la fiesta a Helios
c Invencible[85], tras lo cual está prohibido realizar esos tristes, aunque necesarios, espectáculos del último mes, pero, una vez finalizadas las Cronias, inmediatamente las fiestas de Helios se adaptan a nuestro ciclo.

---

[85] El mes de Crono es diciembre; cf. Introducción.

43. Ojalá los dioses soberanos me permitan cantar y celebrar a menudo estos misterios y, antes que todos, al propio rey del universo Helios, que, surgiendo desde la eternidad en torno a la substancia generadora del bien, es mediador entre los dioses inteligentes mediadores y los llena de continuidad, de infinita belleza, de *d*
sobreabundancia, de fecundidad, de inteligencia perfecta y, en conjunto, de todos los bienes intemporalmente y en el mundo actual, iluminando el centro visible de todo el cielo, que es su sede apropiada desde la eternidad, transmitiendo al universo visible una parte de belleza inteligible y llenando el cielo entero de tantos dioses cuantos él mismo posee inteligentemente en sí, dioses que en torno a él indivisiblemente se multiplican 157
y uniformemente se le adaptan; sin embargo él mantiene también la región sublunar mediante su eterna generación y reparto de bienes procedentes del cuerpo esférico, velando sobre el conjunto del género humano y en particular sobre nuestra ciudad, tal y como creó nuestra alma desde la eternidad mostrándola como su seguidora. Así pues, ojalá me conceda todo cuanto suplicaba hace un momento y a nuestra ciudad, guar- *b*
dándola con benevolencia, proteja su eternidad recibida, y a nosotros nos conceda el éxito en los asuntos humanos y divinos en el tiempo que me permita vivir, y que me conceda gobernar durante mi vida el tiempo que sea agradable para él, provechoso para mí y útil para el estado romano.

44. Esto es, querido Salustio, lo que me vino a la memoria y me he atrevido a escribirte en tres noches escasas, en la medida de mis posibilidades, sobre la *c*
triple creación del dios, puesto que ya antes te escribí en las fiestas de Crono una obra que no te pareció totalmente desdeñable[86]. Si quieres sobre estos mismos

[86] *Los Césares.*

temas abordar obras más perfectas e inspiradas, en los escritos del divino Jámblico sobre estos mismos temas encontrarás allí la perfección de la sabiduría humana.
d Ojalá el gran Helios me conceda en no menor medida conocer lo referente a él y enseñarlo a todos públicamente y en particular a los que son dignos de aprenderlo. Hasta que me conceda esto el dios, proclamemos públicamente nuestro homenaje al amigo del dios, a Jámblico, del que hemos tomado también hoy estas pocas cosas que se nos han venido a las mientes de entre su larga producción. Sé muy bien que nadie dirá cosas más perfectas que él, aunque se esfuerce al máximo por decir cosas nuevas, pues se apartará como es lógico del pensamiento más verdadero sobre el dios. Hubiera sido sin duda vano que, habiendo escrito
158 esta obra por afán de instruir, hubiera escrito algo después de él, pero, como quería celebrar un himno al dios, supuse que en esta acción de gracias lo más importante era hablar de su substancia en la medida de mis posibilidades, y no creo haber escrito en vano este discurso, pues el dicho:

> *Según tus fuerzas haz tus ofrendas a los dioses inmortales*[87],

b no se refiere sólo a los sacrificios, sino también a las alabanzas dirigidas a los dioses. Suplico, pues, por tercera vez que el rey del universo Helios me sea propicio por mi buena disposición y me conceda una vida buena, una sabiduría más perfecta, una inteligencia divina, que mi salida decretada de esta vida sea lo más dulce
c posible en el momento oportuno, que después me eleve hacia él eternamente si es posible, pero, si esto está por encima de los actos de mi vida, por muchos y numerosísimos años.

---

[87] HES., *Trabajos* 336.

XII

"DISCURSO DE ANTIOQUÍA"
O
"EL ENEMIGO DE LA BARBA"
(MISOPOGON)

INTRODUCCIÓN

Este discurso está escrito en la segunda mitad del mes de febrero del 363, es decir, después de más de seis meses de estancia en Antioquía, adonde llegó a mediados de julio del 362, y a menos de un mes de su marcha contra los persas a principios de marzo. Durante este tiempo las diferencias entre Juliano y los antioquenos se han hecho abismales, y al final de la obra insiste el emperador en su decisión de no volver a pisar esta ciudad. La singular forma de autocrítica adoptada en el discurso y su gran dosis de ironía no ocultan, sin embargo, cierta desilusión experimentada por Juliano, debido a los enfrentamientos y las burlas que le han perseguido casi desde el principio.

El *Misopogon* es un relato de los principales motivos de este conflicto entre el emperador y los habitantes de Antioquía. Y tres de estos motivos tienen especial importancia: el carácter de Juliano, los problemas religiosos y la difícil situación económica por la que atravesó la ciudad. Pero, recorriéndolos todos ellos, está la idea de la injusticia e ingratitud de la ciudad, tanto en su innata forma de ser como en su comportamiento, frente al ideal tradicional y piadoso que sigue siendo Atenas para Juliano.

Su aspecto físico desaliñado y poco atractivo, cuya descuidada barba era uno de los rasgos más notables, contrasta con el exquisito cuidado que los civilizados

antioquenos dedican a su cuerpo. Su escaso entusiasmo por los espectáculos públicos, sobre todo el teatro y el hipódromo, le restaron también popularidad y, en general, la dureza ascética de su vida se oponía fuertemente a la alegría y ganas de vivir de los antioquenos, entregados al placer. De este carácter suyo «culpa» irónicamente el emperador a su pedagogo Mardonio en una página que revela el gran respeto que por él sintió Juliano. Citando como modelos a los grandes filósofos atenienses, declara que su única preocupación es su alma para servir a los dioses y a las leyes. Autodisciplina y medida, frente a felicidad y libertad sin freno: por eso se jacta en varias ocasiones de su estancia en la Galia y del aprecio que por él sienten los hombres de aquellas tierras, rudos pero varoniles, por contraposición a la degenerada ciudad.

El santuario de Dafne y los diversos incidentes de que fue centro avivaron el conflicto religioso. Antioquía era una ciudad, en su mayoría, cristiana y la política de rehabilitación del helenismo encontró una fría acogida que culminó con el traslado, ordenado por Juliano, de los restos del mártir Bábilas fuera del santuario de Dafne en que se hallaban enterrados. La ciudad, en claro desafío, acompañó los restos con una enorme procesión. Y después ocurrió el misterioso incendio del templo de Dafne, que no pudo aclararse, aunque Juliano lo interpretó inmediatamente como una venganza de los cristianos, lo que motivó, como represalia, el saqueo y cierre de la principal iglesia de Antioquía. Pero, además, los continuos sacrificios que el emperador hacía en los diversos templos no consiguieron sino dejar perpleja, primero, y servir de motivo de chistes, después, a una población que sin duda hacía tiempo que no estaba acostumbrada a tales ceremonias. La soledad, confesada en esta obra, del reducido círcu-

lo íntimo de Juliano —siete personas, según declara— se hizo tristemente evidente.

Finalmente, la crisis económica que se abatió en esta época sobre la ciudad, y a la que seguramente no fue ajena la presencia del ejército del emperador, condujo a un alza tremenda de precios que no hizo sino agravarse, pese a las diversas medidas tomadas por Juliano, que echa la culpa de la pésima situación en que se encontraba el pueblo a las clases acomodadas de la ciudad por su excesivo afán de lucro.

SINOPSIS DEL DISCURSO

«DISCURSO DE ANTIOQUÍA» O «EL ENEMIGO DE LA BARBA» (MISOPOGON)[1]

1. El poeta Anacreonte hizo muchos poemas en- 337
cantadores porque la voluptuosidad era el don que tenía de las Musas; en cambio ni a Alceo ni a Arquíloco de Paros les concedió el dios una musa dedicada a la alegría y a los placeres, pues, obligados a sufrir, el uno
y el otro utilizaron el arte de las Musas para aligerar b
las penas que les envió la divinidad mediante el insulto a sus ofensores. A mí, por un lado, me prohíbe la ley acusar personalmente, como creo que a todos los demás[2], a los que, sin haber recibido ninguna ofensa por mi parte, pretenden, sin embargo, convertirse en enemigos míos, y por otro lado, el tipo de educación que impera actualmente me impide ejercitar el arte de las Musas en versos, pues hoy parece tan vergonzoso
cultivar el arte de las Musas como antiguamente lo c

---

[1] *Misopōgon* en griego, nombre con el que suele ser citado. Los códices hacen preceder a este título el de *Antióquico,* o sea, *Discurso de Antioquía,* nombre que corresponde también al discurso 11 de Libanio, declamado probablemente en el 356. Juliano hizo publicar una copia de su discurso en la puerta del palacio imperial, según MALALAS, 328, 2-4.

[2] Velada alusión, según PRATI, *Misopogone,* Roma, 1979, a la conducta de los antioquenos que, con sus libelos anónimos, incurrían en *crimen maiestatis,* que podía ser penado por el emperador.

parecía enriquecerse injustamente[3]. No por ello, sin
embargo, voy a renunciar a la posible ayuda de las
Musas. Yo he contemplado incluso a los bárbaros del
otro lado del Rin cantar poemas salvajes, concebidos
con un lenguaje semejante a los graznidos de roncos
338 pájaros, y deleitarse con estos poemas. Es, me parece,
lo que les ocurre a los malos poetas, que son insufribles en el teatro, pero muy agradables para sí mismos; comprendiendo lo cual acostumbro a decirme aquello de Ismenias[4], no porque tenga la misma capacidad, sino, según creo, por un orgullo semejante: cantaré para las Musas y para mí mismo[5].

2. Pero el canto está hecho en prosa y contiene
muchos y graves insultos, no dirigidos a otros, por
b Zeus —¿cómo sería posible si la ley lo prohíbe?—, sino
al propio autor y escritor. Pues ninguna ley impide escribir contra sí mismo elogios o censuras. Alabarme a mí mismo, sin embargo, aunque lo deseo vivamente, no puedo; por el contrario, puedo censurarme en mil cosas, empezando en primer lugar por mi cara.

3. Pues a ella, que por naturaleza no es ni demasiado hermosa ni de rasgos distinguidos ni juvenil, por
c mi mal carácter y mal humor, yo mismo le he añadido
esta espesa barba para castigarla, al parecer no por otro motivo que por no ser bella por naturaleza. Por eso, desde luego, consiento que corran por ella las pulgas como animales salvajes en la espesura y no me permito comer ávidamente ni beber con la boca dema-

[3] Alusión genérica, pero también nuevo dardo contra lo que más adelante denunciará como el afán principal de los antioquenos. Cf. 358*c* ss.

[4] Flautista tebano (PLUT., *Pericles* 1, y *Demetrio* 1).

[5] El dicho, que no cita Plutarco, debe haberlo tomado de DIÓN CRIS., *Or.* 78, 18 ss., o de TEMIST., *Or.* 33, 366bc.

siado abierta, pues debo tener cuidado, no sea que sin darme cuenta junto con el pan me coma los pelos. Y respecto a recibir besos y a darlos no me importa en absoluto. Y, sin embargo, parece que también en esto, *d*
como en otras cosas, la barba es una dificultad, porque no permite acoplar labios limpios sobre labios lisos y por ello creo que más dulces, como ya dijo uno de los que compusieron, con ayuda de Pan y Calíope, poemas dedicados a Dafnis [6]. Vosotros decís que habría que trenzar maromas con ella y estoy dispuesto a proporcionárosla, con tal solamente de que seáis capaces de tirar y su rudeza no dañe vuestras delicadas y blandas manos [7]. Y que nadie crea que me enfado por esta chanza. Yo mismo doy motivo con esta barba de 339
macho cabrío, cuando podría dejarla lisa y afeitada como la tienen los hermosos muchachos y todas las mujeres a quienes por naturaleza corresponde lo amable [8]. Vosotros, incluso viejos, imitando a vuestros hijos e hijas os afeitáis cuidadosamente por delicadeza de vuestra vida y quizá también por su dulzura, de forma que mostráis y enseñáis vuestra hombría en la *b*
frente y no como nosotros en las mandíbulas. Y no me conformaba sólo con la espesura de mi mentón, sino que también tengo la cabeza sucia y rara vez me arreglo el pelo, y las uñas y mis dedos están casi siempre negros de tinta. Y si queréis también enteraros de algo íntimo, mi pecho es velludo y espeso como el de los leones, que son los reyes de los animales, y tampoco me lo depilé jamás por mi mal humor y vulgaridad, y ninguna otra parte de mi cuerpo la depilé ni ablandé. *c*
Si tuviera alguna verruga como Cimón, os lo hubiera

---

6 Teócr., XII 32.

7 Hom., *Od.* XXI 150.

8 Quizá alusión a Semónides, fr. 7, 52 West.

dicho, pero no es así y perdonad. Hablaré, pues, de otra cosa[9].

4. No contento con tener un cuerpo así, llevo además un tipo de vida muy duro. Me prohíbo a mí mismo los teatros a causa de mi estupidez y no admito dentro de la corte espectáculos, excepto en el primer día del
d año[10], a causa de mi insensibilidad, como un pueblerino que de su escaso peculio ingresase el tributo o pagase los impuestos a un amo poco indulgente. Y entre ellos como quien ofrece sacrificios expiatorios. Y aunque soy un rey poderoso no tengo a nadie, como un lugarteniente o general, que por todo el universo presida los mimos y los aurigas; viendo lo cual vosotros hace poco[11], os acordáis ahora «de aquella juventud, de aquella inteligencia y espíritu»[12].

340 5. Quizá, en efecto, esto es también algo pesado y prueba clara de mi pésimo carácter; pues añado otro rasgo todavía más sorprendente: odio los juegos del hipódromo tanto como a los deudores el ágora. Raras veces voy a ellos en las fiestas de los dioses y no permanezco el día entero, como solían hacer mi primo, mi tío y mi hermano paterno[13]. Veo seis carreras en

---

[9] Seguimos el texto de PRATI, *op. cit.* Este Cimón no es, probablemente, el famoso ateniense del siglo V a. C., de quien no se conocen tales detalles, sino seguramente algún personaje contemporáneo del mismo nombre. La corrección de Naber «Cicerón» no es admisible, argumenta Prati, porque su famosa verruga en la nariz no se corresponde con este pasaje, que se refiere a partes ocultas del cuerpo.

[10] Conmemoración de la fundación de Roma y de Constantinopla.

[11] Alusión al fasto de la corte de Constancio.

[12] CRATINO, fr. 65 KOCK.

[13] Constancio, Julio Juliano y Galo. Cf. Introd. general.

total y eso no como un aficionado ni, en realidad, por Zeus, sin odio ni aversión, y contento me marcho. *b*

6. Pero esto es mi vida exterior y significa sólo una pequeña parte de mis ofensas a vosotros. Pero, ¿y mi vida privada?[14]. Las noches en vela en mi jergón y una comida que no me sacia en absoluto agrían mi carácter y lo hacen enemigo de vuestra voluptuosa ciudad. Sin embargo, no es por vosotros por quien llevo este tipo de vida: desde mi infancia un engaño terrible y estúpido se apoderó de mí y me convenció para declarar la guerra a mi vientre, y no le permito llenarse de *c*
muchos alimentos. Así que muy pocas veces, menos que a nadie, me ha ocurrido vomitar. Merece la pena acordarse de ello y, aunque no es muy agradable, precisamente por eso es muy propio de mí.

7. Me encontraba yo en los cuarteles de invierno *d*
de mi querida Lutecia; así llaman los celtas a la ciudadela de los parisinos. Es una pequeña isla en medio del río y abrazada toda ella en derredor por un muro; puentes de madera desde ambas riberas conducen a su interior y raras veces el río aumenta o disminuye su caudal, sino que generalmente es semejante tanto en invierno como en verano, proporcionando un agua agradabilísima y muy limpia para el que quiera contemplarla o beberla. Porque al vivir en una isla hay que aprovisionarse de agua, sobre todo del río. Allí el invierno es bastante suave, sea por el calor del Océano, pues no dista más de novecientos estadios, y a veces 341
nos transmite una ligera brisa procedente del agua y parece que el agua de mar es más caliente que el agua dulce; sea, pues, por esto, sea por alguna otra causa que desconozco, el hecho es así; los habitantes de la

[14] Seguimos el texto de PRATI, *op. cit.*

región tienen un invierno más caluroso y crece entre
ellos una buena viña, y algunos se las han ingeniado
ya para conseguir higueras resguardándolas del invier-
no con una especie de vestido con los tallos del trigo,
b o con aquellos del mismo tipo que suelen evitar a los
árboles los daños procedentes de la temperatura. Sin
embargo, este invierno era más duro que de costumbre
y el río transportaba una especie de bloques de már-
mol; sin duda conocéis la piedra de Frigia, a la que se
parecía extraordinariamente el hielo de esta masa blan-
ca que en grandes bloques chocaba entre sí y estaba
ya a punto de procurar un camino continuo y un puente
c sobre la corriente. Así pues, el invierno era más duro
de lo acostumbrado, pero la habitación en que dormía
no estaba en absoluto caliente por el procedimiento
de las calderas subterráneas [15] con que se suelen calen-
tar allí la mayoría de las casas, y pese a estar conve-
nientemente preparada para recibir el calor del fuego;
creo que la causa, ya entonces, fue mi torpeza y mi
inhumanidad en primer lugar, como es lógico, contra
mí mismo; en efecto, quería acostumbrarme a sopor-
tar la temperatura sin valerme de esa ayuda. Pero,
aunque el invierno se imponía y era cada vez más duro,
ni aun así permití a mis servidores calentar la habita-
d ción, por miedo de que saliera la humedad de los mu-
ros, sino que ordené que introdujesen fuego ya encen-
dido y que depositaran una pequeña cantidad de
brasas. Y éstas, aunque no eran muchas, hicieron salir
de los muros intensos vapores por cuyo efecto me
quedé dormido. Tan aturdida estaba mi cabeza que
poco faltó para que me asfixiara, pero me sacaron fuera
342 y los médicos me aconsejaron que vomitase la comida
recién tomada, que no era mucha, por Zeus y, al devol-

---

15 «Subterráneas» es conjetura de Naber, basándose en el método habitual en la época.

verla, en seguida me sentí mejor, hasta el punto de que la noche fue bastante tranquila y al día siguiente pude hacer lo que quise.

8. De esta manera, incluso entre los celtas, yo mismo me impuse fatigas como el díscolo de Menandro. Pero si la rusticidad de los celtas las soportaba fácilmente, las odia como es natural una ciudad feliz, bienaventurada y muy habitada, en la que hay nume- b
rosos bailarines, numerosos flautistas, más mimos que ciudadanos y ningún respeto para sus gobernantes. Envejecer, en efecto, es propio de cobardes, pero lo propio de hombres tan valientes como vosotros es andar en orgías desde la aurora, vivir placenteramente toda la noche y mostrar que despreciáis las leyes no sólo con palabras, sino con hechos; pues las leyes son temibles por los gobernantes, de modo que quien injuria a un gobernante, ése, además, pisotea las leyes.
Y de que esto os agrada dais muestras evidentes en c
muchos lugares y especialmente en vuestras plazas y teatros, según se desprende de los aplausos y griterío del pueblo, y los curiales son mucho más conocidos y renombrados entre todos por el dinero que gastan en estas fiestas que el ateniense Solón por su entrevista con Creso, el rey lidio [16], y todos sois bellos, altos, depilados e imberbes, y tanto los jóvenes como los d
viejos aspiráis a la felicidad de los feacios:

las ropas recién cambiadas, los baños calientes
y los lechos [17],

en lugar de aspirar a la santidad.

---

[16] Cf. Heród., I 30 ss., y Plut., *Solón* 27, 1-9. Creso cifraba la felicidad en la riqueza.

[17] Hom., *Od.* VIII 249.

9. «Pero, ¿creíste que tu rusticidad, tu inhumanidad y tu torpeza podía armonizarse con esto? ¿Tan estúpida y tonta, oh tú, el más ignorante y odioso de todos los hombres, es esa pequeña alma tuya que los más innobles llaman prudente y que tú crees que debes adornar y embellecer con la prudencia? Estás equivocada porque, en primer lugar, no sabemos lo que es la prudencia; sólo escuchamos el nombre, pero no
343 vemos su efecto. Si es llevar la vida que tú llevas ahora, saber que hay que ser esclavo de los dioses y de las leyes, tratar de igual manera a los que tienen los mismos honores, aceptar con dulzura su superioridad, cuidarse y velar de que los pobres sufran lo menos posible las injusticias de los ricos y por ello tener
b problemas, como te ha sucedido a ti a menudo, odios, cóleras, insultos; si es también soportar esto con fortaleza sin irritarse ni dar rienda suelta a la pasión, sino dominándose a sí mismo en lo posible y practicando la prudencia; si también se considera efecto de la prudencia apartarse de todo placer, aunque no parezca demasiado inconveniente ni reprochable en público, convencido de que no es posible que practique la prudencia en privado, en casa y en la intimidad
c quien quiere en público y visiblemente ser intemperante y gozar en el teatro; si, en efecto, es realmente así la prudencia, tú estás perdido y nos pierdes a nosotros, que no soportamos escuchar siquiera el nombre de esclavos ni de los dioses ni de las leyes, pues lo que nos gusta es ser libres en todo.

10. ¡Y qué irónico eres! Afirmas que ni eres nuestro amo ni soportas que te llamen así [18], sino que te
d indignas y has convencido a la mayoría, que hacía

[18] A Juliano no le gustaba el título oficial de *dominus*: cf. Mamertino, 13, 3, y Lib., *Or.* XVIII 189-191.

tiempo que estaba habituada, a renunciar a este título del poder como si fuera algo odioso, y, sin embargo, nos obligas a ser esclavos de los magistrados y de las leyes. Pero, ¡cuánto mejor hubiese sido que te llamases amo y que de hecho nos permitieras ser libres, oh tú, clementísimo para los nombres, pero rigurosísimo para los hechos! Además, nos lastimas al obligar a los ricos a comportarse moderadamente en los tribunales y al impedir a los hombres ejercitarse como delatores [19]. Al despedir los teatros, los mimos y los bailarines has destruido nuestra ciudad, de modo que no recibimos 344
ningún bien de ti como no sea tu mal humor, que soportamos ya desde hace más de seis meses [20] y, dejando la súplica para que nos abandone totalmente semejante plaga a las viejas que frecuentan las tumbas [21], nosotros nos hemos aplicado al mismo objetivo mediante nuestras propias mofas, disparándote como flechas nuestras pullas. Y tú, noble príncipe, ¿cómo vas *b*
a soportar los dardos persas si tiemblas ante nuestras pullas?»

11. Veamos, quiero desde otro punto de vista injuriarme de nuevo: «Vas a menudo a los templos [22], tú, el misántropo, el intratable, el malvado total. Por ti corre la muchedumbre a los santuarios y, por supuesto, la mayoría de los curiales, y te reciben brillantemente con clamores y aplausos en los santuarios como si es- *c*
tuvieran en el teatro. ¿Por qué, entonces, ni lo agradeces ni lo alabas, sino que pretendes ser más sabio en esto que el dios pítico, y lanzando un discurso a la

---

19 Cf. LIB., *ibid.*, XVIII 183.

20 Es decir, que la obra hay que fecharla en febrero de 363.

21 Según la terminología de Juliano y de otros autores paganos de la época, las iglesias cristianas.

22 AMIANO, XIV 3 ss., y XXII 12, 6 ss., y más adelante, en este mismo discurso.

multitud atacas duramente a los que te aclaman interpretando lo que hacen con estas palabras: 'Vosotros rara vez acudís a los santuarios a causa de los dioses, sino que corréis a ellos por mi causa y llenáis los lugares sagrados de un desorden total. A unos hombres
d prudentes y sensatos les convendría suplicar en silencio pidiendo a los dioses sus beneficios. ¿No habéis oído este precepto de Homero: *Silencio entre vosotros*[23], ni como Ulises contuvo a Euriclea, perpleja por la grandeza de su éxito: *Por dentro, vieja, alégrate, pero contente y no grites*[24]? Y las troyanas no suplican ni a Príamo ni a ninguna de sus esposas, hijas o hijos,
345 ni siquiera al propio Héctor, aunque dice Homero[25] que los troyanos le suplicaban como a un dios, si bien en el poema no muestra ni a los troyanos ni a las troyanas suplicándole, sino a Atenea, dice, *todos levantaban sus manos con griterío*[26], de un modo bárbaro y mujeril sin duda, pero no impío hacia los dioses como lo que hacéis vosotros, pues alabáis en lugar de a los dioses a los hombres, mejor dicho, en lugar de a
b los dioses nos aduláis a nosotros, que somos hombres. Creo que lo más hermoso no es ni siquiera adular a los dioses, sino servirles prudentemente.'»

12. Ya veis que otra vez me ingenio mis habituales estribillos y no me permito a mí mismo hablar con naturalidad, sin miedo y libremente, sino que me acuso por mi habitual torpeza. Esto y otras cosas semejantes pueden decirse a unos hombres que quieren ser libres
c no sólo respecto a sus gobernantes, sino también respecto a los dioses, para que una persona bienintencio-

---

23 Hom., *Il.* VII 195.
24 Hom., *Od.* XXII 411.
25 Hom., *Il.* XXII 394.
26 Hom., *Il.* VI 301.

nada fuese considerada por ellos como un buen padre, aun siendo un malvado por naturaleza como yo.

13. «Soporta, entonces, que te odien y te insulten en secreto y a la luz del día, ya que juzgas aduladores a los que te alaban al verte en los santuarios. Pues no creo que hayas pensado adaptarte a las costumbres, al modo de vida y al carácter de esos hombres.

14. »Sea así, pero, ¿quién puede soportar tus ma-
neras? Duermes solo absolutamente todas las noches[27]
y no hay nada que ablande tu humor salvaje e insocia- d
ble; cerrada está por doquier la entrada a cualquier
cosa que dulcifique tu humor. Y el colmo de la desgra-
cia es que te complace este tipo de vida y has conver-
tido en un placer las maldiciones públicas sobre ti. ¿Es
que te irritas si escuchas a alguien hablarte así? De-
berías estar agradecido a los que benévolamente te
advierten con moderación en sus anapestos que te afei-
tes las mejillas y que, empezando por ti mismo, des
a este pueblo risueño todo tipo de bellos espectácu- 346
los, mimos, bailarines, mujeres lo más desvergonzadas,
muchachos que compiten en belleza con las mujeres,
hombres que se depilan no sólo el mentón, sino el
cuerpo entero para parecer a cualquiera más limpios
de vello que las mujeres, fiestas y reuniones no, por
Zeus, religiosas, en las que hay que ser prudente. Ya b
tenemos bastantes de éstas, tantas como encinas[28], y
estamos verdaderamente hartos de ellas.

15. »El emperador ha hecho un sacrificio[29] en el templo de Zeus, después en el de Fortuna, por tres

[27] Amiano, XVI 5, 8, y XXV 4, 2.

[28] Expresión proverbial que aparece en Hom., *Il.* XXII 126, y en Hes., *Teog.* 35. Cf. Zenob., 2, 40 (*Paroem. gr.* I 42-43).

[29] Famosa era la asiduidad de los sacrificios que ofrecía

veces a continuación marchó al de Deméter y ya me he olvidado del número de veces que entró en el santuario de Dafne, traicionado por la incuria de sus guardianes y aniquilado por la audacia de los ateos[30]; llega el comienzo del año sirio[31] y otra vez el emperador al templo de Zeus de la Amistad; después, la fiesta
c popular[32], y el emperador va al santuario de Fortuna. Aguarda el paso de un día nefasto y otra vez al templo de Zeus de la Amistad, a quien dirige sus súplicas conforme al rito tradicional. Pero, ¿quién puede soportar a un emperador que va y viene tantas veces a los templos, cuando podría molestar a los dioses una o dos veces solamente y dar aquellas fiestas que son públicas para todo el pueblo y en las que pueden participar no sólo los que conocen a los dioses, sino también aquellos otros que llenan la ciudad de un placer inmenso y de encantos que causarían una alegría superior, recogida como el fruto viendo bailar a una
d muchedumbre de hombres, muchachos y mujeres?»

16. Cada vez que pienso esto os felicito por vuestra felicidad, pero no me odio a mí mismo, pues sin duda estos gustos míos proceden de alguna divinidad. Por ello estad seguros de que no me irrito contra los que no soportan mi forma de vida y mis principios. Pero, además, yo mismo refuerzo, en la medida de lo posible, las pullas dirigidas contra mí al derramar en mayor
347 medida sobre mi persona estos insultos, yo que por

Juliano y que, según Amiano, XXII 14, 3, le valió en Antioquía el sobrenombre de *victimarius*.

[30] Es decir, los cristianos.

[31] El 1 de octubre. Cf. Downey, «The calendar reform at Antioch in the fifth century», *Byzantion* XV (1940-1941), 39 ss.

[32] La fiesta del primero de año, ya mencionada anteriormente. Cf. Amiano, XXIII 1, 6, y A. Müller, «Die Neujahresferien im römischen Kaiserreiche», *Philol.* LXVIII (1909), 465 ss.

mi estupidez no he comprendido desde el principio cuál es el carácter de esta ciudad, y eso que estoy convencido de que no he leído menos libros que ninguno de los de mi edad.

17. Se dice que el rey que lleva el nombre de esta ciudad, mejor dicho, aquel bajo cuyo nombre fue fundada[33] —pues la ciudad fue fundada por Seleuco, pero lleva el nombre del hijo de Seleuco—, dicen, pues, que él por su excesiva molicie y voluptuosidad pasaba su vida como amante y como amado, hasta que finalmente concibió un amor criminal hacia su propia madrastra[34]; aunque quiere ocultar su pasión, no puede, y su cuerpo, consumido poco a poco imperceptiblemente, se agota, y sus fuerzas le abandonan, y su respiración se hace más entrecortada que de costumbre. Lo que le ocurría parecía un misterio, pues la debilidad que embargaba al joven no ofrecía una causa manifiesta de su enfermedad, mejor dicho, ni siquiera era visible cuál pudiera ser, pero sus efectos eran manifiestos. De forma que fue una gran prueba para el médico de Samos[35] averiguar cuál pudiera ser la enfermedad. Suponiendo por los versos de Homero cuáles pudieran ser las «preocupaciones que rompen los miembros»[36], y que a menudo no es la debilidad corporal, sino los quebrantos del alma, la causa del decaimiento del cuerpo, y viendo que el muchacho por su edad y carácter

b (margin, beside "concibió un amor criminal hacia su propia madrastra")
c (margin, beside "De forma que fue una gran prueba para el médico de")

---

[33] Antioquía fue fundada en el 301 a. C. por Seleuco en honor de su padre Antíoco I, y no de su hijo del mismo nombre como sostiene Juliano, quizá por error, quizá para dar mayor dramatismo a la narración.

[34] Estratónice, hija de Demetrio, que contrajo matrimonio con Seleuco en 301 y con Antíoco en 294 a. C.

[35] Erasístrato.

[36] La cita no es de Homero, sino de Hes., *Trabajos* 66. Error debido a la gran cantidad de citas de memoria que Juliano hace en sus obras.

d no era insensible al amor, siguió esta pista para cazar la enfermedad. Se sienta cerca de la cama sin desviar la vista del rostro del muchacho y ordena que se presenten bellos jóvenes y bellas mujeres comenzando por la reina. Cuando llegó ésta con intención de verle, el joven dio inmediatamente los síntomas de su enfermedad, empieza a jadear como un moribundo y no es capaz de contener su turbación por más que se esfuerza, se descontrola su respiración y un profundo rubor envuelve su rostro. Al ver esto, el médico acerca
348 la mano a su pecho: su corazón saltaba violentamente y se le salía. Éstos eran los síntomas ante la presencia de aquella mujer; en cambio, una vez que se marchó, al entrar otras personas permanecía tranquilo, como si nada le pasase. Viendo, pues, su enfermedad, Erasístrato se lo comunica al rey y éste, por amor a su hijo, afirmó que le cedía su esposa. El hijo, sin embargo, se negó al pronto, pero al morir su padre poco después, persiguió ardientemente a la mujer que poco antes le había sido ofrecida y él noblemente había rechazado [37].

b 18. Esto es lo que hizo Antíoco. Y no hay que indignarse de que sus descendientes imiten al fundador de su ciudad o, en todo caso, al que lleva su nombre. Pues del mismo modo que en las plantas es natural que se transmitan durante mucho tiempo las características, e incluso que las nacidas posteriormente sean absolutamente semejantes a aquellas de las que germinaron, así también entre los hombres es natural

---

[37] Plut., *Demetrio* 38, probable fuente de Juliano, indica, sin embargo, que Antíoco aceptó a Estratónice como esposa antes de morir su padre. Parecía más lógico aceptar este final de la historia para demostrar la similitud de actitudes libertinas entre Antíoco y los habitantes actuales de Antioquía, que es el propósito de Juliano.

que los caracteres de los sucesores sean semejantes a los de sus antepasados. Yo personalmente, por ejemplo, pude darme cuenta de que los atenienses son los más generosos y humanos de los griegos y, aunque vi c
que esas cualidades se encontraban convenientemente en todos los griegos, puedo decir sobre ello que si todos los griegos son especialmente religiosos y hospitalarios entre todos los pueblos, más aún que los propios griegos puedo dar fe de ello en los atenienses[38]. Y si éstos salvaguardan la imagen de su antigua virtud en sus costumbres, es natural que suceda lo mismo entre los sirios, los árabes, los celtas, los tracios y los peones, y los que viven entre los tracios y los peones d
en las mismas orillas del Istro, los misios[39], de donde procede mi linaje completamente rústico, austero, inhábil, insensible al amor, perseverante de forma inamovible en sus decisiones. Así que os pido comprensión en primer lugar para mí mismo en la medida en que también yo os concedo imitar las tradiciones patrias y no hay que tomar como una censura si os digo aquello de

mentirosos y bailarines excelentes en la danza coral[40], 349

sino que, al contrario, os aseguro que vuestra imitación de las costumbres patrias es un elogio más, puesto

---

38 Atenas es para Juliano el ideal de su renacimiento del mundo helénico, opuesta precisamente a Antioquía. Recuérdese que la *Carta a los atenienses* fue publicada, con algunas modificaciones, en Antioquía y por las mismas fechas en que se compuso este discurso. Cf. introducción a la *Carta a los atenienses.*

39 De origen misio era su abuelo paterno Eutropio.

40 Hom., *Il.* XXIV 261. Parece que lo de mentiroso se debe a que los antioquenos habían atribuido falsamente a los habitantes de Émesa la composición de los epigramas satíricos contra Juliano.

que también Homero dice al elogiar a Autólico que sobresale de todos «en el robo y en el perjurio»[41], y por mi parte la torpeza, la ignorancia y el mal humor,
b el no consentir fácilmente en confiar mis asuntos ni a los que me lo piden ni a los mentirosos, ni ceder ante los gritos y otros reproches semejantes, me causan gran satisfacción. Pues cuál de estas dos actitudes sea la más soportable quizá esté claro para los dioses, puesto que ningún hombre es capaz de arbitrar nuestras diferencias, ya que no le obedeceremos en absoluto a causa del amor propio. En efecto, es natural que cada cual admire lo suyo y desprecie lo ajeno. Pero el que reparte comprensión para quien imita gustos opuestos a los propios, creo que es el más indulgente.

c 19. Yo, cuando lo pienso, descubro que he cometido otros actos extraños. Pues al llegar a esta ciudad libre que no soporta la suciedad de los cabellos, entramos a la carrera sin afeitar y con una larga barba como los que no tienen barbero; se hubiera podido pensar que se veía a Esmicrines o Trasileón, ese viejo malhumorado o ese estúpido soldado[42], cuando podía haberme presentado en público arreglado como un hermoso muchacho y recuperar mi juventud, si no por
d la edad, al menos por mis maneras y por la delicadeza de mi rostro.

20. «No sabes convivir con los hombres ni eres admirador de Teognis, porque no imitas al pólipo que toma el color de las rocas[43], sino que tu comporta-

---

41 HOM., *Od.* XIX 396.

42 Esmicrines es el protagonista del *Escudo* de MENANDRO, y Trasileón da título a otra obra del mismo autor que anuncia el *Miles gloriosus* plautino.

43 TEOGNIS, 215-219. La imagen es usada también por Juliano en *Contra los galileos* 106*b*.

miento con todos es la rusticidad llamada de Micono[44], la ignorancia y la estupidez. ¿No te das cuenta que esto no es ni mucho menos el país de los celtas, ni el de los tracios, ni el de los ilirios? ¿No ves cuántas tiendas hay en esta ciudad? Tú te has ganado la 350
enemistad de los comerciantes al impedirles vender sus mercancías al precio que quieran a los habitantes y a los transeúntes. Y los comerciantes acusan a los propietarios de la tierra. Y tú también has convertido a éstos en enemigos tuyos al obligarles a actuar con justicia. Los curiales de la ciudad sufren una doble pena, pues así como, en mi opinión, antes se alegraban de recolectar ingresos dobles como propietarios y como comerciantes, ahora, como es natural, se que- b
jan de verse privados de este doble beneficio. Y el pueblo sirio[45] está irritado porque no puede ni emborracharse ni bailar el *cordax*. Tú crees que proporcionándoles trigo en grandes cantidades les alimentas de forma suficiente. Y otra gracia tuya es que no te preocupas de que haya en la ciudad mariscos, e incluso hace poco, al quejarse uno de que no se encontraba en el ágora ni pescado ni aves en abundancia, te echaste a reír sarcásticamente y afirmaste que una ciudad sensata necesitaba pan, vino y aceite y que la carne c
ya era propio de una ciudad lujuriosa; y en cuanto a hablar de pescado y de aves ya estaba más allá de la lujuria, y era una imprudencia de la que ni siquiera participaron los pretendientes de Ítaca. Y que a quien no le guste comer carne de cerdo o de cordero, si se

[44] Expresión proverbial: ESTRAB., X 5, 9; PLUT., *Mor.* 606b, etcétera.

[45] Expresión etnográficamente cierta, pero no inocua en la pluma del emperador, que los opone así a los griegos auténticos y, además, los identifica con los cristianos en *Contra los galileos* 116*a* y 138*b*. El *cordax* era prototipo de danza licenciosa (LUC., *De saltat.* 26).

dedica a las legumbres, gozará de excelente salud. Con
esto creíste que estabas dando leyes a los tracios, tus
d compatriotas, o a los insensibles galos que te dieron
una educación, para desgracia nuestra, 'de hombre de
haya, de arce', pero no un 'combatiente de Maratón',
sino la mitad de un acarniense[46], un hombre total-
mente desagradable y un ser humano sin gracia. ¿No
sería mejor que nuestra plaza exhalase perfumes a tu
paso y que abriesen tu marcha apuestos jóvenes, a los
que volverían la vista los ciudadanos, y coros femeni-
nos como los que se forman a diario en nuestra ciu-
dad?» Sin embargo, a mí el mirar voluptuosamente,
351 volviendo los ojos por doquier, para pareceros bello
no por mi alma, sino por mi rostro, me lo impide mi
carácter. Según vosotros, la auténtica belleza del alma
es una vida voluptuosa; a mí, en cambio, mi pedagogo
me enseñó a ir a la escuela mirando al suelo; no he
visto un espectáculo antes de que mi barba tuviese
más pelo que mi cabeza, incluso en la juventud nunca
como particular ni por propio gusto, sino, como sabéis,
b tres o cuatro veces que el soberano me lo ordenó «para
agradar a Patroclo»[47], pues era pariente por la sangre,
mientras que yo era todavía un particular.

21. Debéis, pues, perdonarme, pues os entrego en
mi lugar a aquel a quien odiaréis con más justicia, a
mi odioso pedagogo que ya entonces me fastidiaba
enseñándome a recorrer un único camino, y que ahora
c es el culpable de la enemistad que me profesáis al
inculcar en mi alma y grabar en ella, por así decirlo,
lo que yo no quería entonces, pero que él, sin embar-

---

[46] Expresiones tomadas de ARISTÓF., *Acarnienses* 180 ss.

[47] Basado en HOM., *Il.* I 578, pero incluyendo «Patroclo» en lugar del «querido padre» que contiene el texto. Parece que Juliano opone, irónicamente, el afecto de Aquiles por Patroclo al tratamiento que le dio su primo Constancio.

go, de forma un poco chocante ponía todo su empeño en introducir llamando, según creo, dignidad a la rusticidad, prudencia a la insensibilidad, fortaleza al no ceder a las pasiones y al no buscar la felicidad por este procedimiento. Me decía a menudo, sabedlo bien por Zeus y por las Musas, mi pedagogo cuando era yo todavía un muchachito: «Que no te arrastre la multitud de los de tu edad, que se lanza a los teatros, a *d*
buscar nunca ese tipo de espectáculo. ¿Te gustan las carreras de caballos? En Homero hay una descrita con sumo arte [48]; toma y lee este libro hasta el final. ¿Oyes hablar de los bailarines de pantomimas? Mándalos a paseo; entre los feacios los jóvenes bailan con más virilidad [49]; tienes como citaredo a Femio y como cantor a Demódoco. Y en Homero también hay árboles, cuya descripción es más deliciosa que su vista real:

En Delos una vez junto al altar de Apolo
un esbelto retoño de palmera contemplé [50],

y la frondosa isla de Calipso, y la cueva de Circe, y 352
el jardín de Alcínoo; ten por seguro que nunca verás nada más delicioso que estas descripciones.»

22. ¿Deseáis acaso que os diga también el nombre de mi pedagogo y qué linaje tenía para hablarme así? Era un bárbaro, por los dioses y diosas, de raza escita y homónimo de aquel que convenció a Jerjes para *b*
lanzarse contra Grecia, y era eso tan difundido y venerado hasta hace veinte meses y que se pronuncia ahora como insulto y ultraje, un eunuco, criado por mi abuelo para que guiase a mi madre a través de los poemas de Homero y Hesíodo. Pero cuando ella, pocos

---

48 Hom., *Il.* XXIII 201 ss.
49 Hom., *Od.* VIII 246 ss.
50 Hom., *Od.* VI 162 ss.

meses después de parirme a mí, su primer y único hijo, murió sustraída, todavía joven y bella, a tantas
c desgracias por la virgen sin madre[51] fui entregado a su custodia al cumplir los ocho años. Él fue quien me convenció desde aquel tiempo de todo esto conduciéndome a la escuela por el único camino, y como otro camino ni él quería conocerlo ni a mí me permitía recorrerlo, hizo que yo me ganara la enemistad de todos vosotros.

23. Pero si os parece, hagamos una tregua vosotros y yo con él resolviendo esa enemistad. Pues ni sabía que yo iba a venir a vuestra ciudad ni que, en
d el caso de que tuviera estrechas relaciones con vosotros, vendría como emperador de tan vasto imperio como me concedieron los dioses, forzando totalmente a un tiempo, creedme, al que lo entregó y al que lo recibió, pues parece que ninguno de los dos se prestaba voluntariamente: el que entregó este honor o favor, o como quiera que os guste llamarlo, no quería entregarlo, y el que lo recibió, como saben todos los dioses, rehusaba sinceramente[52]. Pero esto es y será según la voluntad de los dioses. Quizá si mi pedagogo
353 hubiera previsto esto habría tomado muchas precauciones para que me pudiera presentar ante vosotros con el aspecto más agradable posible. «Entonces —diréis—, ¿no puedes renegar de ello y transformar tu educación, ya que la anterior te ha hecho recibir un carácter rústico?» El carácter, según se dice, es una segunda naturaleza; luchar contra la naturaleza es difícil, y es imposible desechar una práctica de treinta años, sobre todo cuando se ha conseguido con tanta dificultad; y yo ya he cumplido esos años.

---

[51] Es decir, Atenea, igual que en *Contra los galileos* 235c, y *Contra el cínico Heraclio* 230a.

[52] Idéntica argumentación que en la *Carta a los atenienses.*

24. «Está bien, pero, ¿qué es lo que te pasa para que intentes instruir y juzgar nuestros contratos personalmente?[53]. Seguro que no fué tu pedagogo el que te enseñó también esto, puesto que no sabía que serías emperador.» Me convenció un terrible anciano[54] que, como es el mayor culpable de mis costumbres, haréis bien en injuriarle junto a mí, y él, por su parte, sabedlo bien, había sido engañado por otros. Sus nombres os llegan a menudo ridiculizados por la comedia[55]: Platón, Sócrates, Aristóteles y Teofrasto. Este anciano, en su demencia, les hizo caso, y, después, cuando me encontró a mí, joven enamorado de los discursos, me convenció de que si en todo llegaba a ser émulo de aquellos hombres, sería mejor, no quizá que los demás hombres, pues yo no tengo que rivalizar con ellos, sino con seguridad que yo mismo. Y yo, como no sabía qué hacer, le hice caso y ya no puedo cambiar, aunque a menudo lo deseo, sino que me reprocho a mí mismo no conceder la impunidad absoluta a todas las injusticias; pero ahora me vienen a la memoria, de entre las obras de Platón, aquellas palabras que pronuncia el huésped ateniense[56]. b c d

25. «Digno de honra es sin duda el que no comete ninguna injusticia, pero el que, además, no permite a los que las cometen cometerlas es digno del doble de aquella honra y más: en efecto, el primero vale por uno

[53] Lib., *Or.* XVIII 18, y Amiano, XXII 10, 1 ss. Greg. Nac., *Or.* V 20 ss., se burla de esta costumbre.

[54] Lacombrade, en el comentario a su edición, sostiene que se refiere a su maestro de filosofía Edesio, mientras que Prati, *Misopogone...*, siguiendo a Rostagni, defiende que sigue refiriéndose a Mardonio.

[55] O sea, que los mundanos e incultos antioquenos sólo conocen a los máximos filósofos griegos por las referencias escuchadas en el teatro.

[56] Plat., *Leyes* V 730d.

solo, mientras que el segundo por muchos otros, al denunciar a los magistrados la injusticia de los demás. Y el que colabora con los magistrados en el castigo, en la medida de sus fuerzas, ése que sea proclamado
354 gran ciudadano y campeón perfecto de la virtud. Este mismo elogio hay que aplicarlo a la templanza, a la prudencia y a las restantes cualidades que uno posee y que es capaz no sólo de poseer él mismo, sino también de transmitirlas a los demás.» Esto fue lo que me enseñó, creyendo que yo sería un simple particular, y
b no previó la suerte que me depararía Zeus, a la que me ha llevado ahora y en la que me ha instalado. Y yo, avergonzado de ser un emperador peor que un simple particular, sin darme cuenta y sin ninguna necesidad, os he transmitido mi rusticidad. Y otro pasaje de las *Leyes* de Platón [57], al hacerme reflexionar sobre mí mismo, me hizo odioso a vosotros, aquel que afirma que los gobernantes y los ancianos deben practicar el respeto y la templanza para que la multitud
c se ordene fijándose en ellos. Pero como soy el único, mejor dicho, junto con unos pocos, que ahora practico estas costumbres, se ha convertido en algo diferente y de ahí nos ha venido un reproche que es natural. Pues somos siete [58] los que acabamos de llegar como extranjeros a vuestra ciudad, y uno que es compatriota vuestro, amado por Hermes y por mí y creador de bellos discursos [59], que no tenemos ningún negocio con nadie, ni recorremos otro camino que no sea el que conduce a los templos de los dioses y, en cambio, raras veces,
d y no todos, el que conduce al teatro; al haber hecho de la obra más desacreditada y llena de reproches el fin de nuestra vida —los sabios griegos me permitirán

[57] PLAT., *Leyes* V 730d-e.

[58] Probablemente, Anatolio, Salustio, Oribasio, Prisco, Himerio y Máximo.

[59] Libanio.

decir una de nuestras sentencias habituales, pues no podría mostrarlo mejor— nos colocamos como mediadores[60]: hasta tal punto nos esforzamos en discutir con vosotros y seros odiosos, en vez de agradaros y engatusaros.

26. «Fulano ha destruido a Mengano. ¿Qué te importa eso a ti, estúpido? Cuando puedes benévolamente asociarte a las injusticias, desprecias la ganancia, levantas la enemistad y, al hacer eso, ¿crees que obras 355
correctamente y velas por tus propios intereses? Debería haber pensado que nadie acusa de injusticias a los magistrados, sino al que cometió la injusticia, mientras que el que la comete, una vez que ha actuado, renuncia a quejarse del ofendido y vuelve su odio contra los magistrados. Pudiendo, pues, por este buen razonamiento cesar de obligar a actuar con justicia y permitir a cada cual obrar como quiera y sea capaz —pues tal creo que es el carácter de esta ciudad exce- *b*
sivamente libre—, ¿tú, en cambio, no lo comprendes y opinas que hay que gobernarlos con prudencia? ¿No te das cuenta qué cantidad de libertad se encuentra incluso entre las mulas y los camellos? Los que las alquilan las conducen a través de los pórticos como a las recién casadas, pues las calles descubiertas son estrechas y las anchas no han sido hechas para esto, para que las utilicen los asnos con albardas, sino que se han hecho a causa de cierto ornato y lujo, pero como los asnos, llevados por su espíritu de libertad, *c*
quieren utilizar los pórticos, nadie se lo impide a ninguno de ellos para no arrebatarle su libertad; de la misma forma es la libertad de esta ciudad. Y tú quieres que los jovencitos que viven en ella estén tranquilos y, sobre todo, que piensen lo que a ti te gusta,

60 Entre el pueblo y las clases adineradas.

y si no, que digan sólo aquello que oyes con gusto. Ellos, en cambio, por su libertad están acostumbrados a divertirse y lo hacen bien cualquier momento, pero en las fiestas más aún.»

d 27. En cierta ocasión los tarentinos fueron castigados por los romanos por burlas semejantes, ya que al emborracharse en las Bacanales ultrajaron a sus embajadores[61]. Vosotros, en cambio, sois muchísimo más afortunados que los tarentinos, pues disfrutáis, en lugar de unos pocos días, el año entero, ultrajáis en lugar de a embajadores extranjeros a vuestros propios gobernantes, burlándoos de los pelos de su barba y de las inscripciones de sus monedas[62]. ¡Muy bien,
356 sabios ciudadanos que os divertís con esto o aceptáis y disfrutáis con los que lo hacen! Es evidente que a unos les produce placer decirlas, mientras que a otros les encanta escuchar semejantes chanzas. Yo me alegro junto con vosotros de esta concordia, y hacéis muy bien en ser una sola ciudad en este punto: sin duda no es bueno ni envidiable impedir y castigar la inso-
b lencia de los jóvenes. Sería arrebatar y romper la esencia de la libertad si alguien impidiera a los hombres decir y hacer lo que quieran. Así pues, vosotros, que sabéis muy bien esto, que es necesario ser libres en todo, primero consentisteis a vuestras mujeres que se gobernasen a sí mismas para que ante vosotros fuesen totalmente libres y no reprimidas, después les confiasteis la educación de los niños temiendo que, al

---

61 Cf. DIONIS. HALIC., *Antiq. rom. Exc.* 19, 5.

62 Los historiadores eclesiásticos SÓCRATES, III 17, 4, y SOZÓMENO, V 19, 2 ss., nos cuentan que, en el reverso de las monedas de la época de Juliano, figuraba un toro bajo dos estrellas y que los antioquenos interpretaban a Juliano como el toro intentando cocear las estrellas, esto es, el mundo cristiano.

experimentar vuestro gobierno excesivamente duro, no c
se muestren después como esclavos y, cuando sean jóvenes, por la enseñanza de respetar a los viejos, por esa tan mala costumbre, sean demasiado precavidos ante los magistrados y finalmente convertidos no en hombres, sino en esclavos, y hechos templados, modestos y ordenados no se den cuenta de que se han destruido totalmente. ¿Qué hacen, pues, vuestras mujeres con ellos? Los conducen hacia sus propios objetos de veneración[63] por el placer que parece ser sin duda lo más dichoso y lo más honrado no sólo entre d
los hombres, sino entre los animales. Por eso creo que sois especialmente felices, porque negáis toda esclavitud, comenzando por la de los dioses, siguiendo por la de las leyes y, en tercer lugar, por la debida a nosotros, guardianes de las leyes. Nos comportaríamos nosotros de forma absurda si cuando los dioses desprecian una ciudad tan libre sin atacarla, nos irritáramos y enfadáramos nosotros con ella. Sabésis bien que los dioses comparten con nosotros ese deshonor 357
de parte de vuestra ciudad.

28. «Ni la *ji* ni la *cappa* han causado ningún perjuicio a la ciudad.» Este enigma, fruto de vuestra sabiduría, es algo difícil de comprender, pero nosotros hemos encontrado exégetas de vuestra ciudad que nos han enseñado que esas letras eran las iniciales de dos nombres, uno de los cuales quería decir Cristo y el otro Constancio. Permitidme, pues, que os hable con toda franqueza. Un solo perjuicio os ha causado Cons- b
tancio, a saber, no haberme matado después de hacerme César; ojalá os concedan los dioses, por lo demás, a vosotros solos de entre todos los romanos, sufrir muchos Constancios y, sobre todo, la avaricia de sus ami-

---

[63] El cristianismo.

gos. Ese hombre fue mi primo y mi amigo, pero cuando escogió la enemistad en vez de la amistad, inmediatamente los dioses juzgaron con gran benevolencia nues-
c tra recíproca lucha, y me convertí para él en un amigo más fiel que lo que creía que yo llegaría a ser antes de convertirse en mi enemigo. ¿Por qué, pues, creéis que voy a sufrir con sus elogios yo, que detesto a los que lo injurian? Amáis a Cristo y lo mantenéis como protector vuestro en lugar de Zeus, el dios de Dafne, y de Calíope que ha puesto al descubierto vuestra ingeniosidad[64]. Los habitantes de Émesa, que incendiaron las tumbas de los galileos, ¿amaban a Cristo?[65]. ¿He causado yo jamás algun daño a cualquier habitante de Émesa? Sí, en cambio, a muchos de vosotros,
d a todos prácticamente quiero decir, al senado, a los ricos, al pueblo. Pues el pueblo que, en su mayor parte, mejor dicho en su totalidad ha escogido el ateísmo, me odia porque ve que persevero en los preceptos tradicionales de la religión, los poderosos porque se les impide vender todo a precio elevado, y todos por defender sus bailarines y teatros, no porque les prive
358 de ellos, sino porque me ocupo de ellos menos que de las ranas en la charca. Entonces, ¿no es natural que me acuse a mí mismo de proporcionaros tantos motivos de enemistad?

29. Sin embargo, Catón el romano, que no sé cómo tendría la barba, pero que era digno de alabanza junto a cualquiera de los que se enorgullecen de su templanza, magnanimidad y, sobre todo, de su valentía, al acer-

[64] Porque los epigramas contra Juliano circulaban por el ágora, donde estaba situada la estatua de esta musa, convertida así en testigo de su malevolencia.

[65] Émesa estaba situada cerca de Antioquía y se adhirió con entusiasmo a las reformas de Juliano, lo que aprovecha éste para aislar a los antioquenos dentro de su región.

carse a esta populosa, delicada y rica ciudad y ver a
los jóvenes en las inmediaciones de la ciudad prepa- b
rados junto con los magistrados como una guardia de
honor, creyó que vuestros antepasados habían hecho
todos los preparativos en su propio honor; bajó rápidamente del caballo y avanzó enfadado contra sus amigos, que se habían adelantado pensando que habían anunciado la llegada de Catón y habían convencido a los ciudadanos para que salieran a recibirlo. Cuando estaba en esta situación, ligeramente desconcertado y enrojecido, se acercó a la carrera el gimnasiarco y dijo:
«Extranjero, ¿dónde está Demetrio?»; era éste un liber- c
to de Pompeyo, poseedor de una inmensa fortuna; si deseáis saber la cuantía, pues creo que de todo lo dicho habréis aguzado especialmente el oído ante este dato, yo se lo diré al que me lo contó. Damófilo de Bitinia[66] escribió estas obras en las que con extractos de muchos
autores consiguió unos tratados muy placenteros tanto d
para el joven curioso como para el anciano; pues a la vejez le gusta volver otra vez a la curiosidad juvenil cuando ya se ha sobrepasado dicha edad, por lo que, en mi opinión, sucede que los jóvenes y los viejos son igualmente aficionados a los relatos. Sea. El caso es que Catón, ¿queréis que os diga lo que respondió al gimnasiarco? No vayáis a pensar que yo insulto a
vuestra ciudad: no son mías las palabras. Si os ha lle- 359
gado también a vosotros la fama muy extendida de un hombre de Queronea[67], de baja condición como llaman los fanfarrones al filósofo, precisamente a esta categoría yo no he llegado, aunque por mi ignorancia deseé participar de ella y compartirla. El caso es que ese hombre dijo que Catón no respondió nada, tan sólo

---

[66] Erudito del siglo II.

[67] PLUTARCO, que cuenta esta anécdota (*Cato minor* 13, y *Pomp.* 40).

gritó como un estúpido e insensato: «¡Desgraciada ciudad!», y dando media vuelta se marchó.

b 30. No os sorprendáis por tanto si ahora siento lo mismo hacia vosotros también yo, un hombre más rudo que aquél y más audaz y más arrogante tanto cuanto los celtas lo son más que los romanos. Pues Catón allí donde nació llegó hasta la vejez criándose con sus conciudadanos. En cambio yo estaba ocupado con los celtas, los germanos y el bosque Herciniano[68] desde que llegué a la mayoría de edad, y pasé allí mucho tiempo como un cazador que atacara continuamente
c fieras salvajes, encontrándose con caracteres que no saben ni zalamear ni adular y que, con sencillez y libertad, de igual a igual se comportan con todos. Tras mi educación infantil, en mi adolescencia, tomé el camino que conduce a través de las obras de Platón y Aristóteles, nada dispuesto a tener comercio con el vulgo y a alcanzar la máxima felicidad por la sensualidad, y mi experiencia personal de hombre me vino entre los más belicosos y corajudos pueblos, donde conocen la Afrodita nupcial y a Dioniso dador de vino
d sólo a causa del matrimonio y de la procreación o de la dosis de vino que cada uno es capaz de tomar. En sus teatros no hay imprudencia ni insolencia ni se baila dentro de la escena el *cordax*.

31. Se dice que hace poco desde aquí se exilió hacia aquellas tierras un hombre de Capadocia que había sido educado en vuestra ciudad en casa del fundidor de oro —sabéis sin duda a quién me refiero— y, aprendiendo donde aprendió que no hay que tener relacio-
360 nes con mujeres, sino dedicarse a los jóvenes, no sé todo lo que aquí hizo y le hicieron; cuando acababa

[68] La Selva Negra.

de llegar junto al rey de aquel lugar, en recuerdo de su ciudad hizo venir numerosos bailarines y otros bienes semejantes de allá y, finalmente, como necesitaba todavía un cotilista[69] —vosotros conocéis qué hace y cómo se llama—, también lo hizo venir de aquí por anhelo y amor de vuestra venerable forma de vivir. Los celtas desconocían al cotilista y, por tanto, lo recibieron al instante en palacio, y los bailarines, al *b* mostrar en el teatro su arte, les dejaron convencidos de que parecían ninfolépticos. Y el teatro era allí para ellos la cosa más ridícula, igual que para mí; pero allí los menos se reían de los más, mientras que yo aquí junto con unos pocos os parezco a todos totalmente ridículo.

32. Y no me enfado por este hecho. Pero sería *c* injusto si no estuviera conforme con el presente cuando tanto disfruté en aquella situación. En efecto, los celtas, por similitud de carácter, me querían tanto que se atrevieron no sólo a tomar las armas en mi defensa, sino que, además, me entregaron dinero en abundancia y, ante mi negativa, casi me obligaron a tomarlo y se pusieron a mis órdenes dispuestos a todo. Pero lo más importante es que desde allí llegó hasta vosotros mi nombre aumentado y engrandecido, y todos me proclamaban valiente, inteligente, justo, no sólo terrible adversario en la guerra, sino también hábil para aprovechar la paz, accesible y clemente; en cambio *d* vosotros les habéis respondido ahora desde aquí, en primer lugar, que, por mi culpa, los asuntos del mundo están revolucionados, mientras que yo sé en conciencia que no he revolucionado nada ni voluntaria ni involun-

---

[69] Protagonista de un juego erótico llamado *enkotýlē*, en el que se hacía dar vueltas a un muchacho hasta que caía en el «hueco» (*kotýlē*) de las manos casi cerradas de otro (PÓLUX, 9, 122, y ATENEO, XI 479a).

tariamente; después, que hay que trenzar cables con mi barba y que hago la guerra a la *ji*, en tanto que vosotros añoráis la *cappa*.

33. Y ojalá os lo concedan doble los dioses pro-
tectores de esta ciudad, porque, además de eso, habéis
calumniado a ciudades vecinas que son santas e igual-
361 mente esclavas de los dioses como yo, como si ellas
fueran las autoras de las maquinaciones dirigidas con-
tra mí [70], a quien bien sabéis que me aman aquéllas
más que a sus propios hijos, y que al instante reedifi-
caron los santuarios de los dioses [71], mientras que de-
rribaron todas las tumbas de los ateos por la consigna
que yo les di hace poco, y con tal altura de miras y
elevación de pensamientos que atacaron a los que des-
b precian a los dioses más de lo que yo quería [72]. Pero
veamos lo vuestro: muchos han derribado los altares
recientemente levantados, y nuestra clemencia a duras
penas les enseñó a guardar la calma. Cuando arroja-
mos fuera el cadáver de Dafne [73], algunos de vosotros,
dando a los dioses los honores debidos, devolvieron
el santuario del dios de Dafne a los que estaban irri-
c tados con las reliquias del cadáver, pero otros, a es-
condidas o no, produjeron aquel incendio [74], terrorí-
fico para los extranjeros que estaban de paso, pero
causa de placer para vuestro pueblo, y sin que al Se-
nado, ni entonces ni tampoco ahora, le importase.

---

70 Referencia a Emesa.

71 Cf. J. J. ARCE, «Reconstrucciones de templos paganos en época del emperador Juliano», *Riv. Stor. Ant.* V (1975), 201 ss.

72 Sobre los excesos de la restauración en algunas ciudades, cf. GREG. NAC., *Or.* IV 86 ss., y SOZÓMENO, V 9, 10.

73 El cadáver del santo cristiano Bábilas.

74 Cf. especialmente AMIANO, XXII 13, 1 ss.; LIB., *Or.* LX 3, y la carta 105 de Juliano.

34. Yo, sin embargo, creo que ya antes del incendio el dios había abandonado su templo, pues al entrar por primera vez así me lo manifestó su imagen, y pongo por testigo de ello ante los incrédulos al gran Helios. Quiero recordaros otro motivo de animosidad contra mí y después, como suelo hacer, increparme a mí mismo convenientemente por ello, acusarme y dirigir- d
me reproches. En el décimo mes aproximadamente de vuestro calendario —creo que vosotros lo llamáis Loo[75]— tiene lugar la fiesta tradicional de este dios[76], y hubierais debido apresuraros a reuniros en Dafne. Yo, por mi parte, desde el templo de Zeus Casio[77] corrí hacia el santuario, creyendo que allí disfrutaría enormemente de vuestra riqueza y emulación. En aquel momento me imaginaba la procesión, como si la viera en sueños, las víctimas, las libaciones, los coros dedicados al dios. Los perfumes y los jóvenes allí, en torno 362
al santuario, con sus almas dispuestas de forma digna del dios y engalanados con simples y adecuados vestidos. Pero cuando penetré en el santuario no encontré ni perfumes, ni torta sacrificial, ni víctima. Al momento quedé asombrado y creí que estaba todavía fuera del santuario y que vosotros esperabais, honrando mi cargo de sumo sacerdote, a que yo diera la b
señal. Pero cuando pregunté qué es lo que iba a sacrificar la ciudad que celebraba la fiesta anual del dios, el sacerdote me dijo: «Yo he traído de mi casa un ganso para consagrárselo al dios, pero la ciudad no tiene nada preparado para esta ocasión.» Entonces yo, que soy un malvado, dirigí al Senado unas palabras

---

[75] Mes de treinta días, que comenzaba el 20 de agosto. Cf. SAMUEL, *Greek and roman chronologie*, Munich, 1972.

[76] Apolo.

[77] Por el nombre del monte Casio en que estaba situado, cerca de Antioquía: AMIANO, XXII 14, 4, y LIB., *Or.* XVIII 172, y XV 79.

muy inconvenientes que quizá no esté fuera de lugar traer ahora a colación.

35. «Es indignante que una ciudad tan grande ma-
nifieste una indiferencia ante los dioses como ninguna
c aldea situada en las extremidades del Ponto lo haría;
poseyendo muchísimos lotes de tierra propia y cele-
brándose ahora la fiesta anual de vuestro dios tradi-
cional, por primera vez desde que los dioses disiparon
la nube del ateísmo, la ciudad no ha ofrecido ni un
pájaro cuando hubiera debido sin duda ofrecer un
buey por cada tribu y, si no era fácil, toda ella en
común hubiera debido en su nombre ofrecer al dios
un toro al menos. Cada uno de vosotros se alegra de
d gastar en privado para cenas y fiestas, y sé muy bien
que muchos de vosotros despilfarráis la mayor parte
de vuestras riquezas para las cenas de Maiuma[78] y, en
cambio, por vuestro propio bien y por la salud de vues-
tra ciudad ni ningún ciudadano en privado, ni la ciu-
dad oficialmente, ofrece ningún sacrificio, y sólo lo
hace el sacerdote, que tendría derecho, me parece, a
marchar a casa llevándose una parte de la multitud
de ofrendas ofrecidas por vosotros al dios. Pues los
dioses ordenaron a los sacerdotes honrarlos con su
363 honradez y disposición virtuosa y celebrar su culto
según lo acostumbrado; pero me parece que es a la
ciudad a quien toca hacer sacrificios privados y públi-
cos; en cambio ahora cada uno de vosotros permite a
su mujer llevar desde su casa todo a los galileos, y,
alimentando ellos con vuestros bienes a los pobres,
producen una enorme admiración del ateísmo en los
necesitados de estos bienes —que creo que es la situa-

[78] Fiesta nocturna famosa por su inmoralidad, prohibida por Constancio y restituida por Juliano, que duraba varios días (TEODORETO, *Hist. ecl.* 3, 14, y LIB., *Or.* XLI 16).

ción del linaje más numeroso de los hombres—, y vosotros mismos, que os despreocupáis absolutamente de los honores debidos a los dioses, creéis que no hacéis nada extraño. Ningún pobre se acerca a nuestros san- b
tuarios: no tienen allí nada de qué alimentarse, me parece[79]. Si uno celebra su cumpleaños, prepara adecuadamente una cena y una comida invitando a sus amigos a una lujosa mesa; en cambio, en su fiesta anual nadie trajo al dios aceite para su lámpara, ni una víctima, ni incienso. Yo, desde luego, no sé cómo podría aceptar ver este comportamiento vuestro un hombre de bien, pero yo al menos pienso que no les agrada a c
los dioses.»

36. Esto recuerdo que fue lo que dije entonces, y el dios confirmó mis palabras —ojalá no hubiera sido así— abandonando los aledaños de la ciudad sobre los que tanto tiempo había velado y volviendo en aquel desastre a otro lado la inteligencia de los gobernantes y forzando sus dos manos. Y yo me hice odioso a vuestros ojos comportándome estúpidamente. Hubiera debido callar como creo que hicieron muchos otros de los que me acompañaron aquí y no preocuparme demasiado de ello ni censuraros. Pero por mi precipi- d
tación y por la más ridícula adulación os lancé inútilmente cantidad de improperios, pues no hay que creer que por benevolencia yo os dije entonces aquellas palabras, sino, en mi opinión, porque iba a la caza de una fama de piedad hacia los dioses y de benevolencia sin engaño hacia vosotros; esto creo que es una adulación absolutamente ridícula. Así pues, hicisteis muy bien defendiéndoos de aquellas censuras cambiando de 364
campo: yo os llené de improperios ante el dios, junto

[79] Juliano intentó inculcar la práctica de la caridad cristiana en su reforma del clero pagano (cf. carta 84).

a su altar y a los pies de su imagen ante unos pocos, en cambio vosotros en la plaza, en medio del pueblo y utilizando a los ciudadanos hábiles en tomar a broma estas cosas. Sin embargo, sabéis muy bien que todos los que dicen estos chistes son cómplices de los que escuchan, y el que escucha con placer los insultos, participando del mismo placer, aunque más inertemente que el que los dice, comparte también la acusación.
b Así por toda vuestra ciudad se han dicho y se han escuchado todos los chistes lanzados contra esta pobre barba y contra el hombre que ni os ha mostrado ni os mostrará un buen carácter. Pues no os mostrará una vida como la que vosotros vivís continuamente y deseáis ver también en los gobernantes.

c 37. En cuanto a los insultos que en público y en privado me habéis arrojado burlándoos con vuestros anapestos, tras acusarme yo mismo os permito utilizarlos con mayor franqueza todavía, porque por ello yo nunca os voy a hacer nada malo ni os voy a degollar ni a golpear, ni a atar, ni a encerrar, ni a castigar. ¿Cómo podría hacerlo? Puesto que el mostrarme junto a mis amigos virtuoso os ha parecido la cosa peor y más desagradable de ver y tampoco os he mostrado ningún
d bello espectáculo, he decidido abandonar esta ciudad y marcharme[80], no convencido de que voy a agradar totalmente a aquellos hacia los que me encamine, sino porque me parece preferible, si no llego a parecerles un hombre de bien, hacer participar a todos por turno de mi desagradable carácter, en vez de agobiar a esta feliz ciudad con el mal olor de mi rectitud y de la virtud de mis allegados. Ninguno de nosotros ha com-
365 prado un terreno ni un jardín entre vosotros, ni ha

[80] Juliano tenía decidido estacionarse, tras la campaña persa, en Tarso de Cilicia (Amiano, XXIII 2, 5).

construido una casa, ni se ha casado con alguna de vuestras hijas, ni os ha entregado la suya a vosotros, ni nos hemos enamorado de vuestros bellos jovencitos, ni hemos emulado la riqueza asiria, ni hemos distribuido las presidencias [81], ni hemos soportado que algunos curiales tuviesen poderes paralelos a los nuestros, ni hemos convencido para que hiciese preparativos de banquetes o espectáculos al pueblo, al que hemos *b* dado una vida tan relajada que, viéndose libre de necesidades, se puso a componer anapestos contra los autores de su bienestar, ni hemos recibido tributos en oro, ni hemos pedido plata, ni hemos aumentado los impuestos, sino que, además de los atrasados, se ha perdonado a todos la quinta parte de su impuesto habitual [82]. Creo que no basta que yo sea prudente, ni que tenga, por Zeus y por los dioses, como estoy convencido, un secretario moderado [83], noblemente criticado por vosotros porque es viejo y ligeramente calvo en la frente y se avergüenza por su mal carácter de *c* peinarse hacia atrás, como Homero representaba a los Abantes [84], y en nada inferiores a éste son los dos o tres hombres que me rodean, o incluso cuatro, o si queréis ahora podéis añadir un quinto. ¿Y mi tío homónimo no os ha gobernado con toda justicia, mientras los dioses permitieron que compartiera nuestra vida y

81 Eran patrocinios de intereses privados frente al interés público y que se convirtieron en una institución en este siglo. Muchos colonos, para escapar al impuesto campesino, invocaban el patronazgo de los poderosos, que eran los encargados de pagar. Pero en muchas ocasiones los patrones eran militares que se encargaban de expulsar a los recaudadores (cf. PIGANIOL, *L'empire chrétien*, pág. 397). No sólo Juliano, sino su antecesor Constancio y su sucesor Valente, lucharon contra esta extendida costumbre.

82 AMIANO, XXV 4, 15, y LIB., *Or.* XVIII 163.

83 Anatolio, *magister officiorum*.

84 HOM., *Il.* II 542.

nuestras obras? ¿No intervino con la mayor prudencia en todos los asuntos administrativos de la ciudad?

d 38. Así pues, creía yo que era hermosa la clemencia unida a la prudencia de los gobernantes, y creíamos que esas disposiciones serían suficientes para ofreceros un hermoso aspecto. Pero como os desagrada el espesor de nuestra barba y el descuido de nuestro pelo, el que no nos precipitemos a los teatros y el estimar en los templos un comportamiento de respeto y, antes que nada, nuestra continua presencia en los juicios y el impedir la ganancia abusiva en la plaza, voluntaria-
366 mente nos marchamos de vuestra ciudad. Pues no creo que sea fácil al que intenta cambiar en la edad adulta escapar a lo que dicen que le ocurrió al milano de la fábula [85]. Dicen, en efecto, que el milano, que tenía una voz semejante a la de los demás pájaros, intentó cambiarla en relincho como los caballos de raza, y que, al olvidar su primera voz y no ser capaz de adoptar suficientemente la segunda, se vio privado de ambas,
b y su voz es peor que la de los restantes pájaros. Esto es lo que yo procuro evitar que me suceda, no alcanzar mi rusticidad ni, al tiempo, vuestra habilidad. Como vosotros mismos veis, ya estamos cerca de una edad, con la voluntad de los dioses,

en que los blancos cabellos se nos entremezclan
con los negros,

como dijo el poeta de Teos [86].

39. Con esto basta; pero explicadme vuestra ingratitud, por los dioses y por Zeus protector de la plaza y de la ciudad. Jamás os he perjudicado en nada ni en

85 BABRIO, fábula 73 SCHNEIDEWIN.

86 ANACR., fr. 57 PAGE.

público ni en privado, y, al no poderos vengar abiertamente por ello, por medio de los anapestos, igual que c los comediógrafos ponen continuamente en escena y maltratan a Heracles y Dioniso, de la misma manera vosotros me habéis llevado de plaza en plaza insultándome. ¿O es que, aunque me prohibí haceros nada malo, no me prohibí hablar mal de vosotros para que, marchando por el mismo camino, vosotros os defendierais de mí? ¿Cuál es la causa de vuestro descontento y odio hacia nosotros? Yo sé perfectamente que no he hecho a ninguno de vosotros ningún daño grave, d irreparable, ni en privado a sus habitantes ni en público a la ciudad, y que no he dicho nada desagradable de vosotros, sino que os he alabado cuando he podido y os he dado el bien que era natural que os diese quien desea en la medida de lo posible hacer el bien a muchos hombres. Sabéis que era imposible perdonar todo a los contribuyentes y dar todo a los que 367 están acostumbrados a tomarlo. Así, como parece que no he aminorado las contribuciones públicas, todo cuanto suele repartir el gasto real, y os he levantado una no pequeña parte de impuestos, ¿acaso no es un enigma esta enemistad?

40. Pero todo lo que públicamente he hecho a mis súbditos conviene silenciarlo para que no parezca que canto a propósito y por mí mismo mis propios elogios, b y eso después de haber anunciado que os arrojaría numerosos y violentos ataques; en cambio, lo que os he hecho en privado de forma petulante y estúpida no merece por vuestra parte la más mínima ingratitud, y creo que convendría traerlo a colación como reproches tanto más duros que los anteriores, la aspereza de mi rostro y mi insensibilidad al amor, cuanto que son más verdaderos y propios más bien del alma. Antes c os alababa con el entusiasmo de que era capaz, sin

esperar siquiera la prueba ni cómo nos comportaríamos mutuamente, sino que creyendo que al ser vosotros hijos de griegos y yo, aunque mi raza es la tracia, griego por mis costumbres, suponía que nos amaríamos intensamente de manera recíproca. Sea pues precisamente esto un reproche de mi petulancia. Después,
d cuando me enviasteis embajadores, que llegaron no sólo más tarde que los de las demás ciudades, sino incluso que los alejandrinos de Egipto, os perdoné gran cantidad de oro y de plata y una gran cantidad de impuestos de forma particular a vosotros respecto a las otras ciudades, y a continuación rellené el álbum del Senado con doscientos senadores sin omitir a nadie [87], pues mi objetivo era que vuestra ciudad fuese más grande y poderosa. Os he concedido la posibilidad de elegir a los más ricos de entre los encargados de
368 mis tesoros y de entre los acuñadores de moneda [88]; en cambio vosotros no escogisteis a los más capaces de ellos, sino que, valiéndose de este pretexto, os habéis comportado como una ciudad que no está en absoluto bien gobernada, aunque, por otra parte, de acuerdo con vuestro carácter. ¿Queréis que os recuerde un solo detalle? Nombrasteis a un senador que todavía no estaba inscrito en el álbum y, cuando todavía estaba el caso en el aire, impusisteis a este hombre un servicio público [89]. A otro lo trajisteis a rastras desde
b el ágora, pese a que era pobre, y a que hubiera estado libre de impuestos en cualquier lado, pero entre vos-

---

87 LIB., *Or.* XVIII 146.

88 Ley de Juliano del 18 de septiembre del 362 (*Cod. Theod.* XII 1, 53) y edicto de marzo del mismo año (*Cod. Theod.* XII 1, 50), sobre las normas de elección de curiales y el levantamiento de la inmunidad de estas cargas que Constancio había concedido a los clérigos.

89 Era necesario, antes de inscribirle e imponerle un servicio, la discusión sobre su capacidad.

otros es de esa raza inmunda que compráis a cambio de oro gracias a vuestra sutil inteligencia, y, aunque carecía de fortuna apreciable, lo elegisteis como colega. Muchas son las maldades semejantes que habéis cometido con los nombramientos, y como no hemos prestado nuestro asentimiento a todas ellas, por nuestras buenas obras nos hemos visto privados de agradecimiento, mientras que nuestras prohibiciones apoyadas en la justicia nos valieron vuestra enemistad.

41. Pero todo esto son sólo cosas menudas e in- c
capaces de procurarme la hostilidad de la ciudad; lo más importante sin duda y lo que levantó ese gran odio es que, cuando yo llegué a vuestra ciudad, el pueblo en el teatro, presionado por los ricos, empezó a gritar «¡Tenemos de todo, pero todo está muy caro!»[90]. Al día siguiente conversé yo con vuestros ciudadanos más importantes[91], intentando convencerles de que era mejor que dejasen a un lado las ganancias injustas y
obrasen correctamente con sus conciudadanos y con d
los extranjeros. Y aunque ellos me prometieron que se ocuparían del asunto, al despreocuparme yo y esperar durante los tres meses siguientes, se mostraron tan indiferentes al caso como nadie hubiera podido esperar. Cuando vi que lo que el pueblo gritaba era cierto, y que el mercado estaba en dificultades no por falta
de mercancías, sino por el deseo insaciable de los pro- 369
pietarios, ordené un precio justo de cada producto e hice que la orden fuese conocida por todos[92]. Como de todo lo demás había en abundancia, pues había vino, aceite y todo lo demás, y en cambio existía pe-

---

90 Lib., *Or.* XVIII 195, y Amiano, XXIII 14, 1.

91 Los *principales* en latín, los miembros más importantes del Senado antioqueno.

92 Amiano, XXII 14, 1, que critica la medida por haber sido tomada, según él, *popularitatis amore*.

nuria de trigo por la tremenda esterilidad producida por las sequías anteriores[93], decidí enviar por él a Calcis, Hierápolis y otras ciudades de los alrededores, de donde os traje cuatrocientas mil medidas. Y cuando se gastó esta cantidad, gasté primero cinco mil, luego
b siete mil y ahora otros diez mil modios, como se les llama ahora nacionalmente, todo ello a mis expensas. El trigo que me trajeron de Egipto se lo di a la ciudad y, en lugar de recoger el dinero, de cada diez medidas recogí por quince lo que antes recogía por diez. Si diez medidas valían en el verano una pieza de oro, ¿qué debíais esperar entonces cuando dice el poeta beocio que «es duro que el hambre siga a la cosecha»?[94].
c ¿Acaso no os habríais conformado con comprar cinco y a duras penas, sobre todo con un invierno tan duro?[95]. ¿Y qué hicieron vuestros ricos? El trigo que tenían en el campo lo vendieron clandestinamente más caro, gravando así a la comunidad con sus propios gastos. Y no es sólo la ciudad la que se precipita, sino
d que también acuden presurosos los campesinos a comprar pan en el único sitio donde es posible encontrarlo en abundancia y a buen precio. Y, sin embargo, ¿quién recuerda entre vosotros, cuando la ciudad nadaba en la abundancia, que se vendieran quince medidas de trigo por una moneda de oro?

42. Por este hecho yo me gané vuestra enemistad, porque no permití que os vendieran el vino, las legum-

---

93 Además de negativos acontecimientos climáticos, la presencia del numeroso ejército de Juliano fue ya interpretada como causa principal por Sócrates, III 17, 2 ss., juicio apoyado por varios estudiosos modernos (De Jonge, «Scarcity of corn and cornprices in Amm. Marc.», *Mnemos.* I [1948], 238-245).

94 La cita ha sido atribuida generalmente a Hesíodo (fr. 359 Merk.-West), pero también a Píndaro.

95 Prati señala que, pese a todo, para un época de crisis el precio siguió siendo demasiado elevado.

bres y la fruta a precio de oro y que el trigo encerrado en los graneros se convirtiera de repente en oro y plata para ellos a costa vuestra. Pues ellos lo coloca- 370
ron bien fuera de la ciudad causando entre sus habitantes el hambre «trituradora de mortales»[96], como dijo el dios al rechazar a los que se dedican a tales negocios. La ciudad está repleta sólo de pan y de nada más. Ya comprendía yo entonces que al obrar así no agradaría a todos, pero no me importaba en absoluto, pues creíamos que había que ayudar al pueblo que sufría, así como a los extranjeros llegados aquí por mi *b*
causa y por la de los magistrados que convivían conmigo. Pero como me parece que lo que ha ocurrido es que éstos se marchan y la ciudad es de una sola opinión respecto a mí —pues unos me odian y otros, que han sido alimentados por mí, se muestran desagradecidos—, confiándolo todo a Adrastea[97] me marcharé hacia otra nación, hacia otro pueblo, sin recordaros lo que os hicisteis hace nueve años al administraros *c*
justicia mutuamente: el pueblo prendió fuego a las casas de los más importantes con gran griterío y mató al gobernador y, a su vez, recibió un castigo por estos hechos, pues, aunque irritado por ellos con justicia, se excedió totalmente en su acción[98].

43. Así pues, por los dioses, ¿por qué somos tratados desagradecidamente? ¿Porque os alimentamos a nuestras expensas, lo que hasta hoy no le había sucedido a ninguna ciudad, y os alimentamos tan magníficamente? ¿Porque hemos aumentado el álbum de *d*

---

96 Al parecer, fragmento de un oráculo desconocido.

97 Diosa de la venganza, conocida también por Némesis.

98 Desórdenes del 354 bajo la administración de su hermano Galo, que fue ajusticiado por Constancio como consecuencia de los mismos, al tiempo que sobre Antíoco cayeron graves medidas: AMIANO, XIV 7, 2 ss.

vuestros curiales? ¿Porque no hemos perseguido a los ladrones capturados? ¿Queréis que os recuerde uno o dos casos para que nadie suponga que este asunto es un formulismo o una afectación retórica? Creo que dijisteis que había tres mil lotes de tierra sin cultivar y me pedisteis tomarlos y, tras tomarlos, os lo repartisteis entre todos los que no lo necesitabais. Eso quedó claro una vez examinado. Quitándoselos entonces a sus injustos propietarios y sin preocuparme para nada de sus propiedades anteriores, que detentaban sin im-
371 puestos y que hubieran debido ser especialmente gravadas, les impuse los servicios públicos más pesados de la ciudad. Y ahora los que crían caballos para vuestros concursos anuales disfrutan sin impuestos cerca de tres mil lotes de tierra gracias a la previsión y administración de mi tío homónimo y a mi liberalidad; al castigar de esta manera a los malvados y ladrones es natural que os parezca que trastorno de arriba abajo
b el universo. Pues sabéis bien que la clemencia con tales personas aumenta y alimenta la maldad humana.

44. Mi discurso, tras este rodeo, ha vuelto al punto que yo quería. De todos mis males soy culpable por dispensar mis favores a almas desagradecidas. Esto es propio de mi estupidez y no de vuestra libertad. Así pues, yo intentaré en adelante ser más inteligente en
c lo que respecta a vosotros; en cuanto a vosotros, ojalá los dioses os devuelvan la recompensa merecida por la benevolencia y honores con que públicamente nos habéis honrado.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL

VI

CARTA A TEMISTIO

VII

CONTRA EL CÍNICO HERACLIO

VIII

A LA MADRE DE LOS DIOSES

IX

CONTRA LOS CÍNICOS INCULTOS

X

«EL BANQUETE» O «LAS SATURNALES» (LOS CÉSARES)

XI

AL REY HELIOS

XII

«DISCURSO DE ANTIOQUÍA» O «EL ENEMIGO DE LA BARBA» (MISOPOGON)